LA ILUSTRACIÓN Y EL HOMBRE AMERICANO

DESCRIPCIONES ETNOLÓGICAS DE LA EXPEDICIÓN MALASPINA

PRÓLOGO DE JOSE LUIS PESET

Consejo Superior de Investigaciones Científicas Madrid, 1992

LA ILUSTRACIÓN Y EL HOMBRE AMERICANO

DESCRIPCIONES ETNOLÓGICAS DE LA EXPEDICIÓN MALASPINA Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del Copyrighte, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.



© C. S. I. C.

© Marisa González Montero de Espinosa

LS.B.N.: 84-00-07251-0

Depósito legal: M-16266-1992

Impreso en España

Printed in Spain

Impr. BOUNCOPY, S.A. San Romualdo, 26 - Tels.: 304 73 43/304 78 43 / 304 81 45 - 28037 Madrid

ÍNDICE

| | <u>Págs.</u> | | | | |
|---|--------------|--|--|--|--|
| Prólogo: Pensar las Américas, por José Lus Peset | | | | | |
| INTRODUCCIÓN | 7 | | | | |
| Capítulo Primero La curiosidad científica por el Hombre Americano | 11 | | | | |
| El Interés ilustrado hacia el Nuevo Continente | | | | | |
| | | | | | |
| 2. Tres polémicas sobre los indígenas | 19 | | | | |
| a) El problema del poblamiento de América | 19 | | | | |
| b) La discusión sobre la inferioridad del hombre americano | 25 | | | | |
| c) El mito del gigantismo | 33 | | | | |
| Capítulo Segundo Las Expediciones Científicas Españolas a América: La Expedición Malaspina | 41 | | | | |
| 1. Los viajes científicos, expresión del espíritu ilustrado | 41 | | | | |
| 2. La expedición Malaspina | 45 | | | | |
| a) Su organización y componentes | 45 | | | | |
| b) Itinerario y resultados. | 50 | | | | |
| Capítulo Tercero Descripción de los Naturales de | | | | | |
| La Costa Patagónica | 61 | | | | |
| 1. La leyenda de los gigantes de la Patagonia | 61 | | | | |
| 2. Llegada de la expedición Malaspina a Puerto Deseado | 64 | | | | |
| a) Primeras citas con los patagones | 64 | | | | |
| b) Otros contactos con los indígenas | 68 | | | | |
| 3. La Patagonia y sus habitantes | 71 | | | | |
| 4. Patagonia: flora y fauna | 74 | | | | |

MARISA GONZALEZ MONTERO DE ESPINOSA

| .os patagones |
|--|
| a) Descripcion general |
| o) Diferenciación social en junción de la edad y el sevo |
| c) Lenguaje, religión y costumbres |
| |
| o Cuarto Estudio de los Habitantes del |
| Archipiélago de Chiloé |
| tecorrido desde Puerto Deseado a Chiloé |
| uentes de información y reconstrucción histórica |
| niloe: flora y fauna |
| os chilotas |
| 1) Panoramica general |
| 3) Tareas productivas y manufacturas |
| 3) Niveles de vida: alimentación, comercio, costumbres |
| enuenches y Huilliches |
| i) Organización social |
| o) Comercio y costumbres |
| |
|) DE BALANCE |
| DÍA DE TEXTOS |
| antología española |
| re la necesidad de pruebas para admitir |
| xistencia de gigantes |
| rcias de viajeros diversos acerca de los patagones |
| abulano patagon |
| suchario sobre población indígena de Chiloé |
| Preguntas y respuestas |
| suonano enviado a Antonio de la Mata para |
| recabar información sobre Chiloé |
| nestación al cuestionario enviado a Castro |
| zio de Pineda |
| |
| Y BIBLIOGRAFIA |
| - WARREN TO THE REAL PROPERTY OF THE PERTY O |

PRÓLOGO

PENSAR LAS AMERICAS

No todo en la «aventura americana» fue disminución o negación, también los españoles quisieron positivamente aquellas tierras y todavía muchos se emocionan cuando de nuevo a ellas acceden. Sin duda, junto a viajes de explotación y pillaje, también hubo otros muchos en que se intentó, de forma más o menos lograda, la mejora de su administración y la perfección de la vida. Entre éstos, las «expediciones científicas», fueron los principales, como misiones de la corona con las que se pretendía conocer el imperio, descubrir sus riquezas o racionalizar su administración. A veces se buscaron los tres objetivos, pero con frecuencia se especializaron, pudiendo consagrarse al descubrimiento o a la descripción geográfica, al hallazgo de especímenes útiles para el comercio, la minería, el textil o la medicina, o al intento de reorganizar el control de los virreinatos, dulcificando el yugo y prolongando el mandato.

Entre todas estas expediciones, destaca sin duda por su envergadura, audacia y destino trágico la comandada por el marino italiano Alessandro Malaspina. Noble caballero que, desde sus tierras de Mulazzo, tras sus estudios en otras tierras de la corona española, irá a Cádiz a estudiar como guardiamarina. Frecuente viajero, consiguió en 1789 zarpar con dos excelentes barcos a circunnavegar el mundo. Dotado de amplios poderes, con una rica biblioteca y una importante instrumentación, y secundado por una selecta tripulación, consiguió muchos de sus objetivos, casi tantos como plantearse podían. Tanto pretendieron perfeccionar el conocimiento geográfico, como conseguir un mejor quehacer científico, como mejorar la administración americana. Muy en línea con el viaje de Jorge Juan y Antonio de Ulloa en la expedición francesa al Perú, estas tres finalidades estaban señaladas en los planes recibidos y que él mismo había pergeñado.

Su vuelta en 1794 conoce un mundo nuevo, pues la revolución francesa se había desencadenado, el buen Carlos muerto y Floridablanca ya no podía ser su valedor. Tras algunos intentos de llevar adelante sus planes para cambiar la administración americana o plantear incluso algunos cambios en la política española, Malaspina cae en desgracia ante el favorito Godoy y es enviado preso al castillo de San Antón de la Coruña, donde tan sólo Napoleón conseguiría años más tarde, a instancias de la familia italiana, su aliada, liberarlo y permitirle volver a su Lunigiana natal, en donde morirá convertido en una sombra del viejo mundo. Sus últimos escritos teóricos o las reformas prácticas que en sus tierras quiso introducir muestran bien el talante benefactor de este notable personaje.

Su muy amplia cultura ilustrada le permitirá retomar una noble misión en el Nuevo Mundo, el estudio del hombre indígena. La antropología española del XVI había sido olvidada, en parte por el furor religioso, en parte por el ansia de riquezas, en parte por la penuria de relaciones que conoce el imperio durante el Barroco. Pero el XVIII había hecho renacer el interés por el estudio del hombre. Como desacralización del saber científico por un lado, por otro para un mejor conocimiento y administración de los nuevos mundos, por otro como argumento filosófico de carácter mítico, el tema del ser humano tiene gran actualidad durante la Ilustración. Todavía no se conoce nada del hombre y es preciso comenzar la tarea de su estudio, nos dice Rousseau en las primeras palabras de Les Confessions. Y Malaspina no fue ajeno a esta preocupación antropológica, como muestran sus contactos, sus escritos y los dibujos de sus artistas. No se trataba tan sólo de completar el gran reino de la naturaleza, ni de reintegrar a la sociedad humana una parte esencial de sus componentes. Los grandes cuadros históricos que Boturini o Clavigero estaban trazando en la Nueva España los trazará el caballero Malaspina a lo largo de su travecto.

José Antonio de Alzate, el gran sabio mexicano, que tanto había disputado con la expedición a la Nueva España, la dirigida por Sessé y Moziño, cambiará por completo su actitud cuanto tenga trato con los navegantes de la nueva empresa. Tanto es así, que les dedica su estudio de las antigüedades de Xochicalco, por su «profunda y fina instrucción» y por «el objeto de su expedición, que no sólo se reduce a sorprender a la naturaleza en la formación de sus más admirables y portentosos efectos en la vasta extensión de las ciencias naturales, sino también a colectar todas aquellas noticias relativas a los usos, costumbres y artes de los pueblos de su tránsito. ¡Dichoso yo si esta corta y desalinada memoria que publico llega a disipar las falsas impresiones que han causado en los literatos las siniestras noticias que acostumbran dar generalmente los extranjeros de los antiguos indios mexicanos en sus obras!- Muy bien había advertido el quisquilloso criollo cuáles eran las intenciones de los expedicionarios, que ya no venían a sacar provecho rápido, ni siguiera a limitarse al estudio de la historia natural o de la economía política, sino que también querían integrar aquellos viejos habitantes del Nuevo Mundo como seres esencialmente necesarios para comprender y admirar la naturaleza. Como científicos, políticos y filósofos pudieron bien entenderse con todos aquellos que les habían precedido en aquellas tierras.

La importancia del papel antropológico en aquella expedición —así

como el papel jugado por la historia natural fue ya señalado por Andrés Galera y el político lo será por Juan Pimentel— ha sido trabajado con gran perfección por Marisa González, autora de las páginas que presento. Su investigación se centra en los estudios antropológicos realizados en la primera parte de la expedición —en las tierras más meridionales de América—ya que otras tierras han sido estudiadas o lo están siendo por otros autores, así Virginia González Claverán que se ha ocupado de las mexicanas. Consigue nuestra autora un trabajo de gran calidad y perfección, tanto en la lectura de manuscritos como en las de la bibliografía abarcable sobre el tema, puntualizando trabajos de porte más teórico, como los de Fernín del Pino, José Alcina o Fernando Monge. Texto bien escrito, con cuidado y estilo, Marisa González ha devuelto a los expedicionarios el honor que ellos supieron rendir a los tan injustamente olvidados indios americanos.

JOSÉ LUIS PESET



INTRODUCCIÓN

Durante la segunda mitad del siglo XVIII, España se integró con el conjunto de países de la Europa occidental que veían en el desarrollo científico y cultural una parte importante, irrenunciable, del progreso general de sus respectivas naciones. En ese contexto se desarrollan los estudios de "Historia Natural—entre otras ramas científicas— y, dada la especial situación de nuestro país, adquieren un gran protagonismo las expediciones científicas al continente americano. Destacan entre ellas las de Ruiz y Pavón a Perú y Chile, Félix de Azara al Río de la Plata, José Celestino Mutis a Nueva Granada, Sessé y Moziño a Nueva España, y los hermanos Heuland a Chile y Perú; podríamos mencionar también las de Baltasar Boldó a Cuba, y Humboldt y Bonpland a las regiones equinocciales de América.

Sin embargo, una de las más completas fue la dirigida por Alejandro Malaspina entre 1789 y 1794, llevando como naturalistas a Antonio de Pineda, Luis Née y Tadeo Haenke. Recorrieron en dos corbetas — Descubierta y "Atrevida— las costas de América, Asia y Oceanía, abarcando un gran número de campos científicos, desde el puramente cartográfico al directamente etnológico, sin olvidar otras facetas que entonces se incluían también en la "Historia natural", como los estudios zoológicos, mineralógicos o hidrográficos. Desgraciadamente no pudieron publicarse los resultados completos de este viaje, al verse envuelto el comandante Malaspina, a su regreso a España, en una intriga política que culminó con su encarcelamiento.

Debido a ello, cuando acaba de cumplirse el bicentenario de este viaje, permanecen todavía en la oscuridad de los archivos un número importante de documentos esenciales para valorar en su conjunto el trabajo de la expedición: muchos de ellos —informes, cartas, cuestionarios, dibujos, diarios, trabajos hidrográficos, etc.—se conservan en el Museo Naval de Madrid, en tanto que otros están desperdigados por diversas bibliotecas y ciudades: en Madrid, en el Museo de Ciencias Naturales, el Jardín Botánico, el Archivo Histórico Nacional, etc.; hay algunos en la Biblioteca Municipal de Santander y otros están fuera de España, como ocurre con los documentos de la Colección Bauzá que se conservan en el Museo Británico de Londres.

No todos los fondos documentales, empero, quedaron inéditos. Algunos de los expedicionarios pudieron difundir parcialmente sus investigaciones, como José Espinosa y Tello, que publicó en 1802 una descripción del viaje al Estrecho de Juan de Fuca, y en 1809, un trabajo en dos tomos sobre sus observaciones astronómicas e hidrográficas. En otros casos, los documentos vieron la luz tras la muerte de sus autores; así, en 1868, el Anuario de la Dirección de Hidrografía editó la navegación de la corbeta «Atrevida», que iba al mando del otro Comandante de la expedición, Bustamante y Guerra; en 1849, por otra parte, ya habían impreso los hijos del oficial Francisco Javier de Viana el diario de navegación escrito por su padre.

Pero la obra que mejor reflejó la importancia de esta circunnavegación fue sin duda el *Viaje político y científico alrededor del mundo...*, transcripción íntegra que hizo el célebre marino decimonónico Pedro Novo y Colson de uno de los diarios generales del viaje, el correspondiente al manuscrito 753 del Museo Naval de Madrid, con algún añadido de otros documentos relevantes.

En consonancia con ese tímido proceso de recuperación de los papeles originales de la expedición, fueron apareciendo, ya en nuestro siglo, una serie de obras cuya misión fundamental era la divulgación de la importante labor científica desarrollada por Malaspina y sus compañeros. Uno de los primeros intentos en este sentido fue la Conferencia pronunciada en junio de 1923 por Agustín Barreiro, con el título de *La expedición de D. Alejandro Malaspina*. Posteriormente, Justino Fernández y Lorenzo San Feliú Ortíz reprodujeron los manuscritos elaborados por otros dos componentes del viaje, el de Tomás de Suria y el de Antonio de Tova y Arredondo, cuyos originales se encuentran en la Universidad de Yale (Estados Unidos) y en la Biblioteca Municipal de Santander, respectivamente.

A ellos hay que añadir una larga lista de investigadores contemporáneos, entre los que se encuentran Barras de Aragón, Guillén Tato, Héctor Ratto, Torre Revelló, Bonifacio del Carril, Iris Wilson, Laurio Destefani, Donald Cutter, etc., que han ido desempolvando pacientemente parte de los documentos relativos a éste, tan insigne como desconocido, viaje.

Ya prácticamente en nuestros días han aparecido diversos libros y artículos que estudian aspectos parciales de la expedición. Entre los primeros, habría que destacar el de Carmen Sotos sobre los pintores, el de Andrés Galera sobre la labor científica de Antonio Pineda, los de Darío Manfredi y Juan Pimentel sobre la figura de Malaspina y el de Virginia González Claverán sobre los trabajos realizados por la expedición en Nueva España. A ellos hay que añadir la transcripción que hicieron M. Palau, A. Zavala y B. Sáez de uno de los diarios generales, y diversos trabajos de la primera (Mercedes Palau), entre los que cabe citar el Catálogo de dibujos, aguadas y acuarelas de la expedición. Ya que hemos mencionado un Catálogo, digamos que hay otros dos de especial importancia: el realizado por Dolores Higueras, que recoge los documentos que se hallan en el Museo Naval de Madrid, y el de Mª Angeles Calatayud, que no es específico de la expedición Malaspina.

pues relaciona los documentos de varios viajes que se encuentran en el Museo de Ciencias Naturales de Madrid.

Seremos más breves en la mención de artículos, para no hacer farragosa esta pequeña introducción. Destaquemos únicamente los de Fermín del Pino sobre diversos aspectos etnológicos de la expedición, y el estudio de M.L. Martín Meras sobre los vocabularios indígenas que recopilaron los viateros

El presente trabajo se inscribe pues en esa línea de reivindicación de la importancia científica de la expedición de Alejandro Malaspina y, más concretamente, en ese proceso fructífero —pero todavía insuficiente— de estudio de aspectos concretos del viaje. Se trata en este caso, centrándonos en algunos pueblos de la América más meridional, de demostrar el importante papel que desempeñaron los científicos de esta expedición en el conocimiento de la naturaleza americana en general y de sus habitantes en particular. En este último aspecto, habría que decir ya desde ahora que la labor de los expedicionarios se caracterizó por la meticulosidad con que prepararon sus encuentros con los naturales, reuniendo una copiosa información previa y elaborando unos completísimos cuestionarios antes de la partida; ya sobre el terreno, supieron atraerse a los indigenas y procuraron entrevistarse con ellos el mayor número posible de veces.

Nada tiene de extraño, pues, que la resultante de ese rigor metodológico y esa exhaustiva información previa fuera un estudio serio, equilibrado y profundo de las más diversas facetas de aquellos pueblos, desde las puramente físicas –facciones, porte, medidas...— a las culturales, entendidas también éstas en su más amplio sentido.

Para la realización de este trabajo hemos acudido a los fondos de diversos Archivos: muy especialmente los del Museo Naval de Madrid (en las Notas, M.N.), y también los del Museo de Ciencias Naturales de Madrid (M.C.N.), Biblioteca Municipal de Santander (B.M.S.) y British Museum de Londres (B.M.). Hemos completado esa información con las visitas a las Hemerotecas Municipal y Nacional de Madrid, y con la consulta de diversas Bibliotecas, entre las que destacamos: la Nacional, las del C.S.I.C., Ateneo e Instituto de Cooperación Iberoamericana (I.C.I.), y las de los Museos Etnológico y de América (todas ellas en Madrid) y la Escuela de Estudios Hispanoamericanos de Sevilla.

En todos los Centros de investigación mencionados nos hemos servido de la experiencia, ayuda y consejos de numerosas personas. Quisiéramos destacar a Mª Angeles Calatayud, Mª Dolores Higueras y Mª Luisa Martín Meiras en el trabajo de Archivos; a Jaume Josa y a Fermín del Pino, por sus indicaciones al comienzo de este estudio; a Raquel Alvarez, Andrés Galera, Francisco Pelayo, M. Angel Puig-Samper, y en general todos los miembros del Departamento de Hª de la Ciencia del C.S.I.C., por la ayuda y apoyo continuo que me han brindado, con un recuerdo muy especial a José Sala. prematuramente fallecido; a Alberto Sanchez Alvarez-Insúa, jefe de publica ciones del Consejo, por el entusiasmo con que acogió esta obra.

10

MARISA GONZALEZ MONTERO DE ESPINOSA

Finalmente quisiera mostrar mi más profundo agradecimiento a José Luis Peset, no sólo por su apoyo constante, sus consejos, orientaciones y sugerencias, sino sobre todo por su capacidad para guiar esta investigación por la vía adecuada en cada momento. Quede pues constancia de que sin su dirección y su aliento no se hubiera podido culminar este estudio.

CAPÍTULO PRIMERO

LA CURIOSIDAD CIENTÍFICA POR EL HOMBRE AMERICANO

1. El interés ilustrado hacia el Nuevo Continente

a) El buen salvaje

Un jesuita chileno, el abate Juan Ignacio de Molina, escribía en una obra de 1788:

«La Europa vuelve al presente toda su atención hacia la América, deseando conocer con erudita curiosidad la diversidad de sus climas, la estructura de sus montes, la naturaleza de sus fósiles, la forma de sus vegetales y de sus animales, las lenguas de sus habitantes y en suma, todo lo que puede empeñar su atención en aquellas varias regiones».

Antes de abordar el aspecto de la curiosidad científica hacia el Nuevo Mundo, nos parece obligado mencionar, aunque tan sólo sea eso, otras «curiosidades» menos puras, más interesadas, que llevaban a los europeos, y a los españoles en particular², a poner los ojos con suma atención en las regiones americanas. Es obvio que nos referimos fundamentalmente a la cuestión política o, mejor dicho, al papel que comenzaba a jugar la baza americana en el equilibrio de fuerzas de las potencias europeas.

Molina, Compendio de la H^e geográfica..., vol. I, Prefacio del autor, pág. III.

^{2.} Por razones que no necesitan justificación, nos ocupamos aquí, de forma casi exclusiva, de la actitud española hacia el Nuevo Mundo; no obstante, queremos consignar que Francia rivalizó con España durante muchos años en este aspecto de la curiosidad intelectual hacia América; puede ef. a este respecto la obra de Silvio Zabala América en el espíritu francés...

América, podríamos decir simplificando, había permanecido ignorada durante las dos centurias precedentes: era la tierra de las riquezas, del oro y de la plata, de leyendas fabulosas, lugar propicio para dar rienda suelta a las mayores ambiciones, etc., pero su papel en lo que se entendía por mundo civilizado era en todos los aspectos muy secundario.

A comienzos del siglo XVIII la América española veía como su población comenzaba a crecer de un modo palpable; al mismo tiempo, se diversificaba la economía, con la paradójica consecuencia de que, a la par que aumentaban los recursos que le destinaba la Hacienda española, disminuía a ojos vista su dependencia de la metrópolis³.

Pero, por encima de todo, la gran amenaza para la Corona española, a nivel inmediato, venía de la expansión inglesa: no era sólo, con ser ya grave, el problema del contrabando, cada vez más en auge, y progresivamente más difícil de erradicar; era que la ambición británica, dirigida ya sin tapujos hacia el control comercial del Nuevo Mundo, parecía no tener límites.

La maniobra franco-española →Tercer Pacto de familia → para frenar la expansión marítima británica había fracasado claramente a comienzos de 1763: la Paz de París del 10 de febrero dejaba a España prácticamente sola ante la agresividad inglesa en América. De hecho, dos años después, en 1765, los ingleses ocupaban las Malvinas, provocando la declaración de guerra por parte del gobernador de Buenos Aires. Aunque, por una serie de intercambios entre las dos potencias (España e Inglaterra), los conflictos se mantuvieron a discreta escala⁴, el problema para España presentaba unas características más que preocupantes: de hecho, una nación sumida en una innegable decadencia desde algo más de una centuria atrás, era incapaz de garantizar la inviolabilidad de unas posesiones inmensas, que desbordaban sus capacidades en todos los sentidos, desde el aspecto hacendístico al puramente militar.

Bien, es verdad que, como insinuábamos líneas atrás, existía también un interés por América en el siglo dieciocho que iba más/allá del inmediato provecho comercial o de la estrategia política, un interés directamente relacionado con la característica más sobresaliente del siglo, su carácter de ilustrado. Más concretamente, aludimos a la curiosidad, al afán de saber, al interés por otros pueblos y otras formas de vida que se extienden por los centros intelectuales de Europa⁵.

Obsérvese que no nos ceñimos ahora mismo en concreto al campo propiamente científico, dado que en realidad ese ambiente intelectual al que nos referimos viene a ser más que nada una tendencia, una moda, un *espiritu*, más propio de salones o de polémicas públicas y brillantes, que resultado de unas investigaciones hechas con rigor, método y meticulosidad.

La civilización occidental estaba tomando mayor conciencia de sí misma, pero para su propio estudio necesitaba comparaciones y descripciones, baremos; en este sentido, las exploraciones y descripciones de los viajeros aportaban otro tipo de hombre, el salvaje, el hombre natural, que podía ser de cualquier raza o color: negro en el libro de Aphra Behn (*Oroonoko*, 1698), de tez aceitunada en las famosas Cartas Persas (1721) o en Rasselas de Samuel Johnson (1759), etc.⁶. Lo que importaba sobre todo era presentar un hombre distinto al de la civilizada Europa, base a partir de la cual especular sobre las ventajas y defectos de la propia cultura.

Siguiendo esta línea de análisis, Hélène Clastres, que data el comienzo de la preocupación por los -salvajes- a partir de la publicación de los *Diálogos* del Barón de la Hontan –1703–7, sintetiza magistralmente el trasfondo ideológico de ese interés dieciochesco por los hombres de otras latitudes:

-Los salvajes son en adelante objeto de un discurso que sólo los tiene en cuenta debido a que son aptos para encarnar la idea de una naturaleza universal; cuando se habla de ellos se habla de inmediato de la naturaleza, y únicamente de ella: naturaleza sabia, razón natural, opuesta al artificio y a la convención; pero también naturaleza dura, ineficacia y debilidad del derecho *natural* en relación con el derecho *positivo*. Así pues, la referencia a la naturaleza permite controversias, y entraña también visiones opuestas del salvaje, pero en todos los casos ella los convierte en una figura de lo universal, en un negativo. Por consiguiente, el salvaje sirve solamente para devolver a los civilizados la imagen de lo que no son-⁸.

Volviendo a lo que decíamos líneas atrás, no se trata, como bien puede apreciarse, de un debate propiamente científico sino más bien ideológico o filosófico. De hecho, aunque Buffon, como otros muchos naturalistas, no podía soslayar el tema —y era precisamente de los que hablaban de la barbarie de los civilizados en su comportamiento frente a los pretendidos salvajese—, el tono de la polémica lo marcan fundamentalmente los filósofos. Detengámonos brevemente en dos de ellos: Diderot y Rousseau, elegidos por lo que tienen de representativos; mencionaremos únicamente los aspectos de sus obras que nos sirvan para nuestro enfoque, que no es obviamente filosófico, sino antropológico en su vertiente científica.

En este sentido, todo lo que nos interesa de Diderot está en el famoso Suplemento al Viaje de Bougainville¹⁰; la cuestión básica aquí planteada es

Ancs, El A. Régimen, págs. 435 y ss.

Ibidem, pags, 365-367 v ss.

Domínguez Ortiz, Carlos III y la España de la Ilustración, págs. 211 y ss.

^{6.} Ogg, La Europa del A. Régimen, págs. 333-334 y ss.

Clastres H., Salvajes y civilizados..., en Chatelet (dir.), H^a de las ideologías, vol. II, pág. 177.

Ibidem, pág. 180.

^{9.} Duchet, Antropología e historia..., pág. 241.

^{10.} Para más información sobre Diderot, en el contexto de la mentalidad ilustrada, ef. Hazard. El pensamiento europeo..., págs. 332-342.

15

la de si la conducta humana puede ser juzgada universalmente de acuerdo con las normas (morales) establecidas en la sociedad europea. Diderot se refiere básicamente a las costumbres sexuales dibres de los habitantes de los Marcs del Sur -los tahitianos en particular-11, pero sus conclusiones terminan por ampliarse, estableciendo la típica comparación entre el estado salvaje y el civilizado. La posición de Diderot, no exenta de titubeos, parece inclinarse a favor del estado de naturaleza:

«A. ¿Así que preferiríais el estado de naturaleza bruta y salvaje? B. Vaya, no me atrevería a pronunciarme; pero sí que se ha visto en muchas ocasiones al hombre de la ciudad despojarse e internarse en la selva y que no se ha visto nunca al hombre de la selva vestirse y establecerse en la ciudad.12.

Este planteamiento implicaba una contradicción difícil de resolver, de la que el propio Diderot parecía ser consciente. En efecto, ¿cómo era posible conciliar los elogios a la civilización de las luces con el canto apasionado de la vida de los pueblos primitivos, al margen de todo progreso?¹³. Hay que tener en cuenta por lo demás que el mismo Bougainville había sido más prudente, presentando la vida de los salvajes, como otros muchos viajeros, como una continua lucha contra las adversidades, una existencia dura, casi miserable, en los límites mismos de la subsistencia.

La paradoja que implicaba el planteamiento de Diderot se resuelve en Rousseau en una contraposición casi maniquea entre civilización (el mal) y el estado de naturaleza (el bien). Al contrario que Diderot, Rousseau no se estaba refiriendo en concreto a ningún pueblo primitivo; su formulación de «buen salvaje», «hombre natural», etc., obedece a un esquema puramente teórico. Rousseau estaba trazando un modelo partiendo de un claro individualismo apriorístico, en contraposición no sólo a otros filósofos sino a naturalistas como Buffon, que solían hablar del género humano en su conjunto, con unas características claramente diferenciables del resto de los animales14.

Hay pues que enmarcar la preocupación rousseauniana por el hombre en un contexto más amplio, en una reflexión global sobre las relaciones entre el hombre y la sociedad, entre la individualidad y la sociabilidad, en una investigación «por la génesis del ser social, por la naturaleza de las sociedades humanas, su fundamento, su finalidad-15,

Siendo así pues Rousseau, en cierto modo, el más teórico de los ilustrados que reflexionan sobre estos temas, es también paradójicamente el que más puertas abre a las ciencias antropológicas en sentido moderno, hasta el punto de que muchos autores le atribuyen la paternidad de la rama que hoy conocemos como Etnología. Sin lugar a dudas Rousseau fue el autor que contribuyó más a cambiar la complaciente concepción del hombre vigente en su tiempo16, y en ese sentido su obra actúa como un revulsivo que desborda el campo estricto de la filosofía y afecta al campo científico en general y a la Antropología científica en particular.

En conclusión, podríamos decir que la reflexión antropológica de la Ilustración -con todas las inevitables simplificaciones que tal planteamiento conlleva- desembocaba finalmente en la necesidad de reconstruir el estado «natural», «original» del hombre; se trataba de recuperar así al hombre libro de los artificios de la sociedad, de los convencionalismos culturales, etc. En este proceso no influyó sólo Rousseau; otros muchos pensadores, desde perspectivas diferentes, sintieron como mínimo curiosidad por la otra cara de la moneda del hombre civilizado.

Este planteamiento que, como hemos dicho, era primariamente filosófico o ideológico, termina sín embargo por afectar a la Historia Natural y a la incipiente Antropología. Ya hemos visto cómo Buffon, por citar un eximio representante de las corrientes científicas, participaba, como uno más, en las polémicas. Pero es que hay más: no podemos olvidar las diversas vertientes que presentaba el tema, que iban desde la curiosidad por los orígenes del hombre –del ser humano como especie–¹⁷, hasta la comparación entre civili: zación y «salvajismo» en todos los aspectos. Una comparación teñida, como dice Bestard Camps¹⁸, por la «nostalgia de una vida diferente en armonía con la naturaleza».

b) Las controversias ideológicas sobre América y los americanos

Retomemos nuestro hilo conductor, el interés hacia América y sus habitantes presente de un modo continuo, a lo largo de toda la centuria, en la Europa ilustrada. «En un ambiente cultural como el de la Europa setecentista», nos dice un especialista en la materia, el P. Batllori¹⁹, «en la que los estudios exóticos se abrían ya un camino prerromántico, América volvió a ser un centro de interés como tal vez no lo había sido desde los renacentistas días del descubrimiento». Exotismo, curiosidad científica..., pero también intereses concretos, materiales; no en vano algunos autores han puesto en relación antropología y colonialismo, refiriéndose a la relación de España con América²⁰. Pero ya dijimos algo sobre ello líneas atrás; ahora querernos detenernos más bien en una de las vertientes de ese interés ilustrado por

^{11.} Bitterli, Los «salvajes»..., págs. 505-507.

^{12.} Diderot, Suplemento..., págs. 145 y 153-154.

Duchet, op. cit., pág. 397.

Bitterli, op. cit., págs. 336-341.

Duchet, op. cit.,pág. 323.

^{16.} Cf. Starobinski, "I.I. Rousseau-, en Belaval (dir.), Racionalismo, Empirismo, Ilustración, pág. 321-322. Palerm, H^e de la Etnología, Vol. I, p. 307. P.P. Gossiaux, «Sequences de l'histoire...., en Histoire de l'Anthropologie, p. 67-85.

Leclerc, Antropología y colonialismo, p. 243-252.

Bestard Camps: J.L. Estudio preliminar al Viaje a Tabiti, págs. 10-18.

Batllori, La cultura bispano-italiana..., pág. 577.

Cf. el artículo de F. del Pino -Antropología y colonialismo.... Revista Española de la Opinión Pública, 1975

LA ILUSTRACION Y EL HOMBRE AMERICANO

17

todo lo americano, el que se pone de relieve con la organización de las expediciones científicas:

El movimiento que impulsó las expediciones científicas se integra dentro de lo más representativo del espíritu ilustrado, puesto que en él convergen algunos de los anhelos más puros que inspiraba la conducta de la minoría dirigente: deseo de comunicación e intercambio con otras culturas, afán pedagógico, impulso viajero de conocimiento y aventura, apertura de nuevos horizontes científicos, etc.²¹.

Las expediciones científicas constituyen en efecto, como veremos más detenidamente en el próximo capítulo, una de las expresiones más características de la política científica de la España ilustrada con respecto a los territorios americanos. Su importancia en el conjunto de la labor científica de esa centuria no necesita ser subrayada; basta simplemente con ver la diversidad de facetas que incluyó entre sus objetivos una expedición como la de Alejandro Malaspina –estudios de Química, Zoología, Botánica, Física, Geología, Antropología, etc.–²², para calcular la magnitud del esfuerzo.

Hay que añadir sin embargo que a pesar de sus importantes logros y sus buenas intenciones, la política científica de los Borbones careció de profundidad: no fue ni flexible ni constante ni, en último término, a pesar de las apariencias, generosa en la medida en que se necesitaba²³. Baste sencillamente posar la mirada en el desenlace de la expedición de Malaspina para comprender que no son exageradas esas apreciaciones.

Pero centrémonos ya en la América real y concreta, en las tierras y en los indígenas que tanto atraían, como hemos explicado, a los europeos. El hecho mismo de la existencia de seres humanos en América planteaba a la ortodoxia cristiana una serie de cuestiones problemáticas que el transcurso de los siglos, por sí sólo, no parecía iluminar. Siguiendo a P. Honigsheim²⁴, cuatro eran los problemas que implicaba la existencia de\otras civilizaciones en aquellas tierras:

En primer lugar, la cuestión de cómo podía explicarse la presencia de aquellas tribus indígenas antes de la llegada del hombre europeo, antes del Descubrimiento, y sobre todo cómo podía hacerse compatible cualquier intento de explicación con el concepto bíblico-cristiano del mundo; cuestión cuya única salida aceptable si no se quería poner en entredicho el Diluvio Universal y sus consecuencias, implicaba otro problema: ¿cómo habían llegado los descendientes de Noé desde el Viejo Continente a aquellas lejanas tierras?

En segundo lugar se encontraba el hecho de enfrentarse intelectualmente ante esos otros hombres: ¿eran en lo esencial iguales a los europeos?;

¿suponía el calificativo de «salvajes» una mera comparación del nivel de distintas culturas, o algo más? Esas y otras preguntas parecidas abrían a su vez nuevos interrogantes: ¿habían actuado de modo conveniente los españoles al destruir las diversas culturas indígenas? (problema que obviamente el dieciocho, siglo que pretendía ser de la libertad y la tolerancia, no podía ver con los mismo ojos que las centurias precedentes); más específicamente, ¿cómo se podía juzgar la política de reservas de indios que desarrollaban los jesuitas en ciertas zonas como Paraguay?

Esas preguntas podían ser respondidas, y así lo fueron, desde perspectivas muy diferentes: no hay que olvidar por ejemplo que fue en el propio ámbito hispano donde surgieron las primeras reflexiones críticas sobre el hecho mismo de la colonización y sus métodos (los escritos de Fray Bartolomé de las Casas). La defensa del indígena, que había sido el motor constante de la actividad del famoso misionero español se continúa o, mejor dicho, rebrota con más fuerza, en el siglo de las Luces: «se acentúa en el siglo XVIII—nos dice Esteve Barba²— un indigenismo, vivo en América desde los tiempos de La Araucana», que considera a determinados protagonistas del choque entre las dos culturas, como Caupolicán, un modelo de valor, un espíritu de independencia, un anhelo de libertad, que debe ser admirado —y de hecho lo es— hasta por sus propios enemigos, los conquistadores españoles.

Pero fueron sobre todo tres obras de autores no españoles, aparecidas en algo menos de diez años, entre 1768 y 1777, las que provocaron mayor recelo, e incluso escándalo, a todos los niveles, en las instancias oficiales españolas por la manera en que descalificaban la colonización española de América en general y la labor de los jesuitas en particular²⁶. Nos estamos refiriendo obviamente a las obras de De Pauw (*Recherches philosophiques sur les Américains...*, 1768-69), Abate Raynal (*Histoire philosophique et politique...*, 1770) y William Robertson (*The History of America*, 1777).

Así por ejemplo, uno de ellos, el Abate Raynal escribía lo que sigue acerca de la conquista de América:

«No nos habla la Historia mas que de conquistadores, que se ocupáron, con desprecio de la sangre y felicidad de sus súbditos, en extender su dominacion; pero no nos presenta ejemplar ninguno de un Soberano al que haya ocurrido el pensamiento de restringirla. ¿No hubiera sido lo uno sin embargo tan acertado como fatal ha sido lo otro y no sucederia con la extensión de los imperios lo mismo que con la población?»²⁷.

La respuesta inmediata fue, como era previsible, la prohibición de tales obras²⁸. Sin embargo, sería una simplificación inaceptable pensar que todo

^{21.} Abellán, Hº critica, vol. III, p. 818.

^{22.} Cf. la obra de A. Galera Ilustración española y el conocimiento del Nuevo Mundo, en particular p. 149-211.

^{23.} Peset, Ciencia y Libertad..., pág. 342 y ss.

^{24.} Honigsheim, P., -Voltaire as anthropologist, en American Anthropologist, 47:1, p. 109.

^{25.} Esteve Barba F.: Historiografía indiana, p. 19.

^{26.} Abellán, op. cit., vol. III, p. 715.

^{27.} De los pueblos y gobiernos, p. 80.

^{28.} Defourneaux, Inquisición y censura de libros..., p. 145. Cf. también Herr, España y la revolución del s. XVIII, pág. 59.

quedó ahí, en mera prohibición, censura, intervención de los organismos inquisitoriales, etc. Lo que molestaba sobre todo, como señalaba el Espíritu de los mejores diarios²⁹, era el ataque sistemático -como el que hacía Raynal--contra la Religión, los Eclesiásticos y los Gobiernos-. Pero, en el otro aspecto, tocante a la situación del indio, hay que insistir en que España, o mejor dicho, determinados sectores intelectuales españoles, no habían dejado de mostrar cierta sensibilidad contra todo lo que significara abuso del indígena, degradación de éste, penosas condiciones materiales de subsistencia, etc. Poco antes por ejemplo de la época concreta en que nos referimos -finales de siglo- Jorge Juan y Antonio de Ulloa, en sus Noticias secretas de América, hacían una dura crítica del trato que se daba a los indígenas.

MARISA GONZALEZ MONTERO DE ESPINOSA

Teniendo en cuenta estas premisas, no es de extrañar que frente a las tesis de los citados Robertson, Raynal y De Pauw, resurgiera con más fuerza que nunca esa corriente, que en este caso no sólo reivindicaba los valores de la colonización hispana y la acción de los jesuitas, sino que profundizaba en el estudio histórico, etnográfico, lingüístico, etc., de los americanos, e incluso exaltaba sin medida todo lo referente a aquellas tierras. Porque, en este último aspecto, no hay que olvidar, como señala el P. Batllori³⁰, que las obras de los autores extranjeros mencionados no sólo criticaban la labor española en América sino que caían en el menosprecio de la naturaleza misma del Nuevo Mundo, incluyendo a sus habitantes.

Así por ejemplo, Robertson, que consideraba que los americanos eran todos «salvajes», a excepción de los mexicanos y peruanos, hacía un estudio pormenorizado de la constitución física, facultades intelectuales, instituciones, artes, ideas y costumbres de los habitantes del Nuevo Continente; limitándonos ahora mismo al primero de los aspectos, la constitución física, señalaba el estudioso escocés que el rasgo más llamativo era la debilidad de hombres y mujeres, producida por un conjunto de causas físicas, morales y políticas³¹.

Aunque Robertson pretendía ser en su análisis imparcial, objetivo y científico, no podía evitar los prejuicios propios de la época en la descripción de aquellos seres humanos, que no se ajustaban al patrón europeo. Todavía sin embargo aparecían peor los indígenas en la obra de De Pauw, pues junto a la debilidad que ya señalaba Robertson, tenían una serie de rasgos no precisamente positivos: menos sensibilidad, menos humanidad, menos gusto, menos instinto y menos corazón, siempre menos que... el modelo europeo32.

En cualquier caso, no se debe perder de vista que este gran interés por todo lo referente al continente americano tuvo una repercusión directa en el conocimiento científico en general y el etnológico en particular. Más aún, casi podríamos decir que las controversias ideológicas eran sólo un apéndice de la investigación o, como mínimo, de la curiosidad de tipo científico. Así, el propio De Pauw intentaba refutar la tesis de Buffon sobre la antigüedad de los americanos:

> «Ceux qui n'ont point affez réfléchi fur la conftitution du climat de l'Amerique, & le tempérament de fes habitants, ont cru qu'on pouvoir les prendre pour des etrangers, pour des peuples nouveaux, qui n'avant été expofés que depuis peu à l'action & aux influences de leur ciel, n' avoient pas en le temps de fe noircir entiérement entre les Tropiques. Mr. de Buffon femble avoir penché vers ce fentiment, qui est infoutenable, malgré l'autorité d'un Naturalifte fi ingénieux, & quelquefois plus ingénieux que la Nature elle même 33.

En las páginas que siguen nos vamos a ocupar más detenidamente de algunos de los problemas sobre el hombre americano que aquí sólo hemos enmarcado y esbozado, abandonando ya, hasta donde ello es posible, los aspectos ideológicos o filosóficos, para centrarnos en los propiamente cien tíficos o antropológicos.

2. TRES POLÉMICAS SOBRE LOS INDÍGENAS

a) El problema del poblamiento de América

Esta cuestión, suscitada a raíz del Descubrimiento, alcanzó gran auge en siglos posteriores, cuando los habitantes del Viejo Continente se interesaron desde el punto de vista científico por aquellas lejanas tierras. A medida que aumentaba la curiosidad acerca de cómo eran y vivían los hombres del Nuevo Mundo, se hacía más apremiante resolver la cuestión de su asentamiento. Raro era el autor que trataba sobre América que, de un modo u otro, no terminara mencionando el tema. La preocupación sobre el poblamiento de las Indias contribuyó, como demuestra H. Capel³¹, a consolidar la teoría de una evolución geológica del globo.

Ya en el siglo XVI, el polígrafo extremeño Arias Montano dejaba correr su imaginación en los términos siguientes: América, según él, fue poblada por los hijos de Joctán (bisnieto de Sem); uno de ellos, Ofir, ocupó el noroeste de las nuevas tierras, descendiendo posteriormente hasta Perú, mientras que el otro, Johab, se instaló por la zona de Brasil.

Cf., Espíritu de los mejores diarios, 1789, 5, 12 y 19 de Enero.

Batllori, op. cit., pag. 581.

Robertson, Hª de América, vol. 2, p. 39-68.

^{32.} Cf. Gerbi, la disputa..., pág. 70. Hay que advertir no obstante que De Pauw no consideraha que esa inferioridad del hombre americano fuera motivo suficiente para que los europcos los utilizaran como animales, todo lo contrario, hasta el punto de que De Pauw es unánimemente reconocido como uno de los más ardientes defensores de los derechos de los indígenas (Ibidem, pag. 71)

Pauw, Recherches..., t. 19, p. 225.

^{34.} Cf. La Física Sagrada, cap. 4º, págs. 69-81

A comienzos del siglo XVII Gregorio García se dedicó a recoger todas las teorías existentes en el momento sobre la llegada del hombre a América; fruto de ello fue la publicación de una obra con el título de Origen de los Indios del Nuevo Mundo e Indias Occidentales. Aunque en un primer momento García parece reacio a dar su opinión, termina por dar su punto de vista en el capítulo XXV del libro IV35.

El religioso español es partidario de un poblamiento poligénico, planteamiento que deriva de la creencia de que ni todos los americanos proceden de una sola nación ni todos ellos siguieron una misma ruta. Basa el dominico sus aseveraciones tanto en la diversidad de lenguas del Nuevo Continente como en la existencia de supuestas costumbres, leyes y ritos procedentes de pueblos lejanos (griegos, chinos, hebreos, cartagineses...).

Prueba de que las elucubraciones de Gregorio García no parecieron a sus contemporáneos muy desatinadas -o que, por lo menos, no se habían formulado otras manifiestamente mejores que las anularan-, fue la reimpresión en 1729 de la misma obra, con ligeras variaciones.

En general los ilustrados seguían la hipótesis del P. Acosta, manteniendo que el paso se había efectuado, por tierra o por mar, a través de Kamchatka³⁶. Este era el criterio del P. Torrubia o del historiador Lorenzo Boturini (Idea de una nueva Historia General de la América septentrional) por citar tan sólo dos casos representativos.

Sin salir demasiado de ese marco, las consideraciones de W. Robertson presentan un mayor rigor desde todos los puntos de vista. Por lo pronto critica Robertson la falta de base científica de la mayor parte de las teorías existentes, lo cual las convierte en meras especulaciones, cuando no en frivolidades; en este último apartado entrarían, según el historiador escocés, las supuestas semejanzas entre las costumbres o las religiones americanas y la de otros pueblos37.

Partiendo de que «toda la especie humana tiene un mismo origen», Robertson piensa que los que llegaron a América tuvieron que hacerlo por la parte septentrional, ya fuera desde el Nordeste de Asia o desde el Noroeste de Europa (vía Groenlandia). Pero bastaba disentir de la hipótesis monogenista para que toda esa construcción se viniera abajo. Veamos en este sentido la crítica de Voltaire:

«Ya no se cansan de inventar sistemas respecto a como pudo poblarse la América, no me cansaré yo tampoco de decir que el que hizo nacer en aquellos climas las moscas, hizo también nacer a los hombres. Por grandes deseos que se tengan de disputar, no puede negarse que el Ser Supremo que preside toda la Naturaleza hiciera nacer en el grado 48, animales de dos pies, sin plumas, cuya piel participa del blanco y del encarnado, con barbas largas casi rojas-38.

LA ILUSTRACION Y EL HOMBRE AMERICANO

Como puede apreciarse, la discusión se polarizaba en torno a dos cuestiones fundamentales, el origen del hombre y, en función de la respuesta que se diera a ese primer punto, el paso del Viejo al Nuevo Mundo. En cualquier caso, las diversas hipótesis venían siempre condicionadas por la lectura que cada autor hiciese de las Sagradas Escrituras. Uno de los principales autores españoles del siglo, Feijoo, no podía ser más claro al respecto:

> «Efta queftion es de mucho mayor importancia, que la que à primera vifta ocurre. Parece una mera curiofidad hiftorica; y es punto en que fe intereffa infinito la Religion; porque los que niegan, que los primeros pobladores de la America hayan falido de efte nueftro continente para aquel, configuientemente niegan, contra lo que como dogma de Fê tiene recibido la Iglesia, y eftà revelado en la Efcritura, que todos los hombres, que hai en el Mundo, fean defcendientes de Adan: de donde fe figue, que todas las dificultades, que ocurren en la tranfmigracion de los primeros habitadores de la America defde nueftro continente à aquel, firven de argumentos à los espiritus incredulos, para impugnar el dogma de que Adàn, y Eva fueron padres univerfales de el humano linage-39

El propio Feijoo es de los que intentan resolver esas «dificultades», aunque en este caso optara por una solución de compromiso: como han existido, nos dice, muchas y grandes mutaciones en el orbe terráqueo, gran parte de lo que aparece como tierra fue en otro tiempo mar, y viceversa; por tanto, «es ociofo bufcar en los Mapas el rumbo por donde los primeros pobladores de la America paffaron à aquellas Regiones. Eftaba la fuperficie de el Globo diferentifsima entonces, que ahora.40.

El problema del origen, decían pues muchos autores, es un falso problema, no existe como tal, dado que está resuelto en las Sagradas Escrituras. La cuestión sería simplemente: ¿cómo llegaron hombres y animales a América? En este marco se inscriben, por ejemplo, las consideraciones de González de la Rasilla.

García, G. Origen de los Indios..., p. 314-316.

Alcedo y Herrera, A.: Diccionario geográfico histórico... Voz América.

Robertson, op. cit., vol. 2, p. 20-38.

^{38.} Voltaire, Diccionario filosófico, en García de Paredes, El pensamiento de D. Lorenzo Hervás..., p. 78.

Feijoo, Teatro Crítico vol. V. p. 321.

Ibidem, Discurso XV, págs. 320-350.

En una *Disertación* leída en 1794 en la Academia de Letras Humanas de Sevilla⁴¹, partía de dos principios que consideraba indiscutibles: los pobladores de América procedían de Adán (descartando pues que Dios los creara después o aparte), y los animales procedían de los que Noé llevó en el Arca. A partir de ahí, el único problema, como señalábamos antes, es el del paso, resuelto en unos términos parecidos a los de Feijoo: Europa y América estuvieron unidas tiempo atrás.

Demasiado fácil, decían algunos críticos de esa hipótesis; para éstos otros -P. Gumilla, A. de Ulloa- era más factible el paso marítimo. Además, el primero, el P. Gumilla, reflexionaba agudamente sobre determinados aspectos del paso de los animales del Viejo al Nuevo Continente:

«¿Porqué ó cómo tan enteramente se fuéron ó trasladáron de este Mundo antiguo al nuevo los Vicuñas, Paquiras, Ovejas del Perú y otros muchos animales perfectos, desterrándose ó desterrándolos todos, sin dexar un individuo solo de su especie, y sin quedase memoria suya ni en Plinio, ni en Aristóteles, ni en otros Autores? Mas: siendo algunos de ellos domésticos, y casi todos muy útiles al hombre, se hace increible, que el resto de los hombres, que se quedaron poblando estas tres partes del Mundo, se descuidasen tanto, y los dexasen retirar del todo.⁴².

Antonio de Ulloa mantiene una visión del poblamiento que inevitablemente habría de calificarse de ingenua: a partir del modelo del Arca de Noé, los hombres construyeron barcos, que fueron empujados por vientos favorables..., pues qualquiera embarcación que se dexe correr a su voluntad desde las costas de Europa en las partes Meridionales, o de las de Africa, ha de ir por precisión a dar a las Indias más o menos apartadas de la Equinocial entre los Trópicos⁴³. Los pobladores no regresaron de allí en parte por los propios vientos (ahora desfavorables) y en parte por el recuerdo de las calamidades pasadas.

Para el historiador español Juan Bautista Muñoz pasaron al continente americano los más rústicos e ignorantes de entre los descendientes de Noé⁴⁴. Lo hicieron desde el Norte de Europa —lugar en que suponía que estaban unidos los continentes— o por el pequeño estrecho que separaba el extremo oriental de Asia de América.

Quisiéramos resaltar el matiz de menosprecio hacia los pobladores del Nuevo Mundo -extensible luego a todos sus habitantes- que está presente en el planteamiento de Muñoz, por ser una de las cuestiones más polémicas entre los especialistas del siglo de las Luces. Nos ocuparemos de ello un poco más adelante.

De entre los autores americanos que se detuvieron en el tema quisiérantos destacar a Juan Ignacio Molina y al P. Clavijero. El primero se ocupó principalmente del problema de la procedencia de los indígenas⁴⁵; las respuestas de los chilenos eran lo suficientemente variadas como para que el naturalista no pudiera sacar nada en claro, salvo el hecho de que invocaban a unos antepasados —*Peñi Epatum* (hermanos Epatum) o *Glyche* (primitivos) en sus reuniones, al mismo nivel que sus divinidades. Por otro lado, partiendo de la observación de que los sureños eran de un carácter más dulce que los habitantes del Norte de América, establecía Molina la hipótesis de que el poblamiento había seguido dos vías diferentes, una por el Noroeste y otra por el Sur.

El estudio del P. Clavijero es más claro, detenido y profundo. En su primera disertación establece una diferenciación entre el paso (terrestre) de cuadrúpedos y reptiles, y el de los hombres, que pudo ser por tierra, mar o hielo. Partiendo de un análisis de las lenguas americanas, concluye que no proceden los americanos de ninguno de los pueblos eque existen actualmente en el Antiguo Mundo. In siendo por tanto calificado el poblamiento de eantiquísimo. (Babel), siendo por tanto calificado el poblamiento de eantiquísimo.

Otra de las hipótesis sobre el tema que más aceptación tuvo fue la de la existencia de la Atlántida, defendida entre otros por Hervás y Panduro¹⁰. Decía el conquense, como algunos otros autores que ya hemos visto, que el tránsito del Viejo al Nuevo Mundo siguió dos vías diferentes: una, desde el norte de Asia por el Estrecho de Bering; y otra, por la parte meridional, a través de la Atlántida⁵⁰. Incluso algunos animales de la América septentrional no tan resistentes al frío, debieron pasar también por vía de la Atlántida⁵¹. Como la mayoría de los autores (De Pauw era una excepción en este caso), opinaba Hervás que la llegada del hombre a las nuevas tierras tuvo lugar en la remota antigüedad, habiéndose creado desde entonces un estado de incomunicación entre uno y otro Mundo que explicaba la inexistencia de elementos comunes en el lenguaje:

-La sola observación de no hallarse palabras de los idiomas curopeos, asiáticos y africanos en las lenguas americanas basta para que se conozca claramente que las naciones americanas, sin mezclarse ni tratar con las de otros continentes, pasáron á América prontamente al suceder la dispersión del linage humano despues de la confusion de las lenguas en Babel-⁵².

Glez, de la Rasilla, Disertación... (Ms.).

^{42.} Gumilla, He natural, civil..., t. 2, pág. 50.

^{3.} Ulloa, Noticias americanas, p. 312.

Muñoz, Hª del Nuevo Mundo, t. I., pág. 14. Sobre la figura del creador del Archivo de Indias de Sevilla, véase Alcina Franch, J., El descubrimiento científico de América, capítulo 6.

^{45.} Molina, Compedio de la Ha..., t. 2, págs. 1-3.

^{46. -}Sobre el origen de la población de América y particularmente de la de Méjico-. Esta Disenación se encuentra en la H^a antigua de Megico, vol. II, págs. 197-223.

^{47.} Clavigero, op. cit., vol. II, págs. 206-8.

^{48.} Ibidem, vol. II, págs. 200-201.

^{49.} Remitimos aquí, por no interesarnos el tema más que de un modo tangencial, a las leyendas clásicas sobre la existencia y posterior hundimiento de la Atlántida.

^{50.} Hervás, Catálogo de las lenguas, t. 1, págs. 394-6.

^{51.} Ibidem, t. 2, pág. 287.

^{52.} Ibidem, t. 1, pág. 113.

Buffon, monogenista como la mayor parte de los autores que aquí hemos considerado⁵³, se diferencia no obstante de éstos por su postura más crítica y la base científica de sus razonamientos; en síntesis, consideraba que los primeros colonizadores debieron desembarcar por la zona norte, pero el frio excesivo de esos territorios les debió empujar progresivamente hacia partes más meridionales -México, Perú...- dispersándose después hacia otros lugares, hasta cubrir el continente⁵⁴.

Pensaba el naturalista francés que tras esta primera oleada colonizadora, había tenido lugar una segunda:

> -tambien puede presumirse como muy verosimil, que los habitadores del Norte de la América en el Estrecho de Davis, y de las partes septentrionales de la tierra del Labrador fueran alli desde Groenlandia (...) y en quanto al modo con que se poblaria Groenlandia, puede creerse, con la misma verosimilitud, que los lapones pasarian a ella desde el Cabo Norte....55

A pesar de la mayor autoridad, en todos los sentidos, del científico galo, sus palabras deben sonamos ya a conocidas. En realidad eso es así, digámoslo ya para concluir, porque casi todos los autores que hemos ido viendo a lo largo de estas páginas manejan un número muy reducido de hipótesis. Las coincidencias son muchas, hasta tal punto que cabe hablar en la mayoría de los casos de matices discordantes dentro de una concepción global del hecho poblacional muy semejante. En este sentido, hay que recordar que la abrumadora mayoría de los pensadores de la Ilustración tenían que someterse, de buena gana o por fuerza, a los dictados de la Religión, lo cual quería decir en este caso, a la letra estricta de las Sagradas Escrituras. La Creación, la descendencia de Adán, el Diluvio, etc., eran episodios que ninguna teoría, del modo más indirecto o parcial, podía poner en cuestión. No es extraño, pues, que gran número de los escritores que se ocuparon del poblamiento de América hicieran continuas referencias a episodios de la Biblía, incluso para datar la fecha aproximada en que había tenido lugar la llegada del hombre al Nuevo Continente.

Quizás tan sólo los autores que sustentaban una hipótesis poligenista escapaban en cierto sentido a esa regla general. Por lo pronto, ellos podían obviar el problema de cómo pasaron los descendientes de Adán del Viejo al Nuevo Continente, sosteniendo que Dios los había puesto allí desde un principio.

Obviamente, no podía ser ésa la postura de los autores que escribían desde el ámbito hispano. Baste recordar las palabras de Feijoo transcritas páginas atrás. Por ello, la polémica sobre el poblamiento de América se centraba en dos cuestiones que se superponían: si el tránsito se había hecho por tierra o por mar, y si por el Norte o por el Sur; este esquemático planreamiento se enriquecía luego con diversas variaciones, dando lugar a las diversas posiciones que hemos visto.

No hay que olvidar por otro lado que las grandes objeciones que se le podían buscar a cualquiera de las hipótesis, obligaban a los historiadores, naturalistas, etc., a desarrollar otras hipótesis complementarias, como la existencia de la Atlántida, que también vimos en las páginas precedentes.

Habría que argüir en defensa de esos ilustrados que incurrían en imprecisiones notorias y en especulaciones gratuitas, cuando no en invenciones fabulosas, que el conocimiento geológico era muy deficiente, y que todo lo referente a América era visto a través de un halo misterioso que hacía verosímil el planteamiento más ajeno a la realidad. Al fin y al cabo, ni siquiera en nuestros días pueden darse algunas facetas del problema por cerradas⁵⁶.

b) La discusión sobre la inferioridad del hombre americano

Dos grandes posturas ideológicas dominaban en Europa respecto a la consideración que merecía el Nuevo Continente: unos pensaban que las condiciones de América eran pocos propicias para el desarrollo de los seres vivos; otros sostenían que las Indias eran una parte del planeta igual o incluso superior a otras regiones del globo. Este segundo criterio aparecía sobre todo en los escritores americanos, como F. Clavijero, que precisamente escribió sus «Disertaciones» para combatir las ideas equivocadas sobre «las tierras, los animales y los hombres de América.57.

Buffon y De Pauw eran conocidos por sus sistemáticas agresiones contra la naturaleza del Nuevo Mundo; el prestigio universal de Buffon le resguardaba de las críticas de los que no compartían su valoración de América, como Alzate58, pero ese no era el caso del autor de las Recherches.

A De Pauw se le atacaba por dos razones fundamentales: por sus exageraciones antiamericanas, que rayaban en la caricatura, y por sus ofensas a la religión. Por decirlo en palabras de uno de los autores americanos que ya hemos mencionado, el mexicano Clavijero:

> «Aquel escritor es un filósofo a la moda: hombre erudito, en ciertas materias en que mas le convendria ser ignorante, o callar a lo menos: realza sus discursos con bufonadas, y maledicencia, ridiculizando todo lo mas sagrado que se venera en la iglesia de Dios, y mordiendo a cuantos se le presentan sin ningun respeto a la inocencia y a la verdad-59.

Buffon, H^a natural del hombre, t. II, pág. 317.

Ibidem, págs. 318-9.

Buffon, He natural, general..., t. V. p. 156.

^{56.} Sobre el estado actual de la cuestión, puede consultarse Alcina Franch, Los origenes de América, y Pericot, América indígena, t. I.

^{57.} Clavigero, op. cit., t. II, pág. 193.

Alzate, Gacetas de Literatura de México, vol. I, pág. 78.

Clavigero, op. cit., t. II, pág. 193-194.

No era sólo De Pauw el así censurado; otros importantes escritores del período como Robertson y Raynal merecían la misma consideración por parecidas razones, como ya tuvimos ocasión de exponer. Pero fue Buffon el primero que sustentó la hipótesis de la inferioridad de la naturaleza americana.

Según el naturalista galo ello era así por una conjunción de factores: clima, humedad, calidad del suelo, relieve, etc., que en su interacción habían provocado una reducción del número de especies y un empequeñecimiento de las mismas; en concreto, Buffon se refería a la reducción de tamaño en los cuadrúpedos, pues creía que los reptiles se habían mantenido como en el Antiguo Mundo y que los insectos habían aumentado de tamaño incluso. De este planteamiento deriva la hipótesis del científico sobre la variabilidad de las especies.

Como Buffon creía que los organismos grandes eran en todo, y no sólo en la obvia cuestión del tamaño, superiores a los pequeños61, cuando defendía que los mamíferos americanos eran menores y los insectos mayores que los europeos, lo que en realidad estaba manteniendo era la superioridad de los animales del Viejo Continente.

Estos planteamientos no eran aceptados no sólo por el ya citado Clavijero62, sino por naturalistas tan diversos como Azara, más objetivo que el francés en los temas relacionados con América 63 , o Alzate. En concreto éste último empezó a replantearse toda la doctrina buffoniana en unos términos

-¡Lo que puede la persuasiva de un hombre elocuente! Hace tiempo lei la historia natural compuesta por el conde de Buffon: me embebí de sus ideas sobre la formación de las montañas por las corrientes de las aguas y creia que el pedregal y capas horizontales de la arena, de que hice mencion, reconocian semejante origen; pero mis observaciones ya me demostraron deberse estas producciones al fuego (...): todo esto me hizo separarme del sistema de Buffon (...).64

Las teorías sobre la degeneración de los animales fueron seguidas por De Pauw y Robertson. El primero era más tajante que Buffon: sostenía que los insectos y bichos más repugnantes estaban en América muy desarrollados, en contraposición a la debilidad de los cuadrúpedos y seres más útiles. Para Robertson, «el principio de vida parecía tener allí menos fuerza y actividad que en el antiguo continente, razón por la cual había en su opinión un escaso número de especies animales: sólo un tercio de las doscientas especies de cuadrúpedos extendidas sobre el conjunto de la superficie de la tierra; además, la falta de vigor en los animales grandes favorecía la propagación y crecimiento de reptiles e insectos65

Buffon hizo extensiva su hipótesis sobre la inferioridad de la fauna ame ricana a los indígenas, considerados tan sólo animales de primera clase; sostenía el científico que éstos eran incapaces de cultivar la tierra y dominar la naturaleza; afirmaba que eran seres débiles, de poco pelo y barba, escaso desarrollo de los órganos sexuales, cobardes, vagos y estúpidos; el hecho de que carecieran de animales domésticos le parecía un argumento definitivo para confirmar todo lo anterior:

> «Que mayor prueba de que el hombre en el estado de salvage, no es mas que una especie de animal incapaz de mandar á los otros. y que no teniendo, como ellos, mas que las facultades individuales, se sirve igualmente de ellas, para procurar su subsistencia y proveer á su seguridad, acometiendo á los débiles y huyendo de los fuertes, sin tener ninguna idea de su poder real, y de su superioridad de naturaleza sobre todos estos seres, que no procura subordinar,66.

Para Buffon, el clima de las Indias es el responsable de que no se hallen allí negros, sino individuos de tez más o menos morena; por tanto, hay en ese continente una única variedad de hombres, «que tienen una misma descendencia y provienen de un mismo tronco, conservando hasta el presente los caracteres de su casta sin variación considerable, porque todos han perseverado en el estado de salvage.67.

Sin embargo, a medida que De Pauw radicalizaba sus ataques al Nuevo Mundo, Buffon fue templando sus calificativos: así, la naturaleza americana, antes catalogada como «degenerada» pasó a ser «inmadura», cambio que desató la réplica del primero. Para De Pauw era posible atribuir al envilecimiento de la naturaleza americana (gran humedad atmosférica y enormes extensiones de aguas estancadas), la mayor parte de las causas que habían viciado y depravado el temperamento de sus habitantes; parece que se puede adoptar esta opinión, añadía, con menos dificultad que la hipótesis de Buffon sobre el estado de adolescencia de la naturaleza americana⁶⁸

La reivindicación de lo americano tiene lugar en diversos ámbitos. Por lo que respecta al hombre, autores como Alzate⁶⁹ afirman su excelencia desde todos los puntos de vista, responsabilizando en cambio a los colonizadores españoles de una sistemática destrucción de sus lenguas y en general de sus culturas. Alzate reivindica además el nivel de conocimientos que tenía su pueblo, incluso antes de la Conquista: «Los que han estudiado la antigua

^{60.} Buffon, Ha Natural, general..., t. XI, p. 23.

Gerbi, La disputa..., pags. 23-26.

Clavigero, op. cu. t. II, pags. 270-312.

Azara, Viajes por la América meridional, pág. 171 y ss.

Alzate, op. cit., t. I, pág. 49.

Robertson, op. cit., vol. II, págs. 14-17.

Buffon, op. cit., t. XI, pág. 103.

Buffon, He natural del bombre, t. II, pág. 308-309.

Pauw. op. cit., t. I. pág. 25.

Un detallado estudio de la obra y la figura de este -reformista ilustrado- —en lucha tanto con los errores de la administración española como contra das incomprensiones que los españoles mostraban hacia la colonia- en Peset, Ciencia y Libertad, pág. 46.

^{70.} Ibidem, págs. 65-101.

historia de Nueva España saben muy bien que los megicanos sabian con perfección las ciencias naturales»; en concreto habla de los «conocimientos astronómicos, la aplicación práctica de la botánica para curar enfermedades. etc.71.

MARISA GONZALEZ MONTERO DE ESPINOSA

Tras esta visión panorámica de los diversos aspectos que se encontraban entremezclados en la polémica -la inferioridad de la naturaleza americana, de sus animales y, en fin, del hombre- vamos a centrar nuestra atención en tres puntos fundamentales: la consideración de los indígenas en la obra de Robertson, la discusión sobre el indígena en el ámbito hispano y las polémicas en torno a la obra de De Pauw.

Por lo que respecta al primer punto, no hace falta subrayar la importancia de la Historia de América, de William Robertson, y sobre todo la influencia de esta obra en la cultura europea de finales del siglo XVIII. Nosotros mismos hemos aludido a ella en varias ocasiones.

En líneas generales puede incluirse a Robertson entre los escritores que terminan presentando una imagen de América y los americanos no demasiado favorecedora, aunque él se propone explícitamente en varios pasajes de su obra mantener un cierto equilibrio entre opiniones extremas.

Se plantea el historiador escocés la certeza o falsedad de las noticias fabulosas que llegaban a Europa acerca de los aborígenes de las Indias Occidentales: informaciones que hablan de pigmeos de tres pies de altura y de gigantes de talla increíble; descripciones de pueblos cuyos habitantes son seres que tienen un solo ojo, existencia de hombres sin cabeza, etc., etc. Muy en la línea de lo que acabamos de señalar acerca de la búsqueda de objetividad, Robertson examina distanciadamente esas noticias para acabar rechazándolas como simples fábulas.

Considera no obstante Robertson que existen en el Nuevo Continente tres variedades de la especie humana que por su originalidad merecen particular atención. Son las siguientes: en primer lugar, los albinos, una raza que considera degenerada, aunque no formen una clase particular de hombres; en segundo lugar, los esquimales, a los que Robertson clasifica como raza distinta de todos los demás habitantes de América; y en tercer y último lugar, los patagones, pueblo de talla muy elevada. En este último caso, y acorde con lo sostenido líneas atrás, el autor de la Historia de América se resiste a dar credibilidad a la existencia de una auténtica raza de gigantes mientras no se presenten más pruebas concluyentes a favor de su existencia72.

Si en el estudio físico del hombre americano este autor conserva una cierta ecuanimidad, dentro del matizado rechazo eurocéntrico que caracteriza a la mayor parte del pensamiento ilustrado, en la descripción moral se lanza por los senderos de De Pauw y de otros autores radicalmente opuestos al Nuevo Continente²³. Como ya tuvimos ocasión de exponer panorámicamente los puntos en que se centraban todos esos escritores para desarrollar su desprecio por todo lo americano, no lo repetiremos aquí, máxime cuando volverán a aparecer de una u otra forma al abordar las dos grandes polémicas que nos quedan pendientes.

Una de éstas, la que tiene lugar en el ámbito español, es más bien un conjunto de discusiones sin un centro fijo, entre autores que defienden a los indígenas (Hervás, Azara, etc.) y otros que los tratan con desprecio o en un tono muy crítico (Gumilla, Jorge Juan, Ulloa...) . Entre unos y otros, merece la pena pararse antes brevemente en la figura de Feijoo.

La posición de Feijoo al analizar las cualidades de los habitantes de las diversas zonas del globo es muy ponderada: las diferencias no autorizan a pensar, nos dice, que unos tengan que ser superiores a otros; aplicándolo al caso americano, el benedictino considera erróneo que se dude de la inteligencia de los indígenas porque intercambien oro por cuentas de vidrio, dado que cada pueblo valora más aquello que le resulta más raro. Añade Feijoo además una advertencia contra el dogmatismo: no hay gigante que de lejos no parezca pigmeo; o sea, América de cerca puede ser mucho más valiosa de lo que juzgan desde la distancia los europeos74.

El P. Gumilla, además de una exhaustiva descripción de los habitantes del Orinoco en todos sus facetas, incluida la descripción física75, hace unas consideraciones sobre el hombre americano; en su opinión, aunque es auténticamente hombre, ha perdido parte de sus atributos morales al no estar civilizado, con terribles consecuencias:

> «Que el indio bárbaro y silvestre es un monstruo nunca visto, que tiene cabeza de ignorancia, corazón de ingratitud, pecho de inconstancia, espalda de pereza, pies de miedo, su vientre para beber y su inclinación á embriagarse: son dos abismos sin fin-76,

Gumilla justifica el pobre concepto que le merecen los americanos aludiendo a las Sagradas Escrituras: proceden los indígenas en su opinión de Cam, hijo de Noé, lo cual explica su afición a la bebida y a andar desnu dos^{77} .

En la Relación histórica del viaje a la América meridional, Jorge Juan y Antonio de Ulloa describen así a los indígenas.:

> «Dificil empreffa es la que acometo en querer defcifrar las coftumbres, é inclinaciones de los Indios, y definir, ó apurar puntualmente las verdaderas propiedades de fus genios. y natural. Si fe miran como Hombres, parece defdecir de la excelencia del Alma la corta comprehenfion de fus Efpiritus

^{71.} Alzate, op. cit., t. I, pág. 129.

^{72.} Robertson, op. cit., vol. II, págs. 59-65.

Ibidem, t. II, nota 24, págs. 234-237.

^{74.} Feijoo, Teatro Crítico, vol. 2º, pág. 278-281.

Gumilla, J.: He natural, civil y geográfica..., vol. I, pág. 69-76.

Gumilla, op. cit., vol. I, pág. 103.

Ihidem, I., págs. 115-117.

tan fenfiblemente, que apenas fe puede concebir de ellos en algunos cafos otra idéa, que la de fu femejanza á las Beftias, y aun á veces fin la prerrogativa del Inftinto propio de eftass⁷⁸.

A pesar de este planteamiento, tan común por otro lado en el Siglo de las Luces, los viajeros españoles no se cansaban de criticar el trato inhumano que recibían los aborígenes por parte de los españoles. Complementariamente, expusieron las medidas que en su opinión debían tomarse para frenar esos abusos.

Pero independientemente de esos rasgos humanitarios, Jorge Juan y Antonio de Ulloa tenían bastante mal concepto de los indígenas, como ya ha debido quedar de manifiesto; para confirmarlo, basta repasar la descripción que hicieron de los oriundos de Quito, entre los que a su entender encontraron muchos «imperfectos», de «irregulares y monstruosos cuerpos en lo pequeño», o «insensatos, mudos y ciegos» o con «falta de algún miembro».

Precisamente esas caracterizaciones movilizaron a los defensores de los indígenas, que desmintieron rotundamente la existencia de tales anomalías. Así, juan Ignacio Molina, tras refutar la tesis de Robertson y De Pauw acerca de que los indígenas mataban a los hijos deformes, elogiaba la forma de vida natural de los supuestos salvajes: «dexan a la naturaleza misma el cuidado» de formar a los hijos, «sin estorbarla en sus operaciones con los impedimentos inorportunos de las faxas, y de las cotillas.». Ese era además el mejor medio para que no se produjeran deformaciones de ningún tipo, en opinión de Molina.

La respuesta de Clavijero es todavía más original; sin oponerse frontalmente a las observaciones de J. Juan y Ulloa, sugería que las posibles deformaciones eran provocadas por los propios padres -para sustraer a sus hijos de los gravámenes y fatigas que los Españoles exigen de los Indios sanos-⁸¹.

Detengámonos por último en la serie de discusiones de mayor trascendencia en el Siglo de las Luces: la que tiene como centro a De Pauw y sus Recherches philosophiques.

Desde una perspectiva anti-rousseauniana, De Pauw sostiene que la ausencia de vida social impide el progreso del salvaje, que en realidad es un ser irracional, intermedio entre el mono y el hombre. Desde el punto de vista moral, los indios son, según este autor, brutos, vagos, enfermizos, etc., y desde el punto de vista físico, bajos, enclenques, débiles y sin pelo. De Pauw llegaba a citar en apoyo de sus tesis datos que resultaban ridículos a sus propios contemporáneos, como que los varones tenían leche en los pechos y las mujeres menstruaciones mínimas.

Pese a sus exageraciones, las líneas básicas de la obra de De Pauw tuvieron una gran influencia⁸². Citemos un dato muy significativo: en 1764 Kant tenía de los «salvajes»—de los norteamericanos por lo menos— muy buena opinión, pero once años después el filósofo alemán da cabida a los rasgos negativos de los indígenas expuestos por De Pauw, y así aparecen en sus obras posteriores de 1788, 1797 y 1798. Ello es así hasta el punto de que en una de sus últimas obras, la *Geografia física*, considera a determinadas razas de América el escalón más bajo de la humanidad, y hace extensivos los defectos que encuentra en el hombre americano a los animales de la zona.

Aunque el caso de Kant no es ni mucho menos una excepción —lo hemos citado como ejemplo de «contagio» en hombres de talla intelectual por encima de toda duda—, lo cierto es que las ideas de De Pauw encontraron numéricamente más detractores que seguidores: filósofos, viajeros y naturalistas reaccionaron indignados contra las exageraciones del escritor bolandés.

Antonio Alcedo, en su *Diccionario geográfico histórico de las Indias*⁸⁵ sostiene todo lo contrario a De Pauw en su descripción de los indígenas: son altos, robustos, de pelo largo, negro y recio, etc.⁸⁴. Hervás y Panduro, tras reafirmar que los «salvajes» son hombres al mismo nivel que los europeos, considera que el autor de las *Recherches* habla de ellos «como podía hablar de los habitantes de la luna», sin tener en cuenta las modificaciones que en la naturaleza humana puede provocar el clima o el nivel de la educación⁸⁵.

Los pensadores nacidos en América fueron todavía más contundentes. Francisco Javier Clavijero, en su Disertación sobre la constitución física y moral de los mexicanos⁸⁶, hace continuas referencias críticas a De Pauw. Describe a los indígenas como hombres de altura igual o ligeramente superior a la de los europeos, sanos, fuertes y vigorosos: •nada prueha la robustez y fuerza de aquellos pueblos como las grandes fatigas en que están continuamente empleados⁸⁷. Con respecto al color de la piel considera que es •menos distante del blanco de los Europeos que del Negro de los Africanos-⁸⁸.

También Alzate⁸⁰ dedicó una importante parte de su obra a reivindicar todo lo referente a América frente a la caracterización negativa que aparecía en la obra del geógrafo holandés. Estas son sus palabras a propósito de los mexicanos, como en el caso anterior:

^{78.} Ulloa, Relación bistórica..., t. 1, pág, 542.

^{79.} Ibidem, t. 1, pág. 370.

^{80.} Molina. Compendio de la historia geográfica..., vol. II, pág. 53.

Clavigero, H^a Antigua de Megico, t. II. pág. 315.

^{82.} Gerbi, La disputa..., págs. 415-418.

^{83.} Según Gerbi (op. cit., pág. 386) este Diccionario de América era «una especie de anti quo Reader's Digest».

^{84.} Alcedo, A.: Diccionario geográfico..., Voz «Indio».

^{85.} Hervás, Hª. de la vida del bombre, t. V. pág. 221-223.

^{86.} Clavigero, op. cit., t. II. págs. 313-346.

Ibidem, t. II, pág. 324.
 Ibidem, t. II, págs. 316-7.

^{89.} José Antonio Alzate mantuvo buenas relaciones con la expedición Malaspina, de la que nos ocuparemos en los capítulos siguientes. En concreto, este sacerdote mexicano participó en excursiones e intercambios materiales con uno de los naturalistas del viaje. Antonio Pineda, Cf. Peset, J.L.: Ciencia y Libertad, p. 41.

-Otros reputan á los mexicanos por barbaros á causa de los sacrificios que hacian á sus dioses de los prisioneros. En realidad que no puede darse mayor inhumanidad, ¿pero las mas de las naciones no han hecho lo mismo, hasta que la luz del Evangelio ha desterrado las tinieblas del paganismo?-90.

El abate Juan Ignacio Molina critica las generalizaciones abusivas de De Pauw tanto como el hecho de que el geógrafo holandés pontifique sobre América, sus tierras y sus habitantes, sin haber puesto el pie en el Nuevo Continente. Por todo ello, concluye el clérigo:

-Pauw ha escrito de las Américas y de sus habitantes con la misma libertad que pudiera haber escrito de la luna y de los Selenitas: pero quiere su desgracia que la América no diste tanto de nosotros como la luna, y asi muchos sabios Europeos que han estado en aquellas regiones, y que han visto lo que son con sus propios ojos, afirman lo contrario de lo que afirma Pauw.⁹¹.

Uno de los alegatos más conocidos e importantes contra De Pauw fue la Dissertation sur l'Amérique (...) de Pernety, aparecida en 177092. Este escritor francés, que acompañó a Bougainville a las Malvinas, ensalza la figura del salvaje por encima incluso del europeo. Como De Pauw replicó, manteniêndose en sus posiciones, Pernety redactó una contrarréplica, rebatiendo las tesis del holandés con citas textuales de diversos viajeros, cronistas y misioneros. Como en tantas ocasiones en el curso de estas polémicas, el nivel científico no brillaba a gran altura, pues mientras unos —De Pauw en este caso— se obstinaban en denigrar al hombre americano, otros, como ahora Pernety, se empeñaban en ensalzarlo a costa de lo que fuese. O sea, la polémica científica quedaba reducida en gran medida a polémica ideológica.

Ello nos da pie para hacer unas breves consideraciones finales acerca de cómo las investigaciones científicas en el campo de la Biología y la Antropología han sido utilizadas en las dos últimas centurias para fines ideológicos o directamente políticos. El planteamiento de que las razas salvajes llegaron a ese estado por vía de degeneración apoyó –escribe J.L. Peset– el naciente racismo tan violentamente surgido en las últimas décadas del mundo esclavista. 93.

No obstante, para ser exactos, habría que precisar que, si bien los postulados de escritores como De Pauw fundamentaron una concepción racista del mundo, muchos de esos autores, empezando por el propio geógrafo holandés, defendían a los indígenas de la ambición y el trato cruel de los colonizadores. En este sentido ha escrito A. Gerbi:

-A nuestro tan vilipendiado De Pauw se le reconoce, con todo, el mérito de haber tratado de entender las razones verdaderas, serias, profundas, de los horrores cometidos por los europeos, y de ver los problemas de los países americanos bajo una luz no sólo nueva, sino sorprendente y deslumbrante.⁵⁴.

En suma, los naturalistas, historiadores y cronistas del Siglo de la Ilustración midieron al hombre americano por el rasero de los modelos propios; este enfoque eurocéntrico, que ya hemos visto en otros contextos, no hubiera dado lugar a conclusiones tan disparatadas si no se hubiera mezclado con el desconocimiento casi absoluto de la auténtica realidad americana. Pero hay que recordar que autores tan influyentes en el debate sobre la naturaleza del Nuevo Continente como Buffon y De Pauw no visitaron nunca América. En esas circunstancias la vía para las exageraciones o distorsiones estaba siempre abierta.

c) El mito del gigantismo

La fábula –o, mejor dicho, fábulas– acerca de gigantes hunden sus raíces en épocas remotas: las Sagradas Escrituras por ejemplo hacen referencia a hombres de talla descomunal que habitaban diferentes lugares del globo antes del Diluvio. Por otro lado, como es sobradamente conocido, la mitología clásica daba también cabida en su seno a estos seres fantásticos.

Durante muchos siglos, atravesando lo que conocemos por Edad Media, estas leyendas sobre seres fabulosos permanecieron en la cultura de Occidente. Se les ubicaba casi siempre en el pasado o en territorios remotos, casi inaccesibles para el europeo, único medio de alimentar la creencia. Pero ya en época Moderna, con el descubrimiento de América, se presentaba un marco ideal para situar a esos individuos; en efecto, el Nuevo Mundo, un continente inmenso, absolutamente desconocido, podía ser el lugar donde vivieran seres de naturaleza absolutamente diferente a la europea.

El mito de los gigantes americanos -ha escrito Enrique de Gandía⁹⁵- se alimenta de tres corrientes distintas: en primer lugar, las propias tradiciones indígenas acerca de la llegada a la costa del Pacífico de invasores extraños procedentes de lugares distantes; en segundo lugar, el descubrimiento efectivo por parte de viajeros y exploradores europeos de huesos de gran tamaño; y, por último, como apuntábamos al comienzo de estas líneas, la persistente leyenda acerca de pueblos gigantescos que encontraba ahora, con el descubrimiento de América, unas condiciones todavía más favorables para consolidarse. Examinaremos a continuación de modo breve estas tres corrientes, situando el desarrollo de cada una de ellas en el contexto de la discusión dieciochesca sobre el mito del gigantismo.

^{90.} Alzate, Gacetas..., vol. II, Suplemento..., pág. 5.

^{91.} Molina, Compendio de la historia geográfica..., t. 1. Prefacio del autor, págs. XVI-XVII

Gerbi, op. cit., págs. 103-129.

^{93.} Peset, op. cit., pág. 65.

Gerbi, op. cit., pág. 71.

^{95.} Hº crítica de los mitos, págs. 37-38.

A mediados del siglo XVIII, concretamente en 1746, el historiador Lorenzo Boturini% escribia en su Idea de una nueva Historia General de la América septentrional que los indios de Nueva España dividían su pasado en cuatro períodos, siendo el hecho determinante del final del segundo y comienzo del tercero la aniquilación de los gigantes. Según la leyenda estos colosales individuos fueron los primeros pobladores de México, y eran los descendientes de Cam. Posteriormente fueron aniquilados por los sucesivos habitantes de aquellas zonas.

MARISA GONZALEZ MONTERO DE ESPINOSA

Por otro lado, en un artículo del Mercurio Peruano⁶⁷ se afirmaba, esta vez con referencia a la América meridional, que las antiguas leyendas de esta zona aseguraban que en tiempos primitivos desembarcó en la Punta de Santa Elena una raza de hombres que, de rodilla para abajo, medían lo mismo que las personas de mayor altura. Los sepulcros de aquellos lugares, se continuaba diciendo, confirmaban la existencia de estos seres, pues en ellos se había encontrado una muela de libra y media (750 gramos). Especulaba finalmente el artículo acerca de si los patagones serían los descendientes de aquellos gigantes.

Esas referencias nos dan pie para tratar el segundo aspecto que citábamos, el de la búsqueda y supuestos hallazgos de huesos gigantescos. Ya en el propio Siglo de las Luces los especialistas con la cabeza más fría empezaron a deshacer las ilusiones de muchos: los pretendidos restos de hombres gigantescos pertenecían simplemente a animales de gran tamaño. Esto ocurrió tanto en el yacimiento encontrado por Bowles en Teruel como en los cajones con «restos de gigantes» que enviaron desde América viajeros espanoles.

El autor de la famosa Introducción a la Historia Natural había encontrado en efecto en Concud (Teruel) un yacimiento de huesos fósiles% que en un principio se atribuyeron a seres humanos. El hallazgo tuvo una gran importancia en la España de su tiempo, y tanto Feijoo en su Teatro crítico como el Padre Torrubia en su Aparato para la Historia Natural dieron cuenta de él. Paradójicamente este descubrimiento sirvió, no para apoyar el mito del gigantismo, sino para conocer la existencia de grandes mamíferos fósiles en España.

Barras de Aragón⁹⁹ encontró en el Archivo de Indias de Sevilla una noticia sobre un envío hecho por Gil y Lemus desde Cartagena de Indias al Gabinete de Historia Natural de Madrid. Una vez más, el examen de los huesos demostró que no pertenecían a esos gigantes sino a grandes cuadrúpedos. También Malaspina, entre los muchos objetos que envió desde América -digamos entre paréntesis que pocos llegaron a su destino- incluyó unos supuestos huesos de gigantes; del minucioso examen que practicaron Clavijo, Ramón Sarais y Agustín Ginesta se dedujo que no había tal, que aquellos huesos no tenían ninguna similitud con los de la especie humana¹⁰⁰.

El medio más directo para apuntalar ese mito que comenzaba a resquebraiarse por todos lados era obviamente encontrar casos de gigantismo, ya fuera a nivel individual o, mejor todavía, colectivo. Con respecto a individuos aislados de talla desproporcionada hay múltiples testimonios en todo tiempo y lugar Agustín Barreiro¹⁰¹ cita el caso de un recién nacido en Puerto Rico, en 1798, hijo de español y criolla, que fue medido exhaustivamente por el Dr. Luis Raif fer. También el ya aludido Barras de Aragón¹⁰² menciona unos estudios del siglo XVIII sobre medición de tres gigantes, dos peruanos y uno mexicano. Por su parte, los periódicos, como el Mercurio Peruano de 19 y 29 de abril de 1792, daban cabida en sus páginas con regularidad a informaciones sobre individuos de gran tamaño encontrados en las más diversas partes del globo.

Pero pronto fue la tribu de los patagones la que se convirtió en centro del debate sobre el gigantismo: Pigaffeta fue el primero que habló sobre la talla descomunal de estos indígenas, sosteniendo que algunos eran tan grandes que la cabeza de un europeo apenas llegaba a sus cinturas 103. Ya a medidos del siglo XVIII, Jorge Barne les adjudicaba una considerable estatura, pero sin exageración: el más alto, decía, llegaba a dos varas y un tercio (1'95 m., aproximadamente).101.

Las observaciones del Comandante Byron nos devuelven a los planteamientos de Pigaffeta: sentados en el suelo, venían a ser los indígenas tan altos como los europeos de pietos; concretamente se nos dice que Byron, que media 1'68 m., apenas podía, ni de puntillas, llegar a lo alto de la cabeza de uno de ellos, no precisamente el más alto¹⁰⁶.

Pero también en esta vertiente podemos observar el proceso que hemos descrito líneas atrás, o sea, la paulatina extensión de un criterio racionalista en la observación científica, que afecta incluso a los viajeros que no se habían desprendido del todo de la idea de América como tierra misteriosa. Así, la mayor parte de los viajeros de la Hustración se inclinan poco a poco por deshacer la leyenda: Viedma considera que los patagones son altos. pero dentro de la normalidad, «de dos varas a nueve palmos» -de 1'67 a 1'89 m.-107; Antonio de Córdoba, jefe de la expedición de la fragata Santa

Idea de una nueva Ho..., págs. 187-191.

Véase el nº correspondiente al 29 de abril de 1792.

Hdez, Pacheco, Estado actual de las investigaciones..., en Asociación Española para el Progreso de las Ciencias, Congreso de Valladolid, t. I, pág. 119.

^{99.} Barras de Aragón, Algunas noticias sobre objetos de H. Natural..., en Las Ciencias, año XII, nº 2, pág. 353.

^{100.} Barreiro, Museo de Ciencias Naturales, pág. 61.

^{101.} Actas y Memorias de la Sociedad Española de Antropología..., sesión de 23 de febrero de 1927

^{102. «}Noticias de varios cuadros pintados en el s. XVIII-, en Memorias de la Real Sociedad Española de Hª Natural, 1929, Fascículo I, págs. 155-168.

^{103.} Pigaffeta, Primer viaje..., pags. 52-54

^{104.} Barne, Diario del viaje..., págs. 540-542.

^{105.} Byron, Viaie ..., págs. 48-49.

^{106.} Concretamente se citan las cifras de siete pies y medio a ocho de altura para las mujeres —de 2,10 a 2,24 m.—, y de nueve para la mayor parte de los hombres —2,52 m.—, aunque se dice que incluso había algunos más altos. Cf. Byron. op cit., pág. 172.

^{107.} Viedma, Diario de un viaje..., págs. 460 y 491.

María de la Cabeza, da como excepcional la altura de un indígena de 6 pies y 11 1/2 pulgadas de Burgos (1'94 m.); Bougainville los ve, más que altos, de complexión fuerte -espaldas anchas, cabeza poderosa, miembros muy robustos...-108

Este progresivo cambio de actitud en los expedicionarios lleva consigo un mayor espíritu crítico en los que se nutrían de sus informaciones: historiadores, geógrafos, naturalistas, científicos en general. Cada vez era más difícil dar credibilidad al mito del gigantismo. Repasemos, casi a vista de pájaro, la actitud que sobre esta cuestión mantenían los más importantes naturalistas del período.

Como se recordará, Linneo distinguía en la última edición de su obra seis variedades dentro del «Homo sapiens»: ferus, americanus, europaeus, asiaticus, afer y monstruosus. El naturalista sueco se dejaba llevar en menor medida que muchos de sus contemporáncos por el desprecio hacia lo americano, y así, su caracterización del hombre de aquellas tierras es bastante más ponderada de lo que era usual. En concreto, Linneo define con los siguientes caracteres al hombre americano: «pelirrojo, colérico, recto; pelo negro, liso, gordo; nariz ancha, pecoso, imberbe; pertinaz, contento, libre; se adorna con ingeniosas líneas rojas; se gobierna por costumbre-109.

Pero en lo que sí se deja llevar el científico sueco de las limitaciones de la época es en la consideración de los patagones, clasificados no como a primera vista pudiera pensarse, dentro de la variedad americana, sino del «Homo sapiens monstruosus. 110. En definitiva, no hay que olvidar que para muchos de sus contemporáneos, los salvajes no sólo no eran «humanos», sino que aparecían mezclados con los monstruos y con toda clase de animales fabulosos¹¹¹,

Podemos apreciar ya un notable avance en la obra de Buffon. A pesar de que el científico francés no descarta la existencia de gigantes -de hecho, cita alguno que mide siete o más pies de alto¹¹²-, respecto a pueblos concretos, como los patagones, es particularmente cauto; así, tras citar los testimonios de diversos viajeros - Commerson, Bougainville, Bryon, etc. - concluye que...

> «la diferencia de la altura dada por los Viageros á los Patagones. proviene únicamente de no haber visto á unos mismos hombres, ni en unos mismos territorios, y que, bien examinado todo, resulta que desde el grado 22 de latitud Sur, hasta el 40 ó 45, existe en efecto una casta de hombres más altos y fornidos que todos los demás del Universo. Estos Naturales no son todos Gigantes: pero son más altos, y mucho más anchos y quadrados que los demás hombres_v¹¹³.

De Pauw dedica muchas páginas de sus Recherches a la descripción del pueblo patagón, manteniéndose relativamente comedido en sus valoraciones, sobre todo si tenemos en cuenta lo dicho en las páginas precedentes. Sostiene De Pauw que en cuanto a la talla son parecidos a los europeos: destaca en ellos, sin embargo, una deformidad craneana producida en su opinión por la tosca estructura de las cunas en que las madres llevan a los bebés durante tiempos muy largos -debido a los continuos desplazamientos de las tribus-114.

Podemos apreciar una posición más razonada y rigurosa aún en Blumembach. Recordemos que el antropólogo alemán había clasificado a los hombres en cinco razas: caucásica, mongólica, etiópica, malaya y americana; dentro de ésta incluía a todos los pueblos del Nuevo Continente, salvo los esquimales¹¹⁵. Blumembach no acepta la existencia de una casta de gigantes; por el contrario, hace la observación de que los supuestos gigantes patagones han ido paulatinamente disminuvendo de estatura en las relaciones de los sucesivos viajeros que han visitado aquellas tierras¹¹⁶. Pero, sobre todo, lo que distingue la aportación de Blumembach es el comienzo de los estudios craneológicos de los habitantes de la Patagonia, autêntica base de despegue de una Antropología física en sentido moderno¹¹⁷.

En el ámbito hispano, la discusión más sonada sobre el gigantismo fue la que tuvo lugar entre el Padre Feijoo y el Padre Torrubia. Decía el primero que los que defendían la existencia de gigantes creían tener ganada la disputa citando a veinte o treinta autores, antiguos y modernos, en su favor: pero, anadía el benedictino, daría igual que anadieran treinta o cuarenta más, pues casi todos esos autores escriben lo que oyeron, siendo muy pocos los que hablan como testigos de algunos restos, que por otro lado son pruebas muy equívocas. Por ejemplo, los supuestos dientes de gigantes han resultado ser de cetáceos o de otros grandes animales. En definitiva:

> De todo lo dicho concluimos, no solo que la tradición de la estatura gigantea de San Christoval es fabulosa, y que los dientes, que se ostentan como reliquias suyas, no lo son, pero que ni tampoco son de cadaveres humanos todos los demás dientes, ò huessos de mui extraordinaria magnitud. 118.

^{108.} Bougainville, Viaje..., pág. 92,

^{109.} Systema Naturae, 13º cd., pág. 22.

^{110.} Dentro del tipo -monstruosus-, los patagones se caracterizaban según Linneo por ser -magni, fegnes-, o sea, grandes y lentos o perezosos. Cf. Systema Naturae, 13º ed., pág. 24.

^{111.} Bitterli, Los salvajes pág. 402.

^{112.} Buffon, Ha natural, general..., t. 49, págs. 151-153.

^{113.} Ibidem, t. 59, pág. 254.

^{114.} De Pauw, Recherches..., t. 3, pags. 331-384. Otros rasgos físicos de los patagones. según De Pauw: no tienen barba ni pelo por todo el cuerpo, sus cabellos son muy negros, tie nen el pecho largo, los dedos cortos y las orejas pequeñas; las mujeres son corpulentas, de cara plana y talla más pequeña que los hombres; ambos sexos se pintan la cara y se aplican por los miembros una capa de grasa.

^{115.} En contraste con Buffon y De Pauw, la caracterización que hace Blumembach de la raza americana es extremadamente favorable: hasta el defecto repetidamente señalado por sus contemporaneos acerca de la ausencia de barba le parece una obra de arte de la Naturaleza. como los pies menudos de las mujeres chinas. Cf. Blumembach, Manuel d'Histoire Naturelle, t I, págs. 76-77.

^{116.} Ibidem, t. 1, pág. 79.

^{117.} Bormida, M.: «Los antiguos patagones. Estudio de craneología», Runa 1953, vol VI,

^{118.} Feijoo. Teatro Crítico, vol. V, págs. 15-16, y 366-367.

Frente al benedictino, el Padre Torrubia traía a colación a los historiadores de Indias y en particular al Padre Acosta, en estos términos:

-Nadie se maraville, ni tenga por fabula lo de estos gigantes, porque oy dia se hallan huessos de hombres de increible grandeza. Estando yo en Mexico año de ochenta y seis, toparon un gigante de estos enterrado en una heredad nuestra, que llamamos Jesus del Monte, y nos traxeron a mostrar una muela, que sin encarecimiento seria bien tan grande como un puño de un hombre, y a esta proporción lo demás, lo qual yo vi, y me maraville de su disforme grandeza-119

Al testimonio de esos autores unía Torrubia, en defensa de la existencia de gigantes, citas de los libros sagrados, y de médicos españoles, así como argumentos de índole zoológica y botánica -también en los medios animal y vegetal, decía, hay ejemplares de gran tamaño-, y pruebas del hallazgo de grandes huesos en lugares donde no existian grandes animales (por tanto, esos huesos debían pertenecer a seres humanos)120

Otro autor, Martín Sarmiento, terció en la polémica reforzando los razonamientos del Padre Feijoo. Según él los grandes huesos que se habían encontrado podían haberse tomado por huesos humanos por varios factores: primero, por la sencilla razón de que muchos huesos de animales se parecen a los del hombre; a ello habría que añadir la propia dificultad de la identificación de los huesos, máxime si tenemos en cuenta la distorsión que el tiempo -proceso de petrificación- les ha podido causar; tanto es así que en muchos países, continuaba, hay minerales o fósiles que se confunden fácilmente con restos óseos. Por último, decía, tampoco es válido el argumento de las grandes sepulturas, porque también en este caso la acción de los siglos se había hecho sentir, petrificando la superficie exterior de tal modo que se formaba una especie de molde en torno al sepulcro primiti-

En 1760 publicaba Torrubia en Nápoles La Gigantología española vindicata, en respuesta a otro autor, designado con las iniciales N.N., que había rebatido sus argumentos sobre la existencia de gigantes (si todos los hombres procedían de Adán y Eva, hombre y mujer normales, ¿cómo iban a existir gigantes?, decía entre otras cosas N.N.). En La Gigantología..., Tomibia retomaba los argumentos que ya expusiera en su Aparato, con leves

Abandonemos ya esta polémica, para considerar a otro autor español de características bien diferentes, que destaca por la rigurosidad de sus planteamientos: Lorenzo Hervás y Panduro.

Una de las preocupaciones fundamentales de Hervás era el tema de las proporciones del cuerpo humano: «En el hombre (como también en todo animal) la magnitud de su cuerpo, su figura, su peso, la consistencia de su materia, y sus fuerzas naturales, deben tener entre sí determinada proporción relativa. Más concretamente, prosigue Hervás, esa consistencia material debe exceder en el hombre al peso natural de su cuerpo. Aplicando estos principios al caso de los gigantes resultaría que la materia de éstos sería «más férrea que cárnea», lo cual les daría una apariencia repugnante¹²³

Más allá de estas consideraciones meramente teóricas sobre el gigantismo, ¿qué opina Hervás de la existencia de gigantes? A pesar de que el abate conquense quiere dejar la puerta abierta a una posible constatación de la existencia de naciones agigantadas», su posición al respecto tiende a ser negativa o. como mínimo, escéptica, según se desprende de las siguientes líneas:

> -En las excavaciones ó aberturas de la tierra se han hallado dientes, calaveras y huesos de enorme grandeza; los quales las naciones, con ignorancia anatómica, han juzgado ser de hombres agigantados: y este hallazgo, que ha sido la causa de la tradición vulgar de la existencia de los gigantes, se alega para prueba de ella. La tradición pues de los gigantes procede de la misma falsedad con que se autoriza y confirma: por tanto, la verdad de la existencia de los gigantes no se ha de probar con historias vulgares, que describan el hallazgo de huesos creidos ignorantemente de hombres; sino con el examen anatómico que declare ser de hombres tales huesos. 124

A pesar de que más adelante afirma que «debe respetarse como un dogma histórico» la afirmación de que hubo en algún tiempo una casta agigantada, rápidamente resurge el Hervás racionalista, metódico: es necesario examinar, nos dice, de un modo crítico las tradiciones de las diversas naciones, a fin de ponderar lo que puede haber de cierto en la afirmación de que existieran gigantes en épocas anteriores; y sobre todo deben estudiarse las pruebas que se alegan para juzgar si son realmente humanos los huesos gigantescos que se encuentren.

Todo da a entender que Hervás no se atreve a negar taxativamente el gigantismo por miedo a chocar con los planteamientos de las Sagradas Escrituras. Con respecto a los patagones, después de analizar las teorías de Byron, Pauw, Pernety, Molina, etc., vuelve a darnos una muestra de su ponderación y espíritu crítico:

^{119.} Torrubia, Aparato para la H^a Natural, pág. 57. La cita es del Padre Acosta, H^a de Indias, libro 7, cap. 3.

^{120.} Pelayo, Los contienzos de la paleontología..., págs. 37-46.

^{121.} Sarmiento, M.: Demostración crítico-apologética..., t. 1, págs. 155-165.

^{122.} Pelayo, op. cit., págs, 46-50.

^{123.} Hervás, Hº de la vida del hombre, t. V, págs. 149-150.

^{124.} Ibidem, pags. 124-125.

•Parece pues que entre los Patagones altos su estatura regular es un pie mas alto que la ordinaria; y si en Europa, en que es regular la estatura de los hombres, tal vez se ve alguno de estos que tenga siete pies, no debe causar maravilla que entre los Patagones, haya algunos de ocho-¹²⁵.

Volveremos a hablar de los patagones en el marco de la descripción etnológica que hacen los miembros de la expedición Malaspina. Por lo que respecta al problema de los gigantes en general, creemos que ha debido quedar aquí suficientemente claro que el espíritu racionalista del dicciocho, presente tanto en los viajeros como en los naturalistas y en los científicos propiamente dichos, hacía prácticamente imposible que perviviera mucho tiempo más el mito del gigantismo, sobre todo en los ambientes culturales más elevados.

CAPÍTULO SEGUNDO

LAS EXPEDICIONES CIENTÍFICAS ESPAÑOLAS A AMÉRICA: LA EXPEDICIÓN MALASPINA

1. Los viajes científicos, expresión del espíritu ilustrado

Ya hemos visto que en el siglo XVIII Europa vive bajo el influjo de las ideas racionalistas; estas corrientes terminan por llegar a la Península, a pesar de que el atraso del país era enorme, comparado con el ámbito europeo.

Según Hernández Sánchez-Barba, en este siglo confluyen dos planteamientos de índole diferente: por un lado «la renovación de los supuestos científicos, a partir del racionalismo de finales del siglo XVII», y por otro, la «aparicición de la poderosa corriente económica capitalista, que alcanzó su plenitud en los finales del XVIII en torno al año 1780».

En la España de la Ilustración tiene lugar un gran avance científico, y reina una no menor preocupación cultural, inquietudes que alcanzan su clímax aproximadamente durante los años en que ocupa el trono Carlos III, y empiezan a declinar, con algunas fluctuaciones, durante el reinado de su sucesor, Carlos IV.

No hay que olvidar, por otro lado, que ese relativo auge cultural y científico no surge por generación espontánea, de la noche a la mañana: el desarrollo de las ciencias en la época de Carlos III es consecuencia —en palabras de Orozco Acuaviva²— «de la apertura de fronteras ideológicas que había iniciado Felipe V en 1718».

^{125.} Ibidem, pág. 144.

Hernández Sánchez-Barba, -la Corona, la marina y los españoles en la España del s. XVIII-, en La expedición Malaspina..., pág, XXIII.

^{2.} Orozco Acuaviva, Cádiz y las expediciones científicas..., en La Corona y las expediciones..., pág. 9.

En definitiva, para ser sintéticos, la situación es la siguiente: una efervescencia cultural, un clima científico más propicio que en épocas precedentes, protección real y apoyo institucional a los diversos proyectos científicos, literarios, artísticos o técnicos. Todo ello se traduce en la creación de Academias (de Lengua, Historia, Medicina...), Bibliotecas, Cátedras, Sociedades Económicas de Amigos del País, etc., etc.

Una de las ciencias que adquiere mayor relieve en la España ilustrada es la Historia Natural, que se beneficia de la influencia directa de los dos grandes naturalistas europeos del siglo, Linneo y Buffon. Exagerando un poco la realidad de la protección de los Borbones a este desarrollo de la Historia Natural, Arias Divito llega a afirmar que «ningún gobierno europeo ha sacrificado sumas tan considerables» como el español, «para adelantar el conocimiento de la Naturaleza».

En realidad, como es sabido, es un poco impreciso hablar del despegue de la Historia Natural, puesto que la única rama que experimenta en el siglo un avance significativo e incuestionable es la Botánica, quedando las demás materias en un segundo término, a veces relegadas u olvidadas; no obstante esto, una rama relativamente tan poco cultivada como la Antropología, llega sin embargo a adquirir autonomía propia en los últimos años del siglo⁴.

El balance es desde luego positivo, si nos atenemos al conjunto de los progresos que se dan en el estudio de la Naturaleza: se presta bastante atención a la Zoología; se organizan las expediciones científicas, de las que ahora nos vamos a ocupar con más detenimiento; ven la luz los Anales de Historia Natural, una de las publicaciones de mayor trascendencia científica del período, para difundir, sá exemplo de otras naciones cultas, los avances que tengan lugar en Mineralogía, Química, Botánica sy otros ramos de Historia Natural.⁵

A todo ello habría que añadir la creación por iniciativa del rey Fernando VI del Jardín Botánico de Madrid, que se instala en el Soto de Migas Calientes, en el año de 17556; o la fundación por orden de Carlos III del Gabinete de Historia Natural, un proyecto que ya había hecho suyo su antecesor, en 1752 —a instancias de Antonio de Ulloa—, pero que por diversas vicisitudes no flega a convertirse en realidad hasta 1776°.

Comas, Manual de Antropología física, pág. 27.

Las expediciones científicas en la España de la Ilustración tienen como causa general el ambiente cultural esbozado en las líneas anteriores; pero a ella habría que añadir unas causas específicas: la relativa tranquilidad existente en los mares*, y la necesidad de efectuar una serie de importantes correcciones en los mapas, de tal manera que se establecieran certeramente las longitudes y latitudes de los diversos puntos.

A todo ello aún habría que añadir otros tres factores, quizás secundarios con respecto a los anteriores, pero en todo caso de una entidad que no merece ser minimizada: en primer lugar, simplemente, la curiosidad que despertaban aquellas lejanas tierras sobre espíritus inquietos, factor que dadas las características socio-culturales del siglo, debe ser tenido en consideración. Junto a esta característica se imponía una necesidad de índole fundamentalmente política: era preciso conocer de la manera más precisa posible el amplísimo territorio ultramarino de España, en unos tiempos en que la rivalidad entre las distintas potencias europeas se presentaba como un factor amenazante que se extendía ya por todo el globo. Por último, no hay que olvidar el mismo espíritu emprendedor de la Marina española, en unos momentos en que a la abundancia, siempre relativa, de medios materiales, se unía un alto nivel científico y técnico.

Recordemos sucintamente las principales expediciones científicas, dirigidas o protagonizadas de manera notable por españoles, que tuvieron el territorio americano como meta a lo largo del siglo XVIII.

En 1735 la Academia de Ciencias de París organizó una expedición, que se puso bajo el mando de Lacondamine, para examinar la verdadera forma y dimensión de la Tierra. Tras el correspondiente permiso de Felipe V, fueron enviados dos españoles a dicho viaje, Jorge Juan y Antonio de Ulioaº.

Entre las que se organizaron para determinar los límites hispano-portugueses, habría que mencionar: la comandada por José de Yturriaga como jefe de escuadra, y que llevaba como naturalista a Loefling¹⁰, que recorrió la zona del Orinoco durante el reinado de Fernando VI, concretamente en 1754; y la expedición al Río de la Plata, que llevaba como naturalista a Félix de Azara, y que se desarrolló en 1781, rigiendo ya los destinos de España Carlos III.

Fue precisamente durante este reinado cuando tuvieron lugar tres importantísimas expediciones botánicas: fue primero, concretamente en 1777, la que tuvo como destino Perú y Chile, contando con los naturalistas españoles Hipólito Ruiz y José Pavón, y con el francés J. Dombey. La segunda se

Arias Divito, Las expediciones científicas..., pág. 19.

^{5.} En el Prólogo del tomo I (1799) de los Anales de Hª Natural, puede leerse: Deseando el Rey, á exemplo de otras naciones cultas, se publique en sus estados un Periódico, que no sólo presente á los nacionales los descubrimientos hechos y que vayan haciendo los estrangeros, sino también los que sucesivamente se hacen en España en la Mineralogía, Química, Botánica y otros ramos de Historia Natural, ha resuelto S.M. confiar á D. Christiano Herrgen, D. Luis Proust. D. Domingo Fernández y D. Josef Cavanilles la redacción de esta importante obra, que se imprimirá en su Real imprenta baxo el nombre de Anales de Historia Natural.

Sobre la historia del Jardin Botánico, cf. la recopilación de artículos (inicialmente publicados en noviembre de 1910 en -la Correspondencia de España) de Gredilla y Gauna, Jardin Botánico de Mudrid...

^{7.} Sobre la fundación y desarrollo del Gabinete de Hª Natural, cf. Barreiro Agustín, «Los orígenes del Museo de Ciencias Naturales...», en *Religión y Cultura*, t. XXVIII (págs. 263-275). Véase también, del mismo autor, *El Museo Nacional de Ciencias Naturales*.

Posteriormente, Malaspina pediría consejo a Antonio de Ulioa, cuando el primeto preparaba su vuelta al mundo.

^{10.} Dentro de la política ilustrada de invitar a científicos extranjeros se enmarca la invitación a Linneo, que la declinó en favor de su discipulo Loefling, el cual llegó a Madrid en 1751. El intercambio epistolar entre ellos está recogido en -Homenaje a Carlos Linneo...., Memorias de la Real Sociedad Española de 11º Natural. t. V.

dirigió a Nueva Granada, y llevaba como director a José Celestino Mutis (1783). Por fin, cuatro años más tarde, una tercera expedición puso rumbo hacia los territorios de Nueva España, llevando a Martín de Sessé como director, y como naturalistas al catedrático de Botánica Vicente Cervantes y a sus discípulos José Mariano Moziño y José Maldonado. Esta última expedición se prolongó ya durante parte del reinado de Carlos IV.

MARISA GONZALEZ MONTERO DE ESPINOSA

Los últimos quince años del siglo conocen aún otras cinco expediciones de una gran trascendencia: en 1785 se dirigió una misión al Estrecho de Magallanes, al mando de Antonio de Córdoba y Lazo, yendo como oficiales Dionisio Alcalá-Galiano y Ciriaco de Cevallos¹¹ y como naturalistas Luis Sánchez y Bartolomé de la Riva¹². De la expedición alrededor del mundo de Alejandro Malaspina, con Antonio de Pineda, Luis Née y Tadeo Haenke (1789) nos ocuparemos con extensión en las paginas siguientes. En 1795 el objeto de investigación científica tuvo unas características más concretas: se trataba de analizar el reino mineral de Chile y Perú, labor que llevaron a cabo los hermanos Heuland, Cristian y Conrad.

Durante 1796 se dirigió a la isla de Cuba una expedición comandada por el Conde de Mopox, con los naturalistas Baltasar Boldó y Guio, éste último con funciones de disecador¹³. Por último en 1799 tuvo lugar el famoso viaje de Alejandro de Humboldt y Aimé Bonpland con la misión de estudiar las regiones equinocciales de América.

Puede decirse que todas estas expediciones científicas dan como resultado, en su conjunto, una especie de redescubrimiento de América¹⁴, dado
que ésta era en buena medida, pese a los siglos transcurridos desde la llegada de Colón, una perfecta desconocida para el mundo cultural y científico
europeo. Hay que tener en cuenta que todos estos viajes implican un mejor
conocimiento desde muy diversos puntos de vista, pues proporcionaban
información no sólo de cuestiones estrictamente científicas —dentro del
terreno de la «Historia Natural»: flora, fauna, etc.— o geográficas (aportaciones cartográficas), sino también de temas sociales, políticos y económicos.

En última instancia, a un más largo plazo, todo este movimiento en torno a América va a terminar favoreciendo las aspiraciones de libertad, de emancipación, de aquellos pueblos; como afirma Arciniegas, la Ilustración viene en cierto modo a despertar a las colonias, hasta el punto de que se la puede considerar como «el principio de su liberación»; en esta línea condensa su planteamiento con estas palabras: «si la conquista de América es consecuencia del Renacimiento, el fin del régimen colonial es una consecuencia de la Ilustración.»¹⁵

Concluyamos este somero recorrido por el ambiente científico de la España illustrada —expresado en este caso por las expediciones científicas— recordando las palabras de uno de los mejores especialistas en la materia, el hispanista Jean Sarrailh: nos encontramos, escribe Sarrailh, con que la España de esta centuria se caracteriza sobre todo por «el esfuerzo gigantesco de un puñado de hombres» empeñados «con toda la fuerza de su espíritu y todo el impulso de su corazón» en proporcionar a su patria «prosperidad y dicha, cultura y dignidad» [6]

2. La expedición Malaspina

a) Su organización y componentes

La expedición dirigida por Alejandro Malaspina se gestó durante el reinado de Carlos III, pero su desarrollo tuvo lugar en tiempos de su sucesor. Carlos IV, en una época en que comenzaba ya la crisis de la Ilustración española. En este mismo sentido ha escrito Destefani:

> -Podemos decir entonces con seguridad, que la expedición Malaspina es uno de los últimos reflejos gloriosos de la ilustración del reinado de Carlos III. Concebida y comenzada a preparar en su reinado, fue realizada merced al apoyo de su ministro de Marina. No hubiera podido gestarse una empresa semejante, ya avanzado el reinado de Carlos IV-17.

Alejandro Malaspina, jefc de la expedición, nació en Mulazzo, ducado de Parma¹⁸, de noble familia. Sentó plaza de guardiamarina en Cádiz el 15 de noviembre de 1774, ascendiendo a alférez de fragata el 20 de enero de 1776. Dos años más tarde, ya como teniente de fragata, se embarcó en el navío «San Julián»; tomó parte en el combate del cabo de Santa María poco después (16 de enero de 1780), intervención por la que fue nombrado seguidamente (3 de febrero) teniente de navío. El 29 de diciembre de 1782 fue promovido a capitán de fragata, y al mando de la llamada «Asunción» salió para Asia y Oceanía, regresando a Cádiz dos años después. Posteriormente, con la fragata «Astrea», salió a dar la vuelta al mundo¹⁹. El 21 de septiembre de 1789 —ya iniciada la expedición de la que nos ocupamos— fue ascendido a capitán de navío, de acuerdo con las gracias que el nuevo rey, Carlos IV, había concedido con motivo de su ascensión al trono²⁰.

Más adelante, al hablar de los componentes de la expedición Malaspina, veremos que estos dos oficiales participaron en ella.

Hay referencias a estos oficiales en los propios papeles de los miembros de la expedición Malaspina; cf. concretamente el testimonio de Pineda en Ms. 590 f. 31 vto. del M.N.

^{13.} Intervino posteriormente como pintor y disecador en la expedición Malaspina.

^{14.} Véase Palau, -Las expediciones científicas..., en *La Corona y las expediciones...*, págs 15-75.

^{15.} Arciniegas, El continente de los siete colores..., p. 290.

^{16.} Sarrailh, La España ilustrada... p. 12.

Destefani, Sobre A. Malaspina..., Boletín del Centro Naval, nº 669, p. 536

^{18.} F. de Paula Pavia decía en 1873 que nació en Palermo; según el Capitán de navío Humberto F. Burzio, nació en Parma (Carril, *La expedición Malaspina...*, p. 13); según Destalani. op. cit., p. 538 y ss., nació en Mulazzo, según atestiguan los libros de bautismo de la iglesia de san Martino- de esa ciudad.

^{19.} Pavía, Galeria hiográfica..., t. II, págs. 489-491.

Malaspina recibió la noticia del ascenso el 20 de febrero de 1790 en Talcahuano (Chile).

Este insigne marino era una persona culta, humanitaria y sensible, dotada de grandes dotes de organización y mando; a todo lo cual habría que añadir una clara inteligencia, orientada en un sentido que podríamos liamar liberal, incluso en la significación política del término²¹: persona de amplias miras, con una gran inquietud intelectual y espíritu abierto y tolerante, no es extraño que sea considerado por los americanos, según nos dice Bonifacio Carril²² «precursor de los ideales de emancipación».

MARISA GONZALEZ MONTERO DE ESPINOSA

José Bustamante y Guerra era el segundo jefe de la expedición. Había nacido en Santander en 1759, y con sólo 11 años había sentado plaza de guardiamarina en Cádiz. En 1774 ascendió a alférez de fragata, y ocho años más tarde, el 20 de octubre de 1782, participó en el combate que la escuadra española sostuvo contra la inglesa, mandada por Howe, acción que le valió el ascenso a teniente de navío. Fue promovido a capitán de fragata el 15 de noviembre de 1784. En la expedición iba como comandante, a cargo de una de las dos corbetas23.

El 10 de septiembre de 1788 ambos jefes de la expedición presentaron al Bailío Antonio de Valdés y Bazán²⁴ un provecto de viaje alrededor del mundo, a imagen y semejanza de los que por aquella época estaban realizando algunas potencias europeas, principalmente Francia e Inglaterra: se trataba, pues, de trazar cartas hidrográficas, realizar concienzudos estudios sobre el comercio de los lugares visitados, estudiar pueblos, recolectar todo tipo de material interesante en cualquier orden -para depositarlo principalmente en el Real Gabinete de Historia Natural-, etc., etc. El proyecto fue aprobado por el ministro de Marina el 14 de octubre del mismo año ---apenas un mes después de su presentación—, y con la misma celeridad dieron comienzo los preparativos del viaje.

Con respecto a los buques, Malaspina tenía especial interés en que fueran de nueva construcción, y así se lo hizo saber al rey, que no puso ningún inconveniente. De este modo, se le encargó al ingeniero Tomás Muñoz la construcción de dos corbetas en el Arsenal de la Carraca (Cádiz), que fueron bautizadas como «Santa Justa» y «Santa Rufina», aunque pronto se las conoció con el nombre de «Descubierta» y «Atrevida», respectivamente. Tenían 350 toneladas, iban pertrechadas de 22 cañones, llevaban viveres para unos dos años aproximadamente, y albergaban espacio suficiente en sus bodegas para almacenar todos los objetos referentes a la «Historia Natural».

Como comandante de la «Descubierta» iba Alejandro Malaspina, desempeñando José Bustamante y Guerra similar cargo en la «Atrevida», contando cada uno de ellos con unos cien hombres como dotación¹⁵. El personal que iba a formar parte del viaje debía ser totalmente voluntario, sin que interviniesen coacciones de ningún tipo, y se les exigía también una buena salud. condiciones todas ellas derivadas de la naturaleza misma de la expedición. que se preveía larga y difícil.

Además de los ya mencionados jefes de la expedición, otros importantes cargos merecen ser destacados. Entre los oficiales de la «Descubierta», Cayetano Valdés y Flores, que acompañó a la expedición hasta Acapulco, ciudad desde la que partió para hacer un minucioso reconocimiento del estrecho de Juan de Fuca, siguiendo las instrucciones que en este sentido se recibieron el 10 de noviembre de 1791, de parte de Su Majestad; Malaspina ordenó que fuese acompañado en esta misión por Dionisio Alcalá Galiano, contando cada uno de ellos con una goleta —las llamadas «Sutil» y «Mejicana»—, a bordo de las que iban como segundos Juan Vernaci²⁶ y Secundino Salaman-

Figuraban también como oficiales de la misma embarcación: Francisco Javier de Viana, marino uruguayo, que desempeñó varias comisiones cientificas y escribió un diario —que sería publicado por sus hijos en 1849⁵⁶—: y José de Espinosa y Tello, que no pudo embarcar al principio por motivos de salud, y tuvo que incorporarse en Méjico29, ya en 1790, junto con un oficial de la «Atrevida», Ciriaco de Cevallos. Digamos de pasada que a Espinosa le fue concedida la dirección del Depósito Hidrográfico a su regreso a España so

En cuanto a los oficiales del otro buque, la «Atrevida», cabe destacar a los siguientes: Antonio de Tova y Arredondo, segundo comandante, que intervino en el reconocimiento de la costa Noroeste (se conserva su diario de viaje incompleto)31; Dionisio Alcalá Galiano, que sentó plaza de guardiamarina en 1777, y que había participado ya en varios viajes científicos ---entre ellos el de Antonio de Córdoba en 1785—, se encargó de varias tareas astronómicas, antes de ser enviado por Malaspina al estrecho de Fuca para su reconocimiento; también era astrónomo Juan Gutiérrez de la Concha, oficial que al finalizar la expedición se quedó en Montevideo y recornó la costa patagónica con el pilotín Juan de Inciarte, también de la «Atrevida»²²; por último, Ciriaco de Cevallos, que se incorporó tarde a la expedición por razones de salud, intervino en el viaje al estrecho de Magallanes e hizo importantes estudios astronómicos y cartográficos.

^{21.} Como se puso de manifiesto en el Memorándum que envió a Carlos IV, solicitando más autogestión para las colonias, y que luego sería utilizado en su contra.

Carril, op cit., p. 13.

Escribió un diario de navegación, Relación de las navegaciones..., que también puede verse en el ms. 608 del M.N.

^{24.} Valdés fue ministro de Marina desde 1783 a 1795, abarcando parte del reinado de Carlos III y de su sucesor.

^{25.} Sobre este punto, hay versiones distintas: Cutter sostiene que la «Descubierta» tenía 103 hombres, y 96 la Atrevida (Las dotaciones..., en La expedición Malaspina, p. CXLIV), D. Higueras (Catálogo crítico..., t. I, p. 20) da en cambio la cifra de 102 para cada corbeta. La mayoría de los investigadores se inclinan por estas últimas cifras.

^{26.} Vernaci era astrónomo; escribió un diario desde Cádiz a Callao que se conserva en el Ms. 94, doc. 5, f. 293-391 vt. del M.N.

^{27.} Para más información sobre este reconocimiento, cf. Ms. 143, doc. 1, f. 1-114, y Ms. 468, f. 1-108, ambos del M.N.

^{28.} Viana. Diario del viaje..., obra en cuyo comienzo se dice que ese slibro se conservaba manuscrito en poder de los hijos del autor. En el Ms. 92 bis, f. 51 y ss. del M.N. hay un extracto incompleto.

^{29.} La relación de este viaje, en el Ms. 95 del M.N.

En 1809 publicó las Memorias sobre las observaciones astronómicas.

Ms. 1040 de la B.M.S., transcrito por San Feliú Ortiz, 62 meses a bordo.

^{32.} Hay dos copias del diario de este viaje, fechadas el 14 de mayo y el 6 de agosto de 1795: Ms. 329, doc. 3, f. 11-37, y Ms. 100. doc. 3, f. 26-56, ambos del M.N.

Hay que destacar por otra parte al director de cartas y planos de la expedición: se encargaba de esta tarea Felipe Bauzá y Cañas, que viajaba en la Descubierta». Después de un trabajo intenso y fructifero, se le prometió la dirección del Depósito Hidrográfico, responsabilidad a la que sin embargo no accedería hasta el fallecimiento de José Espinosa y Tello, en 181535

Los pintores ocupaban un lugar no menos importante: José del Pozo³⁴ viajaba en la ·Descubierta», y debido a su escaso rendimiento, se vio obligado a abandonar la expedición en Callao (1791); José Guío iba en la «Atrevida», y también se vio compelido a desembarcar, aunque en este caso debido a su enfermedad. Tuvieron, pues, que ser sustituidos ambos pintores por otros nuevos: en Acapulco se incorporaron Fernando Brambilia y Juan Ravenet. Merece también que se destaque el nombre de Tomás de Suria³⁵, pintor que estuvo en el reconocimiento de la costa Noroeste³⁶.

Por obvios motivos, vamos a dedicar especial atención a los naturalistas que formaban parte del viaje: Antonio de Pineda Ramírez y Tadeo Haenke (desde Chile) en la «Descubierta», y Luis Née en la «Atrevida»; también los cirujanos Francisco Flores Moreno y Pedro María González tenían conocimientos de Botánica y ayudaron a los anteriores en esta rama.

Antonio de Pineda, hombre de noble linaje, marino y naturalista, nació en 1753 en Guatemala (Reino de Nueva España). A los 17 años sentó plaza de cadete en el Regimiento de Reales Guardias de Infantería Española. Pero lo que realmente le apasionaba era el estudio de la Física y de la Historia Natural, hasta tal punto que en el Elogio que tras su muerte apareció en el Mercurio Peruano, se le da el sobrenombre de Mártir de la Naturaleza-³⁷. Fue alumno de Gómez Ortega, director del Real Jardín Botánico de Madrid.

Cuando se divulgó el plan de la expedición y la necesidad de contar con naturalistas, Pineda se presentó voluntario. Fue aceptado y se le nombró director de los diferentes ramos de la Historia Natural, nombramiento que seria luego glosado en los siguientes términos:

-Célebre entre los propios y extraños, no podía menos que fixar sobre si los ojos del Ministerio Español empeñado en formar para el honor de las Ciencias y de la Monarquía, una compañía de sabios que recorriese las costas de América y el Asia baxo el acreditado zelo, ilustración y conducta del Sr. Don Alexandro Malaspina-38.

Cuando murió -el 23 de junio de 1792, en Badoc, provincia de flocos³⁹—, se hizo levantar en Manila un monumento a su memoria disenado por Brambilia y con una inscripción en latín de Haenke; era el primer monumento que se erigia en Filipinas⁴⁰. El pintor Ravenet, por su parte, hizo un dibujo representando la muerte del ilustre naturalista. Sus papeles fueron reorganizados por su hermano Arcadio, oficial de la «Atrevida»¹¹, sin que lograra finalmente publicarlos.

Tadeo Haenke, botánico y naturalista natural de Bohemia, era discípulo del botánico alemán Jacquim y del geólogo austriaco Barón de Born. Gracias a la recomendación de sus maestros y a la mediación del conde Paulo de Greppi, fue admitido en la expedición. Sin embargo llegó a Cádiz, desde Viena, cuando las corbetas ya habían zarpado; salió dos semanas después rumbo a Montevideo con tan mala fortuna que la nave naufragó y perdió todo el material científico, por lo que finalmente tuvo que llegar a Santiago de Chile (el 2 de abril de 1790) atravesando la Pampa y los Andes. Se incorporó a la «Descubierta, a las órdenes de Pineda, pero su fama desbordaría pronto a la de éste⁴².

Luis Née, botánico francés nacionalizado español, fue propuesto para integrar la expedición por Pineda. Según R. Estrada,

-D. Luis Née puso como condición que se le reservase el puesto de profesor de Botánica y jardinero mayor de la Real Botánica; pero el Marqués de Valdecarzana, Sumilier de Corps, informaba a Valdés a este respecto diciendo, que Luis Née ni era empleado al servicio de S.M. ni profesor del Botánico; que se trataba de un simple jardinero a las órdenes del mozo de oficio más antiguo de la Real Botica, destinado en el Jardín de la Priora —jardín que en el Madrid de entonces se hallaba en el lugar que hoy ocupa la plaza de Santo Domingo- destino que tenía por recomendación del protomédico D. Mauricio Echandi (...). A pesar de este informe tan despectivo para D. Luis Née, probó éste tener excelentes conocimientos como botánico desecador, y embarcó en la "Atrevida", cumpliendo su cometido durante todo el viaje a entera satisfacción de Pineda y Malaspina-43.

A lo largo de la expedición, Née recolectaría una inmensa cantidad de plantas que fueron destinadas al Jardín Botánico de Madrid44.

^{33.} Más información sobre los componentes de la expedición en Palau, Diario de viaje.... págs. 605-611.

Como veremos más adelante, es el que realizó retratos del cacique Jonchar y de una joven patagona en Puerto Deseado.

^{35.} Suria escribió un diario —que comienza en Acapulco el 2 de febrero de 1791— cuyo original se conserva incompleto en la Yale University; fue publicado por J. Fernández, Tomás

^{36.} Sobre los pintores, véase Torre Revello, Los artistas pintoras de la expedición...; Catálogo de los dibujos, aguadas... (centrada en los dibujos de la col. Bauzá, cedida por C. Sanz al madrileño Museo de América); y sobre todo, Sotos Serrano, Los pintores de la expedición.

^{37. «}Elogio histórico, del Sr. D.Antonio de Pineda y Ramírez...». Mercurio Peruano, nº 281 Elogio.... op. cit.

^{39.} Sobre la figura de Pineda, véasc Higueras, «D. Antonio de Pineda...», en La expedi ción Malaspina, op. cit., págs. CXXII-CXXX; Wilson, -El coronel D. Antonio de Pineda...., Revista de Historia militar, t. XV, págs. 48-64. Esta última sostiene, basándose en el Escrito de J. de Cuéllar a A. Porlier, del Archivo Gral, de Indias, que Pineda murió el 6 de julio de 1792.

^{40.} Barras de Aragón, -Noticias del monumento al naturalista en Manila-, Actas y memorias de la Sociedad Española de Antropología, Etnografía y Prebistoria, año IV, t. IV, 28 de marzo de 1925.

^{41.} La relación de papeles de Pineda recopilados por su hermano, en Ms. 146, f. 232-233 vto., y Ms. 634, doc. 11, f. 72-79, ambos del M.N.

^{42.} Destacan entre las obras de Haenke la Descripción del Perú, y el Viaje por el virreinato del Rio de la Plata.

^{43.} Estrada Amaiz, El viaje de las corbetas..., p. 9.

Alvárez López, Noticias acerca de las plantas ultramarinas..., Revista de Indias, nº 25, págs. 503-540.

Debido a la envergadura de la expedición fue necesario preparar el viaje cuidadosamente, con estudios de Cook, Bougainville, La Pèrouse, Buffon, etc.45, con las informaciones de diversas Academias de Ciencias (París y Londres sobre todo), observatorios astronómicos, e incluso con consultas a especialistas (como el abate Spallanzani); con todo ello se elaboraron cuestionarios científicos46 y se prepararon diversos experimentos —siguiendo precisamente las instrucciones que mandó el anterior religioso italiano a ruegos del marqués Gerardo Rangone⁴⁷—. Consultó también Malaspina al ilustre americanista Antonio de Ulloa, pidiéndole entre otras cosas información sobre los patagones en estos términos:

«Sobre las costumbres de los Patagones y de los indios Pecharis, tan robustos y sociables aquéllos como éstos endebles y, digámoslo así, los más infelices de la especie humana, no omitiremos tampoco todas aquellas indagaciones que las ocasiones, los encuentros y nuestro alcance nos digan. Pero como quiera que la penetración en aquellos países, particularmente de los Patagones, es un objeto de mucha entidad para la historia de la propagación de la especie humana, tal vez la perspicacia de V.E. en estas materias pueda dictarnos ó algunas confrontaciones de costumbres ó voces ó algunos exámenes que sirviesen ó de parcial ó de completa aclaración a este punto-18,

b) Itinerario y resultados

La expedición panió de Cádiz el 30 de julio de 1789, con un salvoconducto del rey francés, Luis XVI, para evitar conflictos con la nación vecina. Llegaron el 20 de septiembre a Montevideo, donde establecieron el observatorio y formaron varias comisiones: una, al mando de José Bustamante y Guerra iría a Buenos Aires, y la otra, comandada por Malaspina, recorrería la costa desde Montevideo al cabo de Santa María.

La primera —que integraba también a una serie de oficiales que iban por tierra, como Valdés, Fernando Quintana y Gutiérrez de la Conchasalió el 27 de septiembre, llegó el día siguiente a la colonia de Sacramento y el 29 a Buenos Aires. Juan Vernaci, que llevaba los aparatos hizo el mismo recorrido un día después, llegando el 30 a Buenos Aires, ciudad en la que encontraron la protección del marqués de Loreto, virrey de la provincia. Regresaron a Montevideo el 12 de octubre. 49

Mientras tanto, la otra comisión —que llevaba como oficial a Bauzá, y a Pineda y Née como naturalistas— partió el 29 de septiembre en dirección al monte llamado «Pan de Azúcar» y después hacia Maldonado, adonde llegaron el primero de octubre. Tres días después regresaron.

Bustamante volvió a partir el 14 de octubre en dirección a Buenos Aires, esta vez con Pineda y Née. A finales de octubre habían regresado, de modo que volvían a estar reunidos todos los oficiales.

Ya desde el primer momento los naturalistas recolectaron gran cantidad de material, que almacenaban en las bodegas de las corbetas: hicieron de los navíos verdaderos laboratorios flotantes», escribe Mª Angeles Calatayudsa «donde, lo mismo se levantaba un plano, se disecaba un vistoso y extraño pájaro o se preparaban unas yerbas para tal o cual brebaje». El material era posteriormente enviado al Real Gabinete de Historia Natural o al Jardin Botánico de Madrid.

Volvieron a salir de Montevideo el 14 de noviembre con dirección a Puerto Deseado, llevando en reserva al bergantin «Carmen», al mando del segundo piloto de la Armada José de la Peñasi. Pasaron por el puerto de San Gregorio y el golfo de San Jorge, arribando a su destino el 2 de diciembre. Necesitaron la ayuda de Peña, que había llegado el día anterior, y que ya había tenido ocasión de entrevistarse con una tribu de patagones.

De Puerto Descado salieron las dos corbetas el 14 de diciembre, cinco días después de que el susodicho Peña fuese enviado por Malaspina a reco nocer los ríos de Santa Cruz y Gallegos, al sur del puerto de San Julián⁵². Pusieron rumbo a la isla de Chiloé, en Chile, pasando por el puerto de Egmont (Malvinas), el cabo de las Virgenes, el de San Vicente y el de Hornos55.

Era gobernador de Chiloé Pedro de Garoi, que se puso rápidamente a disposición de los viajeros; éstos decidieron, como iba a ser habitual a lo largo del viaje, formar comisiones con destino diferente: Pineda fue a Chacao, y los oficiales Tova, Valdés y Quintana a Castro, en la parte oriental de

Aprovecharon la estancia en Chiloé, entre otras cosas, para entrevistarse con los huilliches, del mismo modo que se habían reunido con los patagones en Puerto Deseado54.

El 19 de febrero salieron de la isla en dirección a Valdivia y al fondeadero de Talcahuano. En este puerto, en el que una epidemia de viruela había

Se pueden ver determinados apuntes en el ms. 156 del M.N.

Véase por ejemplo el test etnográfico que hay en el Ms. 318, f. 9-10 del M.N.

Jiménez de la Espada, Un autógrafo del abate Spallanzani, Anales de la Sociedad Española de Historia Natural, 1872, Cf. igualmente Ms. 94, doc. 1, f. 1-25 del M.N.

^{18.} Novo y Colson, Viaje politico científico..., p. 7.

^{49.} En el Ms. 327 f. 56-60 vto del M.N. hay unas instrucciones del gobernador de Buenos Aires a Malaspina, firmadas por el marqués de Loreto con fecha 20 de octubre de 1789

^{50.} Calatayud, Influencia de la expedición Malaspina...- en la expedición Malaspina. op

cit., pág. LXI. 51. Peña recorrió la costa patagónica en varias ocasiones; cf. Lehmann Nitsche-Noticias emológicas sobre los antiguos Patagones.... Boletín de la Academia Nacional de Ciencias de Córdoba, t. XX, p. 5.

^{52.} En el Ms. 327 doc. 3, f. 3-4 vto. del M.N. hay una carta de Peña a Malaspina describiendo los bajos de San Esteban (23 de febrero de 1790).

^{53.} En el Ms. 100, doc. 4, f. 57-106 del M.N. hay un diario atribuido a Pineda sobre el recorrido desde Montevideo a San Carlos de Chiloé.

^{54.} Malaspina escribe (Ms. 753, f. 144 del M.N.) que la visita de los huilliches sirvió para -enterarnos de muchas costumbres suyas y de su roce, y comunicación con las Tribus de los Patagones-

ocasionado ya cerca de 200 víctimas, ambas corbetas decidieron separarse para efectuar un examen exhaustivo de la zona.

La «Atrevida» salió el 2 de marzo hacia las costas de la Quiriguina, las bocas del río Itata, las inmediaciones del morro de Topocalma, los bajos de Rapel, las playas de Cartagena y la zona comprendida entre las puntas de Coroumilla y los Angeles, regresando a Valparaiso, lugar de reencuentro con la «Descubierta», el 11 de marzo; dos días después Valdés, con Pineda y Née, salía para Santiago, lugar en el que se encontraron con las facilidades dispuestas ex profeso para ellos por el mariscal de campo Ambrosio O'Higgins⁵⁵.

Mientras tanto, la Descubierta- visitó los alrededores de Talcahuano y las islas de Juan Fernández, volviendo a Valparaiso el 17 de marzo; un par de días más tarde, Malaspina y Bustamante se trasladaron a Santiago: en este punto tuvo lugar el 2 de abril la incorporación de Haenke. Poco antes, Malaspina había recibido mediante el correo de Buenos Aires el diario de Peña por la Patagonia.

Salieron definitivamente de Valparaiso el 14 de abril de 1790, arribando cuatro días más tarde al puerto de Coquimbo; desde aquí, unos se dirigieron a Serena, otros a las minas de Andacollo y Punitaqui, y Née realizó varias excursiones botánicas. Partieron de Coquimbo el 30, y en las inmediaciones del morro de Copiapó volvieron a separarse, con el objetivo de reencontrarse en Lima.

Mientras la »Descubierta» reconocía las islas de San Félix y la costa peruana hasta la bahía de Callao^{so}, la «Atrevida» estuvo por la ensenada de Arica —costa comprendida entre Coquimbo y la Nasca—. Por esas fechas hacía su entrada en Lima el nuevo virrey D. Francisco Gil y Lemus⁵⁷.

Establecieron el observatorio en la casa de los religiosos de la Buena Muerte, en Lima, aprovechando el alto en el camino para ordenar documentos y cartas, y hacer diversos envíos a la Corte⁵⁸. Los naturalistas entretanto, realizaban excursiones: Née fue a Canta, y Haenke recorrió la zona de Tarma a Huanuco.

Partieron el 20 de septiembre —ya sin el pintor José del Pozo—, recorriendo la costa hasta Paita, ciudad a la que llegaron una semana después. El 1 de octubre desembarcaban en Guayaquil, en la costa de Ecuador¹⁹. Aquí recibieron diversas noticias de Europa, entre ellas la del atentado contra el conde de Floridablanca⁶⁰. Aprovecharon la escala, una vez más, para

realizar diversas excursiones por la zona: Tova y Robredo hacia el río Tumbes, Pineda y Née al Chimborazo, Murphi y Maqueda a la isla de Puná, y Haenke a los montes de Taura.

El 28 de octubre pusieron rumbo a Panamá, concretamente al puerto de Pericó, adonde llegaron el 16 del mes siguiente: la huena visibilidad les permitió hacer una completa descripción de la costa comprendida entre el cabo de San Francisco y la punta de Chiramirá; habían dejado atrás también la isleta de Salango, la isla de la Plata y el cabo de San Lorenzo. Como era costumbre rastrearon la zona a conciencia: Secundino Salamanca fue a las islas de Majaguar y el Pelado para determinar la extensión de la punta de Manglares; Vernaci se dirigió a las Cruces y al río Chaqres, y Novales visitó la isla del Rey, el resto del archipiélago de las Perlas y el bajo de San José.

Partieron el 15 de diciembre, pero pronto se encontraron con corrientes adversas que les mantuvieron inmovilizados hasta el 28. Ya en el nuevo año, el 6 de enero, decidieron volver a separarse.

La «Descubierta» estaba el 13 de enero a la altura del cabo Blanco y del golfo de Nicoya (Costa Rica), recorrió luego la costa entre la punta de Santa Catalina y el golfo de Papagayo, fondeando el 18 en Realejo (Nicaragua), desde donde exploraron la zona limítrofe (volcanes del Viejo y Telica). Salieron el 30, pasando por delante de Sonsonate y de los volcanes de Gua temala, hasta llegar el 27 de marzo a Acapulco (Méjico).

Mientras, la «Atrevida» pasaba por la isla de Cocos y llegaba el 2 de febrero a Acapulco⁶¹; aquí el virrey, conde de Revillagigedo, informó a Bustamante de la próxima incorporación al viaje de Espinosa y Cevallos, oficia les que llegaron el 25. Partieron seguidamente hacia las islas de Posesión y María, llegando a San Blas (costa occidental de Méjico) el 31 de marzo. Aquí recibió Bustamante la noticia de que la «Atrevida» estaba desde el 27 de marzo en Acapulco, por lo que el 13 de abril puso rumbo a aquel puerto.

Reunidas las dos corbetas en Acapulco, se tomó la decisión de formar dos comisiones que se quedarían en Méjico: una para estudiar los aspectos geográficos y astronómicos al mando de Alcalá Galiano, y la otra, propiamente naturalista, integrada por Pineda, Née y Guio.

El 1 de mayo de 1791 salieron las naves de Acapulco hacia la costa N.O. de América, con la incorporación de Tomás de Suria. El 27 de junio por la mañana se dirigieron a Puerto Mulgrave⁶², donde establecieron varios contactos con los indígenas, de los que obtuvieron abundante información sobre costumbres, religión, lenguaje, etc.

^{55.} Fue gobernador de Chile desde 1788 a 1796.

^{56.} Se pueden ver distintos diarios de viaje que abarcan desde Cádiz a Callao, como por ej. el del Ms. 92 bis, 93, 467, etc., del M.N.

Según Pineda, Gil y Lemus recorrió la costa patagónica cuando la fragata - Asuncióntomó posesión de las Malvinas. Ms. 590, f. 30, y 343, f. 102, del M.N.

En el Ms. 462 f. 189-194 del M.N. hay una lista de aves y peces, obra de Pineda, que sería enviada al Gabinete de Hª Natural.

^{59.} El diario de Vernaci abarca de Cádiz a Guayaquil. Ms. 94. doc. 5, f. 293-391 vto. del

^{60.} José Monino, conde de Floridablanca, ministro de Carlos III y Carlos IV, sufrió el 18 de julio de 1790 un atentado fallido, perpetrado por el francés Juan Pablo Pairet.

^{61.} Bustamante y Guerra, Relación de las navegaciones... op. cit.

^{62.} Viana (*Diario..., op. cit.*, p. 199) nos cuenta: La noticia de nuestra llegada se difun dió pronto por las inmediaciones de Mulgrave; á las 7 de la mañana avisó un centinela (que los naturales dejan todas las noches a la entrada del puerto) la proximidad de dos canoas extratas toda la república pareció conmoverse con la noticia y el Cacique despues de arengar al pue blo, ó para exortarlo á defenderse de sus enemigos, ó para dirigir su conducta con los nuevos huéspedes, suplicó que uno de nuestros soldados tirase un fusilazo.

Esta descripción puede encontrarse también en la B.M.S., Ms. 1040, f. 175 vio., escrito por Tova y Arredondo.

Llegaron a la altura del cabo Arcadio —nombre puesto por Malaspina en honor de Arcadio Pineda— el 10 de julio, y en los días siguientes recorrieron los puertos de Remedio y Guadalupe, para atracar finalmente en Nootka el 13 de agosto. En este lugar volvieron a contactar con los naturales, según nos relata el propio Malaspina:

MARISA GONZALEZ MONTERO DE ESPINOSA

Fueron tambien con estremo felices para nosotros los dos dias siguientes del 26 y 27, pues concurrieron a bordo de ambas corvetas los dos hermanos Natzape y Nanikiur, Jovenes de un Talento, comprension y afabilidad singulares, nos suministraron tales ideas, tan claras y tan estrañas sobre su religion, origen, Leyes, costumbres, Sistema Governativo, comercio y Geografía interna que nos parecia una ilusion el comprendernos reciprocamente con tanta velocidad.⁶³

Partieron hacia California el 28 de agosto, pasando por la punta de San Esteban, el estrecho de Fuca, los cabos Diligencia y Blanco y el puerto de Trinidad, para llegar el 6 al cabo Mendocino; del 13 al 25 permanecieron en Monterrey; midieron después la punta de Pedernales, a la entrada del canal de Santa Bárbara; recorrieron seguidamente el morro de San Lorenzo, la bahía de Santa Marina, la misión de los jesuitas de Todos los Santos y el cabo de San Lucas, extremo meridional de California. Aquí decidieron de nuevo separar las corbetas.

Mientras la «Atrevida» recorría en la segunda semana de octubre las tierras limítrofes al cabo Corrientes, hasta recalar el 16 nuevamente en Acapulco, la «Descubierta» pasaba por San Blas, el volcán de Colima, los puertos de Navidad y Siguantanejo y la isla del Grifo.

Terminada la campaña del N.O. recibieron noticias de la excelente labor que estaban realizando en México las dos comisiones que allí se habían quedado: la de Pineda, por ejemplo, recorrió Acapulco, Chilpancingo, Tixtla, Real de Tasco y Cuernavaca, pasando luego por Pachuca, Queretaro, Atotonilco y Acámbaro hasta Guanajato, aumentando de paso las colecciones de Historia Natural.

Durante su larga estancia en Acapulco —tres meses—, recibió Malaspina órdenes de S.M. en el sentido de que reconocieran Nootka y el estrecho de Fuca; a esta misión se enviaron dos goletas («Sutil» y «Mejicana»), al mando de Alcalá Galiano y Valdés, a los que acompañaban Juan Vernaci y Secundino Salamanca.

El 20 de diciembre —habiéndose ya reincorporado Pineda— salieron hacia las islas Marianas, pasando por las islas de Seypan, Tinian, Rota y Guahan. Fondearon en ésta última el 12 de febrero de 1792, aprovechando la ocasión para realizar varias excursiones científicas: Haenke fue a Agaña, Née hacia los montes de la Vigía y Pineda estudiaba entretanto la litología y la zoología de la zona.

El 24 de febrero partieron para las Filipinas, adonde llegaron el 4 de marzo (concretamente al puerto de Palapa, en la parte N. de la isla de Samar); recorrieron luego la isla de San Bernardino, la punta de Galera (isla de Capul), isla del Muerto, volcanes de Albay y Bulusán, y en general toda la costa de la isla de Luzón hasta fondear en el puerto de Sorgosón, desde el que hicieron varias excursiones⁶¹.

De allí partieron hacia el sur de Luzón (Mindoro), pasando por el canal que forman las islas de Burias y Marbate; costeando después la isla de Maricaban y la del Corregidor por su banda este, arribaron el 26 a Cavite, en la bahía de Manila.

Mientras Bauzá recorría las islas de Lubán, Ambil y Mindoro, Haenke visitaba las comarcas septentrionales, y Pineda, ya enfermo, investigaba por la laguna de Bay, por la isla de Falin, por las canteras de los montes de Santa Inés, por Ituy, Carig, etc., hasta llegar, postrado en una hamaca, a Badoc (provincia de Ilocos) donde murió el 23 de junio de 1792:

-Penetrando montañas y bosques y reconociendo volcanes y minas, sin detenerse en riesgo; ni proveerse de remedios necesarios para su vida y salud en climas y temperamentos muy varios; de lo cual recogió frutos admirables en los tres reynos de la naturaleza.⁶⁵.

En Cavite planearon una nueva separación, ya a principios de abril. La «Atrevida» atravesó Mariveles, la isla del Corregidor y la parte N. de la isla de la Monja, pasando por el cabo Bojeador al puerto de Taipa y a Macao (China), regresando a Cavite el 20 de mayo. La «Descubierta» pasó por las costas de Zambales y Pangasinan, pero las dificultades para hacer mediciones exactas la forzaron a regresar a Cavite el 13 de abril.

Durante todo este tiempo exploraron la zona detenidamente: Viana recorrió durante 35 días las costas desde Bolinao a los cabos Bojeador y Engaño; Ravenet fue a la provincia de Battaan; Néc anduvo por las provincias de Albay, Camarines, Tayabas y La Laguna —desde marzo—, y junto con Haenke, ya a mediados de septiembre, por la laguna de Bay y el volcán de Taal, que había estado poco antes en erupción; Tova visitó la provincia de Tayabas, especialmente los sitios que no se habían podido medir durante el camino de Sorgoson a Manila.

De Cavite salieron el 15 de noviembre; atravesando las islas de Mindoro, Panay y Negros, llegaron el 22 a la rada de Zamboanga, en la isla de Mindanao. Esta escala tenía por objeto estudiar si era conveniente conservar un presidio que había en esta ciudad, constantemente amenazado por los piratas.

^{63.} Ms. 753 f. 573 vto.-574 del M.N.

^{64.} Viana y Bauzá se trasladaron a la orilla oriental de ls isla de Luzón; Née se separó de las corbetas por espacio de 3 meses, para recorrer la zona entre el extremo meridional de Luzón y Manila.

^{65. «}Homenaje a A. Pineda». Memorial Literario, mayo 1794. En la Gaceta de Madrid del 18 de abril de 1794 hay una carta de Malaspina anunciando la muerte de Pineda.

El 25 de noviembre fueron Bauzá, Novales y Haenke al puerto de la Caldera; el 5 del mes siguiente observaron la inmersión del primer satélite de Júpiter; el 7 partieron hacia la costa S.E. de Australia, pasando por las Nuevas Hébridas, arribando el 11 de marzo de 1793 en Puerto Jackson, en la costa S.E. de Australia, no lejos de Sydney.

El 25 de marzo fueron por diversas vías a Bahía Botánica; los naturalistas por su parte estudiaron las zonas de Parramata y Tungave.

Zarparon el 11 de abril, encaminándose por el sur de Nueva Zelanda hasta la isla de los Amigos, a la que llegaron el 20 de mayo. Aquí tuvo lugar un interesante encuentro con los naturales, según nos relata el propio Malaspina:

Entre las muchas Canoas que senos habian acercado, mientras estavamos aun a la vela, se hacia digna de reparo una Canoa doble, de la qual vimos subir abordo un Eixe (Gefe) anciano, y corpulento llamado el Eixe Dubou. Ofreció inmediatamente como regalo la Macana, que traía una gallina, y algunas raices, y con el recíproco contacto de las narices nos saludo amistosamente dandonos la bien venida. 66.

Tuvieron un contacto muy estrecho con los indígenas, siguiendo el tono que presagiaba la cordial bienvenida, lo que permitió a nuestros expedicionarios retratarlos, extraer abundante información e incluso elaborar un vocabulario⁶⁷.

Salieron el 1 de junio, y navegaron durante dos meses con destino nuevamente a Callao⁶⁸, recorriendo las islas de Kao, Tufoa, Late, Annamoka, Ungatonga y Ungahapai. En agosto Malaspina decidió regresar a España, enterado ya de la declaración de guerra contra Francia. Todavía sin embargo iba a pasar más de un año antes de que los expedicionarios pisaran efectivamente tierra española.

Desde Lima emprendieron las excursiones habituales: Haenke iría a Buenos Aires pasando por Huancavélica, Cuzco y Potosí; Née recorrería la Cordillera hasta Santiago y Buenos Aires.

Bauzá y Espinosa, para evitar el paso por el cabo de Hornos, embarcaron en la fragata «El Aguila» rumbo a Valparaiso y, ya en los primeros meses de 1794, atravesaron Santiago y Mendoza, llegando a Buenos Aires el 15 de abril⁶⁹. Después se trasladaron a Montevideo para reincorporarse a la expedición. El 16 de octubre de 1793 salían por su parte las naves del puerto de Callao, tomando rumbos independientes, para encontrarse de nuevo en Talcahuano: la «Descubierta», además de atravesar las islas de San Lorenzo y Santa María, como la «Atrevida», recorrió también las Tetas de Bio-Bio y el islote de Quiebra Olla, llegando a Talcahuano un día después que su compañera⁷⁰. A comienzos de diciembre volvieron a salir por separado.

La "Descubierta" costeó los cabos de Victoria, Hornos, Buen Suceso y San Antonio, en la isla de los Estados; puso rumbo a las Malvinas, pasando por las islas de los Salvajes y las Llaves, llegando el 2 de enero de 1794 al Puerto Egmont; el 20 puso rumbo a Santa Elena, y en esta bahía permanecieron hasta el primero de febrero, en que partieron para Montevideo.

La "Atrevida" había estado en ese tiempo por las islas de Diego Ramírez, y ya en las postrimerías del año, en el puerto de la Soledad (Islas Malvinas), desde donde —tras los oportunos reconocimientos de la zona— salieron con rumbo a Montevideo. Llegaron aquí el 15 de febrero, un día después que la «Descubierta».

Aprovecharon la estancia en Montevideo para poner en orden todos los estudios y medidas que habían realizado desde Lima, así como para efectuar la imprescindible reparación de las naves. Se incorporaron también los oficiales Bauzá y Espinosa —que venían de Santiago y Buenos Aires—, y Née, que se había separado en Talcahuano para hacer sus estudios botánicos.

El 21 de junio zarparon rumbo a España, acompañados por un convoy de Lima y otro de Montevideo. Llegaron a Cádiz el 21 de septiembre de 1794, cinco años y dos meses después de la partida. No exageraba el P. Barreiros, como puede colegirse de esta sucinta exposición, cuando calificaba a la expedición Malaspina de «página gloriosa en la historia de nuestros viajes científicos», ya se mire la abnegación y el sacrificio de los que dieron sobradas pruebas o la extraordinaria recopilación de estudios que realizaron El éxito de la expedición era incuestionable desde cualquier punto de vista. El mismo Monarca, por R.O. del 17 de marzo de 1795, manifestó, a la par que su satisfacción por el resultado de la empresa, el deseo de que Malaspina se personara en la Corte con el fin de informar detalladamente de la expedición. Además una semana después, el 24 de marzo, se nombraba al marino italiano brigadier de la Armada⁷³.

Malaspina propuso por su parte ascensos y recompensas diversas para los viajeros que le habían acompañado, y aprovechó su estancia en la Corte para preparar la publicación de su viaje y activar la creación del Depósito Hidrográfico —una vieja idea de Jorge Juan—, de acuerdo con el ministro de Marina Antonio Valdés. Al ser éste apartado del ministerio, siguió con el

^{66.} Véase Ms, 753 f. 765-766 del M.N.

^{67.} En el Ms. 751 f. 80-89, hay un vocabulario de vavao hecho por Ciriaco de Cevallos (M.N.)

^{68.} Cf. el diario desde Cádiz hasta el 23 de julio de 1793, atribuido a Bauzá, en el Ms. 479 del M.N.

Aparicio, F., Relación de un viaje entre Mendoza y Buenos Aires... (transcripción de una parte del Add. 17592 del B.M.). Sus autores son Espinosa y Bauzá.

^{70.} Para determinar geográficamente los lugares recorridos, cf. el índice toponímico del Diario del viaje..., de M. Palau, págs. 643-712.

^{71.} En este puerto acaba el diario de Arcadio de Pineda (Ms. 181 del M.N.)

^{72.} Barreiro, La expedición de A. Malaspina..., en Asociación Española para el progreso de las Ciencias, Congreso de Salamanca, 1923, p. 69.

^{73.} Pavia, F. de P., Galería biográfica..., op.cit., t. II, págs. 489-491.

proyecto Juan de Lángara⁷⁴. Esta Dirección de Hidrografía terminó creándose en 1797 bajo la dirección de José de Espinosa, que era entonces Secretario de la Dirección General de la Armada; a su muerte, en 1815, le sucedió en el cargo Bauzá⁷⁵.

Malaspina había previsto publicar el viaje en tres partes: las dos primeras dedicadas a América meridional y septentrional, y la tercera, a Oceanía; a su vez cada parte debía subdividirse en tres apartados: el viaje, el país y sus naturales. y por último la política. En tomo aparte irían los viajes impulsados por la expedición, de tal modo que resultaría una obra muy completa, ilustrada por unos setenta dibujos, y cuya redacción general sería obra del P. Manuel Gil⁷⁶.

El viaje, sin embargo, nunca llegó a publicarse. Malaspina se vio envuelto en una típica intriga palaciega, protagonizada además de por la reina y Godoy —como no podía ser menos—, por las damas de aquélla, las marquesas de Matallana y Pizarro. El Principe de la Paz utilizó para el procesamiento de Malaspina el informe que éste envió a Carlos IV solicitando la reforma del gobierno colonial, un escrito que contenía además un explicito rechazo del tratado recientemente firmado con Francia por el propio Godoy? Hay que añadir, aunque quizás resulte ocioso, que el documento de Malaspina suponía una descalificación absoluta de la política seguida por el favorito.

Fue encarcelado el marino italiano el 24 de noviembre de 1795, en casa del príncipe Monforte; le llevaron primero al Cuartel de Inválidos de Maravillas y después al Cuartel de los Reales Guardias de Corps. El P. Manuel Gil fue también detenido y conducido a la Casa de Corrección de los Toribios de Sevilla.

El 20 de abril de 1796 fue destituido Malaspina de todos sus cargos, y del grado de brigadier de la Armada; condenado a 10 años de prisión, fue trasladado al castillo de San Antón, en La Coruña⁷⁹.

En diciembre de 1796, Malaspina solicitó elemencia al rey para volver a su patria, merced que consiguió con la intervención de su amigo, el conde de Grepi, a comienzos de 1803. Moriría seis años más tarde. El otro comandante de la expedición, Bustamante, fue ascendido a brigadier primero, y nombrado gobernador de Montevideo más tarde. En 1804 fue hecho prisionero por los ingleses en el cabo de Santa María. En 1810 fue nombrado Capitán general de Guatemala. Murió en 1825.

El material científico de la expedición no corrió mejor suerte que Malaspina: durante el encarcelamiento de éste, Godoy mandó requisar todo lo relativo al viaje. Ahí comenzó el peregrinaje de los documentos, que fueron a parar a la Secretaría de Estado de Marina, y después al recién creado Depósito Hidrográfico, por intervención de Martín Fernández de Navarrete.

En 1802, Espinosa publicó la Relación del viaje de las goletas Sutil y Mejicana al estrecho de Fuca; en 1809 se publicó la Introducción a la Historia Natural de la provincia de Cochabamba, de Haenke; en 1810, la Carta esférica de la parte interior de la América meridional, según las observaciones de Espinosa y Bauzá.

Para que los documentos no pasasen a manos extranjeras, durante la invasión napoleónica, Bauzá transportó tan preciada carga de Madrid a Cádiz; más adelante, siendo ya director del Depósito Hidrográfico, Bauzá emigró por motivos políticos a Londres, ciudad en la que le sorprendió la muerte. De ahí que la Bauza Collection sea ahora parte integrante de los fondos del British Museum?⁶.

En 1849, los hijos de Viana publicaron el Diario del viaje explorador de las corbetas españolas Descubierta y Atrevida en los años de 1789-1794. En 1885, el teniente de navío Pedro Novo y Colson publicó el Viaje político y científico alrededor del mundo de las corbetas Descubierta y Atrevida.

Los trabajos de Antonio Pineda fueron a parar a su hermano Arcadio; éste los ordenó, y José Cornide de Saavedra se encargó de prepararlos para la publicación, proyecto igualmente frustrado cuando ya estaba preparado (5 de agosto de 1795) el primer tomo de los cinco que abarcaría la obra. La prohibición de que se publicasen hizo que los documentos pasaran, junto con los de Née y Haenke, al Museo de Ciencias Naturales y al Depósito Hidrográfico⁸¹.

Tal fue el triste destino de esta expedición que, en palabras de D. Higue ras, estaba llamada a ser una de las principales propulsoras «del gran movimiento científico de la ilustración española»⁸².

^{74.} Juan de Lángara y Huarte era en 1795 Capitán Graf, de Cádiz, y en 1796 Secretario de Estado.

^{75.} Villanueva, J. L., Vida literaria..., t. I. págs. 52-58.

El P. Manuel Gil pertenecía a la Congregación de los Clérigos Menores; en el momento de su detención estaba en la iglesia del Espíritu Santo de Sevilla.

^{77.} Sobre el procesamiento de Malaspina, ef. Jiménez de la Espada, «Una Causa de Estado, Revista Contemporánea, 1881, págs. 402 y ss; y Villanueva, J. L., op. cit., t. I, cap. VI. Tanbién Blanco White (Cantas de España, p. 265-6) relata sucintamente el episodio: cómo la Concedacción de un Memorial al Rey en el que se censuraba, entre otros, a Godoy; uno de los súbitos virajes de opinión de M. Luisa le llevó a confesar todo al propio favorito. En la Col. miento de Malaspina, con fecha 21 de noviembre de 1795.

^{78.} Estrada Arnaiz, El viaje de las corbetas..., p. 41.

^{79.} En la Col. Guillén (DCXXX, M.N., Ms. 1826, doc. 33 f. 146-146 vio., está la R. O. sobre la causa de Estado contra Malaspina, con las penas correspondientes y fecha de 17 de abril de 1796.

^{80.} Sobre los manuscritos del Museo Británico, cf. Gayangos, Catalogue of the Manuscripts...

^{81.} Jiménez de la Espada, -Un autógrafo del abate Spallanzani-, en *Anales de la Sociedad Española de Historia Natural*, 1872, p. 162 y ss.

^{82.} Higueras, D., Católogo crítico..., op.cit., t. I. p. 19.

CAPÍTULO TERCERO

DESCRIPCIÓN DE LOS NATURALES DE LA COSTA PATAGÓNICA

1. La leyenda de los gigantes de la Patagonia

Casi desde los primeros momentos en que los europeos arribaron a aquellas lejanas tierras, se empezó a discutir sobre el hecho extraordinario de que estaban pobladas de gigantes. En el relato del viaje de la fragata «Santa María de la Cabeza» (1785-86) se intenta exculpar de la propagación del mito a los primeros navegantes españoles:

-No podemos desentendernos del agravio que se hace á los primitivos navegantes Españoles atribuyêndoles el origen de tal fâbula para hacer extraordinarias sus navegaciones, como si para esto hubiesen necesitado de mas auxilio que la sencilla verdad-

Pero lo cierto es, como esta misma obra reconoce, que ya Sarmiento les llamaba en general «gigantes», afirmando entre otras cosas que ni diez europeos podían detener a un patagón. Fue sin embargo Pigafetta, el italiano que historió la famosa navegación de Magallanes y Elcano, el primer y principal artífice de la divulgación de la leyenda. En todo caso, es secundaria desde nuestro punto de vista la cuestión de a quien cabe atribuir la responsabilidad de las primeras inexactitudes y exageraciones: el mismo nombre que les dio Magallanes («patagones», o sea, de grandes pies), las posteriores exageraciones de Pigafetta, las ya aludidas menciones de Sarmiento de

¹ Relación del último viaje al estrecbo de Magallanes de la fragata Sta. Mº de la Cabeza, p. 324. 5 años antes, en 1780, Antonio de Viedma, que había ido a buscar establecimientos para el poblamiento de la costa patagónica, describía a los naturales como altos, pero en mingún caso como gigantes. Cf. Viedma, Diario de un viaje..., en De Angelis. Colección de obras..., tomo V, p. 491.

Gamboa poco después, etc., etc., constituyen simplemente los diversos hitos de un proceso que iba a calar hondo en la mentalidad europea, porque ésta se encontraba predispuesta a mirar al Nuevo Continente a través del cristal de lo fantástico, lo maravilloso, lo insólito².

Los cronistas de Indias —Gonzalo Fernández de Oviedo y López de Gomara, fundamentalmente—, basándose en las fantasías de los viajeros, no hicieron más que dar un soporte, una cobertura —con apariencias de estructuración rigurosa— a los datos confusos de los expedicionarios, pero sin apenas pasarlos por el tamiz de la crítica.

Ulteriormente no dejaron de aparecer crónicas que se referían a la extraordinaria estatura de aquellos indios, tanto de autores españoles como de otros países. En la traducción francesa del viaje de Byron se hacía una relación de viajeros que aseguraban haber visto gigantes en la zona, cuestionándose entre otros el testimonio de Sarmiento, lo cual provocó que al reeditarse el año siguiente (1768) el relato de éste, el editor español se viese obligado a añadir un prólogo en defensa de la objetividad del mencionado expedicionario.

Fue precisamente Byron quien, ya mediado el siglo XVIII, proporcionó más eco a la leyenda de los gigantes patagones, con una descripción que, bajo apariencia de rigor y precisión, contenía detalles literalmente increibles: uno de los jefes, además de ser caracterizado como de «estatura gigantesca», es presentado como la encarnación de «los cuentos de monstruos de figura humana»; tras calificarlo de «espantable coloso», asegura Byron que un oficial de seis pies de alto resultaba literalmente un pigmeo «al lado de estos gigantes», etc., etc.).

En la traducción castellana del viaje de Byron, Casimiro de Ortega afirmaba lo siguiente:

Como el descubrimiento de la casta agigantada de Patagones es uno de los puntos mas curiosos, y extraordinarios de este Viaje, se persuade el Editor que será muy del caso el presentar aquí al Público todas las noticias que nos han dado sobre esta materia los Autores de los Viajes anteriores acompañadas de algunas reflexiones. A la verdad una importante consequencia de esta expedicion es la de terminar la disputa que ha subsistido por espacio de dos siglos y medio entre los Geographos, por lo tocante á la realidad de la existencia de una Nacion de estatura tan pasmosa; sobre lo cual no dexan yá ultimamente recurso para la duda los testimonios uniformes de las tripulaciones del Delphin, y del Tamer.

Aun más, se había hecho ya casi clásica la representación de un patagón al lado de un europeo que apenas le llegaba a medio pecho⁶. Sin embargo, no todos lo aceptaban, hasta el punto de que también se había hecho clásica la recopilación de autores «a favor y en contra» de la existencia de los gigantes:

«Lo aseguran entre los españoles, Magallanes, Loisa, Sarmiento y Nodal; entre los ingleses, Canidsh, Harckins, Knivet; entre los holandeses, Sebal de Noort, Lemaire y Spilberg; entre los franceses, la tripulación de los navíos Marsella y San Malo. Lo desmienten Winter, que después de haber visto con sus propios ojos lo que era, dice claramente que es un sueño inventado por los españoles; L'Herniste, almirante holandés; Froger, según la relación de M. Gennes y Narboroug, cuyo testimonio es preciso confesar que puede oponerse al de otros muchos por haber sido el que ha visto mejor que todos la Magallanica.⁷.

Los científicos del siglo XVIII se mantenían por lo general bastante cautos sobre el tema. De Pauw en sus famosas *Recherches philosophiques* afirmaba que los patagones tenían igual talla que los europeos⁸, por cierto, el supuesto gigantismo de los patagones iba a ser utilizado por Pernety para rebatir las teorías de De Pauw sobre la degeneración de la raza americana⁹. Buffon, por su parte, mantenía una actitud de extrema prudencia, sin negar ni afirmar taxativamente la existencia de gigantes, aunque —argumentaba—...

-Se puede dudar con fundamento de la existencia de semejante nacion Patagona compuesta toda ella de Gigantes particularmente baxo el supuesto de las quatro varas de estatura pues el volumen de un hombre de estos sería ocho veces mayor que el de otro hombre regular. 10.

^{2.} Véase la obra de J. Oyarzun Expediciones españolas al estrecho de Magallanes..., págs. 11-15. En este mismo libro pueden seguirse de un modo ordenado los diversos relatos que hicieron los viajeros españoles de aquellas tierras y de sus habitantes. Véase también la obra de Néstor Tomás Auza La Patagonia mágica, en especial págs. 8-14.

^{3.} Pelayo. Los comienzos de la paleontologia..., pág. 19-23.

^{4.} Byron, Viaje alrededor del mundo..., ed. de 1943, págs. 38-48.

^{5.} Viage del Comundante Byron..., trad. de C. Ortega, 1769, 24 ed., pág. 167.

^{6.} Aguilar Piñal, Bibliografia de autores españoles..., vol. IV, pág. 241: en concreto se cita aquí las contraponada del libro de C. Gómez Ortega sobre el viaje afrededor del mundo de Magallanes, en la que aparece un grabado de un marinero ofreciendo un bizcocho a la mujer de un gigante patagón. La obra data de 1769.

^{7.} Byron, op. cit. (ed. de 1943), p. 40. En concreto este texto no es de Byron sino de una obra francesa titulada H^a de las navegaciones a las tierras australes, un fragmento de la cual se añade at relato del capitán inglés.

^{8.} De Pauw, Recherches philosophiques, t. 1, págs. 331-384.

^{9.} Pernety había ido como capellán en la expedición de Bougainville a las Malvinas escribió una obra contra De Pauw titulada Dissertation sur l'Amerique et les Americains contre les Recherches philosophiques de Mr. de P.- Cf. Gerbi, La disputa del Nuevo Mundo, pig. 160. Una clasificación de los diversos testimonios que sobre los patagones ofrecieron los cientínios europeos, en Imbelioni, -Los patagones..., Revista Runa, vol. II, B. Aires, 1949, págs. 7-11.

^{10.} Buffon, Hº Natural..., vol. 2º, págs. 305-307, y vol. 5º, págs. 238-254. En este último lugar, tras repasar las opiniones de los diversos viajeros - Commerson. Bougainville. Byron. Wallis, Magallanes. Spiloreg, Acuña, Brosse, etc.—, sostiene algo parecido: me inclino a creer, siguiendo la opinión de Mr. de Brosse, que la diferencia de la altura dada por los Viageros a los Patagones, proviene unicamente de no haber visto a unos mismos hombres, ni en unos mismos territorios, y que, bien exáminado todo, resulta que desde el grado 22 de latitud sur hasta el 40 6 45, existe en efecto una casta de hombre más altos y fornidos que todos los demas del Universo.

En la Relación del viaje de la Fragata Santa María de la Cabeza se sostenía, como hemos apuntado, que no existían tales gigantes y que los españoles no eran responsables de la divulgación de la leyenda. En todo caso, indudablemente, ésta persistía —aunque más atenuada— cuando llegó a la Patagonia la expedición de Alejandro Malaspina.

2. Llegada de la expedición Malaspina a Puerto Deseado

a) Primeras citas con los patagones

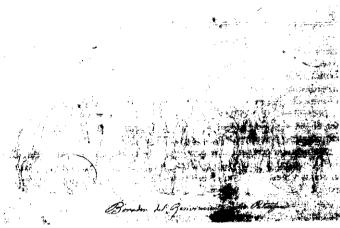
La primera tribu indígena con la que se encontró Malaspina fue la de los patagones, a sólo cinco meses de su salida de España. La expedición había partido de Montevideo el 14 de noviembre de 1789, y llegó a Puerto Deseado, en la costa patagónica, el 3 de diciembre. Necesitaron ambas corbetas para hacer la entrada en dicho puerto la ayuda del capitán del bergantín "Carmen", que había llegado previamente, el primer día de diciembre.

José de la Peña, que así se llamaba ese capitán¹¹, había tenido a bordo el día 2 algunos naturales: uno y otros se conocían ya de anteriores ocasiones, y ello dio lugar a que los indígenas mostraran la misma buena disposición que en encuentros anteriores¹². Los patagones que visitaron el bergantín eran de ambos sexos, y sabían algo sobre el idioma y las costumbres de los españoles¹³.

En la mañana del día 3 se reunió Peña con los componentes de la expedición y les contó que...

-Se habían visto en la parte del N a los Naturales entre los quales estaban algunos que había conocido en ntro establecimiento de Sn Josef, ¹⁴ y a quienes tenia indicado qe los que venian en las embarcaciones que se presentaban a la boca del Puero les eran favorables: para separarlos de qualquier temor que pudiesen tener de que fuesen Ingleses cuya memoria segun este Piloto les debia ser mui desagradable¹⁵, por haber experimentado la negra acción

de reunirlos en una de las Playas de este Puerto a comer y haberles hecho fuego desde su embarcacion-¹⁶



Borrador del rebicimiento de los putagones. Dibujo a lápiz atribuido a José del Pozo. Carpeta II del M. N.

Solamente tuvieron tres entrevistas con los patagones, razón por la cual no pudieron obtener el número de datos que en principio tenían previsto¹⁷. La primera entrevista tuvo lugar el 3 de diciembre: fueron en un bote Malaspina, Valdés y Antonio Pineda, acompañados de dos soldados armados y cuatro remeros; desembarcaron sólo los tres primeros, con el fin de no asustarles. Cerca del mediodía —los patagones no se distinguían por ser madrugadores— aparecieron el Cacique y otro miembro de la tribu, quienes se acercaron a Pineda, preguntándole por el jefe de la expedición. Pero dejemos la palabra a los propios protagonistas:

-Bieron auno â Caballo que les observava y conociendo sus ideas Pacificas hizo algunas señales de amistad hecho pie a tierra, que es la mayor prueva de su confianza, y alistante vinieron otros dos, uno de los quales traia un Guanaco vivo delante y otros muertos sobre su caballo, el Indio qe benia a la Derecha de este se reco-

^{11.} Debido a que Peña conocía bastante bien la costa patagónica, los expedicionarios tomaron informaciones suyas sobre el lugar y sus habitantes. En el Ms. 343, f. 81 vto. del M.N., escribe Pineda: Siendo tan escasas las noticias que se tienen de los Patagones en general, y tan pocas de su religion en particular; pues los navegantes que los han tratado, los observaron de paso, y por mui poco tpo, creo no desagradaran las que inserte por informe del Piloto D. Josef de peña que manda el Bergantin Carmen de S.M. y que hace muchos años frecuenta las costas Patagonicas con diversas comisiones.

^{12.} Ms. 327, f. 62 vto. del M.N.

Véase Ms. 753 f. 88 del M.N.

^{14.} Cuando se creó el virreinato del Rio de la Plata (Real Cédula del 1 de agosto de 1776), el primer virrey de B. Aires fundó varios poblados en la costa para evitar el merodeo inglés: uno de ellos era S. José, Cf. Gorla, Los establecimientos españoles...

^{15.} Véase el relato de Tova sobre el encuentro entre ingleses y patagones: «Un Capitan Ingles de uno de los muchos buques, que se emplean en la pesca de la ballena, después de paverlos atrahido con promesas a la playa, tubo la barbara Complacencia de darles una descarda des artilleria à metralla, matando à muchos, que nombran todavia, con sentimiento mesclado dela mayor indignacion, y asegurando que para ello no dieron el menor motivo...» Ms. 1040 f. 42 vto. de la B.M.S. También, en los Ms. 479 f. 14, y 327 f. 63-65 vto. del M.N.

^{16.} Cf. Ms. 94 f. 325, 424 f. 22 vto. y 479 f. 13 vto. -14, todos del M.N.

^{17.} En este sentido se queja Pineda: Efectivamente devemos sospechar, (unanimes con Peña) q^e alguna idea equivocada les hizo no concurrir con nosotros tanto como deseavamos. Como nô podiamos imaginarlo, y era nuestro animo metodizar nuestras pesquizas sin ahuyentarlos, con harra mortificación hemos echado después à menos varias noticias, que huvieramos podido adquirir enlas unicas tres concurrencias, que se nos proporcionaron. Ms. 590 f. 33 del M.N.

nocio por el Cacique, no tenia otra distinción de todos los q^e sucesivamente se fueron presentando que la de su mayor Taya y edad-¹⁸.

Pronto los indígenas confiaron en las buenas intenciones de los españoles, y mandaron llamar al resto de la tribu, que permanecía escondida observando la escena. El grupo lo componían unas 60 personas¹⁹ de ambos sexos, y de todas las edades, incluyendo niños de pecho. Iban todos a caballo, acompañados de unos 40 perros²⁰.

Perdido completamente el miedo, los patagones se sentaron en el suelo en forma de círculo. Malaspina les regaló abalorios, relicarios y otras baratijas, presentes que recibieron con gran afecto. Ellos prometieron a su vez traer al día siguiente picles y carne de guanaco, para intercambiarlas por cualquier tipo de comestible, que era lo que más deseaban²l.

Esta primera comunicación entre ambos pueblos se desarrolló de forma cálida y natural, a pesar del problema del lenguaje, parcialmente solventado con señas y gestos, y con el esfuerzo de algunas mujeres por entender el español.

Los indígenas habían prometido que volverían al mismo sitio donde había tenido el encuentro al día siguiente; sin embargo, el segundo contacto tardaría algo más en producirse, pues tuvo lugar el 8 de diciembre.

Nuestros expedicionarios se alarmaron al principio ante la ausencia de los indígenas, pensando que quizás se habían retraído ante el temor de que fueran ingleses o actuaran finalmente como éstos: de hecho, habían mostrado especial recelo al ver a oficiales rubios. Los patagones nunca llegaron a mostrar una total confianza hacia los españoles; se negaron siempre, por ejemplo, a subir a las corbetas, y todo lo más, aceptaron subir a bordo del bergantín «Carmen».

Cuando los españoles preguntaron a los patagones por el motivo de su ausencia, adujeron que se habían dedicado a reunir sus caballos dispersos a mucha distancia de sus tolderías²².

Sea como fuere, lo cierto es que, como señalábamos, la segunda entrevista no tuvo lugar hasta el 8 de diciembre, cuando algunos naturales — entre los que se encontraban el Cacique, tres o cuatro mujeres y varios niños de pecho— subieron a bordo del bergantín. Se avisó inmediatamente

a Malaspina, que acudió al encuentro acompañado del otro comandante, de Pineda y del pintor José del Pozo.

En este segundo encuentro recibieron también los patagones gran cantidad de regalos —del tipo de tijeras, cuchillos, espejos y utensilios semejantes—. En todo momento se negaron a mantener cambios de tipo formal con los expedicionarios: agradecían palpablemente lo que se les daba, y correspondían a los regalos con el obsequio de una piel de guanaco, pero nada más¹³. Pedían también armas, tabaco y todo tipo de comestibles.

Durante esta entrevista realizó el pintor Pozo los retratos del Cacique Jonchar, y de una joven patagona, de nombre Catama. Los expedicionarios nos los describen así:

«Son idénticos las facciones el colorido y los trajes de uno y otra. La edad del primero seria de unos sesenta años, la de la segunda de catorce²⁴, según pudimos deducir de las epocas de nuestras colonias en el puerto Deseado y en el de San Julian con los que combinamos sus noticias»²⁵.

Esta joven patagona era de una enorme viveza, y tenía gran facilidad para comprender todo lo que se le explicaba, e incluso para traducir palabras de su idioma al castellano 20. Según nos cuentan los expedicionarios, esta agraciada joven iba siempre acompañada de su padre 7, y mostraba un comportamiento natural, incluso mientras se le hacía el retrato...:

-No extraño esta ni la accion de pintar ni ver su Imagen: si procurava componer su Pelo mientras la Retrataron desde luego para parecer mejor, recivió la Madre de la Muchacha esto como un obsequio echo a su hija pues regalo como mui buena Piel de Leon, al Copiador del mejor semblante de todas las mujeres dela Compañia-²⁸.

Los españoles expusieron que les gustaría visitar sus campamentos, que distaban dos o tres leguas de la playa; pero como al día siguiente ofrecieron un único caballo al efecto, para que fuera sólo Malaspina, la visita no se llevó a cabo, dado que éste se negó a ir en solitario²⁹.

^{18.} Ms. 424 f. 23, y 479 f. 14 del M.N.

^{19.} Número que varía según los Ms.: 60 en Ms. 123 f. 119-119 vto., 124 f. 282 vto. y 343 ma que esta tribu llevaba dos días en Puerto Deseado, y que pensaban unirse con otra más numerosa para marchar juntas hacia el sur.

^{20.} Add. 17631 del B.M., f. 46.

^{21.} San Feliú Ortiz, 62 meses a bordo... pág. 47-48. Esta obra es una transcripción del incompleto Ms. 1040 de la B.M.S. (empieza la descripción de los patagones el 5 de marzo).

^{22.} Las tolderías eran los campamentos de estos indios; recibian ese nombre por estar hechas con toldos (de pieles de guanaco).

^{25.} Ms. 124 f. 286 vio. y 343 f. 81-81 vto. del M.N.

^{24.} La edad varía en los distintos Ms.: 20 años en el ms. 94 f. 326 del M.N., y 18 en el Ms. 1040 f. 40 vto, de la B.M.S.

^{25.} Ms. 343 f. 103-103 vto., y 590 f. 31 del M.N.

^{26.} Viana nos describe una anecdota de esta joven: «Una agraciada Joven qe havia llenado de Galleta el saquillo de quero en qe guardava sus provisiones, no teniendo ya en qe recivir algunas menestras qe se le regalavan, se vio precisada aquitarse el ropage interior, ejecutandolo con tanto cuidado y decencia qe nadie vio algunas delas partes qe ocupaba, iguales precauciones, usavan para montar a Caballo y embarcarse». Ms. 92 bis f. 53 vto, del M.N.

^{27.} Add. 17631 f. 46 del B.M.

^{28.} Ms. 94 f. 326, y 424 f. 23 vto. del M.N.

^{29.} Ms. 467 f. 61 vto.-62 del M.N.

En la tercera entrevista se presentaron los naturales en mayor número que en ocasiones anteriores, reuniéndose con toda la oficialidad; no obstante persistía en ellos el temor que antes apuntábamos, motivo por el cual siguieron negándose a subir a bordo de las corbetas.

El comandante les regaló galletas, legumbres, menestras, etc., o sea, los comestibles que ellos habían solicitado en anteriores ocasiones, y que fueton recibidos con grandes muestras de alegría, hasta el punto de que empezaron a comérselos inmediatamente. Malaspina apuntó a raíz de ello las siguientes observaciones:

> -Advertimos en esta ocasion quanto eran macilentos sus cavallos, debiles, y pequeños los Perros, y qual era el afan con el qual comian, todas pruevas nada dudosas de una subsistencia mas bien mezquina e incierta entodos esos contornos³⁰

Volvieron a pedir, por otra parte, parecidas cosas a las que ya antes habían solicitado, o sea, tabaco, aguardiente, sombreros, zapatos, etc., sin que en ningún momento mostraran sin embargo ansias por tomar lo que no se les daba explicitamente.

En esta reunión --nuevamente plasmada por José del Pozo con habilidad y sencillez- procuraron entenderse ambos pueblos con el lenguaje de las manos. No obstante, los oficiales dejaron constancia de la facilidad de los patagones para retener las palabras castellanas, cualidad en la que sobresalían especialmente las mujeres. Al mismo tiempo, los españoles tomaban buena nota de los términos patagones, con el fin de hacer un vocabulario mínimo de esta lengua. Pero dejemos nuevamente la palabra a los protagonistas:

-Movidos de una justa curiosidad, y benevolencia, hacía unos Rusticos ignorantes, por necésidad, y buenos por Eleccion fué la Oficialidad delas dos Corv^{tas} á hacer una bicita á Ntrôs Patagones el gran Numero de personas q^e eran y las Armas que llevaban causò en ellos solam^{te} una leve inquietud, q^e Ntrô.Com.^{te} les hablo, y díxo se sentasen; los mas lo hicierⁿ y entablando Combercación con ellos usando las mas veces de lenguaje de acción. Casí todos se mostravan agradables en particular los jovenes pues entre los de edad abanzada seveia una seriedad no Extraña delos q^e no Gozas los vivos fuegos dela mocedad y no ha conocido la Complacencía que se aprende el en Centro de la fina sociedad. Il

La despedida definitiva tuvo lugar, como era ya habitual, al ponerse el sol. La cordialidad que había presidido el encuentro se puso nuevamente de manifiesto en el momento de la separación:

«Todos nos decian en Castellano â Dios, y nos saludaban con las manos hasta perdernos de vista, y una desus Mugeres Madre de la Joven de quien se ha hablado nos repetia â Dios, â Dios, â Dios todos. En cambio de nuestros regalos nos dejaron un pequeño Guanaco muerto, y dos ô tres pieles de estos animales, quedando en volver otro dia, pero no lo verificaron.32.

b) Otros contactos con los indígenas

Además de los tres encuentros que tuvo la expedición con los patagones, hubo un par de contactos más, protagonizados por José de la Peña y por Gutiérrez de la Concha, oficiales ambos que habían recibido instrucciones de Malaspina para que hicieran un completo reconocimiento de la costa patagónica.

Con la misión de examinar los ríos Santa Cruz y Gallegos, salió José de la Peña de Montevideo, junto con las dos corbetas; debía también vigilar la actividad inglesa en la zona33.

Pasando por Cabo Blanco, llegó el primero de diciembre a Puerto Deseado, como ya consignamos anteriormente, sin que en su viaje atisbara rastro de los ingleses.

También expusimos como Peña se entrevistó con los indígenas poco antes de que llegaran los expedicionarios de Malaspina; la comunicación se vio facilitada por el conocimiento que tenía de nuestro idioma una india. llamada Jonasa. El objetivo principal de Peña en esta entrevista era recopilar información sobre los británicos, aunque también aprovechó la ocasión para intensificar el recelo de los indígenas hacia aquéllos.

El 18 de diciembre zarpó el bergantín hacia la bahía de San Julián, adonde llegó cuatro días después; tras reconocer las islas Playas y las salinas, salieron hacia el Río de Santa Cruz, sin que en ningún caso vieran huellas británicas: por el contrario, encontraron sólo restos de una cruz que el mismo capitán había dejado tiempo atrás, el primer día del año 17824.

A pesar de que el barco se encontraba en malas condiciones para seguir navegando -- había perdido el palo mayor y las anclas--, continuaron la misión encomendada, reconociendo el río Gallegos: tras un primer intento frustrado (tres marineros se volvieron por temor), fueron enviados otros tres el 17 de enero: Ponz, Sabater y Sorito eran sus apellidos35,

Al día siguiente divisaron a dos indios: les llamaron, les dieron varios obsequios y les pidieron que avisasen a los Caciques; dos días después apa-

^{30.} Ms. 753 f. 100 del M.N.

^{31.} Ms. 424 f. 23 vto.-24, y Ms. 94 f. 326 del M.N.

^{32.} Ms, 1040 f. 42 vto. de la B.M.S.

^{33.} En el s. XVIII la mayor parte del comercio británico en el Nuevo Mundo se basaba en el contrabando en Sudamérica. Cf. Mauro, La expansión europea (1600-1870).

^{34.} En estas fechas, Peña formaba parte de la expedición de Viedma a la costa patagóni-

^{35.} Ms. 327 f. 88-88 vto. del M.N

recieron éstos, y al reconocer a Peña, le abrazaron con alegría, preguntándole por Antonio de Viedma y por Tafor³⁶.

El capitán invitó a dos patagones a subir a bordo del navío: uno de ellos, de nombre Ocarasque, era muy querido de aquél; el otro, ilamado Capon, era un gran conocedor de nuestro idioma³⁷. Estos le dieron la información que Peña buscaba: dijeron que los ingleses habían pensado, unos doce años atrás, poblar Puerto Deseado, sin que al final pusieran en práctica ese proyecto; confesaron que en San Gregorio les habían suministrado sables, escopetas e incluso pólvora, a cambio de pieles de guanaco; por último, se quejaron de la escasa presencia española por la zona, causa fundamental de la libertad de movimientos de que gozaban los barcos ingle-

Cuando regresaron del reconocimiento arriba mencionado Ponz y sus compañeros, partió el bergantín hacia los bajos de San Esteban, lugar al que llegó el 30 de enero. El 11 del mes siguiente emprendieron el regreso. De este viaje, Peña presentó un extracto³⁰ al virrey de Buenos Aires, Marqués de Loreto⁴⁰, el cual a su vez se lo envió a Antonio de Pineda, que se encontraba a la sazón en Chile*!

Al igual que Peña en 1789, Gutiérrez de la Concha fue enviado varios años más tarde --concretamente en 1794-- a la costa patagónica, con la misión de practicar un reconocimiento lo más completo posible. Precisamente, dado que el primero de los citados era un buen conocedor de aquellos parajes y tenía experiencia de misiones semejantes, acompañó a Gutiérrez en la expedición. Partió ésta —integrada por dos navíos, una sumaca y un falucho-- en noviembre de 1794, del puerto de Montevideo, llegando hasta el golfo de San Jorge; invirtió en total un tiempo cercano a los dos

Dejado atrás Montevideo, arribaron el 9 de diciembre a la punta de Santa Elena; apenas veinte días más tarde, llegaban al Cabo Blanco, lugar desde el que los marinos hicieron diversas fogatas para atraer a los indígenas. No se olvide que, además del reconocimiento en sí, los españoles estaban interesados en recopilar todos los datos posibles acerca de la posibilidad y lugar más conveniente para fundar un nuevo establecimiento. Los indígenas, efectivamente, no tardaron en hacer acto de presencia, en número cercano a los veinte, todos a caballo.

Como era habitual, los viajeros empezaron por mandar diversos regalos

a los naturales: vino, galletas y algún otro comestible, siempre bien recibido por los patagones, dada la indigencia en la que vivían; como era también usual, el recelo de éstos, por si se trataba de ingleses, quedó pronto parcialmente disipado, y tanto más cuando al acercarse, reconocieron a Peña, que fue cálidamente saludado.

Este grupo de indígenas estaba al mando del Cacique Vicente, al que se le apreciaba mucho en los establecimientos españoles; su mujer, Necocha, era la intérprete del grupo, por conocer bastante bien nuestro idioma.

Gutiérrez de la Concha expresa certeramente en esta anécdota la cordialidad del encuentro:

> «La confer^a fue larga sirviendo de interprete la misma Necocha que entendio perfectam^{te} el Español y lo hablaba bastante regularmte; conoci el influxo que tenia sobre su marido y toda la tribu, su talento y viveza y no pudo menos asorprehenderme el modo conque se chanceaba con Peña sobre el efecto que ambos havian producido los años, y lagracia con qe la embromo por su casamiento y que por esta razon propusiese Buenos Ayres al RO Negro donde creia estaba su muger,42.

Una vez más, sondearon los españoles la opinión de los indígenas en lo tocante a la conveniencia y posible ubicación de otro establecimiento en la costa patagónica.

Tras este primer encuentro, hubo una segunda cita, que tuvo lugar dos días más tarde, el 30 de diciembre. Toda la tribu fue invitada por los españoles a una gran comida, que se celebró tras el consabido intercambio de regalos: los viajeros ofrecieron un barril de aguardiente, un saco de maíz, cuchillos, espejos y abalorios diversos, en tanto que los indígenas regalaron diversas pieles. Además -y todo ello era buena muestra de la cordialidad que presidia la reunión—, el cacique Vicente ordenó que cada india cargase un barril con objeto de ayudar a hacer la aguada lo antes posible.

Tras pasar por Puerto Deseado y fondear en San Gregorio, llegaron a Montevideo el 4 de febrero de 1795, dando así por terminada la misión.

3. La Patagonia y sus habitantes

La Patagonia, región descubierta por Magallanes en 1520, debe su nombre a que el marino español llamó patagones a sus habitantes. La Patagonia argentina, que es de la que aquí nos vamos a ocupar, abarca desde el Río Colorado —desde el Sur del Río Negro, según otros— hasta el estrecho de Magallanes, y de los Andes al litoral atlántico. Su clima es árido, con vientos

^{36.} Bernardino Tafor era, al igual que Peña, piloto de la Real Armada, e intervino desde 1778 en la fundación de establecimientos españoles en la Patagonia. 37. Cf. Ms. 327 f. 68 vto. đel M.N.

^{38.} En el Ms. 327 f. 3 del M.N. puede verse una carta de Pena a Malaspina describiendo los bajos de S. Esteban.

^{39.} Ms. 327 f. 61-71 vto. del M.N.

^{40.} Este diario está incluido en la relación de papeles que integran el Ms. 316 del M.N. (Nº 12, f. 137-137 vto.).

^{41.} Ms. 590 f. 31 del M.N.

^{42.} Ms. 100 f. 36, y Ms. 329 f. 20, ambos del M.N.

huracanados secos procedentes de los Andes; la pluviosidad es escasa — excepto en las alturas de la cordillera—, siendo un poco mayor en el invierno. Sin embargo, los expedicionarios no debieron sufrir durante su estancia en Puerto Deseado los rigores del clima descrito, a tenor de lo que cuenta Tova y Arredondo en su diario:

Durante nuestra permanencia en Puerto Deseado los vientos han soplado generalmente del NO, al ENE frescos. Con un temperam^{to} agradable, sin dejarse sentir ni el frio, ni el calor, y la atmósfera ha estado bastante despejada-⁴³.

La Patagonia fue hasta ci siglo XVIII un territorio ignorado y vacío; su altitud —toda la zona está ocupada por mesetas cuya altura media es de 1.000 m.—, su clima riguroso, la ausencia de vegetación, todo contribuía a alejar de allí a los europeos⁴¹. Pero dejemos ya la palabra al naturalista, que hizo una perfecta descripción del medio:

-El Terreno Oriental àla Cordillera desde el Morro de Santa Agueda, verdadero principio de esta Cadena magestuosa, hasta la Latitud de 40° proximamente, es un Terreno seco, nô tanto por falta de Aguas, y Rocios, $q^{\rm e}$, los bañan periodicamente, como por su calidad arenosa, y poco compacta, la que le haze absorber prontam^{te} las Aguas, dejando en la superficie los Nitros, y demas particulas salitrosas: de modo, que lavegetazion sea luego sumam^{te} mezquina, y no se encuentren esparcidos en este Terreno inmenso, si nó pocas Lagunas, y uno ú otro manantial escaso de Agua salobre: Ademas de esto comolosvientos reynantes en esta parte sean por si secos y violentos y la misma calidad del suelo ayudada de unas Mareas sumam^{te} vivas proporcione una facil comunicaz^{on} de las Aguas del Mar con las que hanfiltrado interiorm^{te}, se produce naturalm^{te} la Causa de una disposicion en estas Tierras, adversa nô menos a la Poblazion, q^e a la vegetacion feliz de las Plantas farinaceas.

Se há prefijado por termino de esta calidad de Terreno el Paralelo de 40 grad^S. nô porque diferenciase a la verdad considerablem^{te} el que sigue â el N bajo el nombre de Pampas, hasta casi los confines del Tucumán, y del Paraguay, si nô mas bien p^r q^e fecundizado este, alo menos enla inmediacion âlas Orillas del Mar p^r los Rios Negro, Diamante, Colorado, y Salado, cuya direccion es casi del O â el E; es sucetible de cultura, admire algunos Depositos de Aguadulce, y desde luego es mas oportuno para la Poblazion, y para la multiplicaz^{on} de los Ganados.⁴⁵.

Como decíamos líneas atrás, esta inmensa región permaneció prácticamente al margen de todo el proceso de colonización, en buena medida por las razones implícitas en la descripción de Pineda, que acabamos de transcribir. Era, por otro lado, un territorio que quedaba a trasmano desde el punto de vista de las rutas comerciales. En definitiva, hasta bien entrado el siglo XVIII no se plantearon seriamente los españoles la posibilidad de poblar la zona, y fundar establecimientos en ella; a las alturas de 1768 el teniente de fragata Pando se pronunciaba en este sentido, refiriéndose concretamente a la necesidad de poblar Puerto Descado. El comandante Malaspina también se pronunció sobre el particular, pero en sentido distinto. Veamos cuáles eran sus argumentos:

«Es dificil desembolver la verdad Filosófica sobre lo acaecido en nuestros Ensayos harto costosos, y infelices para poblar la Costa Patagonica: Las discordias intestinas y los Intereses particulares de los muchos que han concurrido a esa Empresa dexan en una duda tal vez indisoluble, si lograron ô prometieron logar de una prospera Vegetación los granos sembrados en el Puerto de Sⁿ Julian y en el Deseado. Puede a lo menos asegurarse, que nunca han prosperado en el Pto de San Josef y que aun en las Orillas del Rio Negro, ni son proporcionados a el Clima, ni al Riego que fecundizan el suelo: Una Superficie de esta Especie deve ser precisamente despoblada. Costituidos los que la abiten a una Vida errante por falta de Agua, y por falta de la Agricultura; costituidos a vivir en pequeñas Tribus para que la Subsistencia sea menos dificil a ellos y a sus Cavallos, corren un Espacio dilatadisimo, y entranto son casi sordos a los alagos de la Sociedad, a los enlazos del Amor. Ni puede dudarse, que difiera el Pais enterior del que se nos manifiesta en las Orillas: La falta casi absoluta de Rios, ni y aun Riachuelos, convence con tanta mas seguridad de esta Asercion, quanto menos es la distancia de la Cordillera particularmite aproximandose asía el S. 46.

Los naturales de esta región, los patagones, también conocidos con el nombre de tehuelches⁴⁷ —nombre araucano que significa hombre (che) del sur (tehuel)— ocupaban la parte llana del este de la Cordillera de los Andes, y visitaban con frecuencia la Costa atlántica, desde el cabo Blanco hasta las Vírgenes. El comandante de la expedición, Alejandro Malaspina, anota en sus papeles la tesis —basada en la descripción que proporciona-

^{43.} Ms. 1040 f. 43 vto. de la B.M.S.44. Cf. Viola, D.: Horizontes tehuelches...

^{45.} Ms. 590 f. 30-30 vto., y Ms. 343 f. 102-102 vto. del M.N.

^{46.} Ms. 343 f. 102 vto.-103 del M.N.

^{47.} Sobre las distintas clases de tehuelches en Argentina, véase Casamiquela, R.: Algunos datos nuevos con relación al panorama etnológico de la Patagonia, en Elnia, Museo Etnográfico Municipal... Esta clasificación está también recogida en Priegue, Celia N.: Información etnográfica de los Patagones...

ron en 1618 los hermanos Nodales— de que una pequeña parte de estos indígenas habitaban aún la parte oriental de la Tierra de Fuego.

Actualmente se admite que al otro lado del estrecho de Magallanes vivían los ona, que fisicamente eran muy parecidos a los tehuelches australes, y que compartían básicamente la misma cultura, aunque quizás con un mayor grado general de empobrecimiento. Se supone que estos dos pueblos eran originariamente uno solo. En cualquier caso, lo cierto es que cuando llegaron a la Patagonia los primeros navegantes españoles, en el siglo XVI, los tehuelches prácticamente no se diferenciaban de los ona.

Sc movían estos indígenas a lo largo de una gran extensión de terreno: durante el verano recorrían las costas próximas al Estrecho, y en el invierno llegaban hasta los 45° de latitud; por el Boquete o Abra de los Andes se comunicaban con los huilliches —pueblo que ocupaba el sur de Chile—, con los que mantenían relaciones comerciales.

Opinaban los expedicionarios que los patagones debían estar distribuidos en unas seis o siete tribus, compuestas cada una de ellas por unas seiscientas personas, poco más o menos; ello nos daría en total una población de alrededor de cuatro mil miembros.

Según Pineda todos esos indígenas habían entablado trato con los españoles en mayor o menor medida, sobre todo desde que se fundaron los establecimientos de Puerto Deseado y San Julián, centros importantes de toda la actividad de la zona.

4. Patagonia: flora y fauna

Desde el momento mismo del desembarco, el naturalista Antonio Pineda se dedicó a un estudio pormenorizado de la zona, abundante en arena fina y greda. En los parajes próximos al mar vieron lapas, mejillones —ya quemados por el sol—, aígunos topacios y cornalinas, y fragmentos de arenisca. Un poco más lejos de la playa se encontraban algunos arbustos y también hierbas secas; no obstante, el terreno era tan árido, y tan grande la escasez de vegetación, que los viajeros se vieron muy apurados para recolectar algo de leña; les fue incluso dificil hacer la aguada, pues la poca agua existente en aquellos contornos era salobre.

El naturalista identificó en este suelo estéril cerca de doscientas plantas de los géneros Oxalis, Senecios, Rhamnus, Statices, etc. 48; entre los arbustos—cuya altura sobrepasaba en algunos casos a la de un hombre— destacaba la Murta, cuyo fruto, de un color rojizo, tiene un sabor agradable que recuerda al vino.

Esta escasez de flora, consecuencia natural de un clima extremo, condicionaba la alimentación de los habitantes de la región: de hecho, los patagones ni siquiera conocían la agricultura; su alimentación era casi exclusivamente camívora.

La fauna, en contraposición, era relativamente abundante: encontraron alacranes, mariposas, erizos, una gran variedad de aves —pechi-colorados, papamoscas, gorriones, águilas, halcones, aves ostreras, etc.⁴⁹—, y una gran cantidad de pescados y mariscos⁵⁰. Entre los mamíferos, vieron lobos marinos, leopardos, zorrillos, grandes liebres, guanacos, avestruces, caballos..., pero no los tigres ni los leones marinos que habían descrito los hermanos Nodales.

Detengámonos, aunque sea brevemente, en la descripción que hacen los viajeros de los principales animales de la zona.

Los lobos marinos, consignan, se distinguían sobre todo por los fuertes y desagradables bramidos que emitían al sentirse en peligro; también era muy característico de estos animales, que ocupaban varios islotes, el dejar las rocas impregnadas de un líquido negro de fortísimo olor. Podemos precisar que el lobo marino que habita actualmente la Patagonia pertenece a la familia Otaridae, el llamado lobo marino de un pelo (Otaria flavescens), especie en vías de extinción debido a que ha sido muy perseguido por su cuero y grasa.

También se distinguía por la fetidez que segregaba en caso de peligro el zorrillo o zorrino, descrito por Pineda como animal de gran belleza, de color oscuro con dos bandas longitudinales blancas y cola muy poblada. Precisemos también en este caso que el *Conepatus bumboldtii* penenece a la subfamilia de los Mefitinos, y que la fétida orina que expulsaba contra el agresor al sentirse acosado —procedente de unas glándulas muy desarrolladas a ambos lados del ano— dejaba inservible su piel⁵¹.

La liebre patagónica — Dolichotis australis— se caracteriza por su enorme tamaño y su gran peso; ya Byron, según apuntan los propios viajeros, había encontrado una de 26 libras; los expedicionarios capturaron una —el animal suele ocultarse entre las hierbas— pero desgraciadamente hay una gran imprecisión en cuanto a su peso, barajándose cifras tales como 18, 21 y medio, de 22 a 24, y 39 y medio, todo en libras castellanas, según los distintos manuscritos⁵²

También encontraron, como antes quedó dicho, caballos. Los primeros caballos habían llegado a Buenos Aires en 1537; rápidamente se adaptaron y multiplicaron, hasta el punto de que Sarmiento de Gamboa los encontró en 1580 en el Estrecho de Magallanes. Los caballos —generalmente flacos—se habían convertido, junto con los perros, en animales imprescindibles

^{48.} En el Ms. 590 f. 27 del M.N. enumera algunas de las especies encontradas.

^{49.} Puede verse una lista de las aves encontradas en la zona de Puerto Deseado en el Ms. 462 f. 195 del M.N.

^{50.} Sin embargo ninguno de estos animales servia de sustento a los patagones, como más adelante tendremos ocasión de exponer.

Para más información sobre éste y otros mamíferos de la región, véase Cabrera. A., y Yepes, J.: H^a Natural (Mamíferos sud-americanos...s).

^{52.} Una libra castellana equivalía a unos 460 gr.

para los indígenas⁵³: cada tribu tenía su caballada, y cada miembro de ella, excepto los niños, su propio animal.⁵⁴

Sin lugar a dudas, el animal más representativo de la Patagonia —y también en este caso, afortunadamente, el más pormenorizadamente descrito por nuestros expedicionarios— es el guanaco.

El guanaco, *Lama guanicoe*, es un animal semejante al corso, pero sin cuernos, con el labio superior dividido, parecido al camello por la cabeza y por su largo cuello; tiene la piel de un color bermejo, que pasa a ser blanca por la zona inferior, vientre y patas. Es un mamífero muy astuto que sube a las lomas más altas para detectar mejor los posibles peligros; ante la menor señal en este sentido huye al galope, dado que la ligereza de sus patas constituye su único medio de defensa.

Este animal —única especie de su género que aún vive en estado salvaje— atrajo desde el primer momento la atención de los europeos: el propio Buffon le dedica bastante atención en su *Historia naturaf*⁵. En la actualidad están distribuidos por toda la Cordillera de los Andes, e incluso llegan a Tierra de Fuego —son lo bastante buenos nadadores como para pasar el estrecho de Magallanes—, pero una vez más, se trata de una especie en vías de extinción debido a la enorme matanza que se ha hecho de los chulengos, para fabricar quillangos con su cuero.

Los guanacos van siempre en manadas, nunca en solitario. En la época de celo emiten unos sonidos muy característicos para atraer a su pareja.

En las notas que tomaron nuestros expedicionarios, además de los datos puramente descriptivos del animal, aparecen consideraciones acerca de la interacción entre estos animales y los habitantes de la región. Detengámonos brevemente en este punto.

El guanaco constituía la principal —y casi única— fuente de sustento y abrigo para los indígenas; como hemos dicho, los patagones desconocían la agricultura, y el propio terreno era poco generoso en vegetación; no aprovechaban tampoco la existencia, en abundancia, éstos sí, de peces y mariscos en sus costas, dado que desconocían el arte de la construcción de canoas. De modo que su alimentación quedaba reducida a la carne de guanaco—y de algunos otros animales pequeños: liebres, zorrillos, armadillos...—, y, sólo en las grandes ocasiones, la carne de yegua⁵⁶.

Tal era la dependencia de los patagones con respecto a esos animales que emigraban con ellos hacia los climas fríos: en efecto, cuando empezaba el verano, se trasladaban todos hacia el sur, hacia el estrecho de Magallanes. Y no solamente eso, sino que cuando en el invierno los guanacos se dispersaban, los indígenas, se redistribuían en grupos más pequeños, con el fin de facilitar la caza.

La caza, encomendada tanto a hombres como a mujeres —aunque éstas se ocupaban fundamentalmente de la captura de pequeños animales con ayuda de perros—, se efectuaba, en el caso de los guanacos, con ayuda de un arma especial, la boleadora, formada por dos bolas con acanaladura en su parte central y un ramal que las unía⁵⁷.

A pesar de todo, los indígenas debían tener grandes dificultades para la caza, observaron los expedicionarios: por un lado, el aspecto que presentaban era macilento; además, comían con avidez los alimentos que les ofrecían los españoles⁵⁸; por último, las pocas pieles de guanaco que regalaron a éstos, ponían claramente de manifiesto que debían padecer grandes necesidades de todo tipo.

5. Los patagones

a) Descripción general

Los patagones, pueblo bastante sociable, mantenían relaciones comerciales con los huilliches, tal como ya se dijo líneas atrás; pero además de éstos, se encontraban por aquellos contornos otras tribus: los pehuenches, araucanos que habitaban la zona limítrofe entre la Patagonia y la Pampa, al Este de los Andes; los aucases, que vivían al Oeste de la Pampa, y que pasaron a Chile a través de la Cordillera; o los pampas, también llamados querandíes y puelches, que, según Félix de Azara⁵⁹, vivían como nómadas entre los 36 y 39 grados de latitud, en las Pampas. Las relaciones de los patagones con éstos últimos eran bastantes malas, y solían desembocar en guerras por la posesión de caballos.

Aunque en principio tendían a mantener relaciones cordiales con todos los europeos, el incidente con los ingleses del que ya se hizo mención, les volvió más cautos y reservados. A pesar de todo, intercambiaban con los ingleses pieles de guanaco por armas de fuego y sables⁶⁰.

Con los españoles tenían un trato más especial, debido al continuo roce, tanto con el establecimiento del puerto de San José como con las expediciones comerciales que iban del Río de la Plata a la costa patagónica; así, conocían palabras castellanas e incluso habían incorporado a su idioma palabras del nuestro. Los patagones con los que Malaspina entró en contac-

^{53.} La descripción del naturalista es tan pormenorizada en algunos casos que incluso se detiene en la forma en que enjaczaban los caballos: Los jacces unos son depieles arroyadas, y otros usan lomillos con alg^a, piel; el freno 6 es de fierro, como los de Buenos ayres, 6 deunafuerte madera con las riendas de cordon de cuero: las espuélas se forman de dos palitos de 6 pulgadas de largo, que terminan en punta, atados con dos correas, de manera, que cadapic vá armado con dos espolones(...). Cf. Ms. 123 f. 120 vto., y Ms. 124 f. 248 vto. ambos del M.N.

^{54.} Cuando los patagones andaban escasos de équidos, se los robaban a los pampas, lo cual originaba en la mayoría de los casos, la guerra entre ambos pueblos.

^{55.} Buffon, Ha Natural..., tomo VIII de la trad. de Clavijo, págs. 184-224.

^{56.} Add. 17631 f. 48 del B.M.

^{57.} La holeadora es un arma propia de zonas abiertas (sería inutilizable en una región boscosa); normalmente se arroja desde el caballo para derribar o golpear al animal, que ha sido previamente acorralado.

^{58.} Y no sólo eso, sino que guardaban lo sobrante en bolsitas especiales que solian llevar consigo, o utilizaban sus propios ponchos como medio de transporte.

^{59.} Viaje por la América meridional, pág. 197 y ss.

^{60.} Ms. 327 f. 4 vto.-5, y 68 vto.-69.

to estaban aún más familiarizados con los españoles, ya que habían colocado sus tolderías durante seis o siete meses muy cerca de la colonia de Puerto Deseado.

Una de las cuestiones que más parecía interesar a los expedicionarios era la de si los patagones habían contactado, tal como afirmaba Antonio de Córdoba, con los pueblos españoles de Buenos Aires y Chile⁶¹:

«Suponiendo que los Patagones corran en el invierno todo el país de la America meridional comprendido al S de 45° de latitud lo que no es siempre cierto, porque dependen las mas veces del mayor o menor rigor de él. Sin este motivo, les queda todavía una estension de mas de 200 leguas, hasta las habitaciones mas inmediatas del Virreinato de Buenos Aires, ocupada de varias naciones barbaras y entre ellas de los Haucases y Pampas, sus enemigos irreconciliables, de modo que para que los Patagones llegasen donde se asegura, sería necesario que batiesen y aniquilasen estas castas mucho mas numerosas, aunque por lo comun menos fuer-

La imposibilidad era mayor para Chile, por ser el acceso todavía más difícil62.

Debido a las leyendas sobre el gigantismo de los patagones que hemos mencionado páginas atrás, nuestros expedicionarios consideraron que una de sus tareas prioritarias era medir a algunos indígenas. Pineda talló al Cacique Jonchar, por ser el de mayor altura; la cifra exacta, desafortunadamente, no la conocemos, pues en los manuscritos constan 6 pies y 10 pulgadas de Burgos, 6 pies y 3 pulgadas inglesas, y 6 pies, 3 pulgadas y 4 líneas inglesas66. En cualquier caso, la oscilación entre las diversas medidas o anotaciones es muy pequeña, resultando en definitiva que el indígena en cuestión medía algo más de 1'90 m. Le midieron también la anchura de hombros, resultando ser algo más de 52 cm.: exactamente se barajan las cifras de 22 pulgadas de Burgos y 10 líneas, y 19 pulgadas y 4 líneas francesas.

El resto de los indígenas era de menor estatura, aunque a ninguno de ellos se le podía calificar de bajo: tenían una altura media superior a la de los europeos, siendo las mujeres menos altas que los hombres.

Malaspina nos ha dejado una descripción casi exhaustiva de estos indios: la piel, de color cobrizo, tostada por el sol; la cara, grande y achatada, casi tan ancha como larga, con tendencia a cuadrada o redonda, dependiendo de las distintas apreciaciones⁶⁴, y con una tonalidad pálida o clara en los

varones; la frente, llana, parecía más pequeña por la disposición del pelo; las mejillas eran grandes y salientes; la barbilla, redondeada. Apenas había diferencias entre el rostro de niños y niñas, pero ambos se diferenciaban claramente de los adultos por el tono blanquecino o sonrosado de la piel.

Tenían los ojos chicos —en algunos casos se habla de «medianos»65—. bastante cercanos entre sí, hundidos, rasgados y con gruesos párpados; la nariz era pequeña y bien formada, en las mujeres chata y aplanada, en los hombres más regular; la boca, grande, presentaba dientes desiguales. pequeños en general, unidos, y sobre todo muy blancos, debido muy probablemente a que masticaban continuamente una resina que llamaba Make -extraída del Molle o Schinus patagonicus66-; dicha blancura también podía ser debida a que chupaban sal gema, pero en cualquier caso, lo cierto es que sus dentaduras presentaban un buen aspecto, apareciendo muy completas incluso en los individuos de edad avanzada.

El cabello era negro —aunque a veces se observaban canas en niños y mujeres jóvenes—, fuerte, lacio y poblado; esta última característica no estaba presente ni en el pelo de las cejas ni en la barba, debido a que —lo mismo que el del pubis— tenían costumbre de arrancárselo⁶⁷.

En resumen, puede decirse —o, por lo menos, eso les parecía a nuestros expedicionarios, a quienes seguimos literalmente-- que sus facciones eran algo toscas, pero la expresión del rostro quedaba dulcificada por una sonrisa agradable y simpática.

Uno de los rasgos de los patagones que más ensalzan los expedicionarios es su buen carácter, su disposición a hacer el bien, su tendencia innata a prestar ayuda al necesitado —parece en este aspecto que los españoles veían en ellos la plasmación real del idílico buen salvaje, tan de moda en los salones europeos—. Peña nos relata unos hechos de los que fue testigo ocular, y que ponen de relieve las cualidades antedichas, siguiendo siempre la versión de nuestros expedicionarios:

> (...) Desertaron del Establecimiento, que huvo en este Puerto Deseado dos malhechores, llevandose los Cavallos, q^e servian para conducir el agua, que estaba â alguna dist^a. El Intendente Piedra⁶⁸ q^e à la sazon despues de haver practicado quantas diligencias estaban ensu mano, recurrio al Capitan o Cacique de una

^{61.} Antonio de Córdoba había llegado al Estrecho de Magallanes en 1785 a bordo de la fragata «Ntra, Sra, de la Cabeza». Basaba su hipótesis en la existencia de enseres españoles en poder de los indígenas.

^{62.} Ms. 92 bis f. 56 del M.N., y Ms. 1040 f. 43-43 vto. de la B.M.S. Ms. 100 f. 159 del M.N.; Add. 17631 f. 43 vto. del B.M.

Ms. 124 f. 259 vto. y Ms. 343 f. 79 vt. del M.N.

Add, 17631 f. 47 vto. del B.M.

Martínez Crovetto, Breve panorama de las plantas utilizadas por los índios de la

^{67.} Con respecto a la distribución de la barba —disposición de los mechones, existencia de bigote y perilla, etc. -- hay diferentes versiones: cf. Ms. 94 f. 326 vto.; 124 f. 285 vto.-286; 343 f. 79 vto.; y 424 f. 24 vto. Los cuatro, en el M.N.

^{68.} En 1778 comenzó la colonización de la costa patagónica, fundándose dos establecimientos (Bahía sin Fondo y San Julián), a los que se agregarían posteriormente otros dos (Río Colorado y Puerto Deseado), dependientes de los anteriores. El Rey designó a dos comisarios superintendentes para cada uno de los dos primeros establecimientos citados: F. Viedma para Bahía sin Fondo, y Juan de la Piedra para San Julián.

Tolderia de Patagones, que habitaba mui proxima al establecimiento, y q^e havia hecho algunos otros servicios interesantes â la nueva poblacion, y desde este momento proveyó consus Cavallos diariam^{te} â nuestro establecimiento, hasta queperseguidos los Desertores, y cogidos por ellos mismos, condujeron â presencia del Intendente solo los Cavallos dando escape â los delinquentes; Preguntosele al Cacique la razon de esto, y dijo: Yo sabia, que los habias de castigar, y aunque ellos ciertamente lo merecen, hè querido ahorrarles una pena de que tu no sacabas ventaja alguna-⁶⁹.

MARISA GONZALEZ MONTERO DE ESPINOSA

Por otro lado, cuando naufragó el navío «Concepción» en el cabo de las Vírgenes⁷⁰, los indígenas ayudaron a una tripulación que se encontraba enferma, sin víveres ni barco⁷¹. Quizás este comportamiento de los patagones destacaba más por el hecho de que las tribus vecinas eran por lo general mucho más violentas.

Según los españoles, los patagones no carecían de astucia, pero eran sobre todo comprensivos, razonables, pacíficos y generosos; estos rasgos se ponían de manifiesto, por ejemplo, en que, a pesar de sus duras condiciones de vida, jamás cogían nada que no les perteneciera, ni aun del suelo; guardaban además, para sus familiares ausentes, parte de los regalos que se les hacían; repartían también de modo igualitario esos regalos, y todos sus bienes en general, según nos relata Gutiérrez de la Concha:

Reservandose (el Cacique) el aguardiente y maiz p^a repartirlo en adelante a su tribu dio lo restante à su muger è hija; sentadas estas en el suelo y asu alrededor los Indios dividieron el regalo enpequeñas porciones y dieron à cada uno endiferentes vezes laparte que les pertenecia siendo de extrañar que entre tantos no huviese havido alguno q^e semanifestase poco satisfecho dela distribucion: las dos Princesas nada reservaron p^a si y se conocia ensu semblante la dulce satisfaccion q^e sentian deser las dispensadoras de tamañas riquezas.⁷².

Cuando llegaron los españoles a la Patagonia, esos rasgos —amor a la familia, distribución uniforme de bienes, afabilidad, etc.— eran más difícilmente observables debido a que los indígenas se habían hecho mucho mús cautos y reservados a raíz del incidente sangriento con el barco inglés. De hecho, las entrevistas de Malaspina y sus hombres con los patagones quizás no hubieran sido posibles sin la previa mediación de Peña.

b) Diferenciación social en función de la edad y el sexo

Existía entre los patagones unas importantes diferencias, determinadas por el sexo y la cdad, de tal modo que, por ejemplo, los jóvenes guardaban gran respeto y subordinación hacia los ancianos, y lo mismo hacían las mujeres en general con respecto a los hombres; era función de éstos la caza de grandes animales y la guerra, mientras que sus compañeras —más criadas que compañeras, en expresión de Pineda⁷³— se consagraban a los trabajos más ingratos hasta en edades muy avanzadas: las viejas, por ejemplo, eran las encargadas de la vigilancia nocturna, las centinelas; las mujeres también transportaban las tolderías, cargaban los fardos y cazaban pequeños animales. Cuando montaban a caballo, a pesar de no llevar estribos, mantenían el equilibrio, llevando siempre a sus hijos en brazos, si eran de pecho, o a la grupa, si eran mayores. Cuando cazaban, llevaban a sus bebés en una especie de tabla que se colgaban a la espalda, y que hacía las veces de cuna⁷⁴.

Una de las características de las mujeres patagonas era su pudor, manifestado en los movimientos y en la forma misma de sus trajes⁷⁵. Así, por ejemplo, para montar a caballo...

«Puestas a la Izquierda del Caballo, ponen la rodilla izquierda sobre la Coyuntura del Brazo, y luego haciendo fuerza llegan â poner la otra rodilla sobre el extremo interior del Cuello p^a. q^e. volviéndose luego defrente les sea facil sentarse sobre la albarda, y pasar el pié derecho al otro lado: en esta disposicion quedan sentadas con los Pies casi horizontales con la Cabeza del Caballo (Dⁿ Joseph del Pozo ha imitado con mucha semejanza este modo de montar à Caballo) y uno à cada lado del mismo cuello-⁷⁶.

Sin embargo, hay informaciones contradictorias sobre ese pudor femenino; el propio Pineda consigna que las mujeres patagonas se disgustaban al sospechar que «se les proponían placeres ilícitos»⁷⁷, mientras que por otro lado expresa lo contrario⁷⁸. Otro factor a considerar en este campo es el de

^{69.} Ms. 1040 f. 42 de la B.M.S.

^{70.} Ms. 328 f. 95 del M.N. También Ratto, Actividades maritimas en la Patagonta..., hace un relato del naufragio.

 ¹a información sobre la ayuda que recibió dicho navío de los patagones, en Ms. 327

^{72.} Ms. 100 f. 36 vto.-37, y Ms. 329 f. 20 vto., ambos del M.N.

^{73.} Pineda-, leg. 1, carpeta 8 del M.C.N.

^{74.} Esta tabla estaba formada por... -Cañas trabadas con cuerdas de tripas del tamaño del párvulo, en ella lo duermen, y para livertarlo de las molestias del sol y de los insectos, forman por sima una vobediza de cañas encorvadas, que la cubren con algún paño viejo. Cf. Ms. 124 f. 285, y Ms. 343 f. 78 vto. del M.N.

^{75.} Parece ser que los hombres también poseían esta cualidad, ya que para orinar se agachaban y extendían el zogue-manto de piel de guanaco.

^{76.} Ms. 590 f. 32 vto. y Ms. 343 f. 105 vto.-106, ambos del M.N

Ms. 590 f. 33 vto. del M.N.

^{78.} Su onestidad (según ntros colonos) no deja de prostituirse al soborno guardan sin embargo, cierta modestia exterior digna de ser imitada por ntras mas precavidas artesanas. La fid conyugal esta en opiniones, y carezemos de experiencia para decidir, pero algunas no tenian rubor de expresarlo manifestando sus pequeños Infantes, las pruevas menos equivocas de su comercio con los españoless. Cf. Ms. 124 f. 285 vto. del M.N.

la poligamia, que no era muy frecuente entre los indígenas a pesar de que no estaba formalmente prohibida:

-Es muy poco comun q^e. los hombres tengan mas de una muger, por q^e. dandose los Novios antes de consumar el Matrimonio la palabra de no querer à otro, queda la muger con la libertad de buscar 2º marido. Si el q^e falta a lo pactado, y aunq^e p^a disolverse el matrimonio baste el reciproco consentimiento, se ve pocas vezes pasar à segundas numpcias particularm^{te} quando tienen hijos-⁷⁹.

Los niños eran objeto de todo tipo de cuidados en la sociedad patagónica, aunque esa protección terminaba pronto, cuando cumplían siete u ocho años, edad en la que pasaban a formar parte del mundo adulto. La pubertad se anticipaba mucho en las niñas, teniendo lugar a los ocho o nueve años; celebraban la primera menstruación con danzas, fiestas en honor de la joven y el sacrificio de una yegua.

Los patagones tenían establecida una gran subordinación de los pequeños hacia los mayores, pero lo que más destacaba en la relación entre unos y otros era, en opinión de los expedicionarios, el profundo afecto que parecían profesarse:

-El Amor asus hijos es una virtud q^c practican los Patagones de ambos sexos con toda la fuerza dela Naturaleza nosotros no podiamos ver sin admiracion el sentim^{to} que costava asus padres la menor afliccion de estos, las tiernas y alagüeñas caricias que mutuam^{te} les prodigan para aliviarlos en su incomodidad y distraerlos de sus caprichos y el cuidado con q^c los preservan de los Riesgos al Montar y embarcarse, notando q^e p^a esta ultima operacion era necesario que las Madres entregasen asus hijos à manos de nuestros Marineros, en cuyo caso lo hacian con repugnancia, fijando los ojos sobre ellos sin tranquilizarse hasta recivirlos nuevam^{te} en sus brazos y desquitarse con besos caricias y abrazos d¹ pequeño Rato de ausencia-⁸⁰.

Según los expedicionarios, físicamente se apreciaba claramente que las mujeres eran más débiles que los hombres. La diferenciación por sexo era mayor en este aspecto que la debida a la edad, puesto que los viejos demostraban tanto vigor como los jóvenes. Sin embargo, todos ellos en conjunto, hombres y mujeres, jóvenes y viejos, eran de complexión fuerte, con cuerpo grande y anchas espaldas.

El ejercicio del mando, como vamos a ver inmediatamente, estaba reservado a los hombres.

Aparentemente, no había grandes desigualdades sociales en el seno de esta tribu, aunque en éste, como en otros puntos que hemos ido viendo, aparecen datos contradictorios⁸¹.

Cuando habitaban el estrecho —en la época estival—, estaban bajo las órdenes de un jefe superior; en el invierno, por el contrario, se dividían en distritos, cada uno con un Cacique principal y otro secundario (ambos dependientes del mencionado jefe supremo).

El Cacique principal o capitán grande era el más destacado por su robustez o por sus años; no se distinguía del resto por sus vestidos o costumbres, aunque tenía el privilegio de mantener delante de su toldería un caballo ensillado y enfrenado. Gobernaba más como padre que como jefe, hacía discursos y daba consejos; en realidad sólo hacía notar su autoridad en los momentos de pantir o acampar y en situaciones excepcionales⁸².

El Cacique subalterno o capitán chico era el encargado de escoger el terreno para la colocación de las tolderías; además, guiaba a las mujeres en la caza de pequeños animales. También tenía el privilegio de mantener el caballo a la entrada de la toldería, pero solamente con el lazo.

Respecto al modo concreto en que los Caciques administraban justicia, nos encontramos con informaciones diversas e incluso contradictorias entre sí, según tomemos como fuente los escritos de la expedición propiamente dicha o las notas de la posterior visita de Gutiérrez de la Concha.

Por ejemplo, Pineda consigna que los colonos españoles de Puerto Deseado no llegaron a presenciar nunca un acto de castigo entre los patagones, a excepción de un caso muy concreto que tuvo lugar cuando un Cacique principal intentó herir con el sable a otro secundario en el transcurso de una discusión.

Sin embargo, el mencionado Gutiérrez de la Concha apunta que cuando un Cacique tenía conocimiento de algún hecho delictivo, fuera robo o muerte violenta o cualquiera otra acción de esa indole, reunía a la tribu, y encargaba a todos y cada uno que colaboraran a encontrar al culpable; si éste era finalmente hallado, se le imponía la pena de destierro o incluso se le castigaba con la pena de muerte, en algunos casos.

Por encima de los Caciques de todas las tribus, se hallaba, como antes decíamos, el Jefe superior, el único que tenía potestad para movilizar al pueblo entero y para declarar las guerras (relativamente frecuentes entre los patagones y algunos pueblos vecinos como los aucases y los pampas). Los motivos de las disputas solían ser siempre los mismos: la posesión de una caballada, el disfrute en exclusiva de un manantial o la reparación de ofen-

^{79.} Ms. 100 f. 38, y Ms. 329 f. 21 vto. del M.N.

^{80.} Ms. 92 bis f. 53 vto. del M.N.

^{81.} Según Gutiérrez de la Concha, el Cacique Vicente y su mujer, Necocha, poseían un esclavo. Cf. Ms. 100 f. 36 del M.N.

^{82.} No llegaron a averiguar nuestros expedicionarios si el cargo de Cacique era herediturio

sas recibidas. Las armas que utilizaban en las batallas eran las mismas con las que cazaban animales: lanzas, y sobre todo, boleadoras⁸⁵.

En cualquier caso, estos enfrentamientos duraban muy poco tiempo, dado que los pueblos vecinos ocupaban territorios bastante lejanos a la zona por la que habitualmente se movían los patagones, que estaban obligados a llegar antes del verano al estrecho si querían asegurar su subsistencia.

c) Lenguaje, religión y costumbres

Como ya se dijo en su momento, los estudios lingüísticos brillan por su ausencia en los trabajos etnográficos del s. XVIII; todo lo más, se le da un valor instrumental en el sentido de intentar la comunicación con otro pueblo, o se le relega al campo de la curiosidad anecdótica. Incluso aquellos viajeros que valoran más esta vertiente, la consideran un medio para conocer mejor las costumbres de un pueblo, pero no se plantean el estudio lingüístico por sí mismo, motivo por el que se limitan a establecer un vocabulario mínimo, con las equivalencias correspondientes, y nada más.

En este sentido, nada tiene de extraño, como ha resaltado un estudio específico de esta materia, que ni en el plan científico del viaje ni en los cuestionarios previos, ni en ningún otro documento, se encuentre mención alguna al estudio lingüístico⁹⁴.

Un factor más que agrava el problema es el derivado de la imprecisión con que están recogidos los vocablos, que da como resultado la existencia de varios vocabularios distintos, con diferencias más que notables entre ellos en algunas palabras concretas⁸⁵.

Los miembros de la expedición que se ocuparon de este tema, decidieron trabajar por separado, haciendo cada uno un acopio de palabras, para luego confrontar en conjunto lo obtenido individualmente⁶⁶. Desde un punto de vista práctico, terminaron por servirse —para hacer fluida la comunicación— de algunas pocas mujeres que conocían algunas palabras castellanas⁶⁷. Los mismos expedicionarios reconocieron que los indígenas tenían más facilidad para pronunciar los vocablos españoles que éstos para imitar los sonidos patagones⁸⁶.

Se beneficiaron también los viajeros de la experiencia acumulada por las expediciones precedentes, entre ellas la de Viedma, que se había referido a la lengua patagona en estos términos:

-Su idioma es gutural, y repiten en sus conversaciones una misma voz muchas veces. No interrumpen al que está hablando, aunque su oracion dure todo el día: comunmente habla uno de mas autoridad ó el mas elocuente. Las mugeres no hablan entre los hombres sin ser preguntadas, y entonces solo contestando á la pregunta: los que hablan mucho sin ocasion ni asunto, no tienen partido entre ellos, ni se les oye-⁸⁹.

Los españoles se interesaron básicamente por los nombres que daban a «las cosas de más uso», llegando a la conclusión provisional de que su idioma era bastante pródigo, pues «a las mas delas cosas que les representabamos daban su nombre»⁹¹; no conocían sin embargo el arte de la escritura⁹².

Los expedicionarios consignaron que la pronunciación era gutural, y con un cierto parecido a la alemana (por la necesidad de recargar la K) y a la inglesa (en cuanto a la costumbre de hacer una leve pausa sobre una sola sílaba, pronunciando luego rápidas las demás); a ello habría que unir la aparición del sonido de la CH francesa, y de muchas palabras esdrújulas, configurando una mezcla extraña⁹³.

Además, por el continuo roce con los españoles, los indígenas habían terminado por introducir algunos términos castellanos, como «caballo». «freno-, -Padre-, -hijo-, -Capitán-, etc. ⁹⁴.

El resultado de todo ello era un idioma que los expedicionarios calificaron como de «desagradable al oído», hasta el punto de que consignaron en sus manuscritos una curiosa nota al respecto: «Extraño que el Almirante Byron diga que el idioma de estos salvajes sea suave.⁹⁵

Las noticias sobre la religión de este pueblo eran inciertas y escasas. Muchos viajeros, como los de la fragata «Nuestra Señora de la Cabeza—perteneciente a la expedición de Antonio de Córdoba al estrecho de Magallanes en 1785-1786— sostenían que adoraban al sol, porque siempre se retiraban antes de que éste se pusiese. Los expedicionarios, sin embargo, pensaban que la causa de esa retirada era de índole práctica: sus tolderías

^{83.} En el Ms. 92 bis f. 55 del M.N. puede verse una descripción de este arma hecha por Viana: dos piedras redondas forradas en cuero y unidas por una correa de la misma materia. Los patagones las llevaban colgando de la cintura, y eran muy diestros en su manejo, hasta el punto de que raramente fallaban el primer golpe.

^{84.} Martín-Meras, M.L. -Vocabularios indígenas recogidos en las expediciones...., Revista de Historia Naval, Madrid, 1984, nº 6, p. 59.

^{85.} Véase el estudio comparativo de F.F. Outes de los vocabularios que se conservan en el Museo Británico: Vocabularios inéditos del Patagón antiguo. Revista de la Universidad de Buenos Afres, t. XXI, pág, 474-493.

^{86.} Novo y Colson, op. cit. pág. 66.

^{87.} Las mujeres patagonas parecían tener más facilidad que los hombres para las cuestiones lingüísticas: cf. Ms. 124 f. 286 del M.N.

^{88.} Cf. Ms. 124 f. 286 vto. del M.N.

^{89.} Viedma, Diario de un viaje..., pág. 491. Cf. también Ms. 100 f. 169-172 del M.N.

^{90.} Ms. 94 f. 325 vto. del M.N

^{91.} Ms. 424 f. 24, y Ms. 94 f. 326 vto. del M.N.

^{92.} Ms. 124 f. 287 vto., y Ms. 343 f. 82 vto. del M.N.

^{93.} Véanse los Ms. 94 (f. 326 vto.), 124 (f. 286 vto.) y 590 (f.34) del M.N.

^{94.} Ms. 1040 f. 41 vto. de la B.M.S. Véase también Ms. 100 f. 159 vto. del M.N.

^{95.} Ms. 343 f. 80 del M.N. Aquí sin embargo, vuelven a aparecer contradicciones ya que, aunque en la mayoria de los manuscritos se califica así al idioma patagón, en el 1040 f. 41 vto. de la B.M.S. se dice que no es «desagradable al oido».

estaban bastante distanciadas de la playa, a unas dos o tres leguas, por lo que necesitaban partir no demasiado tarde, para que no les sorprendiera la noche.

Por su parte, Peña, uno de los españoles que mejor los conocía, argumentaba que eran idólatras, tomando como base de esa suposición un hecho del que fue testigo presencial:

Haviendose apoderado en el año de 177 (sic) de la figura, q^e adornaba la proa dela fragata Inglesa Tamer, que naufrago en este Puerto, la condujeron en pompa â sus Tolderias, colocandola en sitio preferente, y cubriendola consus mejores pieles; se mostraba solo al Pueblo en los días mas señalados, y esta ceremonia se celebraba con un Combite grâl, en que se mataba una Yegua-⁵⁶.

Tampoco Gutiérrez de la Concha en su recorrido por la costa patagónica, consiguió información fidedigna sobre la religión de estos indígenas; el marino español apunta que probablemente no tenían dioses, aunque reverenciaban al sol, por ser fuente de vida. Lo que sí consigna el expedicionatio como verdad contrastada es que los patagones habían oído hablar del Dios de los españoles, como demuestra la siguiente anécdota, protagonizada por la mujer del Cacique Vicente, llamada Necocha:

Le habían dado à esta un S^{to} Christo en ocasion de q^c, se esperaba deBuenos Ayres un vergⁿ de la Compañía con Viveres, y haviendole visto à mucha dist^a desdelas alturas inmediatas vino corriendo al Estrablecim¹⁰, à dar la noticia que ellDios delos Christianos lehavia dicho la noche anterior estando dormida q^c, al dia siguiente vendria el Vergⁿ el q^c, traia muchas Galletas, Aguardiente y Abalorios y q^c de todo ello se haria un buen regalo a los indios: el Vergⁿ tuvo buen viento p^a entrar en el mismo dia y Neccocha recivio el Premio de su trabajo y noticia-⁹⁷.

Los patagones habían tomado también de los españoles ciertas costumbres: se habían aficionado al tabaco, al aguardiente, al mate y al té; jugaban a las cartas —con una baraja que les había regalado Peña— y a los dados. En determinadas ocasiones celebraban fiestas, con danzas y cantos, que no llegaron a ser presenciadas por los expedicionarios.

En cuanto a los hábitos relativos a la higiene personal, habría que destacar que cuidaban de mantener los dientes limpios y muy blancos; en cambio todos los demás aspectos higiénicos estaban a muy bajo nivel, debido a sus costumbres de no lavarse, no cambiarse de pieles y untarse el cabello con grasas: así, no es de extrañar que estuviesen llenos de parásitos —que a

veces mataban, aunque también se los comían—, y que su apariencia gene ral fuera sucia y pobre, en opinión de los españoles.

La base de la vestimenta de estos indios era la piel de guanaco. Las mujeres llevaban una capa, con el pelo hacia dentro, que les cubría hasta los pies y que estaba liada en la cintura y sujeta al cuello con palitos de metal o madera. Llevaban por debajo una especie de poncho que les llegaba a las pantorrillas, de una textura parecida a la lana⁹⁸, atado también a la cintura por una correa en la que guardaban sus pertenencias. Cubrían sus muslos con otras dos pieles superpuestas: una, colgada como un mandil, y la otra, hecha con cuatro trozos de piel curvos amarrados a la cintura con un cordel o lazo de nervios, y sujeta en las rodillas con las botas.

La capa que llevaban los hombres era muy parecida a la descrita en primer lugar, con la diferencia de que solían soltar parte de la piel para dejar medio cuerpo desnudo; la capa, por la forma en que se la ponían, recordaba a los expedicionarios el hábito franciscano⁹⁹, aunque en el caso de los indígenas la fabricación era muy burda: de hecho, el manto era un conjunto de pedazos diversos cosidos con tripas de guanaco y pintados por el revés con distintos colores. Completaban su indumentaria diversos saquitos para transportar pequeñas cosas —sal, tabaco, etc.— y las inevitables boleadoras.

Nuestros expedicionarios no se ponen de acuerdo en el dato del calzado que utilizaban hombres y mujeres: hay versiones para todos los gustos, que sólo llevaban botas algunos hombres, que no las llevaban ninguno, que las usaban todos, hombres y mujeres, etc.¹⁰⁰. En cualquier caso, las botas estaban hechas con la piel de la canilla de la yegua, cuya suela era de una sola pieza y se doblaba por la punta¹⁰¹. La suela estaba clavada con tachuelas de latón y otros adornos.

El arreglo del pelo era otra cuestión importante: las mujeres llevaban una especie de banda, o correa con adornos, que se unía por la frente; el cabello, dividido en dos partes, terminaba en coletas o trenzas hechas con cintas de cuero y adornadas con cuentas de vidrio.

Los hombres llevaban también el pelo sujeto con una banda, de modo parecido al de las mujeres, sólo que sin trenzas. Unos y otras se untaban el cabello con una especie de grasa, que entre otras cosas, servia para mantener una gran cantidad de piojos.

Muchas mujeres solían ponerse una especie de sombrero de mimbre

^{96.} Ms. 1040 f. 42 vto. 43 de la B.M.S.

^{97.} Ms. 100 f. 38 vto. del M.N.

^{98.} Los expediccionarios no pudieron averiguar tampoco en este caso si lo fabricaban ellos mismos o procedía de otros pueblos.

^{99.} En algunos manuscritos se dice que esta era la única prenda que vestían, pero en otros se afirma que en épocas de mucho frío también llevaban una capa más, de piel flexible, que amarraban a la ciotura, dejándola caer cuando la temperatura era más suave.

^{100.} Cf. Ms. 343 f. 76; Ms. 590 f. 32 vto.: Ms. 100 f. 159, todos ellos del M.N.: y Add 17631 f. 47 del B.M.

^{101.} Según algunos manuscritos, los hombres solían llevar al descubierto las puntas de los dedos de los pies.

muy clareado, que proporcionaba poca protección102: carecía de copa y estaba tejido con hilos de varios colores. Según algunos de los expedicionarios, la fabricación de estos sombreros, junto con la de los arreos del caballo y la preparación de las pieles de guanaco, eran las únicas manufacturas que realizaban estos indios.

En la cara no solían llevar ningún tipo de adorno; sólo observaron como excepción a esta regla que un muchacho tenía pintado una especie de lunar, y una vieja, dos hendiduras, hechas al parecer con un cuchillo.

Los niños, incluso los más pequeños, llevaban collares y bagatelas, por el cuello y las munecas. Esta es la descripción global que nos ofrecen de la apariencia de una chiquilla, ya casi mujer por su edad:

-Havía una niña de 12 años con sus pulseras y gargantilla de abalorio (que asi tambien lo llaman) con un poncho algo parecido álos de lana listados de varios colores que fabrican en B. Aires, prendiendo en el pecho con un pasador, una sombrilla de mimbre q^e hacia oficio de sombrero entretegida con hilo de varios colores, la postura del vestido cerrado p^r arriba y alargado hasta los pies, daban ála jovencilla Patagona una modesta y no desagradable figura, como la delas Aldenas de Segovia, o Pasiegas de ntra España-103.

^{102.} Según la Add. 17631 f. 47 del B.M., «usavan del sombrero todas las mugeres menos

^{103.} Ms. 343 f. 75 vto.-76 del M.N.

CAPÍTULO CUARTO

ESTUDIO DE LOS HABITANTES DEL ARCHIPIÉLAGO DE CHILOÉ

1. Recorrido desde Puerto Deseado a Chiloé

El 14 de diciembre de 1789 abandonaron Puerto Deseado, dejando atrás las inhóspitas tierras y los polémicos gigantes, rumbo a las islas Malvinas. La navegación discurrió muy tranquila y les permitió disfrutar de los habitantes marinos, como ballenas, aves acuáticas, etc.

El día 17 divisaron las islas Salvajes y Altas, las más occidentales del archipiélago, e intentaron aproximarse a la isla Rasa, para reconocerla. Su objetivo era fondear en Puerto Egmont, en la costa septentrional, lo que consiguieron el 18 de diciembrel. Como siempre, hicieron las mediciones oportunas, estudiaron el terreno, recolectaron y describieron plantas, animales, etc., y finalmente abandonaron dicho lugar el día 23, camino del Cabo de Hornos.

En los manuscritos correspondientes a este momento y lugar, se pone otra vez de manifiesto el apoyo informativo que tenía esta expedición, tanto en su preparación como en los documentos que llevaban a bordo, así como en los que recibían y consultaban en los puertos importantes. Estas fuentes, escritas en latín, inglés o francés, eran estudiadas por nuestros ilustrados marinos concienzudamente, e incluso sacaban extractos de ellas. Así por ejemplo conocían perfectamente los escritos de los viajeros que habían reconocido la costa patagónica y Tierra de Fuego². De algunos de

^{1.} En el Ms. 583 del M.N. f. 59 vto, se pueden encontrar detalles sobre la navegación desde Puerto Descado a Puerto Egmont, así como de los trabajos efectuados en este puerto de las Malvinas. Estas noticias son enviadas por Malaspina al ministro de Marina, Antonio Valdés. También sobre este puerto se pueden encontrar descripciones hechas por el naturalista Antonio Pineda en Ms. 343, f. 50-59.

^{2.} En el Ms. 343 f. 102, y en el 590 f. 30, ambos del M. N., hay una relación completísima de viajeros que han recorrido la costa patagónica, desde Magallanes, Loaysa, Anson, etc., hasta Viedma, Byron, Tafor..., formando una larguísima lista.

ellos copiaron sus noticias, como de Viedma, de Villarino, de Tafor, etc.3.

El 28 de diciembre ya podían ver el cabo de las Vírgenes, pero ellos pretendían llegar a la Tierra de Fuego desde el cabo del Espíritu Santo, para lo cual se adelantaría el buque capitaneado por Bustamante —porque era él quien llevaba la relación del viaje al estrecho de Magallanes de Pedro Sarmiento de Gamboa en 1579-80—.

El penúltimo día del año 1789 pasaron por los cabos de San Vicente, San Antonio y Hornos, y se encontraron con la fragata del comercio de Cádiz «Santa María Magdalena». En todo momento iban realizando medidas, observando a los naturales y comparando sus conclusiones con las extraídas por sus antecesores.

Estudiaron a fondo el terreno, sosteniendo la hipótesis de que en tiempos remotos no penetraba el mar entre el cabo San Sehastián y el de las Vírgenes, idea que apoyaban en la observación de que los guanacos y una pequeña tribu de patagones habitaban aún la parte oriental de la Tierra de Fuego. Anteriormente, esta teoría fue expuesta en los diarios de los hermanos Nodales⁴, en la relación del naufragio del navío Concepción, etc., por lo que nuestros expedicionarios se limitaron a confirmarla.

En su recorrido por la Tierra de Fuego comprobaron nuestros hombres los pocos dones que habían recibido estas tierras de la madre Naturaleza, y en consecuencia el nivel de vida enormemente precario de sus habitantes. Malaspina nos cuenta que a pesar de verse obligados a recorrer grandes distancias para conseguir el alimento, no se les ocurría emigrar, cambiar de hábitat; por esta razón el comandante aplica a estos indígenas el apelativo de estúpidos, y les considera hombres degenerados. Nunca fue nuestro marino tan crítico y duro con los indígenas. Oigamos sus palabras:

«...los pocos infelices que abitan estas Regiones, y que a pesar de su corto número, necesitan errar hasta casi el Archipielago de Chonos, haciendo tal vez un Objeto de Discordia y de Guerra ese mismo Alimento, que entre Riscos y Olas les espone con unas Canoas endebles, a infinitos Riesgos y fatigas, parecen subsistir allí contra los dictados de la misma Naturaleza; todo denota, que ese Suelo les es estraño, que han realmente degenerado de los Carac-

teres Indicativos de la Clase de Hombre pasando a una estupidez que no le es natural-5.

En su viaje a lo largo del continente austral, desde los 44° de latitud hasta el cabo de Hornos, estudiaron los expedicionarios a los patagones antes mencionados, a los pecheris y a los chonosº. En un cuestionario sobre Chiloé que se titula «Apuntes de la costa Patagónica», se cifra el número de los segundos en unos seis mil, y el de los terceros, de mil a dos mil hombros

Los pecheris ya habían sido previamente descritos por los hermanos Nodales, por los náufragos del navío Concepción, por el capitán Cook², por Bougainville8, etc., pero nuestros viajeros opinaban que las descripciones que hicieron estos navegantes no correspondían a estos indígenas, sino a descendientes de los patagones. También manejaron los expedicionarios las informaciones de Antonio de Córdoba, del piloto Machado, del padre Alsue y de Ciriaco Ceballos, en sus recorridos por el estrecho de Magallanes9.

Según Antonio de Pineda, estos indígenas, bien por alguna guerra o por falta de alimento, pasaron a la Tierra de Fuego¹⁰; eran errantes, pasaban fácilmente del norte al sur con sus débiles piraguas. Su alimentación se basaba en el guanaco, ya que ni pescaban ni tomaban mariscos.

Los chonos, así llamados según Antonio de Pineda por su condición de «sucios»¹¹, estaban más «civilizados» que los anteriores, debido al trato con la colonia española en Chiloé: sin embargo, también eran considerados estúpidos, porque a pesar de que recibieron un terreno estable al sur de Chiloé para que vivieran juntos y se alimentaran del lobo marino, se empeñaban en llevar una vida expuesta a múltiples peligros. Eran pacíficos, no valoraban los dones de los españoles y tenían por costumbre ir siempre

^{3.} Véase la descripción de la costa meridional de Antonio de Viedrna, en Ms. 100 f. 162 vto.-172, incluyendo su vocabulario del idioma patagón. También puede verse en Ms. 327 f. 96-113 vto. Cf. el diario del piloto Villarino sobre el reconocimiento del río Negro en la costa oriental patagónica. Ms. 2197 f. 39-42, ó Ms. 518 doc. 1º del M.N.Noticias del río de la Plata y costa patagónica, de Tafor en el paquebote S. Sebastián, Ntra. Sra. de Belén y bergantín S. Antonio Oliveira, en Ms. 100 f. 119 y ss, del M. N.

^{4.} Los hermanos García del Nodal, Bartolomé y Gonzalo, fueron enviados por la Corona española para descubir el estrecho de San Vicente y reconocer el de Magallanes en septiembre de 1618. Véase García de Nodal, Bartolomé, Relación de viage que por orden de su magestad... Para mayor información sobre los viajeros españoles que llegaron a esta zona como por ejemplo Sarmiento de Gamboa, Alcazaba, Loaysa, Nodales, Antonio de Córdoba e incluso Malaspina, consúltese Oyarzun Iñarra, Javier, Expediciones españolas al estrecho de Magallanes y Tierra de Fuego.

Cf. Ms. 343 f. 109 del M. N.

^{6.} Véase Ms. 337 f. 30, del M.N.

^{7.} El célebre navegante inglés, nacido en 1728, realizó tres viajes alrededor del mundo; el primero duró de 1768 a 1771, el segundo de 1772 a 1775, y el tercero de 1776 a 1780. En este último viaje le mataron los indígenas de Hawai. Para el estudio de esta navegación véase Cook, James, Los tres viajes alrededor del mundo...

^{8.} Bougainville, nacido en París en 1729, realizó la vuelta al mundo patrocinado por el gobierno francés, de 1766 a 1769. Dicho marino se refiere a estos indigenas con el nombre de pecherais. Para mayor información sobre este viaje, cf. Bougainville, L. A. de, Viaje alrededor del mundo. Este libro lleva en su discurso preliminar una somera relación de todos los viajes realizados alrededor del mundo.

^{9.} Hay unos apuntes copiados para la expedición del viaje de Francisco Machado al Estrecho de Magallanes en el Ms. 328 f. 107-111 del M.N.También hay copiadas algunas noticias del recorrido del jesuita José García Alsué desde Chiloé al Estrecho de Magallanes en el Ms. 328 f. 111 vto.-114, del M.N.En el Ms. 146 f. 204-291 del M.N.hay una serie de apuntes extraídos por nuestros marinos de Ulloa. Cook, Bougainville, Buffon, La Pérouse, etc. El viaje de Ciriaco Ceballos en 1788-89 está copiado en el Ms. 164, doc. 1º del mismo Museo.

^{10.} Cf. Ms. 590 f. 41 vto. del M.N.

^{11.} En el libro de Oliver Schneider, C., Los indios de Chile... pág. 78, se dice en cambio que el nombre de Chonos fue puesto por los españoles, usando el vocablo con que los que chuas llamaban a unas tribus del Ecuador.

desnudos¹². Respecto al idioma de estos indígenas, nos dicen nuestros navegantes que era preciso compararlo con el de los huilliches; en el caso de que no se pareciesen, habría dos posibilidades; o bien los chonos procedían del oeste, o bien formaban parte de los primeros habitantes de la América meridional que fueron luego rechazados al extremo sur. Pensaban los ilustrados que este estudio podría aclarar si la Cordillera había sido la línea de separación de los distintos pobladores de América, de tal modo que los occidentales se hubieran convertido en pescadores y los orientales en pueblos errantes.

En la información que nos dan sobre los habitantes de la Tierra de Fuego, se pone nuevamente de manifiesto el método de trabajo que seguía la expedición: mandaban previamente una serie de preguntas (cuestionarios) relativos al lugar; leían, estudiaban, sacaban información de los distintos viajeros que habían recorrido la zona; cotejaban, si el tiempo lo permitía, los datos recibidos con la realidad, y por último escribían sus diarios basándose en todo lo anterior.

Después de todos los estudios hechos en la Patagonia chilena, llegaron el cinco de febrero al puerto de San Carlos de Chiloé; aquí examinaron a fondo a sus habitantes, los chilotas, y a una comisión de huilliches que, capitaneada por su Cacique Catiguala, visitaron al gobernador Pedro de Garoi.

Recorrieron por los alrededores de este puerto la zona comprendida entre el mar y la cordillera de los Andes, observando que era un territorio sumamente desértico; concluyeron en consecuencia que estaría poco poblado y que los huilliches debían de ser sus únicos habitantes.

El mismo Antonio de Pineda afirma que esta observación se contradice con lo expuesto en los manuscritos de Rojas¹³, en su viaje desde Buenos Aires a Césares¹⁴, y con lo que escribieron Pimier¹⁵, Falkner¹⁶, Orejuela, etc., los cuales hacían alusión a las muchas naciones que vivían al sur de las tierras de los huilliches. Todo ello no hace sino poner de manifiesto otra vez el gran número de fuentes de información que manejaron nuestros hombres.

Las corbetas partieron de Chiloé el 19 de febrero de 1790 y en su camino hacia Coquimbo -- adonde llegaron el 18 de abril-- enumeraron los distintos indígenas que encontraron a su paso: cuncos, huilliches, pehuenches y araucanos, observando que todos estos pueblos tenían el mismo origen, la misma lengua, costumbres, etc., aunque sin embargo permanecian desunidos e incluso estaban continuamente en guerra entre sí. Los expedicionarios ya conocían a estas tribus a través de los datos suministrados por el natura lista chileno Juan Ignacio Molina en su Compendio de la Historia geográfica, natural y civil del reino de Chile¹⁷.

Los cuncos, según nos cuenta Carlos Oliver¹⁸, vivieron entre el río Bueno, al sur de Valdivia, y el canal de Chacao; a pesar de que constituían un pueblo bastante numeroso, sucumbieron a la presión de los builliches, y así, empujados por éstos, tuvieron que abandonar sus tierras, arribando entonces a la isla de Chiloé.

Los pehuenches y los huilliches eran pueblos araucanos¹⁹, tal y como afirmaron nuestros expedicionarios. Los primeros habitaban la parte comprendida entre el fuerte de San Carlos y el de Santa Bárbara; los segundos tenían sus tierras en la zona delimitada por el río Bueno, por las orillas de esta arteria fluvial. Más adelante nos ocuparemos con más detalle de las características, hábitat, etc., de estos pueblos.

Después de luchar contra los fríos, las lluvias y los vientos, llegaron las corbetas el 5 de febrero de 1790 a la isla de Chiloé, donde fueron amarradas. Como era habitual, las tripulaciones desembarcaron los aparatos, hicieron la aguada y el acopio de leña correspondiente.

Malaspina y algunos oficiales fueron a presentarse al gobernador de la isla, Pedro de Garoi. El gobierno de ésta se componía de un militar con título de gobernador o intendente, un sargento mayor, un ayudante, un oficial de artillería20 y un ingeniero especializado en fortificaciones, además de la tropa.

Como los expedicionarios tuvieron la posibilidad de acceder libremente a cualquier tipo de documento, por privado que fuese, manejaron los relativos a los sueldos de los militares en Chiloé: el del gobernador era de 660 pesos anuales, el del sargento mayor de 480, el de capitán de Artillería 90, el de Infantería 50, el de dragones 51,5, los sargentos 24, los cabos 18, y los soldados 1021; en total los sueldos del ejército en este lugar ascendian a 72,000 pesos al año. Este dinero suponía un enorme gasto para la Real Hacienda, según opinaban nuestros viajeros, sin que se viera acompañado de una mejor protección de la colonia:

> -... la defensa se hà fixado à veces en parages donde no podia concurrir el comercio y el comercio se hà establecido en puntos

^{12.} Los chonos propiamente dichos llegaron a extinguirse a finales del siglo pasado, ya que sus descendientes actuales son el resultado del cruce con otras tribus.

^{13.} Se refiere a Diaz de Rojas, que realizó esta expedición en virtud de una Real Cédula del 18 de mayo de 1716.

^{14.} La Ciudad de los Césares era una ciudad imaginaria de la América meridional, en el interior de los Andes. Su infructuosa búsqueda duró casi dos siglos.

^{15.} Ignacio de Pimier era comisario de indios en Valdivia. Posteriormente trataremos de él - lo que hacen también nuestros viajeros- al hablar de la ciudad de Osomo y de su destrucción por los araucanos.

^{16.} Jesuita y etnólogo inglés (1707-1784), que recorrió todas estas regiones intentando convertir a sus habitantes

^{17.} El conocimiento que tenían nuestros navegantes del abate Molina se pone de mani fiesto además de por las referencias que a él hacen, por las noticias que le copiaron sobre Chile, que aparecen en los Ms. 318 y 121, f. 13-24 del M. N.

Oliver Schneider, C., Los indios de Chile, pág. 66.

^{19.} Los araucanos vivían en la zona comprendida entre Copiapó y Chiloé. Los del norte se llamaban -picunches, los de la parte central eran los -pehuenches, y los del sur -hoilliches-. Para mayor información sobre estos pueblos, consúltese Krickeberg, W., Etnologia de América, y también Márquez Miranda, F., Región meridional de América del Sur...

Véase Ms. 122 f. 139 vto. del M. N.

^{21.} Ms. 1040 f. 69 de la B.M.S.

indefensos, de modo que los particulares en estos y el erario en aquellos, sufren iguales sacrificios y se multiplican los puntos en que puede hostilizarnos el enemigo aumentandosenos al mismo tiempo la imposibilidad de fixar un sistema oportuno de defensa-²².

Puede verse en estas declaraciones la disconformidad de nuestros hombres con el sistema militar existente en Chiloé. Esta crítica la aplicaron también al sistema político en general, y la hicieron extensiva al resto de las colonias españolas en América:

«Admirese en horabuena nuestro sistema y legislacion de la America, pero siempre sera verdad que su practica en el dia es inasequible, y que habiendo variado enteramente el sistema militar de la europa, nuestras relaciones con los indios vecinos, y hasta el numero de estos, debemos precisam^{te} variar tambien el sistema político y militar de las colonias»²³.

Los gobernadores de Chiloé y Valdivia tenían la pretensión de establecer una comunicación por tierra entre ambos lugares²⁴, que en un futuro llegaría hasta Buenos Aires. Para conseguir esto era necesario entablar amistad con los indios vecinos, agasajarles con regalos y demostrarles la buena disposición hacia ellos de la Corona española. Con este fin fueron invitados una comisión de huilliches a casa del gobernador de la isla.

La primera entrevista tuvo lugar el 6 de febrero, estando presentes los oficiales de ambas corbetas, ocasión que aprovecharon para estudiar las costumbres de estos indígenas. Componía la comisión unos 44 huilliches mandados por el Cacique Catiguala, que fueron muy bien recibidos y agasajados por parte de la colonia española. Posteriormente, el 10 de febrero, el comandante Malaspina invitó a estos indios a subir a bordo y continuó sus estudios etnológicos.

En su estancia en Chiloé los expedicionarios tuvieron un encuentro con José de Moraleda, contacto que les fue muy fructuoso. Este piloto de la Armada había reconocido y descrito las costas y los puertos de la isla²⁵, lo mismo que los de Perú, y en su entrevista con Malaspina le hizo entrega por orden del virrey de aquel país de sus cartas, planos, descripciones, etc.²⁶. Un siglo después aproximadamente, marinos chilenos dieron el nom-

bre de este piloto a un canal de la costa de Chile situado entre el continente, la isla de la Magdalena y el archipiélago de Chonos.

Con toda la información en su poder, decidió Malaspina comenzar los trabajos de reconocimiento de la isla. Luis Née se dedicó a recolectar y estudiar las plantas; Antonio Pineda, junto con un guardiamarina, recorrió Chacao, en la costa septentrional de Chiloé, y también la zona oeste; Felipe Bauzá levantó el plano interior del puerto, y los tenientes Tova, Valdés y Quintano se dirigieron a la ciudad de Castro²⁷ en la costa oriental²⁸.

La población de Chiloé en 1789 consistía en 26.689 personas, de las cuales 15.072 eran españoles y el resto huilliches²⁰; la ciudad de San Carlos tenía 1245 habitantes. El número de habitantes iba disminuyendo, ya que en 1713 se contabilizaban 59.000 personas, y en 1772 sólo 32.000³⁰. La lengua mayoritaria era la indígena, aunque también se hablaba un castellano muy vulgar.

Las casas de San Carlos estaban dispuestas de manera irregular, teniendo cada una a su alrededor un terreno de cultivo. Sin embargo, las tierras habían sido desigualmente repartidas, hecho que a los expedicionarios, de ideas liberales en su mayoría, les pareció muy criticable:

No debe omitirse que la desproporcionada distribución de terreno ocasiona aqui como en Chile perjuicios muy notables à la agricultura, pues habiendo muchos vecios que no tienen terreno alguno propio fuera del de su casa, poseen otros leguas enteras, que conservan siempre eriales y en lastimoso abandono. Parece justo intervenga la legislación en equilibrar quanto sea dable la fortuna de aquellos fieles vasallos obligando à que laboreen sus tierras los grandes propietarios ò haciendo recaigan en manos del pobre

^{22.} Cf. Ms. 122 f. 146 vto. y Ms. 590 f. 55 vto., ambos del M. N.

^{23.} Ms. 122 f. 148 nota (1) a pie de folio.

^{24.} En el Ms. 426 f. 133 del M.N.hay una relación —atribuida por M. D. Higueras Ramírez a Malaspina— de los documentos que recibieron los expedicionarios en Chiloé; con el número 5 se cita -Procesos y diligencias judiciales y extrajudicales para abrir el camino de Chiloé a Valdivia. Estos documentos habían sido previamente solicitados por el comandante al gobernador intendente de Chiloé Francisco Garoz.

Sc pueden encontrar descripciones de José Moraleda y Montero en tomo al archipiélago de Chiloé en los manuscritos 467 doc. 7, 749 f. 80 y 613 doc. 1, del M. N.

^{26.} En el Ms. 146 f. 232-233, atribuido a Arcadio de Pineda, hay una relación de 70 documentos recopilados por la expedición hasta México. En el documento nº 30 puede leerse: Noticias sobre Chiloé recogidas por D. Josef Moraleda (4 pliegos).

^{27.} En el Ms. 122 f. 127-130 del M.N.está la contestación de un cuestionario que envia ron los expedicionarios a Castro. Las respuestas giran en tomo a tributos, costumbres de los habitantes, industria, comercio, etc. Lo incluimos en la Antología de textos.

^{28.} En el Ms. 426 f. 130-130 vto, están las instrucciones previas a este viaje que da Malaspina a los tres oficiales. En la que lleva el nº 3 bis se pone nuevamente de manifiesto la preocupación del comandante por los estudios etnológicos de todas las zonas reconocidas. Oigamos sus palabras: •Procuraran Vms informarse del Modo de pagar los Tributos, y Cobratos, del Estado de las Misiones, del Caracter de los Naturales, y Criollos, de los Instrumentos y Utensilios con que serran, y acarrean las Maderas, de los Telares, 6 Modos de Tejer. Los Ponchos, del modo de nutrirse, de su Robustez i Finalmente de su Amor a la Nacion qe les domi-

^{29.} En el Ms. 292 del M.N. f. 198 hay un cuadro gigante, firmado por la Contaduria General de Tributos de Lima con fecha 31 de diciembre de 1789 que se titula «Estado general de los indios que están empadronados, tributos, gastos, pensiones... de las ocho intendencias establecidas en el Virreinato de la Plata. Con respecto a Chiloé específica que hay 3109 indios de todas las clases y estados, y 4650 mujeres, es decir, un total de 7759 habitantes. Como puede apreciarse, las cifras no coinciden en ambas fuentes.

^{30.} Estos datos fueron suministrados por Antonio de la Mara, a quien Malaspina envió un cuestionario cuyas preguntas están en el Ms. 426 f. 131-132 del M.N.Las respuestas aparecen repetidas en el Ms. 337 f. 99-99 vto., y en el Ms. 318 f. 7-8, también del mismo Archivo. Tanto aquéllas como éstas las incluimos en la Antología de textos.

97

menesteroso, las porciones necesarias para su ocupación y utilidad con ventaja general de la provincia.31.

Ellos proponen por el contrario, no sólo en el caso de Chiloé sino en general, una distribución más equitativa de la tierra, opinando que...

> «...la experiencia tiene acreditado qe una crecida porción de terreno dividido entre 15, 20, ò mas hombres proporcionalmente fructifica mucho mas que perteneciendo à uno solo...*52.

Nuestros hombres, además de su espíritu liberal, pusieron de manifiesto su talante humanitario cuando analizaron la dominación que sufrian los indios por parte de los españoles. Este abuso era tan grande que los indígenas se veian obligados «àpasar inmensos trabajos, y riesgos en sus pequeñas deviles Piraguas para representar en persona en los tribunales superiores de estos Reinos la opresión, y vejacion⁸,35. Esto nos recuerda la opinión de Ye cuana, un indio del Caribe, acerca de los conquistadores europeos; decía que tras Cristóbal Colón llegaron los misioneros, y después...

> «Al mismo tiempo vinieron de Europa todo tipo de gente: solda dos, aventureros, mineros, presidiarios, etcétera; actuaron como les dió la gana sobre nuestra tierra e igualmente nos trataron como les dió la gana: nos maltrataron, reprimieron con violencia nuestras protestas, nos llamaron flojos y nos catalogaron de irracionales y salvajes sin escritura, sin ideas, sin creencias....34.

Esta opresión puede verse de nuevo en el hecho de que sólo pagaban tributo a la Corona los indígenas; realizaban el pago en efectivo -5 pesos— o en especies, todos los indios mayores de 18 años, hasta los 50. De los huilliches que habitaban en Chiloé, 11.617 en total, cumplian esta obligación 11.300. Por supuesto, esta medida era censurada por los expedicionarios, escandalizados por las penalidades que pasaban los indios para hacerla efectiva:

> -Desde luego puede establecerse como axioma que la administración de tributos, derechos y diezmos es tanto mas nociva al contribuyente y menos util al erario quanto mayor es la distancia à que se perciben del centro de la Monarquia; y menos vigorosos por consiguiente los esfuerzos que se hagan para el remedio de los abusos-35.

Además de estudiar el sistema político y militar de la isla y criticar toda medida que no veían justa o razonable, nuestros marinos analizaron la jurisdicción eclesiástica, cuya cúspide estaba ocupada por un cura castrense, los habitantes de la isla se distribuían en curatos, subdivididos a su vez en capillas, que eran conjuntos de vecinos dispersos con un centro común para celebrar las misas y los oficios religiosos36.

También en Chiloé había misiones sostenidas por la Corona, calificadas como «inútiles» por los expedicionarios, los cuales recordaban que existían en Castro dos Conventos - de Observantes y Mercedarios--, en contra de lo que estipulaban las Reales Ordenes, y por lo demás ambos también superfluos. Antonio de Pineda nos dice en este sentido, que es mejor que...

> -El Gobierno no la costée, dependiendo pf consiguiente su existencia, ô de la justa parsimonia del Ministro Evangelico, ô de la voluntaria contribucion de los Feligreses».

(...)

-Desde luego el exemplo de dos siglos deve combencernos, q $^{\mathbf{e}}$ la Combersion de los Wiliches hà de depender mas bien de otras Causas, q^e de la Predicación Evangelica à la que se han manifes tado hasta aqui enteramte sordos:37.

Esta última cita, lo mismo que las anteriores, nos hace conocer mejor a los miembros de la expedición: ponen de relieve el humanitarismo de éstos (sosteniendo siempre que los indígenas eran hombres), su liberalismo (llegaban a insinuar la independencia de las colonias), e incluso --puede decirse-- su coherencia ideológica, de tintes casi revolucionarios en algunos extremos: crítica de la institución eclesiástica, defensa del oprimido, etc. En este sentido eran auténticos ilustrados, en su sentido más profundo, pues a la curiosidad intelectual le acompañaba una aguda percepción de la necesidad de reformas que atenuaran las palpables injusticias sociales.

La isla de Chiloé, como veremos más adelante, contaba con un suclo fecundo y apto para el cultivo, con abundancia de riachuelos; producía higos, cebada, patatas..., y contaba con grandes bosques de los que se saca ba mucha madera, base, junto con lo demás, de su comercio exterior. Éste se realizaba exclusivamente con Lima, centro comercial y político de toda la zona, que se encargaba hasta de pagar los sueldos de los militares de la isla. Los productos importados de España y América llegaban anualmente en uno o dos navios, y entonces se formaban unas ferias en las que las autori dades, junto con los navieros, ponían precio a los géneros, comprados por los chilotas a cambio de dinero o especies38.

Ms. 122 f. 151 vto del M N

Ms. 309 f. 12 vto.-13 del M. N.

^{33.} Ms. 309 f. 6 vto. del M. N.

^{34.} Jiménez Turón, S., -Historia de la dominación europea en América, escrita por un dominado-, en Indianidad y descolonización en América Latina, pág. 203.

^{35.} Cf. Ms. 122. f. 147 del M.N.

^{36.} Véase Ms. 122 f. 140 del M. N.

^{37.} Cf. Ms. 590 f. 61 vto. del M. N.

Al final del primer tomo (Primer Cuatrimestre de 1791) del Mercurio Peruano, hay 10 cuadros estadísticos de materias económicas designadas con el nombre de Estados. En el 6° se puede ver el comercio del virreinato de Lima con la isla de Chiloé.

Este comercio resultaba perjudicial para la isla por los altos precios impuestos a los productos, o por las malas condiciones en que llegaban éstos: los expedicionarios se pronunciaron sobre el problema, aconsejando que el intercambio se hiciera...

> «por cuenta de la real hacienda, pues en este caso serian mayores los obstáculos de los propietarios, y estarían más ligados á la lev que les impusiese el comisionado, que no siempre seria equitativa prescindiendo de las desventajas que acarrean á todo comercio semejantes travas. Si no obstante se considera preciso para el fomento de la isla, que se hagan estos transportes por cuenta de S.M., concedase uno o mas buques en que conduzcan sus generos estos naturales de su cuenta y riesgo, como se hizo en las Canarias y Filipinas, y en pocos años se conseguiría el deseado fomento, y se eximiria con ventajas el real erario de aquellos gastos, como sucedió con las primeras de las citadas islas 69.

Opinaron también sobre lo que entendían que debía ser el comercio ideal para la isla, comercio que no fuera nunca gravoso para el erario públi-CO:

«Examinados atentamente los productos de la isla, y los artículos que forman su industria, se advierte desde luego que el comercio de Chiloé puede abrazar aun en su pequeñez cuatro puntos de vista bien distintos, à saber el comercio con Europa, con nuestras colonias del Peru y rio de la Plata, con los indios comarcanos, y ultimamente el interno, indicandose este en ultimo lugar por que pende de una existencia de fondos que jamas puede preceder al comercio externo y base de las riquezas-40.

Los expedicionarios dirigidos por Malaspina permanecieron 14 días en este puerto; en esas pocas jornadas recorrieron toda la isla, recolectaron y describieron un gran número de plantas y animales, levantaron un plano del puerto e hicieron estudios antropológicos. En los últimos días de su estancia se dieron cuenta de la deserción de ocho marinos, cinco de la «Atrevida» y tres de la «Descubierta»⁴¹; incluso uno de ellos, que tenía a su cargo la cabaña de los herreros, les llegó a robar utensilios, ropas y varios terneros. Fueron en su busca y le encontraron finalmente en casa de un labrador, con cuya hija pretendia casarse.

A lo largo de la expedición fueron muy frecuentes estos hechos, atribuidos «a los atractivos de América respecto a los europeos de pocas obligacioness⁴². No olvidemos que, como decía Salvador de Madariaga siglo y medio más tarde, «fueron las Indias como un jardín acuático que florece en un canal de lenta circulación, derivado de la corriente general de la Historia. 43.

Partieron el diecinueve de febrero de 1790, camino de Talcahuano, ya que las condiciones climáticas no les permitían llegar a Valdivia, que era el lugar donde en un primer momento habían proyectado atracar. Antes de salir, hicieron un balance global muy favorable de la sociedad de Chiloé.

2. Fuentes de información y reconstrucción histórica

La expedición del comandante Malaspina era ante todo eminentemente científica, como se pone claramente de manifiesto cuando estudiamos sus manuscritos, repletos de copias, extractos o reseñas de gran cantidad de documentos, apuntes o libros de diversos autores. El abanico de obras consultado fue amplísimo, tanto antes como durante el viaje, y referido a todas las zonas que recorrieron.

Estaban al día de toda publicación científica que viera la luz en tierras americanas: de este modo, podemos encontrar por ejemplo al comandante junto con los naturalistas Antonio Pineda y Tadeo Haenke como primeros suscriptores del Mercurio Peruano. En varios manuscritos hacen referencia al conocimiento profundo que tenían de este periódico44

En todas las descripciones hechas por los naturalistas de la expedición. se pone de manifiesto el amplio conocimiento de las obras de los grandes científicos de la época, y la soltura con que manejaban las clasificaciones de Linneo y las aportaciones de Buffon.

Antonio Pineda solicitó libros del Gabinete de Historia Natural, unos para la preparación del viaje y otros, para su consulta durante el mismo. En el Archivo de esta institución se encuentra un recibo del naturalista dirigido a Eugenio Izquierdo⁴⁵ por la entrega de varios libros, fechado el 25 de abril de 1788, y también una carta del Conde de Floridablanca a Clavijo y Fajardo, fechada en Aranjuez el 2 de junio de 1789, en relación con un préstamo de libros que solicitaba Pineda para llevárselos en su viaje⁴⁶. En la misma Carpeta podemos leer la carta enviada por Pineda al vicedirector del Real Gabinete, que comienza así:

> «Mui Señor mio: Hé recibido la estimada de Vmd en que me participa la orden que à continuacion de sus buenos informes de Vmd. expide el Ex^{mo} S^{or} Conde de Floridablanca, Protector

Véase Viana, Francisco J., Diario del viaje explorador..., pág. 80.

Cf. Ms. 122 f. 149 vto. del M. N.

^{41.} Se puede ver en el Ms. 426 del M.N. f. 133 vto.-134 vto. un escrito de Malaspina a Francisco Garoz, gobernador de Chiloé, sobre los desertores habidos en ese puerto, e instrucciones para que sean apresados y enviados a Lima para su reincorporación a la expedición. En el f. 134 vto.-135 vto, del mismo manuscrito pueden encontrarse unas instrucciones del comandante a Bustamante sobre disciplina con motivo de las deserciones ocurridas en Chiloé.

^{42.} Véase Ms. 1040 f. 73 vto. de la B.M.S.

Madariaga, Salvador, El auge del imperio español en América, pág. 429.

Cf. Ms. 634 f. 69, y Ms. 316 f. 92-93, ambos del M. N.

^{45.} Eugenio Izquierdo era el director del Real Gabinete de Historia Natural; el vicedirec tor era José Clavijo y Fajardo, aunque en la práctica éste ejercía las funciones de aquél.

^{46.} Véase «Pineda», legajo, nº 1, carpeta nº 1, del M. C. N.

declarado de las Ciencias, para que use durante mi viage, y restituya después los libros del R^I Gabinete que paraban en mi poder()-17

Este naturalista, en su afán de aumentar su información y de contribuir así al éxito de la expedición, hizo otras peticiones de libros a personalidades e instituciones: por ejemplo, el 27 de agosto de 1790 pidió en Lima al capitán Pedro Niebla y Parada el ensayo titulado «Noticias de varias hiervas, árboles, animales y aves particulares, virtudes de éstos y naturaleza con costumbres de los indios-48.

Algunos expedicionarios eran comisionados para investigar o para profundizar en las distintas fuentes de información de que disponían los viajeros sobre temas americanos. Fernando Quintano fue enviado por Malaspina a la búsqueda de documentos sobre Buenos Aires, Montevideo y costa patagónica 10, también revisaron documentos sobre Chiloé, como se pone de manifiesto en la lista que confeccionaron de libros y apuntes sobre este archipiélago, la mayor parte de ellos referidos a las noticias de Manuel José Orejuela, aunque también pueden encontrarse una carta de Teodoro Negrón a Malaspina sobre Caciques indígenas, unas noticias recogidas por Pineda sobre Chacaoso, etc.

La mayor parte de la información provenía, no obstante de los cuestionarios, los cuales consistían en una serie de preguntas que enviaban los españoles a sus colonias; sistema muy en auge durante los siglos XVI y XVII debido a la dificultad de las comunicaciones, había entrado en decadencia en la época en que tuvo lugar nuestra expedición⁵¹.

Siguiendo dicha técnica, los viajeros elaboraron un conjunto de cuestionarios⁵² relativos a los temas de mayor interés, y los enviaron a una serie de personas en distintos puntos de Chiloé⁵³. En realidad, no se limitaron a recopilar información sobre este punto concreto, sino sobre todo el territorio chileno en general: así, por ejemplo, las noticias sobre varios sucesos de Chile por D. Manuel José de Orejuela, informaciones sobre los hallazgos de Pimier, las noticias sobre Chile de Juan José de Santa Cruz, del Obispado, de Molina, Peralta y Ulloa, etc., etc.51.

También consultaron un gran número de publicaciones sobre América en general⁵⁵: Reflexiones fisicas y políticas de la América meridional españo la, Mercurios Peruanos de los años 91, 92, 93..., las Noticias americanas de Ulloa, la Introducción a la Historia Natural y Geografía física de Bowles, La Araucana, la Breve noticia de los indios de Chile de Agustín Alava, un Compendio de la Historia Natural y civil de Chile, el Arauco domado de Pedro Oña, la Historia Natural y moral de las Indias del Padre Acosta, etc.

Entre las reseñas y comentarios diversos que hicieron sobre estas obras, vale la pena destacar la opinión que les merece el extenso poema de Ercilla La Araucana:

> «Este excelente Poema reimpreso muchas veces es delos mejores de q^e se ostenta el parnaso español. Contiene ademas de todas sus excelencias una vien exacta noticia de todos los echos dela Guerra de Arauco, desde la 1ª rebelion en tpo de Valdivia hasta la prision y muerte de Caupolican 1º el descubrimlo del Archipiela go de Chiloc y otras noticias Historic⁸ y Geograficas como las vatallas de dⁿ Quintin y Lepanto fue testigo de los mas delos echos que refiere, aunque se le nota de apasionado.56,

A su paso por los distintos lugares de América, la expedición consultaba. copiaba y recopilaba noticias⁵⁷, y en este sentido, como hemos dicho en

^{47.} Pineda-, legajo 1, carpeta 2 del M. C. N.

Ms. 292 f. 68-99 del M. N.,

^{49.} Así, podemos encontrar en el Ms. 316 f. 137-137 vto, del M.N.una relación de pape les sobre esas zonas atribuidos a aquel oficial. En esta serie de escritos puede verse con el número 3 el Original del vocabulario pehuenche y noticias de las poblaciones de la costa patagónica, por las que dió Pena en Puerto Deseado; con el número 19 Noticia abreviada del naufragio del navio -Concepcion- en la Tierra de Fuego entregada en Lima a D. Cayetano Valdés por el mismo Ostolaza, uno de los naufragos; y con el número 18, el Indice de los papeles utiles para la historia y geografía de Buenos Aires y la costa patagónica existente en la secretaria del Virreinato o en el Archivo de Temporalidadess. Este indice se encuentra desarro llado en el Ms. 314 f. 158-159 vto, del M.N., y en el bay noticias relativas a Basilio Villarino. Antonio Viedma, Juan de la Piedra, el poblamiento de la costa patagónica, etc. Reseñemos por último que en la obra de Higueras Rodríguez, D., Gatálogo crítico..., tomo III, hay una relación completa de estos documentos.

^{50.} Estas noticias fueron dadas por Romualdo Chaves, capitán de la Compañía de Milicias del Curato de Chacao, y el intendente Francisco Hurtado. Pueden encontrarse en el Ms. 338 f. 22-23 vto. del M. N

^{51.} Durante el siglo XVIII se enviaron algunos cuestionarios a América: destaca entre ellos el que elaboró en 1765 la Real Academia de la Historia, con 10 preguntas sobre división racial, pueblos de indios, etc., con el fin de reunir información para redactar una Historia de las Indias, pero el proyecto fracasó al no obtener respuesta por parte de la Administración

^{52.} Podemos encontrar en el Ms. 121 del M.N. f. 3-12 vto, las respuestas a un cuestiona rio enviado por Malaspina referente a la situación de las provincias del Río de la Plata.

^{53.} Hemos recopilado varios cuestionarios - que pueden verse en la Antología de tex tos »; en el Ms. 318 f. 10 están las preguntas de un test etnográfico sobre peluenches, builli ches, etc., y en los f. 9-9 vto, están las respuestas; en el Ms. 122 f. 127 130 están las contesta ciones a un cuestionario enviado a Castro, en el Ms. 426 f. 131 132 las preguntas de otro dirigido a Antonio de la Mata, copiado por Malaspina, cuyas respuestas se encuentran en el Ms 337 f. 99 99 vto., y en el 318, f. 7 8, todos ellos en el M. N. Con respecto al aludido Antonio de la Mata, buen conocedor de aquellas regiones, consignemos que en ellas encontró la muerte. como tantos otros: fue el 15 de abril de 1791, en el transcurso de una expedición desde San

^{54.} Véase Ms. 309, f. 23 y 42. del M.N.También Ms. 121, f. 13, 25 y 28, sobre los tres últi mos citados. De Ulloa están copiados --por Arcadio Pineda -- sus noticias sobre Buenos Aires (Ms. 124, f. 296-296 vto.), Perú (Ms. 119, f. 68-69 vto.) y en general de sus viajes por América (Ms. 146, f. 228-231, vto.). A propósito de Arcadio Pineda - hermano de Antonio-- digantos que a la muerte de éste, se quedo con todos sus papeles con el fin de publicar el viaje, provec to que quedó frustrado; ya entrado el siglo XIX, un sobrino de los Pineda hizo entrega de los documentos al Depósito Hidrográfico.

^{55.} Véase Ms. 634, f. 65-67 del M.N.Muchos de los libros aquí reseñados son de viajes, como los de Phipps, Cook - su propia narración y la versión de Jorge Forster - . Alejandro Dalrymple, etc.

Cf. Ms. 634, f. 87 del M.N.

^{57.} Podemos encontrar en el Ms. 146 f 232-233 del M.N.una relación de 70 documentos

repetidas ocasiones, Chile no es una excepción⁵⁸. Resultado de todo ello es el completísimo conocimiento que tenían los viajeros sobre el pasado histórico de las zonas recorridas, así como de sus habitantes.

Los araucanos⁵⁰ constituían un pueblo indígena de Chile, que habitaba al sur del paralelo 34 de latitud sur; pueblo que ha sabido conservar hasta la actualidad su lengua, su cultura y hasta sus rasgos físicos. Lo integraban fundamentalmente las siguientes tribus: los picunches (gente del norte), los huilliches (gente del sur) y los pehuenches o mapuches (gente de la tierra de los pinos). Esta última tribu era guerrera, nómada, y antes de llegar los españoles ocupaba la mayor parte del país⁶⁰; aun hoy es la tribu más numerosa e independiente dentro del grupo de los araucanos, ocupando el sur de Chile desde el paralelo 37º 40' hasta el 41º 15' de latitud sur, que corresponde a las provincias de Bio-Bio, Arauco, Malleco, Cautin, Valdivia y Llanquinue⁶¹.

En la época de la conquista española los araucanos eran cerca del millón y medio, y vivían en los Andes desde Coquimbo hasta territorio argentino. La presencia hispana en ese lugar fue intermitente hasta la llegada del conquistador español Pedro de Valdivia al valle de Mapochó en 1541, donde fundó la ciudad de Santiago; a ésta le siguieron Concepción, Imperial Villa-

rica y Valdivia entre 1550 y 1552. Durante estos años hubo enfrentamientos con los indígenas, los cuales, acaudillados por Caupolicán y Lautaro —éste último, antiguo mozo de caballos de Valdivia— opusieron una gran resistencia a la penetración española. Francisco Javier Viana nos resume de este modo las luchas entre ambos pueblos:

«En 1553 sucedió la memorable rebelion de los Araucanos, que desmembró á la corona de castilla de una porcíon de sus naciones tributarias en las provincias de Chiloé ocasionada por la tiranía de Baldivia y otros conquistadores, que exigiendo excesivas contribuciones exasperaron los ánimos de aquellos belicosos naturales. Cuarenta y cinco años de repetidas batallas y sangrientos combates solo sirvieron de inveterar el odio entre las naciones, y de afirmar à aquella en la valerosa determinación de conservar su libertad. En vano se efectuó la ejemplar sentencia en su primer caudillo Caupolican, ni la cruda derrota del valle de Quipco, en que el poder araucano quedó totalmente desecho por las armas de D. Garcia de Mendoza, pues aquellos heroicos bárbaros poco escarmentados con el vario suceso de la guerra, tramaron la casi total destrucción de las armas españolas, bajo la conducta de su Toqui-Pailla Macho, y asediando en 48 horas todas las fortalezas desde Arauco al Archipiélago de Chonos, quedaron desmantelados en menos de tres años las siete ciudades de Ossorno, Valdivia, Villa Rica, Imperial, Cañete, Augol y Coya, únicas comprendidas en aquellos territorios.62.

Los habitantes de estas poblaciones tuvieron que sufrir la venganza de los araucanos: hasta las mujeres y niñas pasaron a ser sus esclavas. Eran estos indígenas guerreros y valerosos, como se pone de manifiesto en la anécdota que nos cuenta Pertuiset; cuando el jefe Caupolicán iba a ser empalado, al observar que su verdugo era un negro, le dio una patada y le gritó:

No hay una espada y otra mano más digna para matar un hombre de mi rango? Esto no es justicia, sino una baja venganza.⁶³.

Posteriormente a la destrucción de la ciudad de Osorno⁶⁴, surgió una leyenda, de la que se hacen eco nuestros expedicionarios, que la conocie-

recogidos hasta la llegada a México, atribuida por D. Higueras a Arcadio de Pineda, y en la que se incluyen papeles de Montevideo, Buenos Aires, Patagonia, Chile, Coquimbo, Perú, etc., men de bibliografía manejada por la expedición, es interesante mencionar la lista de obras sobre América proporcionada por Rafael de Górdoba a Malaspina. En el Ms. 427 f. 2-3 del que le permita estudiar papeles de América. La contestación está en el Ms. 122 f. 72-72 vto. del mismo Archivo.

^{58.} El abate Rafael de Córdoba recomendaba a Malaspina la lectura —en lo referente a Chile—de la *Historia* de Molina, la del jesuita Ovalle, manuscritos de misioneros y el libro de Pedro de Oña *Arauco domado*, en el que, según el abate, sec da una bellísima idea de aquella Nación, y de las propiedades del terreno. Cf. Ms. 122 f. 72 vio. del M.N.

^{59.} Los araucanos, quizás debido a sus enfrentamientos con los españoles y a sus aptitudes guerreras, han sido ampliamente estudiados en todas las épocas. Podemos encontrar gran información sobre ellos en libros como el de Toribio Medina, J., Los aborigenes de Chile (págs. 39 contiene dos artículos de Latchan sobre los caracteres físicos y la etnología de este pueblo, respectivamente.

^{60.} Cf. el artículo de Vicente Mariqueo (-El pueblo mapuche, en *Indianidad y descolo- nización en América Latina*); se aborda aquí toda su historia, desde el encuentro con Pedro de
Valdivia en 1540 hasta sus relaciones con Allende y la dictadura militar, pasando por momencanía en 1898.

^{61.} Por esta razón existen muchos trabajos de antropologia física sobre los mapuches. Podemos encontrar varios en el Roletin de la Sociedad de Biologia de Concepción (Chile): en el tomo X, nº 1, de 1936, hay un estudio sobre la dentadura de este pueblo, escrito por Muñoz Ribeck, refutando las tesis de Molina (1776) y Gómez de Vidaurre (1889) sobre los supuestos buenos dientes de estos indigenas; en los tomos XV y XVI (1941 y 1942 respectivamente) hay dos artículos de Henckel, K.O., sobre el integumento de estos indios el primero y sobre los ojos el segundo (estudio de cuatro globos oculares de unos araucanos que murieron en accidente en 1941). Véase también: Henckel, Carlos, Antropologia física de los mapuches», Revista liniversitaria, Universidad Católica de Chile, año XIIII, 1958.

^{62.} Véase Viana, Francisco Javier, Diario del viaje explorador..., págs. 80-81.

^{63.} Cf. Pertuiset, E., L'Araucanie et les araucans, pag. 13.

^{64.} Osorno fue fundada en marzo de 1558 por García Hurtado de Mendoza, que le puso este nombre en recuerdo de su abuelo, que llevaba en España el título de Conde de Osorno, pueblo situado al norte de Palencia. Para más información, consúltese Doussinague, José M'. Genealogía de la ciudad de Osorno.

ron por el capitán de Infantería graduado Ignacio Pimier⁶⁵: los españoles que habitaban esa ciudad —se decía—se habían refugiado en una isla o península tras la invasión de los araucanos, y allí habían fundado una ciudad amurallada (situada aproximadamente por las orillas del rio Bueno), que se mantenía muy poblada. Este hecho fue desmentido en Londres por Tomás Falkner⁶⁶. Antonio Tova, oficial de la «Atrevida», nos da su visión de esta polémica, diciendo que el etnólogo inglés...

-Funda el principal de sus argumentos en la imposibilidad de ocultarse a los españoles tan largo tiempo esta noticia, cuando transitan frecuentemente por aquellos paises, sin atender a que jamás se ha verificado por nuestra parte semejantes viajes, a los cuales constantemente se oponen las naciones bárbaras que los habitan, como prueban las mismas relaciones de Primier, prueba también la falsedad de las teorías de Faljaner, la dificultad de residir su hombre tan largo tiempo en parajes vedados a los europeos, ni menos escribir tan prolijo y largo diario, careciendo de todos los auxilios-67.

La Corona hispana no tomó partido a priori en esta discusión; de hecho, el virrey del Perú Gil y Lemus dispuso con todo cuidado una expedición para que explorase toda aquella zona y descubriese si existía o no la suso-

Sólo en 1792 se pusieron las bases definitivas para acabar con los conflictos entre españoles y araucanos, permitiéndose que éstos ocuparan la mayor parte del territorio⁶⁸. Algunos autores, como Navarro García dulcifican no obstante los enfrentamientos, llegando a hablar de relativa «armonía» entre conquistadores e indígenas en el s. XVIII60. Lo cierto es que a final de siglo se empezó a repoblar el territorio y a reconstruir las ciudades destruidas --entre ellas, la de Osorno, que fue restaurada siendo capitán general Ambrosio Higgins 70-,

La gran curiosidad intelectual de los expedicionarios se vuelve a poner de manifiesto en el cuidadoso estudio del descubrimiento y conquista de Chiloé. Así, examína Viana las hazañas de D. García de Mendoza, -haciendo

experimentar el furor de las armas españolas a los Cunchison; guiado después por estos indios, nos sigue diciendo Viana, llegó el conquistador a «el grande Archipielago de Ananobos o Chiloés⁷². Ya en 1566, siendo goberna dor de Chiloé Rodrigo de Quiroga, fue enviado Martín Ruiz de Gamboa a tomar posesión completa del archipiélago, lo que logró sin apenas oposición de sus habitantes. Recopilaron también información sobre el pasado de lugares concretos de Chiloé, como el puerto de S. Carlos, población fortificada, sede del gobierno desde que exploró aquellos lugares Manuel de Orejuela, en 1759; o como Castro y Carelmapu, ciudades de las que se estudia su fundación y poblamiento, y las diversas incidencias que sufrieron, como ataques, saqueos de los piratas, etc.

En definitiva, después de un detallado estudio de los escritos de la expedición podemos afirmar que el viaje del comandante Malaspina se caracterizó por su cuidadosa, incluso minuciosa, preparación previa, y por el gran número de fuentes de información que manejaron sus integrantes, todo lo cual hace de este viaje el más completo, el más científico -el más «ilustrado», podríamos decir- de todo el siglo XVIII español.

3. Chiloé: flora v fauna

Chiloé es un archipiélago de Chile formado por una isla grande, de este nombre, otras cuarenta más pequeñas y un gran número de islotes. La isla principal está situada, según los expedicionarios, entre los 41° y los 43° 47° de latitud sur, midiendo de largo cuarenta leguas escasas y siendo su mayor anchura (de este a oeste) de 13 leguas. Limita por el norte con la costa de Carelmapu, por el oriente con las islas del territorio de Cabulco y la costa de los Andes, por el sur con el archipiólago de Guaitecas o Chonos, y por el occidente con el océano Pacífico. Hay en el archipiélago cinco pueblos importantes; Carelmapu, Calbuco, Castro, Chacao y San Carlos, éstos tres últimos en la isla de Chiloé.

Carelmapu estaba situado en una península al norte del canal de Chacao; fue el primer puerto que poblaron los españoles que pasaron a Chiloé y, según los expedicionarios, estaba formado por unos pocos ranchos, consecuencia directa de los saqueos cometidos en 1643 por el pirata holandés Breaut. San Miguel de Calbuco se encontraba en el N.E., en una isla cerca de tierra firme; tenía un poblado de indios que procedían de Osorno, y contaba con un fuerte construido por indígenas y españoles; pertenecían a la jurísdicción de esta isla 12 islas pobladas y 13 despobladas. Castro, al este de la isla de Chiloé, estaba formado por casas de maderas irregularmente esparcidas; contaba con una iglesia parroquial, tres conventos, cabildo secular, corregidor, dos alcaldes ordinarios y cuatro regidores escribanos. Chacao se encontraba en la costa norte de la isla mayor del archipiélago; estaba

^{65.} Puede verse en el Ms. 122 del M. N., f. 86-99, una copia de la relación jurada que da Ignacio de Pimier al presidente de Chile, Agustin de Jáuregui, sobre una ciudad de españoles situada entre los indios, que está fechada en Valdivia el 2 de febrero de 1744. Existe otra copia en el mismo manuscrito, pero en f. 100-108.

^{66.} Falkner obtuvo una gran información etnológica acerca de las tribus indígenas que habitaban en la Patagonia. 67. Cf. San Feliù Ortiz, 62 meses a bordo..., pág. 68.

^{68.} En el siglo XVIII se calculó en 150.000 el número de araucanos chilenos, cifra que fue disminuyendo a causa de las guerras hasta finales del siglo XIX, en el que apenas llegaban

Cf. Navarro García, I., Hispanoamérica en el siglo XVIII, págs. 230-231.

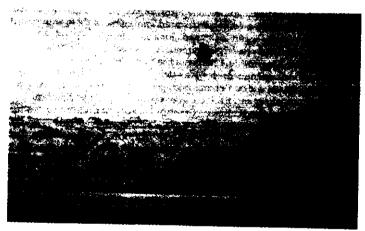
En el Ms. 309 del M.N. f. 137-207, hay una copia del expediente sobre el descubrimiento y repoblación de Osorno (fundada como hemos dicho en 1558, y restaurada en 1792)

⁷¹ Tribus araucanas antiguas.

Cf. Viana, Francisco J., Diario del viaje. ., pág. 71.

formado por un pequeño castillo y unas cuarenta casas diseminadas que ocupaban gran extensión del terreno⁷³; en él vivían 101 familias, cuyos componentes varones —como los de Chacao— estaban alistados, constituyendo una compañía con capitán, teniente y varios subalternos. San Carlos, situado también en Chiloé, fue fundado en 1768 en el puerto de Lacui; estaba integrado por un fuerte —residencia del jefe principal de la isla— y por unas doscientas casas de madera parecidas a las de Castro, con cercas de estacas, algunos huertos y una distribución irregular: varias junto al embarcadero, otras sobre dos lomas, etc.; este pueblo tenía atribuciones sobre dos islas pobladas, tres sin gentes y 18 capillas de indios —una de las cuales era la de Caulin, a 15 millas de San Carlos, compuesta de cuatro casas en las que residían el Cacique y los indios principales—⁷⁴.

El clima en Chiloé es húmedo, pero sano; en el invierno, que dura desde principios de marzo hasta finales de octubre, los ríos son transitables, los vientos soplan del norte y noroeste, siempre acompañados de lluvias, granizo—sobre todo en Carelmapu— y nieve, elemento este último que aparece a veces en Castro⁻⁵, pero que es constante en la cordillera de los Andes y en los volcanes cercanos a la costa. En el verano, que es corto, los vientos pre-



Vista de la plaza de San Francisco de Chiloé. Borrador a lápiz atribuido a Felipe Bauzá. Ms. 1723 del M.N.

dominantes son los de sur sur-este, y la temperatura es más bien fría: según Viana, durante su estancia en la isla de Chiloé, en la época de estío, el termómetro no subió de los 62° F⁷⁶.

El relieve de la gran isla del archipiélago es alto desde el lago de Cucao —a 15 Km, al S.O. de Castro— hasta 7 ó 8 leguas al Norte, y de mediana elevación en el resto. Las costas orientales y septentrionales son bastante accesibles, mientras que el resto son peligrosas por el oleaje, sobre todo en la parte occidental, que recibe el nombre de costa brava.

Los expedicionarios, y en particular Antonio Pineda, en su afán por observarlo todo, estudiaron la silueta de las costas del archipiélago de Chiloé y la del continente próximo, estableciendo la siguiente hipótesis:

(...) En la Tierra firme la Costa presenta la misma conformazión. Todas las circunstancias locales persuaden que Chiloé y la Tierra firme, formavan un solo continente: ambas Costas están como cortadas con Guchillo. La separación nó ha sido en epoca muy apartada: si los sucesos pasados se huviesen conservado entre los Indios en archivos ó Historia, se vería, que con pocos siglos de anterioridad al descubrim¹⁰ de la America sucedió esta catástrophe. El terreno declara lo que oculta la ignorancia de los hombres, lo que borra la frondosa vegetación, que cubre las ruinas q^o quedarian. T.

Podemos considerar estas afirmaciones como precursoras en cierto modo de la teoría de la deriva continental, emitida 120 años más tarde por el geofísico alemán Alfred Wegener⁷⁸.

Los naturalistas también dedicaron parte de su tiempo al estudio de las rocas y minerales. Vieron en las costas del puerto bancos de arenisca gredosa fina con partículas de hierro que, debido a las olas, estaban redondeados; en la playa baja observaron arena cuarzosa que tenía por encima guijarros rodados, granitos, areniscas blancas, verdes y negras, pórfidos rojos con micas, además de pudingas en proceso de formación. También en muchas partes de la costa encontraron ámbar, calamina, tierras cargadas de alumbre y una especie de arcilla negra que se empleaba para teñir. Estudiaron del mismo modo salinas en las lagunas intermedias y orientales de la cordillera; no las encontraron sin embargo en las inmediaciones de Chiloé (de hecho la sal que se usaba aquí venía de Lima). Esta es la idea que sacaron de la petrografía del terreno:

^{73.} Cf. Ms. 122 f. 141-141 vto., y también Ms. 590 f. 45 vto., del M. N.

^{74.} Hay un libro muy completo de Philippe Grenier sobre Chiloé, en el que estudia el archipiélago y sus habitantes desde todos los puntos de vista, tanto climático, como zoológico, etc.: Chiloé et les chilotes: marginalité et dépendance...

^{75.} Cf. Ms. 1040 de la B. M. S., f. 71 vto.

Equivale a 16,7° C.

^{77.} Cf. Ms. 590 del M. N., f. 45. atribuido por D. Higueras al naturalista Antonio Pineda.

^{78.} Wegener estableció una teoria a principios del siglo XX según la cual los continentes que estaban inicialmente unidos, formando uno solo, se fragmentaron debido al movimiento de rotación de la tierra. Este científico alemán puede ser considerado el precursor de la actualmente aceptada teoria de la tectónica de placas.

^{79.} Hay una gran descripción petrográfica de Chiloé en el Ms. 590, f. 43 y ss. del M. N.

-La Inspección de este terreno dá excelentes lecciones de Lithologia á un observador: Aqui reune la naturaleza en un mismo tiempo lo q^e execute en una larga serie de âños ô en algunos siglos. Se vên los elementos de las Piedras su primer embrion, suformación, su estado medio, su estado perfecto.⁵⁰.

El interior de la isla de Chiloé estaba ocupado por un gran bosque, tan tupido y extenso que los árboles de su interior estaban podridos, debido al exceso de humedad y a la carencia de rayos de sol. Al mismo tiempo esto hacía impracticable las comunicaciones de los pueblos de la isla o, en el mejor de los casos, convertía en penosísima dicha comunicación: los caminos entre San Carlos, Chacao y Castro habían precisado un desmonte, una hilera continua de tablas, y un reforzamiento de éstas mediante estacas para contener el avance de la maleza. Por todo ello, sólo las orillas eran habitables, descartando la parte oeste, que era la de la mar brava, caracterizada por sus continuos vientos.

Nos cuenta el naturalista Antonio Pineda que, debido precisamente al exceso de vegetación de la isla, el suelo estaba cubierto de una espesa capa de tierra vegetal (*Humus dedalea* de Linneo). Esta observación nos vuelve a poner de manifiesto el profundo conocimiento que tenia la expedición de la obra y de las aportaciones científicas de los grandes hombres de su época, en este caso del gran naturalista sueco que revolucionó la ciencia.

Los naturalistas de la expedición que fueron a Chiloé —en concreto Pineda y Née— estudiaron los árboles y plantas que encontraron a su paso, designándolas unas veces con el nombre vulgar y otras con el apelativo que le daban los chilotas: así, nos hablan del «luma»⁸¹, empleado en ejes para coches, que produce una frutilla morada llamada «chau-chau»; del «pelú», parecido al que se da en Brasil, aunque el de la isla es más pequeño; del ciprés, igual de recto que el de Europa, aunque en su color y olor se parece más al pino de Flandes; del avellano⁹², cuya fruta es distinta que en Europa; del ciruelo y del «prabal» —parecido al cedro en color y fibra pero de mayor porte—, del «meli» y del arrayán⁸³, del laurel, el olmo y el roble —éste de menor consistencia que el de Europa—; y del «alerce³⁴⁴, que en el color se parece al cedro y en el aspecto al pino, árbol que crece en la falda de los Andes, lugar desde donde es transportado (30 ó 40 leguas) a Chiloé. Pero el árbol frutal que más abunda en la isla, lo mismo que en Chile, es el manza-

no, con frutos poco desarrollados y de carne rígida, debido a la falta de cui dados.

Puede apreciarse que el método que utilizaban nuestros viajeros — al igual que otros expedicionarios del s. XVIII, y de siglos atrás— para el estudio de los distintos seres vivos, era el de comparaciones con lo ya conocido. En efecto, en épocas en las que había una gran dispersión de los conocimientos, era totalmente necesaria la existencia de unos modelos para la descripción de los organismos, como señala Alejandro García, con estas esclarecedoras palabras:

-Vencida una primera reacción de asombro, el europeo que se situa ante América con la finalidad de dominarla conocióndola, busca obsesivamente un punto de referencia conocido con el que establecer comparaciones (...)

Decir de una especie nueva (generalmente animal o vegetal) que es como en Europa o como en España o como entre nosotros quiere decir recibirla en el mismo horizonte mental, reconocerla aquella normalidad o tradicionalidad que tienen las especies de nuestro clima.⁸⁵.

También nos describen otras plantas de las zonas y la utilización que de ellas hacían los habitantes; nos hablan del «relboum», especie de «Rubia»⁴⁶ que, disuelta en agua con alumbre, empleaban los nativos para teñir de rojo; el «numino», parecido a la fresa⁴⁷, el «mechas» —que, con igual prepara ción que la primera da color amarillo—; el «zíaca», con cuyas hojas macha cadas se forma estopa para calafatear piraguas; el «nocha», con cuyos tallos retorcidos hacían cuerdas; el «rhablal», cuya corteza cocida es purgante, lo mismo que el «pallu-pallu»; el «palqui», que sirve como astringente, el «fringin» que se emplea para las úlceras, la «yerba del guano» con hojas supurantes, la «yerba Alguen daguen» —empleada para provocar la menstruación⁸⁸—, y la impropiamente llamada «ortiga real», cuyas flores en infusión son sudoríferas. También nos enumeran una serie de árboles, de los que se extrae madera, como por ejemplo el «raulin», el «quillay»⁵⁰, el «espino», el «canelo», etc.

^{80.} Cf. Ms. 590 del M. N., f. 43 vto.

^{81.} Corresponde al *Myrtus luma*, propio de Chile, que es un árbol de buena talla y madera muy dura.

^{82.} Hay un avellano propio de Chile, que es de la familia Proteáceas y es el Guerina avelana, que produce frutos de tipo muez, cuyas semillas constituyen un preciado alimento para los indigenas.

^{85.} También se llama mirto, que es el nombre vulgar que designa varias especies del género Myrtus.

^{8).} Con el nombre de Alerce se conocen varias especies del género Larix de las coniferas. La enumeración y descripción de estos árboles está en el Ms. 1040 de la B.M.S., f. 71 vto.-72.

^{85.} Garcia, Aleiandro, Civilización y salvajismo..., págs, 47-48.

^{86.} Puede referirse al *Relbunium hypocarpium* de la familia de las Rubiáceas, de cuyas raices se obtiene una tintura roja.

^{87.} Hay una fresa propia de Chile: la Fragaria chilensis.

^{88.} Lo que los expedicionarios flaman «palqui» puede ser el Cestrum parchi, arbusto americano de la familia de las Solanaceas. El Guano es una plama de la America meridional algo parecida a la palma roja que se emplea para hacer cabañas. Podemos ver la descripción de todas estas plantas en el Ms. 590 f. 40 vto. 47.

^{89.} Corresponde a la Quillaya saponaria de la familia de las Rosáceas. Es un árbol chile no de hojas persistentes y flores blanquecinas que vive desde el litoral hasta los dos mil metros de altura: su corteza es el llamado palo jabón, rico en saponina, que se usa para lavar telas finas.

Se ocupan también los naturalistas del estudio de la fauna del lugar. Para describirla utilizaron en unos casos el mismo método comparativo que emplearon con las flores, y en otros aplicaron el nombre científico dado por Linneo.

Las conchas de la isla de Chiloé —nos dice Pineda— son especies de lapas de «Bucardium», de «Burgas de Pinnas de mar», de «Peines de Peregrino», de mejillones, de «Bellotas de mar» y otros mariscos que constituyen el alimento de los chilotas, principalmente en la parte este de la isla⁵⁰. Con respecto a los peces, encontraron en la isla y en sus alrededores sardinas, corvinas —que algunos indígenas iban a pescar al archipiélago de Chonos—bacalaos, robalos —que cogían al pie de la cordillera de los Andes—, «lisas-grandes (o *Mugil* de Linneo —de 25 pulgadas—) y pequeñas, un pez no muy grande, negro y blanco, del género *Calionimus* de Linneo, y el pez eléctrico o «Gimnosus».

Entre los mamíferos pudieron observar ballenas, lobos marinos, nutrías parecidas a las de Canadá, venados parecidos —siempre según nuestros hombres— al «Chèvrotin de los Alpes de Mr. Buffon ô Capreolus de Linneo-y el zorrillo que despide olor fétido; en cambio el ganado era escaso debido a los poco abundantes pastos, de modo que solo existía el lanar y el porcino.

De las aves sólo enumeraremos algunas de las que aparecen en los manuscritos⁹¹: el «Erynocephalus», de cuerpo negro y cresta roja; el «Alción mexicano», de vientre bermejo; la «Procelaria», parecida al petrel, pero con cuatro dedos; la gaviota o *larus ridibundus* de Linneo, varias especies de chorlitos, el «tantalo cucllirubio» que llaman «bandurria», el *Psitacus militaris* de Linneo, que es un tipo de papagayo que destruye los sembrados, la «Cerima», de pico igual que los picaflores, llamada «Pil-mil» en la lengua huilliche; la *Ardea nicticorax* de Linneo, y algunas golondrinas que los indígenas llamaban «Pil-macken».

4. Los chilotas

a) Panorámica general

El número de habitantes de la isla ascendía a 27.000 personas, de las cuales 15.300 eran españoles o «conquistadores» y 11.700 indígenas. Los primeros —incluidos los nuevos colonos en este grupo— tenían concedidos fueros, mientras que los segundos carecían de privilegios.

Estas diferencias entre los habitantes no eran vistas con buenos ojos por los componentes de la expedición, los cuales llegaban a pedir directamente la retirada de las prebendas de las que disfrutaban algunos:

(...)-los indios de la isla son los unicos que se ocupan en los ramos de industria y particularmente en los cortes de madera, siendo así que mas de la mitad de la población se compone de criollos, los cuales subsisten en mucha parte de los sacrificios del erario. Lo particular es que estos mismos criollos despues de cesadas las encomiendas⁹² y viendose descalzos, conservan al mismo tiempo tanto apego à la nobleza de sus antepasados y tal costumbre de no ajarla con ocupaciones serviles y comunes al indio, que les fuera harto doloroso verse abandonados del padre cariñoso que à pesar de su conducta è inutilidad los hà alimentado y alimenta con perjuicios visibles de su parte; pero para tales hombres quedaba el recurso de la emigración al Peru, ò del servicio de armas en Chile sino prefiriesen a su vida inactiva el trabajo saludable de la agricultura y el de los cortes periodicos del alerce en la cordillera.⁹⁰.

Los isleños habitaban en pequeñas casas distribuidas de manera irregular, debido a que cada vecino, al talar parte del bosque para la construcción de su morada, lo hizo sin ningún tipo de ordenamiento, y dejando una gran extensión de terreno para el cultivo (de patatas sobre todo). Entre las viviendas no había ni pascos ni edificios públicos, todo lo cual —junto con la ya mencionada característica de la dispersión— hacía muy difícil la cuantificación exacta del número de viviendas.

Como los chilotas eran buenos carpinteros, ellos mismos se construían su hogar: clavaban en el suelo listones perpendiculares a 3 varas de distancia, haciéndoles a todos ellos un canalito de algunas pulgadas de profundidad que servía de cimiento a los muros; éstos eran el resultado de tablas superpuestas a modo de tejas, lo cual impedía la penetración del viento y del agua; por último, el techo podía ser de dos tipos, o bien como las paredes, o bien cubierto de hierba. Para toda la construcción utilizaban clavos, también de madera, ya que no usaban para nada el metal. El resultado de todo ello eran casas bastante sólidas y muy atractivas a primera vista.

La distribución interior de las viviendas era igual en Castro y en San Carlos de Chiloé. Esta es la descripción que nos proporcionan los expedicionarios:

«Las habitaciones son generalmente de madera, cubiertas con adobes ó terron y regularmente constan de dos piezas, y en la principal donde se hallan juntos y casi mezclados, hogar, estrado y des-

^{90.} La descripción de la fauna de Chiloé y alrededores puede encontrarse en los Ms. 590 f. 46–46 vto., o en el Ms. 122 f. 125-126 vto., ambos del M. N.

^{91.} Podemos encontrar una descripción de las aves de San Carlos de Chiloé por Antonio Pineda en el M. C. N., -Pineda-, legajo 1, carpeta 9, de 1790.

^{92.} Para estudiar el desarrollo de esta institución, sobre todo a lo largo del siglo XVI, consúltese el libro de Lesley Bird Simpson, Los conquistadores y el indio americano. En los tiempos de nuestra expedición, la encomienda estaba en desuso, a pesar de que se mantenía en algunos lugares como en Chile, Paraguay, Río de la Plata, etc. En términos generales puede afirmarse que el número de indios que dependían de un encomendador era inferior al de indios libres.

^{93.} Cf. Ms. 122 f. 151 del M. N.

pensa, apenas se ven otros muebles que una derrotada mesa, varios mal formados banquillos ó sillones de baqueta, alguna denegrida estampa, y una tarima que sirve igualmente de estrado que de dormitorios⁹⁴.

MARISA GONZALEZ MONTERO DE ESPINOSA

La decoración del hogar se limitaba, salvo en el caso de los ricos, que tenían muebles y braseros de plata, a una tarima y ponchos que hacían funciones de alfombras.

Los habitantes de Chiloé eran fuertes —podían aguantar muchos días en el interior del bosque sin apenas alimento—, de complexión robusta, bien proporcionados, de mediana estatura —inferior a la de los chilenos—, de color más blanco que en otras partes de América y por lo general longevos (existía en Carelmapu un anciano que contaba con 106 años). Las mujeres presentaban una armonía en las facciones y una gracia natural que les hacía semejantes, en el sentir de los expedicionarios, a «nuestras aldeanas septentrionales». Estas y otras características hacían que nuestros navegantes formaran un excelente opinión acerca de ellas. Veamos sus palabras:

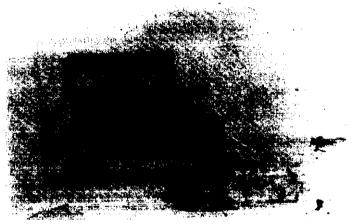
«Como estas mugeres laboriosas y robustas, dice Dⁿ Antonio Pineda, tienen una presencia hermosa, tez generalmente bastante blanca, buenos cabellos, y buena conformación en las piernas q siempre llevan muy limpias y se veian en quebradas y arroyos, yà lavando sus ropas, yà sus pies de lodos, yà enjavonandose los cabellos, yà cargada de su cantaros, Chilos parecia à muchos de nuestros compañeros la misma Arcadia que los poetas pintan, donde discurrian mugeres de buena presencia y de la sencillez y simplicidad de vestir de los antiguos tiempos en que las princesas lavaban en los rios»⁶⁶.

Los chilotas tenían un carácter tímido y pacífico, como se ponía de manifiesto —siempre según nuestros viajeros— al estudiar la historia de este pueblo: en efecto, los habitantes de este pueblo, de este archipiélago, nunca tuvieron rencillas con las naciones vecinas, a pesar de que éstas sí que eran indómitas y guerreras. Los isleños, nos dicen, eran más bien tirando a indolentes, pusilánimes, conformistas, pasivos, apáticos..., hasta el punto de que no sólo no se preocupaban en lo más mínimo de suavizar sus duras condiciones de trabajo y subsistencia, sino que miraban con malos ojos toda iniciativa individual encaminada a mejorar aquéllas. Los habitantes de Chiloé estaban muy desunidos entre sí, y existían continuas desavenencias entre ellos, aun cuando les uniera algún lazo de parentesco o amistad.

Aunque entre ellos se comportaban a veces de modo rencoroso, se mos-

traban humildes y sumisos ante los españoles, los cuales, muchas veces, en su condición de colonizadores, les trataban con la mayor tiranía. Ese com portamiento era indudablemente fruto del miedo, como ponen de relieve los expedicionarios, que se refieren en algunas ocasiones al modo con que los «conquistadores» forzaban a los indígenas a trabajar a su servicio:

-Es tanto lo que el que manda, y los que comisionan, aunque sea un misero soldado abusan a él sagrado Nombre del Rey que con el (que cosa tan distante de ser benignisimo R¹ animo) obligan sus personas y utiles a toda suerte de trabajos sin recompensa alguna, y si rara vez se les suministra, no equibale con mucho al sudor que derraman.⁹⁷.



Dibujo de una casa de Chiloé. Hecho a lápiz y aguada gris. Atribuido a Felipe Bauzá. Borradores C-12 del M.N.

Como vemos, una idea que continuamente están poniendo de relieve los micmbros de la expedición es la *opresión* del indio frente a los españoles; los primeros, dicen, se ven obligados a realizar cualquier tipo de trabajo mientras que los segundos, amparándose en una falsa vanidad, se niegan a realizar cualquier tipo de trabajo manual: estas «ventajas» de unos a costa de los otros, continúan diciendo, son injustificables, y tendrían que acabarse, los mismos que se terminaron las encomiendas, para conseguir de este modo la liberación de los oprimidos:

^{94.} Véase Viana, Francisco Javier, Diario del viaje... página 73.

^{95.} Cf. Ms. 1040 de la B. M. S., f. 70.

Cf. Ms. 122 f. 142-142 vto. del M.N.

^{97.} Cf. Ms. 309 f. 4 vto. del M.N.

«De algunos años à esta parte se emanciparon los indios de la esclavitud de las encomiendas en que trabajaban para los criollos sin utilidades propias: desde entonces se revivió en estos la laboriosidad y la industria à que no tenian costumbre, y yà todos se sirven à si mismos y todos por necesidad trabajan-98.

Abundando en lo expuesto líneas atrás sobre las características de estos indígenas, habría que insistir en que, según los expedicionarios, uno de los rasgos más sobresalientes de aquéllos era la pereza de la que daban continua muestra: en efecto, debido a ella, los hombres cultivaban poco los campos y éstos en consecuencia apenas producían casi nada. En realidad, la supervivencia de los isleños hubiera sido muy problemática de no haber existido una gran abundancia de mariscos en la playa, factor por cierto que explica el hecho ya mencionado de que tuvieran su asentamiento cerca del mar.

b) Tareas productivas y manufacturas

A pesar del aludido rasgo de la pereza, los hombres de Chiloé tenían encomendadas una serie de faenas, como los cortes de madera, la agricultura y la pesca, el cuidado del ganado y el servicio militar.

Debido a que gran parte de la zona estaba ocupada por espesísimos bosques, una de las labores más importantes de los habitantes era la relacionada con la madera, base del comercio interior y exterior. Al existir en el archipiélago e inmediaciones numerosas especies de árboles, escogían la más apropiada para cada función: así, el «Luma», por ser más duro, se utilizaba para las piezas de mayor consistencia; el ciprés, para arboladuras y para hacer esculturas; el avellano, para la construcción de máquinas hidráulicas, por su resistencia a la acción del agua salada; el ciruelo, para fabricar remos (debido a su gran elasticidad); el laurel, olmo y roble, para ligazones, etc. Pero el más abundante y rentable era el alerce: de cada uno podían sacarse entre 200 (mínimo) y 800 (máximo) tablas de tres varas de largo por un palmo de ancho y una pulgada de grueso, lo cual suponía que se podían extraer unas doscientas mil tablas cada año; además de la madera, de su corteza sacaban una estopa suave que servía para calafatear las embarcaciones. No obstante todo lo dicho, lo cierto es que toda esta materia prima extraída de los bosques se desperdiciaba en gran parte, debido a que no era adecuadamente tratada por los chilotas; así por ejemplo, la madera, recién cortada del árbol, se colocaba en los edificios, con lo que muy pronto terminaba secándose y resquebrajándose, hasta quedar inutilizada para la obra.

Otro de los trabajos que realizaban los habitantes del archipiélago era la agricultura que, como adelantábamos antes, producía pocos beneficios, debido a dos razones fundamentales: en primer lugar, la tierra era mal cultivada, y en segundo término, el clima tampoco favorecía nada, dado el altisimo grado de humedad reinante en todo tiempo⁹⁹. Se recogía trigo, cebada, habas, fríjoles, maiz y sobre todo patatas, y en lo concerniente a los frutos. principalmente fresas, membrillos, ciruelas y manzanas, muy ásperas por falta de injertos.

Los instrumentos que utilizaban para labrar la tierra son descritos de la siguiente manera por el oficial Tova y Arredondo:

> «Todos los instrumentos de labranza están reducidos a un madera dispuesto con la figura de nuestros picos, a que llaman atalo, de que se sirven para cavar la tiera; dos palos puntiagudos, que empujan con el pecho, sin profundizar más de medio pic, hacen el oficio de arado (...).100.

Otra de las faenas a que se dedicaban los chilotas era la pesca, sobre todo de sardinas, jureles, bacalaos, mariscos, lisas, corvinas, etc., que les servían de alimento, y en algunos casos también para el comercio. La manera de pescar —siguiendo el relato de los miembros de la expedición¹⁰¹ consistía en formar cerca del mar una especie de «corrales», a base de estacas en las que se colocaban algunos moluscos; en el momento de la pleamar acudían gran número de peces en busca del cebo, y en la bajamar quedaban presos, siendo capturados entonces por los pescadores. Otras veces los habitantes del archipiélago utilizaban en lugar de esos entramados de palos, unos cueros inflados por el viento, pero los viaieros no tuvieron oportunidad de ver cómo funcionaba este método. Además de estos peces pequeños que llegaban a la playa, algunas veces podían encontrar en ella alguna que otra ballena, de las que aprovechaban las barbas, el esperma y el aceite.

Los isleños fabricaban sus canoas y piraguas disponiendo tablas con agujeros que cosían unas con otras; esta última operación se realizaba con cuerdas resistentes hechas de una planta llamada «nocha» o de una especie de «bejuco» al que denominaban «boguí» —que se criaba en las grietas de la corteza del alerce, siendo más larga que el propio árbol102—; como en cualquiera de los dos casos, los cordeles encogían, las tablas terminaban apretándose, haciendo así imposible el paso del agua. Para calafatear las balsas empleaban una planta a la que llamaban «ziaca»: machacada, producía una resina que hacía la función de brea.

Las mujeres chilotas —como hemos dicho, más laboriosas y activas que los hombres— se dedicaban a cuidar a los hijos, traer agua y leña, preparar los alimentos, fabricar vestidos, ponchos, mantas, bayetas, etc., y en general

^{98.} Véase Ms. 122 f. 142 vto. del M.N.

^{99.} Cf. Ms. 590 f. 48 vto. del M.N.

Cf. San Feliú Ortiz, L., 62 meses a bordo, página 71.

Véase Ms. 122 f. 145 vto.-146 del M.N.

^{102.} Los chilotas machacaban esta planta y extraían de ella hebras parecidas a la pita, que utilizaban para las embarcaciones, y también para todo tipo de trabajos de cordelería.

puede decirse que se ocupaban de un gran número de tareas de todo tipo, tanto delicadas como pesadas. La elaboración de los tejidos comprendía una serie de fases: esquilar la lana, tejer los hilos —para lo cual utilizaban como telares los propios dedos, y la ayuda de unos pequeños palitos¹⁰³—, teñir las telas y transformarlas en ponchos, bayetas o colchas que llamaban estantas (que eran utilizadas por todo Perú y Chile). En la confección de tejidos se empleaban muchos meses, aunque en realidad era un trabajo que con buena organización podía realizarse en una semana.

MARISA GONZALEZ MONTERO DE ESPINOSA

Juan Isidro Zapata¹⁰¹ informó a los miembros de la expedición sobre los métodos que empleaban los habitantes de Chiloé para la tinción de los tejidos 105. Para teñir de amarillo rascaban la corteza de un arbusto llamado «Mechai», la cual se cocía con la prenda tanto más tiempo cuanto más fuerte se deseara el color, y posteriormente se secaba al sol; para el rojo, primero se mojaba la tela en agua y «porcura» 100, y después se echaba sobre ese tejido empapado una mezcla cocida a base de salvado y de una planta de tipo «rubia» macerada; para el azul, primero se ponía en remojo añil con agua durante seis u ocho horas, y esta mezcla se ponía posteriormente en contacto con las prendas mojadas en porcura, a todo lo cual se añadían orines fermentados, teniéndose todo junto durante unos veinte o treinta días; para el verde, se hacía primero el tratamiento del azul, y luego el del amarillo; por último, para obtener el color negro, fabricaban los isleños una especie de barro que luego mezclaban con agua, y en este mejunje introducían el tejido. Todos estos procesos de tinción no pudieron ser presenciados por nuestros marinos, ya que las mujeres chilotas creían que si eran vistos por alguien, de un modo mágico se terminarían estropeando los tintes¹⁰⁷.

Los habitantes del archipiélago utilizaban los productos que obtenían de su trabajo tanto para su propio consumo como para el comercio, aunque éste muchas veces no resultaba rentable pues con frecuencia lo penoso de las comunicaciones tanto por mar como por tierra (inclemencias del tiempo, caminos tortuosos, etc., etc.) hacía que los productos, sobre todo los más perecederos, llegaran a su destino en muy malas condiciones. Las pocas ganancias que obtenían los indios de Chiloé en sus operaciones mercantiles apenas les llegaban para satisfacer el tributo que pagaban obligatoriamente

(todos los indígenas de entre 18 y 50 años). Dicho tributo consistía en 5 pesos que abonaban en dinero o en género diverso: tablas, jamones, ponchos, etc. Esta contribución se hacía efectiva en dos semestres, evitándose cobrar en el invierno, ya que era ésta una época en la que se producía una considerable pérdida de piraguas, y por tanto se perdían también grandes cantidades de productos, debido a las adversas condiciones climatológicas. Como es sabido los españoles estaban exentos de esta obligación, aunque, eso sí, no escapaban del deber de dedicarse al servicio de las armas sin ninguna gratificación como contrapantida.

Este pago del tributo al que se veían compelidos todos los indios habitantes de Chiloé fue reiteradamente criticado por los miembros de la expedición:

-Son buenos testigos los oficiales de las corbetas que internaron en ella (la isla) del grave daño que produce al contribuyente el pequeño tributo que se le exige: las tablas hán de presentarse en un plazo determinado sean los que fueren los tiempos, las estaciones y los obreros: por falta de caminos y de cobradores el habitador de la parte meridional de la isla sacrifica à veces su salud y la labranza para conducir a las caxas R^S de Sⁿ Carlos el pequeño tributo de 5 pesos que por lo comun no producen al Rey sino otros tantos de gastos(...).

Más adelante, continúan diciendo, siempre dentro de esta misma línea crítica:

-A pesar de todo un quantioso numero de soldados y ministros de la justicia corren continuamente de un extremo à otro de la isla, no para cobrar periodicamente como debieran este tributo—, sino para oprimir à los que omisos ò imposibilitados no le hayan pagado.¹⁰⁸.

En definitiva, los expedicionarios se definen en el sentido de que hay «necesidad de abolir todas sus contribuciones y casi todos los Impuestos» con los que están sobrecargados los indígenas.

Por todo lo expuesto, puede deducirse que en general el tipo de vida de los aborígenes era sumamente mísero. Esta pobreza extrema se manifestaba por ejemplo en la imposibilidad de consumir carne durante todo el año prácticamente; ni qué decir tiene que carecían de dinero para atender cualquier emergencia. Todas estas condiciones —unas impuestas por los dominadores; otras, resultado del medio, o del escaso desarrollo tecnológico—fueron analizadas por los expedicionarios, siempre con un tono de simpatía

^{103.} La descripción de los telares que utilizaban las mujeres chilotas y del método que empleaban para teñir los tejidos, se encuentra en la contestación al cuestionario enviado a Castro (Ms. 122, f. 127-130 del M.N.).

^{104.} Juan Isidro Zapata formó parte de una expedición que desde San Carlos de Chiloé llegó hasta Carelmapu (duró desde el 12 de febrero de 1791 al 24 de abril del mismo año). En ella iba como comandante primero el capitán Antonio de la Mata. Walter Hanisch en *La isla de Chiloé*., reivindica el título de científico para Zapata: Por su manera de clasificar las plantas y por citar a Linneo, merece el Dr. Zapata que se le tome en cuenta entre nuestros científicos del siglo XVIII-.

^{105.} En el Ms. 337 del M.N. f. 51-52 están las noticias sobre los tintes de Chiloé dadas por Juan Isidro Zapata.

^{106.} Los chilotas llamaban -porcura- a una sustancia salina, blanca y ligera, que contenía gran cantidad de alumbre.

^{107.} Cf. Ms. 122 f. 143. del M.N.

^{108.} Véase Ms. 122 f. 147-147 vto. del M.N.

^{109.} Cf. Ms. 590 f. 61 vto. del M.N.

hacia el indio; una vez más, Tova y Arredondo nos habla de la opresión del indígena por los conquistadores:

> «Repetidas Reales Ordenes encargan muy particularmente el remedio de esta miseria y documento de estas gentes, pero, sin embargo, vemos que jamás se verifica otra cosa que su decadencia; acaso por la impericia o malversación de los encargados, y por lo cual se requiere, sin duda, en ésta más que en otra alguna posesión un delicado examen de los sujetos que en ella se empleen_{*}¹¹⁰.

c) Niveles de vida: alimentación, comercio, costumbres

La alimentación de los chilotas se basaba fundamentalmente en productos silvestres o procedentes de la agricultura, y sólo en contadas ocasiones probaban la carne; cada habitante de la isla tenía alrededor de su casa un terreno para el cultivo, principalmente de patatas, que constituían el sustento primario de los indios del archipiélago. Los españoles consumían, además de este tubérculo, trigo.

También los chilotas se alimentaban de otros vegetales, según nos cuentan nuestros hombres, como por ejemplo, una especie de fucus parecido al «sargazo» o «Fucus gigantens», descrito de este modo:

«sus tallos se asemejan à los correones de coche, su color exterior es negruzco y por dentro blanco y celuloso; lo usan asado al rescoldo y de otros modos, pero de todos parece insípido y es particularmente glutinoso-111

Respecto a los frutos, comían algunos silvestres del género «Arbutus»¹¹² y «Fragaria»¹¹³, además de «murtillas»¹¹⁴ y los frutos y flores del «quiscal», las cuales chupaban, denominándolas «chupones». A veces utilizaban otra especie de plantas como alimento, sobre todo en algunas épocas de hambre.

Cocinaban semillas y tubérculos para su consumo: tomaban las patatas después de asarlas en el hogar, con lo que resultaban por lo general bastante sabrosas; preparaban un pan de cebada tostada —al cual ellos llamaban «olpo»—, y otras veces agregaban a la harina de trigo molida y tostada una tercera parte de cebada también triturada y dorada, disolviendo toda esta mezcla en agua caliente, con lo cual conseguían en su opinión un excelente alimento.

Los miembros de la expedición se preocuparon señaladamente por este tema de la alimentación de los nativos, motivados quizás por el aparente mísero nivel de vida en que vivían, proporcionándonos las siguientes cifras¹¹⁵: el número de semillas comestibles recolectadas a lo largo del año ascendía a 103.315 fanegas, que repartidas entre 24.000 habitantes (27.000 del total menos 3.000 bebés), daban por habitante una media de 4 fanegas y cuarto o 51 celemines¹¹⁶ al año, o lo que es lo mismo, a 1 celemín por semana, cantidad que los expedicionarios consideraban escasa.

Como hemos dicho, los naturales de Chiloé vivían cerca de las orillas, debido a la impenetrabilidad de los bosques: ello propiciaba que utilizaran el pescado como alimento, sobre todo los de la parte oriental de la isla, los cuales aseguraban que era casi su única fuente de alimentación. Se nutrían de los peces más comunes de Chile, como la lisa, el jurel, sardinas, corvinas, robalos, bacalaos, etc., además de mejillones, lapas, cangrejos grandes,

Los chilotas eran también buenos bebedores¹¹⁷; se preparaban ellos mismos sus propios brebajes, utilizando para su fabricación la mayor parte de las cosechas. La bebida de mayor consumo era denominada «chicha», un licor elaborado a base de cebada, linaza, manzana y el fruto del «Luma» 118, que sustituía al aguardiente hispano cuando no podían disponer de éste último. Fabricaban esa bebida en una especie de fiesta, según nos señalan los expedicionarios:

> «Para formarlas se juntan en numerosas asambleas o hebiendas, donde mezclados los sexos, después de cometer las mayores torpezas, alternadas de ciertas canciones en su idioma Gueliche, a que llaman Pe-cu, lamentan ya con llantos, ya con furia, la época en que rindieron el cuello a ajena dominación (...).

Esas asambleas nocturnas, aunque prohibidas, eran frecuentes, y aún lo eran más las llamadas Ochuines para las que se reunían «prevenciones» 119 para 8 ó más días, con los consiguientes excesos de gula¹²⁰.

Una parte de las cosechas que se recogían y de los animales que se cria-

^{110.} Véase San Feliú Ortiz, 62 meses a bordo..., págs. 71-72.

^{111.} Cf. Ms. 122 f. 145-145 vto. del M.N.

^{112.} El Arbutus es un género de la familia Ericáceas, subfamilia Arbutoideas, cuyo fruto, granuloso y farináceo, se conoce por madroño.

^{113.} Se refiere a la fresa chilena (Fragaria chilensis), que penenece a las Fragarieas, subfamilia Rosoideas, familia Rosaceas.

^{114.} La murtilla es el fruto de un arbusto llamado Ugri molinae, que es del tamaño de una cereza, de color rojo y con una corona formada por cinco sépalos persistentes, y es muy

^{115.} Cf. Ms. 122 f. 139 vto. del M.N.

^{116.} Porción de semillas que caben en una medida que equivale a 4,625 ml.

^{117.} No olvidemos que los indios de Chiloé eran Huilliches, es decir Araucanos, y sobre todo después de la independencia de Chile--- sufrieron las consecuencias del comercio del aguardiente, lo cual hizo, según Latcham, que los altivos guerreros del pasado se transfor maran en horrachines vagabundos.

^{118.} Este fruto, que produce el «Luma», era llamado por los chilotas «Chauchau» o «Cau chaus, Cf. Ms. 1040 f. 70 de la B.M.S., o los Ms. 590 (f. 47) y 309 (f. 7 vto.) del M.N.

^{119.} En el Ms. 309 f. 7 vto. del M.N., se encuentra el dato de que estas asambleas eran denominadas -Cavines- por los habitantes de Chiloé. En el mismo manuscrito se específica que las previsiones que reunían consistian en: 1 vaca, 1 temero, 2 cerdos. 2 ó 3 carneros, 4 ó 6 gallinas, pollos, vasijas de -chicha-, trigo, papas y harinas.

^{120.} Cf. San Feliu Ortiz, 62 meses a bordo..., pág. 70.

ban en Chiloé iba destinada al consumo de sus moradores, pero otra parte se dedicaba al comercio exterior; éste se centraba sobre todo en ganado — sobresaliendo el lanar y el porcino—, productos de la pesca, materias textiles y maderas.

El número de animales que había en Chiloé era pequeño debido a la escasez de pastos; según una relación que se hizo con motivo de la visita del gobernador intendente Francisco Hurtado, había 3.780 vacas, 1.024 toros, 3.467 caballos, 3.525 yeguas, 936 potros, 5.054 puercos, 3.384 cerdas, 86.683 ovejas, 2.160 carneros, 17.307 cabras, 1.354 chivos, 20.740 gallinas, 1.200 pavos y 800 gansos¹². Abundaba, como puede apreciarse, el ganado lanar respecto al vacuno y caballar, aunque el de cerda era también numeroso y constituía gran parte del comercio, tanto interior como exterior; así, por ejemplo, producía de 10 a 72.000 jamones, que se pagaban a 4 reales cada uno, 2.000 trozos de tocino que el Rey abonaba al peso cuando los tomaba como tributo, y algunos kilos de manteca que se enviaban a Perú y Chile.

El comercio de pescado no les resultaba rentable debido a dos razones: primero, porque tenían que ir a buscarlo a bastante distancia, tardando en el viaje unos dos meses; en segundo lugar, resultaba que el pescado lo curaban y salaban con la sal procedente de Lima, la cual era excesivamente cara para los chilotas, por lo que no les quedaba más remedio que venderlo a muy alto precio. A pesar de todos estos inconvenientes, lo cierto es que comerciaban al año con unos 5.000 ó 6.000 quintales de bacalao, a 10 ó 12 pesos el quintal, 30.000 ó 40.000 sardinas curadas, a dos pesos el millar, a lo que habría que añadir el aceite de luces que extraían de las ballenas, etc.

Las relas —enteramente fabricadas por las mujeres, desde el esquilado al teñido— tenían gran éxito en el exterior: cada año se exportaban de 800 a 1.000 ponchos (que los indígenas llamaban «toltenes»); unas 100 colchas bordadas que denominaban «estantas», con precios que oscilaban entre los 10 y 12 pesos, y 8-9 pesos respectivamente. Se exportaban también otras clases de tejidos, como sayales, lienzos burdos, etc.

Con respecto a los vegetales, habría que decir que la isla producía al año—según la relación anteriormente citada— 271 fanegas de habas, 33 de porotos¹²², 452 de fríjoles, 17.557 de trigo, 11.420 de cebada, 65.000 de patatas, 200 de cebollas, 160 de ajos, 109 arrobas de lino, 4.800 coles, 500 calabaras, 48.793 manzanas y 192 membrillos; todos estos productos se utilizaban para el consumo, dedicándose para el comercio exterior casi exclusivamente las maderas, que suponían al año 200.000 tablas, a 7,75 reales cada una. Los chilotas iban con piraguas a buscar los árboles al continente¹²³, y para su transporte a grandes distancias se veían precisados a

veces a cortarlos¹²⁴ en tablas que medían aproximadamente tres varas de largo, un palmo de ancho y una pulgada de grueso.

El dinero que recibían los chilotas por la exportación era de 65.000 a 75.000 pesos anuales, pero hay que tener en cuenta que por otro lado importaban productos de Lima¹²⁵—bayetas, paños, quincallería en general, aguardiente, vino, sal, azúcar, añil, jabón, etc.—, lo cual les suponía un gasto de 55.000 a 60.000 pesos, además de los 3.000 a 4.000 pesos que pagaban al año por el tabaco¹²⁶ que también venía de Lima.

Como puede apreciarse, los productos exportados a Lima se ofrecían a muy bajo precio —quizás debido a la necesidad urgente que tenían de venderlos—, y en cambio los importados se pagaban a muy alto nivel, con lo cual la isla podía obtener en conjunto muy bajo beneficio de las actividades comerciales. Los miembros de la expedición analizaron las causas de todo ese proceso, afirmando que el intercambio de materias...

-se haze del modo mas perjudicial; pero si el unico q^e permiten la falta de circulazión, y la extrema miserias de la industria rural, ô del suelo. El que vive de su travajo vende sus frutos al precio infimo que alcanze, y el que por la posesión de el fondo necesario para proporcionar el Cambio, le prefija aquel precio, â el mismo tiempo sube excesivam^{te} el valor de aquellos efectos, q^e les subministra en cambio.

Sin embargo nuestros hombres opinan que esto puede, y debe, cambiar: bastaría según ellos con un poco de control por parte de la Corona española para que el archipiélago lograra un tráfico comercial más justo, más acorde con sus intereses, y también menos gravoso para la Real Hacienda. Remitámonos una vez más a sus propias palabras:

•Chiloe es capaz de un comercio ventajoso â si mismo; y al total de la Monarchia, y que el Monarca puede conservarle, si nô con ventajas, â lo menos sin recargos de su R¹ Erario¹²⁷.

Las mujeres chilotas, cuya belleza alababa Pineda y preocupaba a Malaspina, vestían de manera parecida a las peruanas. Por la parte de arriba llevaban una camiseta cerrada, muy plegada, que les cubría hasta la cintura, una especie de faja que les ceñía el vientre, y por encima de los hombros,

^{121.} Cf. Ms. 590 f. 49. del M.N.

^{122.} Especie de alubia americana.

^{123.} Cf. Ms. 337 f. 35 35 vto. del M.N.

^{124.} En el Ms. 1040 de la B.M.S., f. 72, se puede ver en que lugares del archipiélago se contaba mayor cantidad de madera.

^{125.} Como el gobierno de Chiloé —que era militar— dependía del virrey de Lima, la mayoría del comercio de la isla tenía lugar con aquel virreynato. Podemos encontrar en el Ms. 309 f. 17 vto, del M.N. el número de personas que formaban las compañías de milicias y caballerías en el archipiélago.

^{126.} El consumo de tabaco entre los chilotas era muy común entre hombres y mujeres, y lo pagaban a real la onza —parte en frutos y parte en dinero—.

^{127.} Véase Ms. 590 f. 56 vto.-57 vto. del M.N.

amarrado al cuello, una especie de babador de paño. Por debajo, tenían una falda burda que llevaba por la parte inferior y por dentro, un aro que servía para ahuecarla; como esta prenda era corta —llegaba a media pierna—, resultaba a los ojos de los expedicionarios de un aspecto ridículo, también "deshonesta", aunque en este último punto encontraban dispensa: «la costumbre, la pobreza y la constitución física del país dispensan à los Chilotas de que cubran el pie y la pierna» 128. El traje de los hombres guardaba gran similitud con la vestimenta comúnmente utilizada por los europeos excepto en un solo elemento: el característico poncho.

MARISA GONZALEZ MONTERO DE ESPINOSA

El peinado de las mujeres de Chiloé —que tenían por lo general el pelo negro y largo— consistía en 12 trenzas que iban adornadas a veces con pequeñas alhajas de escaso valor. Una de las virtudes más destacadas de estas mujeres era el cuidado exquisito que ponían en el aseo personal, tanto en lo referente a la ropa como en lo relativo al cuerpo y al cabello, que lavaban muy a menudo con el jugo saponáceo que extraían de la corteza de un árbol.

Las casadas obedecían y respetaban a sus maridos, no pudiéndose permitir ninguna familiaridad con otros hombres; en cambio, entre las solteras, se vivían aquellas normas y prohibiciones de un modo mucho más relajado, costumbre favorecida en cierto modo por lo espeso de los bosques, las distancias entre las casas, etc.

Al parecer, entre las mujeres eran frecuentes los celos, factor que en su aspecto más dramático llevaba a un continuo uso del veneno para castigar la conducta del marido, veneno que era preparado a base de las hierbas del país. No obstante, en el balance global, habría que reseñar que los asesinatos no eran tan frecuentes como los robos sin derramamiento de sangre.

Con respecto a la religión de los habitantes de Chiloé, habría que señalar que, a pesar de que en la isla había repartidos 15 misioneros franciscanos, un mercedario y dos observantes, los indios eran idólatras. En efecto, diversos factores, entre los que destacaba la dificultad que presentaban los caminos, hacían que los indígenas carecieran de «instrucción cristiana» y que siguieran inmersos —lo mismo que los colonos— en un sinfin de «supersticiones» (siempre según los expedicionarios). Creían en encantos y hechizos que curaban, empleaban oscuros y complicados símbolos, utilizaban huesos, cabellos y otros materiales que en muchas ocasiones examinaban en un barreño con agua.

Por último, después de 13 días de convivencia con los moradores de la isla, los miembros de la expedición hicieron una valoración global del pueblo chilota. Leemos en el libro del oficial Francisco Javier Viana:

-Un pueblo sin comunicación ni trafico con otras gentes, jamás puede civilizarse, de aqui sigue la falta de industria, y la miseria origen del abandono, del celibato y de la despoblación, añadién-

dose á toda la desigualdad del repartimiento que á unos concede inmensas propiedades, cuando á otros apenas les deja el corto espacio que ocupa su morada; esta que en sentir de algunos políticos es la causa primaria de la despoblación de varios parages de España, es sin duda mas fundamental en Chiloé, que la que alegan los propietarios, de que privados por real decreto de 1781 de los sufragios que les ofrecían las encomiendas, carecen de brazos que cultiven sus vastas posesiones.¹²⁹.

5. Pehuenches y huilliches

a) Organización social

En el último cuarto del siglo XVIII los gobernadores de Chiloé y Valdivia pretendían conseguir la amistad con los indios vecinos, sobre todo con los huilliches¹³⁰, para que continuara abierto el paso entre ambos lugares que había sido interrumpido desde la segunda sublevación general de los Araucanos. Para ello, el mandatario de la isla, el coronel Pedro Garoi, convidó a su casa a aquellos indígenas, y tuvo la deferencia de hacer extensiva la invitación a los expedicionarios.

El 6 de febrero de 1790 tuvo lugar este encuentro entre los españoles y los huilliches; éstos últimos habían empleado 19 días en llegar a la isla desde Valdivia. La comisión indígena que acudió a casa del gobernador estaba compuesta por el Cacique de Osorno —de nombre Catiguala— que la presidía; llevaba consigo a su hijo de 6 ó 7 años; otros dos jefes de inferior categoría; 42 indios, y por último un curioso personaje, un sargento que ostentaba el título de «lenguaraz», por oficiar de intérprete con los indios; este traductor era sumamente apreciado por los indios, hasta el punto de que ya llevaba 11 años viviendo con los indígenas. Teodoro Negrón, que tal era el nombre del personaje, ayudó activamente en el establecimiento de la comunicación entre Chiloé y Valdivia, y fue él también quien informó a nuestros navegantes de las costumbres huilliches.

Los indígenas fueron recibidos con cañonazos procedentes del fuerte: entraron en casa del coronel Garoi en el mayor orden y al son de dos trompetas que ellos mismos iban tocando. El Cacique más importante abrazó al gobernador y dió la mano a todos, haciendo lo propio el resto del séquito. Tras la salutación, Catiguala dirigió a los presentes una alocución, de la cual entresacó algunas palabras el oficial Viana (frases inmediatamente traducidas por el sargento Negrón, al que ya hemos aludido):

^{128.} Cf. Ms. 122 f. 142. del M.N.

^{129.} Véase Viana, Francisco Javier, Diario del viaje..., pág. 77.

^{130.} En el año 1792, el Capitán general y virrey de Chile Ambrosio O'Higgins, firmó el tratado de paz con los huilliches. Se puede consultar este dato en el Ms. 121 del M.N., doc. 4°, f. 74-96.

-ti yo un tani gurro compan fachi plaza meu ta cúi fuitañi purro que fuel tain pulaku feikai tuiyan tañiquin tu hull fuel mi Gobernador tañi apo: me he alegrado muchísimo de haber pisado en esta plaza, en donde antiguamente pisaron nuestros antepasados: tambien me alegro de haber visto al Sr. Gobernador, 131.

Después hubo otros dos discursos de los jefes menores, el primero del Cacique de río Bueno --en el mismo tono y estilo que Catiguala--, y el segundo del hijo del otro caudillo --pidiendo disculpas por la ausencia de su padre, que se había quedado con otro hijo, gravemente enfermo---

Los indígenas que formaban parte de la comitiva iban armados de machetes y palos largos, menos el mandatario supremo, que sostenía un bastón con empuñadura de plata y llevaba un sable ceñido a la cintura. Terminadas las ceremonias de recibimiento, entregó este Cacique los susodichos símbolos de poder al gobernador de Chiloé para que los reparasen en aquello que fuera oportuno. Posteriormente la comisión india fue invitada por el representante español a aguardiente, y más tarde se les ofreció el convento de San Francisco como alojamiento durante el tiempo que gusta-

El segundo contacto tuvo lugar cuatro días más tarde, el 10 de febrero, ya a bordo de las corbetas, dado que el comandante Malaspina había aprovechado la ocasión anterior para invitar a los indios a subir a ellas.

Los expedicionarios se esforzaron para granjearse la amistad o al menos la confianza de los indígenas. De hecho, la visita estuvo presidida por la mayor cordialidad por ambas partes: se intercambiaron regalos, ofreciendo los expedicionarios a los indígenas diversas chucherías y bebidas, y recibiendo de éstos a cambio un poncho, palitos para hacer fuego y uno de sus sables, que los huilliches denominaban «Tajanes» 132

Los expedicionarios, tanto en Chiloé como en el resto de los lugares que visitaron, hicieron estudios antropológicos de los diversos pueblos -salvajes-; para el mejor conocimiento de los huilliches y los pehuenches elaboraron un cuestionario previo para recopilar toda la información existente sobre la población del arhipiélago¹³³, y después consultaron con españoles que llevaban mucho tiempo conviviendo con los indígenas, con el fin de contrastar los datos.

Los miembros de la expedición estudiaron a los pehuenches en Santiago con la ayuda del intérprete del Cacique Francisco Carilegu; el motivo de la visita de este mandatario era comunicar al virrey de Chile el juramento de fidelidad que había hecho al Rey de España, Carlos IV, en Mendoza

Los huilliches, aunque se entrevistaron con nuestros hombres en Chiloé, no vivían aquí sino en las orillas del río Bueno, al sur de Valdivia, en territorio de Osomo. Como antes señalamos, los españoles estaban interesados en fomentar la amistad con estos indios, y por ello construyeron el fuerte de Concepción, establecimiento que duró muy poco, y que servía para proteger a estos indígenas de sus enemigos. Al mismo tiempo, a unos 18 kms. al sur, los hispanos habían construido defensas¹³⁴ que abarcaban desde la cordillera de los Andes hasta el mar, con la intención de protegerse ellos mismos de estos belicosos indios.

Puede apreciarse en los distintos manuscritos de los oficiales de la expedición Malaspina que ellos consideraban que tanto los pehuenches como los huilliches pertenecían al mismo pueblo, debido a que en su opinión tenían las mismas costumbres, similar aspecto, idénticas creencias, etc., razón por la cual nos suelen hablar de unos y otros indígenas indistintamente, máxime cuando sabían también que ambos grupos eran araucanos135.

Preocupados por estas cuestiones, preguntaron al Cacique pehuenche Carilegu que si ellos y los huilliches eran de la «misma especie-136, a lo que les respondió que, con respecto al idioma, acento, armas, etc., sí lo eran: pero... —curiosa matización— había una importante diferencia que separaba a un pueblo de otro: unos llevaban el zapato entero y los otros sólo la mitad.

Los oficiales españoles enseñaron en su segundo encuentro con los huilliches los retratos que José del Pozo había hecho a los patagones; uno de los indígenas pareció reconocerlos, e incluso aseguró que debido a su alta estatura no podían montar a caballo, pero por otro lado afirmó que eran pehuenches.

Con respecto al tema de los idiomas, Antonio Pineda, que ya tenía conocimiento del lenguaje de los patagones, sintió la necesidad --siempre la curiosidad científica y antropológica presente en los expedicionarios— de comparar la lengua de los patagones con la de los huilliches. Veamos cuales son sus reflexiones sobre este punto:

> -Muchas reflexiones subministraria este corto acopio de Voces Patagonas, mucho mas quando se comparen al Idioma Wiliche¹³⁷ Una porción de semillas, y algunos utensilios tienen un nombre propio entre estos Pueblos: si no asemejan â los Wiliches, ni â los Españoles, de donde las derivaron para expresar unas ideas enteramte nuevas. Y si estas (para usar del propio Idioma) las han deducido de las voces qe representan sus propiedades, estas propiedades antes conocidas, y el modo de reunirlas en un solo obje-

^{131.} Cf. Viana, F.J., Diario del viaje..., pág. 85.

^{132.} Véase Ms. 1040 de la B.M.S., f. 67 vto.

^{133.} Las preguntas de este cuestionario están en el Ms. 318 del M.N., f. 10, y las respuestas en f. 9-9 vto, del mismo manuscrito.

^{134.} La descripción de estos fuertes o presidios la podemos encontrar en el Ms. 122 f. 58 59 del M.N.

^{135.} Cf. Ms. 1040 f. 66 de la B.M.S.

^{136.} Véase Ms. 590 f. 62 vto del M.N.

^{137.} En este punto aparece una nota en el manuscrito que dice: Se ha solicitado un Diccionario Wiliche: Deve tener una semejanza con el de Chiloé, à quien tendremos presente para una comparación prolija, que en el dia no permite el tiempo».

to, manifiestan desde luego un acopio no indiferente de Ideas y una facilidad de reunirlas, en nada semejante â el discurso común de los salvages¹³⁸.

El comandante Malaspina y sus oficiales hicieron una descripción física más exhaustiva en el caso de los patagones que en el de los huilliches, debido sin duda a la polémica que sobre los gigantes existía en los ambientes científicos del siglo XVIII.

Nuestros hombres describen a los indígenas que conocieron en Chiloé como no muy altos, más bien de mediana estatura (lo mismo que los pehuenches), de tez muy morena (con un color aceitunado) sobre todo en los adultos, con ojos no muy grandes pero de gran vivacidad, facciones muy abultadas y poca barba (característica que tenían en común con los indios patagones); precisamente para quitar el poco vello que les salía en la cara utilizaban unas pinzas anchas de plata, que llevaban todos los varones colgadas al cuello. En general los españoles calificaron en conjunto su apariencia física como fea, no agradable.

Podemos decir en resumen que tenían una fisonomía ardiente, con rasgos que podían considerarse propios de guerreros, con aspecto, los más, de duros y fornidos, y con una gran agilidad en sus miembros.

A pesar de ser vecinos de los patagones, tenían un temperamento muy distinto al de éstos: pehuenches y huilliches en contraposición a aquéllos, no eran pacíficos sino todo lo contrario, y como ya acabamos de apuntar, esta característica se reflejaba hasta en el rostro; los araucanos tenían, como es de sobra conocido, una larga y rica tradición de sublevaciones contra los invasores españoles. Puede matizarse aún más en la descripción, añadiéndose por ejemplo que más belicosos¹³⁹ que los huilliches eran los pehuenches¹⁴⁰, debido quizás en parte al menor número de éstos en comparación con el de aquéllos.

Otra de las diferencias que separaban a los indios chilenos de los argentinos, era la mayor muestra de desconfianza hacia los españoles que evidenciaban aquéllos¹⁴¹. Indudablemente había unas razones de índole geográfica que podían explicar, por lo menos en parte, tales contrastes: las tierras que habitaban pehuenches y huilliches eran estratégicamente importantes para los españoles, en comparación con las inhóspitas zonas de la Patagonia, que quedaban a trasmano de las rutas comerciales. Ello implicaba una mayor presión de los conquistadores sobre los indios chilenos.

Los huilliches eran vanidosos: mostraron gran satisfacción al ser recibidos en casa del gobernador de Chiloé con cañonazos en su honor. En sus contactos con otros pueblos eran muy cautelosos. Sin embargo su virtud más destacada, en opinión de los expedicionarios, era el valor físico.

Los huilliches vivían en pequeñas poblaciones a orillas del río Bueno. Los expedicionarios, tomando como base algunos de los rasgos ya citados, como por ejemplo el profundo sentido de la disciplina, pero también el desarrollo de su agricultura¹⁴², calificaron a este pueblo como «nación sociable y civilizada»¹⁴³.

El sargento Teodoro Negrón, de la plaza de Valdivia, que, como ya vimos, medió de intérprete entre huilliches y españoles, informó a éstos sobre el sistema de gobierno de los indígenas: el poder residía en dos tipos de Caciques, unos llevaban bastón de mando y otros no¹⁴. Los primeros gobernaban sólo sobre la población que habitaban, mientras que los segundos tenían poder sobre toda la provincia; éstos últimos componían, en palabras de los expedicionarios, «el Cuerpo federativo para la defensa Nacio-

Tanto en el caso del jefe principal como en el de los secundarios, el cargo era hereditario, pero recaía antes en los hermanos —suponiendo que todavía tuvieran edad para aconsejar y dirigir las tropas— que en los hijos.

Los parientes de los Caciques carecían de privilegio alguno, excepción hecha de la posibilidad mencionada de heredar el cargo, en el caso de los hermanos.

Teniendo en cuenta el carácter guerrero de los huilliches, la función de sus caudillos consistía primariamente en la organización y dirección militar de las tropas, yendo ellos siempre a la cabeza de su ejército. En consecuencia los indígenas sentían un gran amor y un profundo respeto hacia sus jefes, hasta tal punto que eran más respetados y venerados que el *Magut*¹⁴⁶, aunque éste tuviera en la práctica diaria más influencia sobre los indios.

Los delitos más frecuentes entre los huilliches —lo mismo que entre los pehuenches— era el robo, sobre todo en forma de usurpación de tierras y, en menor medida, el asesinato, frecuentemente cometido mediante el veneno; precisamente esta modalidad de crimen preocupaba a los navegantes, en el sentido de que veían que se extendía por los dominios españoles.

Los indígenas, nos dicen, utilizaban frecuentemente la sustancia letal para...

^{138.} Cf. Ms. 590 f. 35 del M.N.

^{139.} En contraposición al carácter bondadoso de los patagones, puesto de manificsto de modo indudable en la ayuda que prestaron a los españoles con ocasión del naufragio del naufo Concepción.

^{140.} Los españoles consideraban a los pehuenches como auténticos amigos, sobre todo cuando crecían las hostilidades entre éstos y los huilliches.141. Recordemos que los paragones se mostraban relativamente confiados frente a los visitantes de su territorio. Como consecuencia de ello tuvo lugar el incidente con el barco inglés que produjo la muerte de varios indígenas. Precisamente este hecho desencadenó un mayor recelo hacia los extranjeros, sobre todo los que parecían anglosajones.

^{142.} Los huilliches tenían grandes conocimientos de la agricultura, y en ella basaban, como veremos más adelante, gran parte de su alimentación. Por el contrario, los patagones no sabian nada del cultivo de la tierra.

^{143.} Cf. Ms. 590 f. 63 del M.N.

^{144.} Recordemos que en el pueblo patagón también ostentaban el poder dos tipos de Caciques: unos, con el título de capitán grande, y otros de capitán chico. Todos los jefes podían tener permanentemente fuera de su toldería un caballo, pero mientras los primeros lo tenian enfrenado y ensillado, los segundos sólo lo tenían con lazo.

^{145.} Cf. Ms. 590 f. 63 del M.N.

^{146.} Se llamaba así a los adivinos de los huilliches, de los cuales hablaremos más adelante.

-libertarse de un enemigo, de una Muger, de un Marido¹⁴⁷. No difieren de ellos en esta parte los mismos Criollos ó españoles, en los quales la ninguna educazion, un Roze con los demas, y el natural apego, y promiscuacion con las Mugeres, Depositarias porlo comun de esta especie de Costumbres, há hecho que muy luego más bien se asemejasen à los Habitadores antiguos de la Isla, que introducir las que debian eredar de sus Padres, ¹⁴⁸.

Las leyes de los huilliches imponían penas para todos los delitos pero, según el sargento Teodoro Negrón, castigaban con la muerte en muy pocas ocasiones, como por ejemplo los casos de asesinato o de adulterio —considerado por los indios como la más horrible de las faltas—.

b) Comercio y costumbres

Los habitantes de no Bueno mantenían relaciones amistosas —intercambios— con los patagones a través del boquete o abra de la cordillera de los Andes, razón por la cual nuestros expedicionarios encontraron que los habitantes de la Patagonia poseían tejidos hechos por los indios araucanos. Se relacionaban también con otros indígenas cercanos, como los pehuenches —con los que mantenían frecuentes reyertas— y con los cuncos¹¹º, que eran sus auténticos enemigos. Por otro lado, los huilliches guardaban silencio sobre la existencia de otros pueblos meridionales —tema que interesaba a los españoles por la supuesta existencia de la ciudad de los Césares.

Todo el sistema bélico, como la organización interna de las tropas, las armas, las formas de guerrear, etc., era común a pehuenches y huilliches. El ejército indígena estaba compuesto de infantería y caballería, destacando éste último cuerpo por la destreza de los hombres que lo componían. En general puede decirse que la mayoría de esos indígenas montaban muy bien a caballo: tan diestros eran en el arte de la equitación que resultaba muy difícil alcanzarlos con un arma de fuego, ya que eran capaces de cabalgar a los dos lados, o por entre las patas, obligando a veces al animal a correr por terrenos muy abruptos.

Las fuerzas de a pie estaban formadas por las tres décimas partes de la población total, integrándola incluso niños de 10 a 12 años, con tal de que supieran usar la lanza y seguir al ejército de a caballo; estos soldados recibían el nombre de *mocetones*.

Los instrumentos que utilizaban los indígenas para la guerra eran lanzas,

machetes, lazos y a veces algún arma de fuero¹⁵⁰. El oficial de la «Atrevida». Antonio Tova Arredondo, nos habla de la evolución de las armas en el pueblo huilliche:

•Como la experiencia tiene acreditado, bien a nuestra costa en los tiempos pasados, el carácter guerrero y sagaz de estos indios (...) contentándome con decir que, según todas las apariencias, en nada han degenerado y si, por el contrario, no han aventajado poco, en el uso de mejores armas y adelantamientos de varios ramos de industria que aprendieron de nosotros; las que adornan a los que acabamos de ver, se reducen a un pequeño sable, más fuerte que bien trabajado; pero si hemos de creer al Sargento intérprete, no les es desconocido el uso del fusil, aunque son rarísimos los que lo tienen ^[51].

Cuando se proclamaba la guerra entre pueblos indígenas vecinos, tanto en el caso de los huilliches como en el de los pehuenches, los Caciques se ponían a la cabeza de sus tropas. Los miembros de la expedición no llegaron a averiguar si los indios, en caso de contienda, protegían a sus mujeres e hijos, pero sí supieron que existían otras costumbres relacionados con la guerra, como enarborlar una bandera en las pelcas o entonar músicas militares.

Como estos aborígenes chilenos eran tradicionalmente guerreros, tenían una gran experiencia en la organización y desarrollo de las luchas, así como en el uso de tretas en las contiendas; sin embargo, se mostraban mucho más torpes en las luchas en las playas, lugares donde no se atrevían a atacar, sino sólo a defenderse.

Al concluir la guerra, establecían los indígenas una tregua para recoger los heridos y enterrar a los muertos, los cuales depositaban en una canoa. No tenían la costumbre de devolverse los prisioneros, sino que se limitaban a dar muerte a los hombres y a quedarse con las mujeres, para convertirlas en esclavas.

Los huilliches usaban en las refriegas una coraza de cuero; los pehuenches llevaban una armadura más larga, un casco o morrión para proteger la cabeza, y una especie de honda.

Una de las características de los huilliches era su glotonería, puesta claramente de manifiesto en el segundo encuentro de los indios con los miembros de la expedición el 10 de febrero de 1790 a bordo de las corbetas. En este contacto, los españoles les agasajaron con dos comidas, en el transcurso de las cuales los indígenas consumieron 746 raciones de menestra, 6 sacos de pan y 8 cameros, además del correspondiente vino a discreción.

Estos indios araucanos se dedicaban a la agricultura —cultivaban maíz, patatas, y otras simientes— y a la ganadería —poseían ganado vacuno,

^{147.} En el manuscrito aparece en este punto una nota que a pie de folio dice textualmente: «Se veía que esta costumbre hà trascendido tambien de los Wiliches à nuestras Colonias de

^{148.} Véase Ms. 590 f. 48 vto. del M.N.

^{149.} Recordemos que los huilliches en sucesivas contiendas habían obligado a los cuncos a abandonar sus tierras y a situarse cerca del archipiélago de Chiloé.

^{150.} Como vimos en el capítulo anterior, las armas de los patagones se reducian casi exclusivamente a las bolas y a las lanzas. Por lo tanto, estaban en este aspecto más atrasados que los huilliches.

^{151.} Cf, San Feliu Ortiz, L., 62 meses a bordo, pág. 66.

caballar y lanar¹⁵²—. Estas dos actividades les proporcionaban lo suficiente para asegurar su manutención.

La alimentación en tiempo de guerra —tan común en estos pueblos, como reiteradamente hemos señalado- se solucionaba llevando cada soldado una bolsita¹⁵³ que contenía harina de habas o de cebada, además de un vaso en forma de cuerno que llamaban «nuampar». Cuando escaseaba la comida, mataban un caballo¹⁵⁴, cuya carne comían también, y de esta manera tenían asegurado el alimento durante un período de un par de días, usando como complemento una mezcla de harina y agua.

Tanto los pehuenches como los huilliches mostraban una gran inclinación por las bebidas alcohólicas: cuando el gobernador de Chiloé recibió en su casa a los indígenas, éstos agradecieron sobre todo el aguardiente con que fueron obsequiados. Esta característica, consecuencia de la colonización española, no hizo sino intensificarse con el tiempo: de hecho, años después, con la independencia de Chile, aumentó el comercio de aguardiente. y los indígenas sufrieron sus efectos de un modo negativo.

Antiguamente los huilliches extraían grandes cantidades de sal y comerciaban con ella, resultando los intercambios muy beneficiosos para ellos. pero en tiempos de la expedición Malaspina estos trueques eran escasos: se limitaban a cambiar comestibles por armas, instrumentos de música, de metal, etc. Con los patagones también negociaban, a través del boquete de los Andes, pero este comercio estaba monopolizado por el Cacique huilliche que poseía las tierras limítrofes con este paso de la cordillera.

Los navegantes eran partidarios de que se institucionalizaran las relaciones comerciales entre españoles e indígenas mediante una especie de mercados periódicos, ya que con ello se conseguiría...

> «un mayor despacho ordenado de nuestros frutos, â la adquisición de algunos otros, que nos fuesen utiles, y ultimamente à una solida union con aquella Nación, fundada sobre la base de la tranquilidad y necesidades reciprocas-155.

Estas ferias se harían en verano, ya que en esta época resultaba más fácil la navegación, y estarían más accesibles los caminos; además sería bueno seguimos siempre obviamente la propuesta de los expedicionarios—, que estuvieran presentes las mujeres, para evitar hostilidades; y en general tendrían que cumplirse una serie de condiciones:

«Si en los Parlam^{tos} de Concepcion ó en los q^e se hiciesen en Chiloé se especificasen condiciones claras para esta especie de negociaciones y los caciques saliesen garantes de su cumplim^{to} exigiendo particularm^{te} q^e no concurriesen en demasiado num^o y que se evitase todo desorden desde luego la celebración de estas ventas seria mas oportuna en Carelmapus que en Sⁿ Car^{los} por la concurrencia de los compradores: en tal caso se resguardarian nuestros efectos con una especie de trinchera(...), 156.

Tanto los pehuenches como los huilliches conocían la agricultura, en contraposición a los patagones, que no cultivaban la tierra; pero mientras a los primeros les desagradaba esa tarea hasta el punto de que evitaban el realizarla siempre que podían, los segundos se inclinaban a la labranza y disfrutaban de los beneficios que obtenían de ella. El método para trabajar los campos de ambos pueblos araucanos era muy semejante al de los españoles, con bueyes, azadas, arados, etc., con pequeñas diferencias, como la de que estos últimos en lugar de tener hierro llevaban piedras afiladas.

Además de labrar la tierra estos dos pueblos indígenas se dedicaban a la ganadería -actividad también desconocida para los indios de Puerto Descado--: criaban ganado lanar, caballar y vacuno, obteniendo de ellos productos para la alimentación y el transporte.

Entre los dos pueblos chilenos que estamos considerando, lo mismo que entre los gigantes de la Patagonia, había una división del trabajo en función del sexo¹⁵, de tal manera que los hombres se ocupaban de la parte militar. de la guerra, y las mujeres de los asuntos domésticos y de todo lo relacionado con el vestido.

Por ser naciones belicosas, los varones eran más estimados que las hembras, hasta el punto de que se lloraba más la muerte de un pariente lejano o amigo varón que la de la propia esposa.

Tenían manufacturas -asunto desconocido para los indígenas de la Patagonia—, lo cual constituía un exponente más del avance de estos pueblos respecto a los patagones: estas industrias, según el oficial Francisco Javier Viana, eran «reliquias de su antigua ilustración, en el tiempo que se mantuvieron bajo nuestro dominio. 158. En los papeles escritos por los miembros de la expedición podemos lecr cómo los indios fabricaban y elaboraban determinados materiales que ponían de manifiesto su ingenio:

> «Sus Manufacturas (...) deven mirarse como realmente industriosas: Texen la Lana en muchos modos pª Ponchos, Calzetas, V.Gª. Usan de la Greda para amoldar y unir el Fierro: Conocen los Hor-

^{152.} Si comparamos la alimentación de los patagones con la de los huilliches, veremos que la de éstos era mucho más variada, elaborada y rica que la de aquellos que, al no conocer la agricultura ni la cría del ganado, tenían que basar su manutención en la caza de animales (el guanaco sobre todo).

^{153.} Los patagones tenían también bolsitas o recipientes especiales para sal, tabaco, agua, etc., que llevaban habitualmente encima,

^{154.} También los moradores de Puerto Deseado tomaban came de caballo, pero sólo en la celebración de grandes acontecimientos.

^{155.} Cf. Ms. 590 f. 59 del M.N.

¹⁵⁶ Véase Ms. 337 f. 46 del M.N.

^{157.} Tanto en el caso de los patagones como en el de los huilliches y pehuenches, la sociedad era de tipo patriarcal, y por tanto los trabajos más pesados e ingratos los realizaban

^{158.} Véase Viana, Francisco Javier, Diario del viaje.... pág. 83.

nos; varias Piedras les sirven yà para afilar las armas, ya pa amoldar los metales que usan como adorno: La suela està adoptada para zapatos, y sus Cavallos 159 están regularmente enjaezados 160

La religión —lo mismo que otras muchas creencias y costumbres que ya hemos visto— era la misma para pehuenches y huilliches: creían en un principio del Mal, origen de todas las cosas, adversas y favorables, y daban culto a este espíritu maligno al que consultaban por medio de los adivinos.

Estos hechiceros —a los que llamaban «Maguí»— eran financiados por el fondo público; eran temidos y consultados sobre todo tipo de asuntos, generales o domésticos, como por ejemplo, problemas bélicos, delitos, etc., ejerciendo también en cierto modo función de jueces, ya que castigaban a los culpables de las infracciones.

Así, cuando se cometía un robo o una usurpación de tierras, el adivino estudiaba el asunto, impartía castigos y, en caso de muerte, dictaminaba si era natural o por asesinato¹⁶¹ abriendo el costado del cadáver: si la bilis no estaba limpia el Maguí dictaminaba que el individuo había sido envenenado, e imponía al asesino la pena capital.

Cuando ocurría alguna desgracia o pérdida irreparable, buscaban los magos la causa en un individuo, al que se le acusaba de autor del maleficio.

Los miembros de la expedición nos relatan una anécdota que refleja la confianza que tenían los indígenas en sus hechiceros:

«Estando à nuestro bordo, con el Sargo Negron, los wiliches del Cazique Catiguala, entre los quales havía un Maquí, Negron los dijo, que yo me hacía a la vela, llevándolos distantes desus Mugeres, las quales quedarian preda de otros: Inmediatamento todos miraron al Divino, el qual los tranquilizó, avisandoles q e no era verdad 162

Albergaban estos pueblos araucanos un rico conjunto de tradiciones y leyendas, que estaban bastante extendidas a pesar de no conocerse la escritura¹⁶³. Curaban las enfermedades utilizando elementos simbólicos, como huesos y cabellos, además de la piedra lipis y las infusiones, cuyo uso era muy común: las pociones de hierbas mezcladas con agua fría se usaban para tratar las heridas, tan frecuentes —dadas las características de estos pueblos— como las enfermedades infecciosas, entre las que cabía destacar las de tipo venéreo.

Señalaban los viajeros que en casi todos los aspectos, eran los pueblos araucanos comunidades más evolucionadas que los patagones.

Los miembros de la expedición del comandante Malaspina, debido al poco tiempo que estuvieron con los indígenas, describieron en muy escasa medida las costumbres de estos indios¹⁶⁴. Con respecto a la vestimenta¹⁶⁵ nuestros hombres nos dicen que tanto los huilliches como los pehuenches tejian la lana que utilizaban para sus vestidos, teniendo las mujeres la obligación de surtir a los hombres de uno por año166.

Como puede claramente apreciarse en el retrato que le hizo José del Pozo al Cacique Catiguala y a su hijo, sus trajes constaban de una especie de camisa o túnica de lana, un poncho negro y un calzón ancho y largo. Llevaban la cabeza descubierta, el pelo suelto sobre la espalda y los hombros, sujeto sólo por una cinta alrededor de la cabeza para evitar que el cabello cayera sobre la frente, era una especie de correa muy parecida a la que también portaban los egigantes de la Patagonia. Pero a diferencia de éstos, los huilliches se adornaban poco; en el retrato de Catiguala puede verse que éste se limitaba a rodear su cuello con un collar con placas de metal o conchas que le caía por delante y por detrás.

También se preocuparon los expedicionarios de recabar información sobre los casamientos: esta unión de los sexos se realizaba siendo los novios muy jóvenes. La norma era que una vez que se había dado el consentimiento de las partes y la aprobación de los padres, la novia fuera raptada, sin que se celebrara ceremonia de matrimonio propiamente dicha.

Por lo general los huilliches eran polígamos¹⁶⁷, pero existía siempre una mujer legítima, y el resto, concubinas, libres o esclavas. En el caso del Cacique sólo podían heredar el cargo los hijos de la esposa legítima.

Eran estos pueblos araucanos amantes de la música, que ocupaba un lugar destacado en la guerra, y también, naturalmente, en sus bailes y fiestas en general. Tocaban por lo común instrumentos de viento, como clarines —que les habían dado en Valdivia— y trompetas.

^{159.} Los patagones también llevaban aparejados los caballos.

^{160.} Cf. Ms. 590 f. 65 del M.N.

^{161.} El interés por averiguar si una muerte era natural o no, era lógico dado el extendido uso del veneno, al que ya hemos hecho mención. 162. Cf. Ms. 590 f. 63 vto. del M.N.

^{163.} Los patagones tampoco conocían la escritura.

^{164.} Del mismo defecto se resentía la descripción de los patagones, como ya señalamos en el capítulo anterior.

^{165.} Los miembros de la expedición Malaspina describieron de manera más exhaustiva la vestimenta de los patagones que la de los huilliches, por un simple motivo: con los primeros tuvieron una relación más amigable, y conocieron tanto a hombres como a mujeres y ninos, mientras que con los segundos el comacto fue más político, y sólo observaron a individuos

^{166.} Recordemos que los expedicionarios desconocían si los ponchos de lana que llevaban los habitantes de Puerto Deseado, los fabricaban ellos mismos o eran producto del intercambio con otros pueblos colindantes.

^{167.} La poligamia no existía entre los indios de la Patagonia.

A MODO DE BALANCE

El Nuevo Mundo, que había permanecido semiolvidado durante los dos siglos anteriores, recupera su protagonismo al producirse lo que algunos historiadores han llamado «crisis de la conciencia europea». En el medio ilustrado se produce la paradoja de que una exaltación de la propia cultura hasta límites casi desconocidos, convive con una nostalgia por el «paraíso perdido», un mundo más sencillo, sin artificios ni convencionalismos, donde el hombre pueda ser libremente él mismo.

Era lógico que se terminara planteando la posibilidad de encontrar al buen salvaje» en las tierra americanas. Pero -otra vez las contradicciones del movimiento ilustrado- junto a esa »recuperación» del Nuevo Mundo, aparece un rechazo etnocéntrico que llega, en figuras como De Pauw, a la caricatura despectiva de todo ser que habite el continente americano.

El proceso es muy complejo, hasta el punto de que esa ambivalencia pueda aparecer en un mismo autor o en una obra determinada (tal es el caso de las *Noticias secretas de América*, de Jorge Juan y Antonio de Ulloa); otros, como Buffon, van evolucionando desde el rechazo a lo americano -la degeneración de la naturaleza americana»- a posturas más comedidas; sin olvidar una distinción fundamental, la que hay que establecer entre los escritores europeos y americanos -en especial Alzate y Clavijero-, pues éstos comienzan ya a reivindicar su tierra frente a los ataques y tergiversaciones de los demás.

En ese progresivo interés hacia lo americano se encuadra la preocupación por definir y situar al hombre de aquellas latitudes. Son muchas las cuestiones que se suscitan, desde cómo llegó a aquellas tierras y cómo se expandió, hasta la descripción exacta de sus características físicas y culturales. A su vez, cada uno de esos grandes temas llevaba aparejado multitud de problemas específicos, y cada respuesta exigía una toma de posición que implicaba desde la interpretación de las Sagradas Escrituras a criterios políticos, pasando por supuesto por la valoración científica que se hiciera de los relatos de los viajeros.

Así para resolver el problema del poblamiento, se traían a colación hipó-

tesis tan diversas como la existencia de la Atlántida, los posibles cambios en la configuración de los continentes, la influencia de los vientos, etc., sin perder de vista el debate de fondo entre monogenismo y poligenismo. Más interés antropológico tiene todavía la polémica sobre la supuesta inferioridad del hombre americano, auténtico caballo de batalla entre los europeos y los oriundos de aquellas tierras, que se va resolviendo, aunque muy lentamente, en el sentido defendido por éstos.

Basta repasar la lista de autores que dieron su opinión sobre estos temas -Alzate, Boturini, Gumilla, Raynal, Feijoo, Molina, De Pauw, Clavijero, Robertson, Torrubia...- para comprender que historiadores y naturalistas, expedicionarios, geógrafos y curiosos en general, sentían la necesidad de establecer unos modelos explicativos para encuadrar las inusuales características de aquellas tierras y de sus habitantes.

Aunque todavía persiste el halo de leyendas en muchos ámbitos, el caso de los gigantes por ejemplo, se va imponiendo paulatinamente la racionalidad en el debate sobre el hombre americano, de tal modo que se tiende a ver al indígena con ojos más comprensivos. A ello contribuyeron tanto la labor de algunos intelectuales americanos -recordemos aquí las Gacetas de Literatura de México de Alzate, o las Disertaciones de Clavijero- como las expediciones científicas.

El viajero de la Ilustración no es ya un aventurero, sino una especie de sintelectual comprometido que, con un espíritu abierto, busca nuevos horizontes a su curiosidad. Las expediciones científicas del siglo XVIII constituyen sin embargo un fenómeno más complejo, en cuya génesis se entremezclan causas de diverso tipo, desde las puramente políticas a las de índole cultural, siendo éstas a su vez muy variadas (dependiendo de cada viaje específico).

La expedición que en 1789 se puso en manos del italiano Alejandro Malaspina fue una de las más ambiciosas del siglo XVIII, por tres clases de motivos: en primer lugar, por la meticulosidad con que se preparó el viaje y el cuidado que se puso en todos los elementos. Malaspina exigió por ejemplo, por recordar un dato significativo, que los buques fueran de nueva construcción y adecuados además para los fines del viaje, lo cual significaba, entre otras cosas, que debían tener espacio suficiente en sus bodegas para almacenar todos los objetos que los naturalistas considerasen de interés.

En segundo lugar, por la diversidad de campos de estudio que se propusieron: botánicos, geológicos, cartográficos, astronómicos, zoológicos, antropológicos, políticos, etc. Para ello contaban con un magnífico plantel de especialistas, desde naturalistas españoles y extranjeros hasta cartógrafos y pintores. Es decir, junto a unos objetivos intelectuales ambiciosos, los medios materiales y humanos para llevarlos a la práctica, factores que no siempre habían ido unidos.

Por último, el elemento más obvio y objetivo: la diversidad de tierras que recorrieron, bordeando la costa atlántica y pacífica de América de norte a sur, y de sur a norte, junto con la exploración de las islas Filipinas; la can-

tidad de puntos concretos en que se detuvieron -en ocasiones hasta cerca de tres meses- para rastrear la zona palmo a palmo; las incontables subdivisiones de la expedición con el fin de abarcar el máximo posible en cada momento y lugar, etc. Todo ello supuso que la empresa se prolongara durante más de cinco años: desde el 30 de julio de 1789 al 21 de septiembre de 1794.

Los expedicionarios dirigieron su atención hacia dos campos, en la práctica estrechamente relacionados: América y la Historia Natural. Con respecto a la primera, consultaron todo tipo de obras, desde las más clásicas -la *Historia* del Padre Acosta, *La Araucana* de Ercilla...- a las más específicas o modernas, como las de Ulloa, Bowles, etc., pasando por publicaciones de otra índole, como los *Mercurios Peruanos*, o los relatos de otros viajeros, como Cook, Bougainville o La Pèrouse. Más allá de la mera compilación bibliográfica, se preocuparon en solicitar obras de difícil acceso, efectuaron consultas concretas a diversos especialistas, buscaron información de prime ra mano en diversos observatorios astronómicos y se nutrieron en fin de las aportaciones de las más prestigiosas Academias de Ciencias del momento (París y Londres sobre todo).

Completaron esa importante faceta informativa con la meticulosa elaboración de diversos proyectos de investigación y la preparación de experimentos concretos. En esa misma línea de rigor, hay que añadir que con frecuencia enviaban cuestionarios a los puntos que iban a visitar, o mandaban comisiones a ciertas zonas para que profundizasen en el conocimiento del lugar y sus habitantes. Obviamente todo este caudal de conocimientos tenía que reflejarse en los estudios que realizaron sobre el terreno. No en vano, por ceñirnos al aspecto directamente antropológico, conocían perfectamente las obras de Linneo y Buffon.

En las descripciones de los pueblos del sur de América -patagones y araucanos- hemos podido comprobar en detalle todas las características generales arriba apuntadas, empezando por esa metodología rigurosa, que era el resultado de la exigencia científica que se autoimpusieron los viajeros. Dicha actitud termina a su vez fructificando en forma de postura abierta, mesurada y objetiva ante las muchas veces extraña realidad americana. Estamos lejos de aquellas expediciones que fantaseaban o llenaban sus lagunas con invenciones más o menos verosímiles; cuando los naturalistas de la expedición Malaspina no consiguen averiguar algo, por ejemplo la religión de los indígenas habitantes de la Patagonia, lo confiesan abiertamente, o consignan llanamente los límites de sus investigaciones.

Todo ello les lleva inevitablemente a una continua actitud crítica, a combatir mitos y deshacer leyendas - como la de los gigantes-. En este sentido hemos subrayado que una de sus preocupaciones fundamentales era transmitirnos una descripción física lo más completa posible, casi exhaustiva, de los indígenas: color del pelo y de la piel, facciones, talla, proporciones, envergadura, etc. Por ello dieron una gran importancia a la labor complementaria de los pintores.

La descripción física se completa con otra más general, que abarca la

división del trabajo, las diferencias sexuales, fiestas, adornos, higiene, vestido, religión, manufacturas, alimentación..., es decir absolutamente todas las facetas de la vida indígena. En algunos casos llegaron a establecer unos pequeños vocabularios de los idiomas de esos pueblos, lo cual es doblemente meritorio si tenemos en cuenta la brevedad de los contactos que mantuvieron.

Ouisiéramos destacar por último, una característica que condensa en cierto modo los rasgos señalados: el tono comprensivo, el espíritu liberal (en su más amplio y profundo sentido) y el enfoque humanitario de los viajeros. Actitudes que se ponen de relieve en las críticas al sistema militar y político implantado por la metrópoli -en Chiloé por ejemplo-, en las propuestas para mejorar las actividades comerciales o racionalizar el gobierno, en la denuncia de las injusticias o en las sugerencias para paliar las miserias de estos pueblos, y en fin, en las indicaciones para que al menos se limaran los aspectos más duros de la explotación española.

ANTOLOGÍA DE TEXTOS

Gigantología española

(...) 71. Aora digo yo: Si en el Nuevo Mundo jamàs huvo Gigantes, quien feria aquel diligentifsimo imbuidor, que fe deftacò para allà tan de antemano, y desde la fegunda Epoca de su Imperio sue à engañar à los fencillos Indios, vendioles la falfa efpecie de que havia Gigantes en fus tierras? Quien, ò por què, à aquella efpecie de hombres grandes, defcomunales, y diformes, que ni huvo, ni conocieron, ni jamàs vieron, impondria el nombre propio de Quinametin, que quiere decir Gigantes? Qualquiera dirà que los huvo, y que los conocieron los Gentiles, y que por effo yà los hallaron los Españoles con su nombre propio, quando conquistaron la Nueva España. Dirafe acafo, que eftas fon ficciones, y mentiras de los Indios femejantes à las de Eneas, y Turno. Mas fe podrà responder, que quando ellos sèriamente dividieron fus Periodos, ni hacian Eneidas, ni componian Yliadas. Ello es, que ni mienten, ni fingen, quando, fin nueftra enfeñanza, feñalaron la primera Epoca del Mundo defde la Creacion al Diluvio; pues por què han de mentir, ni fingir, quando ponen la fegunda defde el Diluvio hafta la deftruccion de los Gigantes? Siempre que fe dè refpuefta, fe alegrarà de oirla el que efcriba la Gigantologia efpañola.

72. El Aguila de la iglefia San Aguftin parece, que defiende, que huvo Gigantes, y que dexò pruebas para convencer à los incredulos de efta materia. Si es afsi: efta doctrina de San Aguftin ha mas de mil años que la apoyaron los Indios del Nuevo Orbe en fus Libros exiftentes efcritos en hojas de arboles de Maguey, ò Pita. San Aguftin (dice el Reverendifsimo Padre Maeftro Feyjoo) se inclina à que buvo en los tiempos antiguos cuerpos de tan enorme grandeza; pero es sobre la FÉ DE VIRGILIO, cuyos verfos cita en el duodecimo de la Eneida::: pero Virgilio en efto no merece el menor affenfo POR LA LICENCIA POETICA, QUE TENÍA PARA MENTIR. Empeñado fu Reverendifsima contra los Gigantes afirma, que no los huvo, folo fobre fu palabra, y la fè de un Inglès. Pues por què el Santo Doctor no fe podrà inclinar à que los buvo, fobre la fè de un Virgilio, y la palabra de un S. Aguftin? Yo no intento que fe me refponda, pues folo efcribo por modo de Aparato, pero el que tratàre efta materia en adelante, podrà hacer crifis, y preguntar; Si la falfedad de la especie de Gigantes se debe atribuir à la se del Poeta, ò à la inclinacion del Santo? Uno, y otro fe podrà examinar en efte methodo.

MARISA GONZALEZ MONTERO DE ESPINOSA

(...)

76. Por todos los medios mas oportunos intentó el Santo Doctor convencer la verdadera exiftencia de los Gigantes postdiluvianos, y por concluyentemente eficàz contra los que la negaban, recurriò aquel foberano ingenio à la verdad conftantifsima de los fepulcros antiguos, en cuyo defcanfo affegura San Agustin fe han hallado hueffos diformes, y esqueletos de grandeza increible. Ni con esto se convence el Reverendissimo Padre Maestro, ni cessa de clamar, que es error del vulgo, y preocupación del Pueblo, creer, y tener por bueffos de Gigantes, los que en la realidad fon bueffos de beftias. Yo me perfuado, à que para las grandes beftias no fe harian antiguamente grandes fepulcros. Por efto el Santo Doctor, que eftaria perfuadido à lo mifmo, una vez que hallò en los entierros hueffos de muertos de increible grandeza, teniendolos por hueffos de hombres, creyò que eran de Gigantes. Yà he dicho, que en affumpto yo no decido, expongo sì, y aclaro, lo que dixo San Agustin. Añado aora lo que es publico en Francia, sobre el cuerpo, que el dia 11. de Enero del año de 1613. fe encontrò en Langon, tierra del Delphinado. Abriòfe un fepulcro de treinta pies, y fe hallò en èl un efqueleto entero de hombre de veinte y cinco pies y medio de largo. Que el fepultado no era beftia, confta de la Información que entonces fe hizo, y de la Carta que Luis XIII. Rey de Francia efcribiò à M. Langon, instrumentos ambos autenticos, que contextan, no folo que era Gigante el fepultado, fino tambien què Gigante era, y còmo fe llamaba. Efto es lo que decia San Aguftin de aquellos fepulcros que cita, y es lo propio, que Autores de fé nos cuentan del de Theutohocho, fin hacer cafo de la terquedad de Mr. Falconet.

(...)

80. Pero concedamos libremente, que no fean de Gigantes los hueffos descomunales, que fe halla cada dia enmedio de la Nueva España. Convengamos por ahora con el Cavallero Inglès (M. Sloane), en que fean de Elefantes. Pregunto yo: Còmo hallando todos los días en la America los hueffos, y los dientes de efta beftia, (fi acafo fon de ella los que fe hallan) jamàs fe han hallado fus colmillos? Acafo el tiempo confumiò el marfil, y confervò el hueffo? Y es efto lo que prueba contra nueftros Españoles la Difertacion del Inglès? Defpues lo averiguarà el que fe quiera tomar efte trabajo; pero yo lo aconfejo tenga prefente, que en la Hiftoria Natural de Morton fe refieren hallazgos de dientes molares de Elefantes, y concluye aquel Autor, que

lo fon ciertamente; porque donde fe hallaron los dientes, tambien fe encontraron fus colmillos. (...)

> Torrubia José: Aparato para la Hª Natural, tomo I, páginas 63-69

Sobre la necesidad de pruebas para admitir la existencia de gigantes

La noticia de estos Gigantes, con quienes se refiere en esta Obra que hablaron por largo rato Mr. Byron, y sus Oficiales, es uno de los puntos que mas pueden ilustrar la Historia Antigua, y moderna por lo tocante en general a la existencia de esta casta de Hombres en cuerpo de Nación: sobre la qual se ha disputado vivisimamente en todos los tiempos.

Por una parte toda la Antigüedad los admite, la Sagrada Escritura los menciona, los Historiadores profanos tratan de ellos: convienen asimismo uniformemente en su existencia casi todos lo Navegantes, que han atravesado el Estrecho de Magallanes desde el año de 1520, en que le reconoció este famoso Descubridor, que le dió su propio nombre, sin exceptuarse el mismo Capitan Pedro Sarmiento de Gamboa, de cuya veracidad se convencerá facilmente qualquiera que lea su Derrotero. Ultimamente es innegable, que en varias ocasiones se han presentado en las Cortes y Ciudades populosas de Europa hombres de talla portentosa.

Por otra parte vemos, que los Sugetos mas doctos de estos dos ultimos siglos se declaran contra esta opinion, debilitando la fuerza de aquellas razones, y alegando otras dignas de la consideración más reflexiva. Interpretan el Sagrado Texto en el sentido, en que naturalmente lo entendió Theodoreto, y S. Juan Chrysostomo: advierten la poca exactitud de los Autores antiguos en algunos puntos, en contradicción, su falta de crítica, y la propensión de todos los hombres a captarse la admiración, y consiguientemente los aplausos del Lector por medio de las narraciones de cosas extrañas, y maravillosas: confiesan que de tiempo en tiempo se han visto viajar por la Europa hombres que por ser de la mayor estatura que se ha observado dentro de la especie humana, los ha calificado el Vulgo por Gigantes, sin convenir por eso en que exista, ni haya jamás existido un Pueblo entero o una Nación de personas verdaderamente agigantadas.

Notan tambien de paso el artificio inventado en algunos Paises para aumentar desde la tierna edad la estatura de los hijos, no sin detrimento de su salud y de sus fuerzas; en que no repara el ciego interés de los crueles Padres de estos Gigantes artificiales, acostumbrados ya por otra parte á disminuir con un motivo tan detestable el Genero Humano, y á destruir el mismo origen de su propagación. Ponderan igualmente la poca conformidad de los Navegantes sobre la medida, que se atribuye á los Patagones, de quienes se ha dado hasta aqui por los Viageros una idéa vaga, é indeterminada, en que pudo tener una gran parte de rezelo, y trabajo con que siempre se navega por aquellos peligrosos parages. A lo qual si se añade la uniformidad con que constantemente procede la Naturaleza en todas sus producciones, uniformidad á que parece se opone también en algun modo el haver hallado los mismos Navegantes poblado el Estrecho de otras castas de estatura regular; no se deberá estrañar que los hombres mas cuerdos aguarden á tener ulteriores pruebas para determinarse al asenso.

Reconociendo, pues, que si algo fuera capaz de establecer la existencia de los Gigantes, la establecería sin duda la Relación de este Viage; pedimos al Lector que la lea con reflexión, consulte las Obras que se han escrito sobre este célebre Problema, y forme libremente su dictamen, permitiendonos suspender todavía el juicio, ó á lo menos disimular nuestra opinion en materia tan delicada, y controvertida por los hombres mas sabios. Una reciente investigación de la Real Academia de la Historia de España sobre el asunto nos acaba de persuadir de la cautela con que se debe proceder en esta materia.

Recibió este Ilustre Cuerpo en 1766 una osamenta, que sacada segun consta por los Autos originales hechos en Buenos Ayres de uno de los diferentes sepulcros que á este efecto se reconocieron en el término, o campana, que llaman el Arrecife, Jurisdiccion de la Capitanía General de la Provincia de Rio de la Plata, distante de dicha Ciudad quarenta leguas; se conduxo á España, y remitió a la Academia por la diligencia de un Curioso en la suposicion de que aquellos huesos petrificados podrian haber sido parte del esqueleto de algun nacional Gigante. Vacilaba yá á vista de un testimonio, tan decisivo al parecer, el asenso de los mas incredulos Cortesanos; pero la Academia, acostumbrada á proceder con circunspeccion, decretó se hiciese un riguroso examen: observó por sí misma la osamenta, y los documentos que la acompañaban: hizola reconocer por los Anatomicos mas habiles, y estos dieron por verificado, que los huesos no pertenecian á la especie humana, conjeturando que más bien parecian ser de algun Quadrupedo, y acaso de la casta del Elefante, bien que no se atrevieron a determinar absolutamente la especie, porque estos huesos, aunque coordinados en la forma posible, no presentaban la estructura de un Esqueleto completo.

¿Quién, á vista de este desengaño, que no es el primero de esta especie que ha experimentado la credulidad de los hombres, no exigirá para dár credito á la existencia de los Gigantes, la mas acendrada fidelidad de parte de los Observadores, reiterada comprobación de sus observaciones, y lo que es mas raro, bastante exactitud, criterio, é instruccion para que no se halucinen al tiempo de hacerlas? de que resulta después el comunicar sus propios errores á los que han de juzgar por ellas.

No debió tener presentes estas, ú otras semejantes reflexiones el Traductor Francés de este mismo Viage, el qual no solo dá por resuelto el problema de la existencia de los Gigantes, mas tambien mezcla en su Prologo para confirmacion de su opinion citas inciertas, y novelas extravagantes, que injustamente atribuye á Escritores Españoles, en cuyas Obras no se encuen tran; siendo este uno de los muchos defectos que se notan en aquella traducción, en que es tan frecuente hallar equivocados los rumbos, erradas las correspondencias de las voces de Historia Natural, trabucado el sentido. y suprimidos, no pocas veces, pasages enteros del Original: defectos que hacen considerarla como Obra que concibió el amor de la novedad, y abortó precipitadamente el interés. Mas no nos detengamos en refutar errores agenos quando estamos para pedir indulgencia por los nuestros.

Prólogo escrito por Casimiro Ortega al *Viaje* del Comandante Byron

Noticias de viajeros diversos acerca de los patagones

Como el descubrimiento de la casta agigantada de Patagones es uno de los puntos mas curiosos, y extraordinarios de este Viaje; se persuade el Editor que será muy del caso el presentar aquí al Público todas las noticias que nos han dado sobre esta materia los Autores de los Viages anteriores acompañadas de algunas reflexiones. A la verdad una importante consequencia de esta expedicion es la de terminar la disputa que ha subsistido por espa-

cio de dos siglos y medio entre los Geographos, por lo tocante á la realidad de la existencia de una Nacion de estatura tan pasmosa; sobre lo cual no dexan yá ultimamente recurso para la duda los testimonios uniformes de las tripulaciones del *Delphin*, y del *Tamer*.

Fueron vistos estos (Gigantes) por Magallanes; cuyo Navío fue el primero que registró esta Costa, y que en 1519 descubrió el Estrecho, que conserva su nombre: pero el Escritor de aquel viage mezcló en su descripcion circunstancias igualmente fabulosas, y absurdas, y dirigidas unicamente á disfrazar la verdad en trage de ficcion. Hablando de uno de este Pueblo que pasó á bordo, dice: «Que su corpulencia, y estatura eran tales, que sin violencia le apropiaban el distintivo de Gigante: la cabeza de uno de nuestros medianos hombres no le llegaba mas que á la cintura y era gruesa á proporcion. Hasta aqui sin duda refiere en rigor la verdad; pero prosigue: Su cuerpo estaba pintado de un modo horroroso, particularmente la cara, teniendo figurada una hasta de Ciervo en cada megilla, y grandes circulos al rededor de los ojos. Por otra parte tenia el color casi enteramente amarillo, á excepcion del cabello, que era blanco. Por vestido llevaba groseramente cosida la piel de un animal tan estraño como el Dueño de ella; pues ni era Macho, ni Caballo, ni Camello, bien que participaba algo de cada uno de estos animales, teniendo las orejas del primero, el cuello del segundo, y la figura y cuerpo del último. Dicha piel le servia de vestido entero, hecho todo de una pieza de pies á cabeza. Las armas que trahía consigo, eran un fuerte arco, cuya cuerda estaba formada de intestino, ó nervio de la misma Bestia monstruosa, y unas flechas, que en vez de puntas de yerro, remataban en agudos pedernales. El Almirante le hizo comer, y beber, y parecia muy contento, y lleno de satisfaccion; quando pasando los ojos por un gran espejo, se asustó tanto, que de un salto que dió ácia atras, derribó dos hombres que estaban junto á él. Sin embargo de lo qual se le trató tan bien, que nos conduxo luego otros; y descando el Almirante hacer prisioneros algunos de esta Nación agigantada, les llenó las manos la gente del Equipage de aquellas bujerías que mas les agradaban; y al mismo tiempo les puso en las piernas grillos de yerro, que ellos tomaron por algunos hermosos jugueres, deleitandose con el retintin de su sonido, hasta que se reconocieron burlados, y presos, que entonces empezaron a bramar como toros, implorando en esta extremidad la ayuda de Setebos. Uno solo manifestó mas fuerza, que nueve hombres empleados en sujetarle, y aunque ellos lo tenian debajo, y atadas estrechamente las manos; sin embargo él se quitó las ataduras y prisiones á pesar de todos sus esfuerzos para detenerle. Su apetito es proporcionado á su fuerza, pues uno de ellos se comió un cesto entero de bizcochos de una sentada. Comen carne cruda: no tienen morada estable, sino en ciertas chozas portátiles. No podemos menos de reparar, que sin embargo de ser imposible que el Autor entendiese su lengua, afirma, que refinieron estrañas cosas de figuras horribles, y phantasmas que frecuentemente se les aparecian, de los Demonios con cuernos, y cabelleras muy largas, echando fuegos por delante, y por detrás. Su pretendida practica en la Medicina es

igualmente absurda y ridicula: la qual nos la representa, como que consiste unicamente en sangrar, y vomitar, lo primero haciendo una buena herida con un instrumento cortante en la parte afecta, yá sea en las piernas, yá sea en los brazos, ó en la cara; y para excitar el vomito, dice, que introducen hasta pie y medio por dentro del gaznate una flecha; cuyas circunstancias deben sin duda destruir el credito de su narracion, aunque en otros puntos sea verdadera, y exacta.

De esta Nacion de Indios hizo despues mencion el Señor THOMAS CAVENDISH, que parece los vió solamente desde lejos, y que juzgó de su estatura por las huellas de sus pies impresas en la arena; pues haviéndo observado que mataron dos de los suyos con las flechas; añade que parecian de una casta agigantada, teniendo cada uno de sus pies diez y ocho pulgadas de largo. Por esto puso á este País el nombre de *Patagonia*, queriendo dar á entender que la gente era de cinco codos y medio de alto.

Fue despues informado el Público por el Escritor del Viage del Almirante VAN NOORT hecho en 1598, que se havia sabido de un Muchacho Indio, que llevaron consigo del Estrecho de Magallanes, y a quien enseñaron el Holandés; que el País era habitado por quatro Naciones, tres de las quales eran de talla ordinaria, y la quarta de diez ó doce pies de alto. A la verdad es solo un testimonio de un Muchacho: pero en la Relacion del Viage hecho en el mismo año por el Capitan Holandes Sebaldo DE WEERT, se confirma el testimonio de este Muchacho, pues dice aquel Capitan, que halló siete Canoas en el Estrecho de Magallanes, en las quales havia Salvages de color roxo, y largas cabelleras, que al parecer tenian diez ú once pies de alto.

De esta Gente hace igualmente mencion el Almirante SPILBERGEN, que navegó por el Estrecho de Magallanes en 1614, y advierte que un dia vieron un hombre en la Costa, que se subió primero á un cerro, y luego á otro para observar la Esquadra, y finalmente baxó á la playa con el mismo fin, de forma que fue visto por toda la Tripulacion, que uniformemente convino en que era mas alto que los Indios, de que habla el Autor del Viage de Magallanes.

El ultimo Escritor que trata de los *Patagones*, es el Capitan SHELVOCK, que en la Relacion de su Viage al rededor del Mundo en 1719, descubriendo la Isla de Chiloe, que está en frente de la Costa de Chile, en 43 grad. de latitud meridional dice: «Que la mayor parte de la Gente es de estatura ordinaria, pero que, segun MR. FREIZER, en la parte interior del Continente hay una casta de talla extraordinaria, y que probablemente fue informado por testigos de vista, de que algunos de ellos tenian cerca de nueve ó diez pies de alto.»

En suma, este Viage ha establecido efectivamente por lo tocante á la estatura de los *Patagones*, el testimonio de estos Autores, los quales consideraremos separadamente de otras circunstancias que ellos han mencionado, y que tienen todas las apariencias de meramente arbitrarias.

Por último insertarémos aqui, como otros tantos documentos, que confirman lo que refiere nuestro Autor, las siguientes Relaciones, que se nos han comunidado sobre esta Gente extraordinaria. Su veracidad por cierto no necesita de apoyo para con aquellos que tienen la fortuna de tratarle: pero como por ciertos motivos no se ha podido poner su nombre en la portada de esta Obra, hemos sido aconsejados á publicar, quantos informes nos fue posible obtener por lo tocante á este phenomeno tan extraordinario.

Un Caballero, Oficial de uno de los Navíos, que estuvo en la Costa junto con nuestro Autor, nos ha dado la Relacion siguiente:

*Hallandose el *Delphin* diez ó doce leguas internado en el *Estrecho de Magallanes*, la gente que estaba en el Combés descubrió en la costa del Continente treinta o quarenta personas de estatura extraordinaria, quienes miraron atentamente á los nuestros, hicieron señas amistosas, por las quales les convidaban al parecer á saltar a tierra: mientras otros que estaban arriba, descubrieron con sus anteojos mucho mayor numero, como á una milla mas tierra adentro: pero atribuyeron su tamaño aparente á la obscuridad del ayre. Y haviendo sucedido, que en este instante nos sobrecogiese la calma, Mr. BYRON juzgando que no debiamos perder tiempo para tomar tierra, resolvió desembarcar, con el fin de vér estos Indios, y observar lo que pudiese de sus costumbres. Dispuso, pues, una Embarcacion de seis remos para sí, y los Oficiales, y una de doce para llenarla de gente, y de armas para la defensa, en caso de que intentasen sorprehenderle, ó insultarle, ó á qualquiera de su comitiva: bien que no se veía que los Indios tuviesen nin-

Al desembarcar el Comandante en compañía de su Theniente, hizo señal á los Indios, que se iban amontonando al rededor de él, para que se retirasen; lo que executaron, inmediatamente hasta la distancia de treinta o quarenta baras. Entonces abanzó como veinte baras ácia ellos MR. BYRON acompañado de su Theniente: y su numero se aumentó de repente á poco mas ó menos de quinientas personas entre hombres, mugeres y niños. Huvo á este tiempo de una parte y otra muchas expresiones de amistad, manifestando los Indios su alegria, y satisfaccion, entonando varios tonos estraños, palmoteando, y sentándose ellos, sus mugeres, y niños con demostraciones de regocijo al rededor de cuentas, y otras bujerias, que recibieron con singular gusto, atando el mismo al cuello las gargantillas á algunas mugeres, que tendrian al parecer de siete pies y medio á ocho de alto, y los hombres por la mayor parte nueve; bien que algunos eran aun muy altos. El Comandante, siendo así que es de estatura de seis pies, apenas podia poniendose de puntillas, llegar con la mano encima de la coronilla de la cabeza de uno de estos Indios, que no era el mas grande, ni con mucho. Los hombres son bien hechos, quadrados y de una fuerza espantosa. Ambos sexos son del color del cobre: tienen el cabello largo y negro, y andan vestidos de pieles atadas al cuello con una correa, con la particularidad de que los vestidos de los varones son sueltos, y abiertos, y los de las hembras ajustados con una especie de faxa. Varios de ellos, tanto hombres

como mugeres, montaban á horcajadas en sus Caballos, que tendrian como quince manos (bands) y media de alto. Trahían tambien consigo algunos perros, cuyo hocico acababa en punta como el de un zorro, y eran casi tan grandes como nuestros perros de presa regulares.

Estas buenas Gentes convidaron al Comandante y á todos los que havian desemabarcado, á internarse con ellos en el País, mostrandoles el humo que se elevaba á cierta distancia, y llevando la mano á la boca como en señal de ofrecerles que comer. En recompensa propuso el Comandante á los Indios, que viniesen á bordo del Navío, que les indicaba con la mano; pero ellos por su parte rehusaron igualmente admitir este ofrecimiento: y así acabada esta conversacion que se tuvo enteramente por señas, y duró mas de dos horas. Se separaron dandonos las mayores muestras de amistad.

El País de toda esta Comarca es arenisco, pero está cortado por algunos cerros pequeños, cubiertos de una hierba corta y grosera, y de arbustos que no pueden servir, según lo havia ya observado mucho antes el Sr. IVAN NARBOROUGH, ni aun para mangos de hachas.

Otro Caballero, que estuvo á bordo de uno de los Navíos, comunicó al Editor otra Relacion enteramente conforme á la antecedente, añadiendo en ella las siguientes circunstancias. Dice, pues, que quando se hubieron internado diez ó doce leguas en el Estrecho, se distinguieron, por medio de los anteojos, sobre la Costa algunos Indios de estatura prodigiosa: pero que esta extraordinaria magnitud fue tenida por engañosa, y causada por la cerrazon del ayre, que estaba nublado, hasta que acercandose á tierra se vió, que eran aun mas grandes, y que hacian señas amistosas á la gente del Navío, convidandoles á salir á tierra. Que quando el Navío hizo vela buscando un parage á proposito para el desembarco, prorrumpieron estos Indios en gritos muy tristes, dando a entender que les pesaba que el Navío se ausentase, y que nuestra gente no quisiese ir á Tierra. Dice también, que estos Indios eran cerca de quatrocientos, y que como una tercera parte de ellos estaban montados en Caballos, que no eran mas grandes que los nuestros; y que por consiguiente no teniendo estrivos los ginetes, levantaban las rodillas hasta la cruz de los Caballos. Eran de la partida varias mugeres y niños, que los Ingleses tomaron en brazos para besarlos, y acariciarlos con gran satisfaccion de parte de los Salvages. Refiere el mismo Oficial, que por muestra de cariño y estimacion algunos de ellos le tomaron las manos entre las suyas, dandole golpes muy suaves; y que varios de los que él vió tenian diez pies de alto, las facciones muy regulares, y bella disposicion de cuerpo, el color de cobre encendido, y ninguna arma ofensiva ni defensiva. Añade que parecia ponian su mayor atencion, y complacencia en el Theniente CUMMINS, á causa de su alta estatura, que era de seis pies y dos pulgadas; que algunos Indios le dieron golpecitos en el hombro, haciendo, al caer las manos tanto peso, que se le conmovia todo el cuerpo.

Ultimamente otro Oficial de la Esquadra presentó á la Real Sociedad de Londres una Relación sobre esta Nacion extraordinaria, en un Escrito, que este Cuerpo de Sabios dará al público entre sus Memorias. Esta Relacion confirma los mismos hechos, y añade que estos Indios parecia que tenian muy despejado el entendimiento, que comprehendian con facilidad las señas que los nuestros les hacian, y que manifestaban en todo un caracter dulce y sociable.

MARISA GONZALEZ MONTERO DE ESPINOSA

No sabemos el uso que los Theologos haran de estas noticias; pero ellas prueban ciertamente lo que se halla notado en la Escritura y aun en los Escritores Gentiles: es á saber que huvo (y aun hay) castas de Gigantes.

> Comandante Byron: Viage alrededor del mundo... (Traducc. de C. Ortega). Apéndice

Vocabulario patagón

Partes del cuerpo

| Caveza | Guil |
|-----------|------------|
| Frente | |
| Oreias | Cauliken |
| Orejas | Shene |
| Ojos | Gottel |
| Carrillos | Capank |
| Nariz | Oo |
| Labios | Shum |
| Dientes | Curr |
| Lengua | |
| Rigore | Del |
| Bigote | Machen |
| Barba | Má |
| Garganta | Omer |
| Vientre | Guim |
| Mano | |
| Pie | Ore, ô Fan |
| Pie | Keal |

Adornos

| Vestido | Kakoesen |
|----------|---------------|
| Cinta | Chalds |
| Cordón | Crieida |
| Sambana | Cacha |
| Sombrero | Koja |
| Trenza | Korkegue |
| Hevilla | Kochelkegutar |

Abios de Cavallo

| Brida | Shum |
|--------|------|
| Bocado | Can |

Verbos

| Andar | Alguen |
|------------|------------|
| Hablar | Heaken |
| Baylar | Andiam |
| Beber | Kara |
| Cantar | Kaguen |
| Comer | Catanocho |
| Dormir | O-koten |
| Embolar | Korsaken |
| Escopetear | Selbak |
| Escribir | Ore |
| Fumar | Hangui |
| Levantarse | Kean |
| Llorar | Jakangui |
| | Sekey |
| Querer | Kut-kut |
| Quitar | Kaken |
| Romper | Aljekuen |
| Saltar | Pee (?) |
| Sentarse | |
| Travajar | Ashul |
| Volar | Anguenguen |

Numerales

| T Y | Cheuquen |
|---------|------------|
| Uno | |
| Dos | |
| Tres | Keash |
| Quatro | Kekaguy |
| Cinco | |
| Seis | 1377 . L. |
| Siete | Kuka |
| Ocho | |
| Nueve | ** 1 |
| Diez | 1 |
| Veynte | ve 1 37 1 |
| Treinta | |
| Setenta | 1 |
| Ciento | TT 37.0000 |
| CICILO | |

Nombres genéricos

| Hombre | Nuken |
|-----------------|---------------|
| Muger | Zunum |
| Muchacho | Nukenke-Kaleb |
| Muchacha | Zunum-Kekalum |
| Marido | Chaguán |
| Padre | Yecamesh |
| Madre | Yaman |
| Hermano | Chen |
| Niño | Calum |
| Navío | Carro |
| Junco | Guakemjaro |
| Mentira | Zauen |
| Pájaro | Guerrio |
| Piel | Zog |
| Piedra | Chana |
| Perro | Ejeguen (?) |
| Pluma | Aujar |
| Mana | Kenio |
| Yerba | Ottá |
| Total | Chá |
| Toda | Keuken |
| Capitán | Agá |
| Mucho | Azum |
| Frio | Azussen |
| Grande | Mazi |
| Chico | Tuden |
| Viento | Koskil |
| Escopeta | Sembak |
| Fuego | Hamonaka |
| Agua | Karra |
| Sí | Chea |
| Llave | Gunkerarue |
| Casa | Cocha |
| Amigo | Kemparkem |
| Гота | Ché |
| Dáme | Mama |
| Arriba | Zougen |
| Nieve | Maygga |
| No más | A-Shoko |
| | |
| Nombres Propios | |

MARISA GONZALEZ MONTERO DE ESPINOSA

Nombres Propios

| Dios | Kakenga |
|------|---------|
|------|---------|

| Sol | Shwim |
|------------|----------------|
| Lima (?) | Amanía |
| Avestruz | Elue |
| | |
| Avichuelas | Yupetz |
| Garvanzos | Kekuretareguer |
| Lentejas | Sella (?) |
| | Apula (?) |

(Vocabulario atribuido a Antonio Pineda, 1789)

Museo Naval, Manuscrito 590, folios 34 vuelto-35

Cuestionario sobre población indígena de Chiloé

Preguntas:

- 1ª Si el Pais, reconocido és montuoso, ó llano; y si havitan, o alcanzan la Cordillera.
- 2ª Quales son las Naciones Comarcanas; si son numerosas, y si tienen guerras frecuentes.
- 3ª Si son numerosos; si cultivan, que cultivan, y como cultivan.
- 4^a Si conocen los Patagones.
- 5ª Qual és su Religion, y quales sus ritos?
- 6º Si pelean á pie. u á caballo; quales son sus armas, y como pudieramos corregirlas.
- 7ª Si pudieran alcanzarnos en Valdivia con algunas cosas suyas.
- 8ª Qual es su comida? ó alimentos.
- 9ª Si son Poligamos, ó de una sola muger, si quieren á sus hijos, como los educan
- 10º Si viven mui biejos, dequé enfermedad adolezen, y como las curan. Qual es su modo de guerrear; si gustan mas bien delas tretas, ó dela Guerra 11º abierta.
- 12^a Si tienen Escritura; si tienen musica, quales son sus bayles?

LA DUSTRACION Y EL HOMBRE AMERICANO

- 14ª Si tienen algun rito con sus difuntos.
- 15ª Sí hacen cambios con las Naciones comarcanas, ó con los Españoles.
- 16^a Que delitos castigan y como?
- 17ª Si es hereditario el Empleo de Cazique.
- 18ª Quando se ban para escribir a él Gov^{or} de Valdivia por duplicado?

Ms. 318 folio 10 del M.N.

Cuestionario sobre la población indígena de Chiloé

Respuestas:

- 1ª El País és llano con colinas, muchos rios, ninguno de peligro. El Rio bueno muy frondoso: se alcanza á ver la cordillera mui alta y siempre nebada: conocen los retratos de los Patagones, y confirman que son Peguenches: Dizen que hay otros mui grandes que ya no pueden montar a caballo: cambalachan por medio de su cazique que guarda el boquete de los Andes, y comunica con los mismos Patagones, ó Peguenches.
- 2ª Cultivan toda especie de semillas, lino, y labranza, labran con Bueyes; tienen Hachas, y azadas, solo para trabajar los Estremos de lanzas con piedra, usan de tornos, y otros Med^{OS} civilizados. Son muchos; usan dela Greda para teñir el Fierro.
- 5ª No creèn en quanto á religion aún principio bueno; solo si tienen uno malo, áquien solicitan y consultan con agueros: álos santones llaman adivinos: los consultan y los pagan.
- 6ª Tienen las formaciones, como las ntras de Quadros; Tienen tropas de apie y ácaballo: sus armas; Lanzas: Sables: Machetes: Lazo para ganado: Usan dela escopeta: usan una especie de coraza de cuero preparado casi impenetrable: Pelean desnudos de caveza; se quitan los calzones, porque estando mal atados pueden quitarles el andar si se caen.
 - 8ª Carne cocida y asada y menestras.
- 9ª Una sola muger: Las demas concubinas. Quieren mucho ásus hijos: los educan bien: casan los hijos mui niños: agarran la mujer y sela entregan.

- 10ª Viven mui viejos: No cuentan los años; y saven las lunaciones: Tabardillos: Evacuaciones de sangre: Usan las yerbas, pero las toman con agua fria: Hay Galico: Lo curan con piedra lipe. Los Españoles padecen: Lle-
 - 11ª Usan delas tretas.

van Bandera.

- 12º Usan dela musica y la conozen: Tienen musica de Guerra con clarines dados de Valdivia. Bailan y cantan.
 - 13ª Cada Nación recoge sus muertos: Los entierran en una canoa tapada.
- 14ª Hacen muchos estremos por los hermanos y amigos: casi nada por la muger.
- I6ª El adulterio de muerte: Los robos los hacen pagar: Los (...) si se cree por los Adivinos que hayan sido causa de una desgracia los matan ignominiosam^{te}.

17ª Es hereditario pero en los hermanos antes que en los hijos.

(Siguen unas líneas en italiano, y a continuación su traducción:)

Me hé alegrado muchisimo de haver pisado en esta Plaza, en donde antiguam^{te} pisaron ntos antepasados. Tambien me alegro de haber visto el S^{OT} Governador.

Ms. 318 f. 9-9 vto. del M.N.

Cuestionario enviado a Antonio de la Mata para recabar información sobre Chiloé

Preguntas:

1ª Se desea saver el Numº de Abitantes de todas Clases, que comprende el Govierno de Chiloé, los que son Españoles y Indios, los Corregim^{tos}.en q^e se dividen, los Impuestos q^e pagan, el modo de Cobrarlos, y lo que poseen en general sea en Tejidos, ô Carnes, ô Tierras.

2^a Se desca saber la fza. de la Introduccion del Estanco del Tabaco, el Producto liquido que ha dado a S.M., el modo de administrarlo, el modo de adquirirlo, y su Calidad, y Precio Corre. ^{te}.

3º Se solicita el Valor corr^{te} de las Tablas, Jamones y Ponchos; y los Precios a que S.M. los recive como Tributos; No serà inoportuna a el mismo tiempo una Noticia de la Administracion de Aduanas de lo que pagan los Efectos de Entrada y Salida; y los Precios corrientes de los Efectos así Comestibles, como de Abrigo y Lujo.

- 4ª Se desea una noticia de los Frutos, que aquí se cultivan, particularm^{te} Trigo, Papas. Qual es el Tiempo de su Siembra, y Cosecha; quanto producen en Año bueno y qual es la proporcion de los Años buenos, con los Malos.
- 5ª Se solicita una Noticia de los Peces, que aquí se secan ô salan; del modo y Tiempo de pescarlos; de los que se han embarcado, y para donde y hasta que Cantidades pudiera estenderse este Ramo util de Industria.
- 6ª Se pregunta igualm^{1e} si en estas Costas hay abundancia de Ballenas, Lovos Marinos, ô otros Peces de grasa, Esperma, y Aceite; y si hay aquí, ô ha avido algun Metodo de cojerlos, y aprovecharlos.
- 7ª Se pregunta el Situado q^e S.M. tiene asignado a esta Isla; y el Numº de Empleados por S.M. y Sueldos, que gozan: Fuera util saver, quanto paga S.M. por la Conducción de estos Caudales desde Lima, y que otros Efectos remite por su cuenta.
- 8ª Se desea saver, quantas Embarcaciones vienen anualm^{te} de Lima a este Puerto; que carga traen, y qual buelven a llevar.
- 9^a Se pide un Estado de las Tropas así Veteranas como Provinciales, q^e guarnecen esta Provincia; y los Fuertes y Baterías, que la defienden; ygualm^{te} q^e la Artilleria, y Peltrechos de Guerra con distracion de utiles ô inutiles, con q^e estan dotadas.
- $10^{\rm a}$ Se solicitan saver las Medidas, que se tomaron en la ultima guerra, para asegurarse así de la tranquilidad de los Naturales, como de las Invasiones de los Ingleses; y si se remitieron desde Lima p $^{\rm a}$ este Efecto Caudales Estraordinarios.
- 11ª Se pregunta, si en la Parte Meridional de la Isla hay alguna, aunq^e remota Comunicacion con los Indios abitadores del Archipielago de Chonos; y costas mas a el S. se desean saver igualm^{te}, quales quiere otras Noticias, q^e hayga relativam^{te} a la Tierra de la Campana, Islas de Inchix, y Sⁿ Fernando, y Fondeaderos buenos ô Malos en aquellas Costas.
- 12ª Quando han sido las ultimas Ostilidades con los Indios Comarcanos, que creò se ciñan a las dos Especies de Juncos, y Guilliches; y con q^e exito de parte nuestra.
- 13ª La Comunicación actual con Valdivia por Tierra, como se conserva; quantos Correos pasan anualm^{te}, que derrota llevan; que dificultades suelen encontrar; y en quanto tiempo suelen hacer el Camino sea en Ibierno ô en Verano.
- 14⁸ Se preguntan los Periodos regulares de las Estaciones, Vtos reynantes, Tiempos lluviosos; Tempestades de Rayos, Granizadas, y Nieve: Y si son iguales sus Efectos en toda la Isla, ô diferentes, en diferentes parajes, segun sean llanos ô Montuosos.
- 15ª Hay Volcanes en la Isla? Y arrojan una û otra vez, ô siempre Materias Igneas, ô Cenizas? Suelen tambien esperimentarse Temblores de Tierra?

 Corv^a Descubierta à 9 de Fevr^o de 1790.
- 16ª Se pregunta tambien en estos ultimos ocho â diez Años, que delitos graves han ocurrido en la Provincia; y como se han castigado.

17ª Se desea saver si la Poblacion, en estos ultimos Años crece ô disminuye, y cuando se hizo el último Censo.

18^a Quantos son los Eclesiasticos, que actualm^{te} hay en la Provincia. como viven, y como estan repartidos.

Ms. 426 f. 131-132 (Copia Malaspina) M.N.

Cuestionario enviado a Antonio de la Mata para recabar información sobre Chiloé

Respuestas:

- 1ª El total 27 m Almas: Españoles 15.300. Los Indios 11.3. Los Indios pagan por cada Tributo cinco Pesos: El Tributo se paga de 18 años a 50 = La Poblacion va a menos: El Año de 13... 50.000; El Año de 72... 32.000; y el Año de 87 lo q^e acava de expresarse: Se cobra en Plata, Tablas ô Jamones; y en los semestres; pero se ha omitido cobrar en el Ibierno, porq^e las perdidas de Piraguas, y Frutos eran considerables: Los Españoles no pagan, pero hacen los Servicios de Armas sin Paga ni Racion: Travajan igualm^{te} en los Caminos, y demas Servicios Pecheros, porq^e los Indios no pueden distraerse del Trabajo, para alcanzar a satisfacer el Tributo.
- 2ª Desde 22 Años, y luego el Papel sellado: El Tabaco ha solido dar de 3 a 4 m. Pesos, sea en Frutos, ô en Dinero: Se consume bastante Papel: El Tavaco 4 rreales el Mazo de 10 a 13 Onzas en Bruto: Viene de Lima: No es bueno.
- 3º Los Ponchos a 12 Pesos tasados; pero no convenía a el Rey: Los Soldados son Guardas tienen ocho Pesos de Gratificacº pª estar a bordo; la Administracion de la Aduana, tiene Ministro, y Interventor; que en el dia se han muerto: Hay un Arancel para Cobros de Entrada, y Salida, y un Aduana, donde se toma razón de todo lo qº entra, y sale, El Trigo y Arina libres.
- 4ª Respondida por Quintana y Valdés. La proporción del Malo con el Bueno de 3 a 1.
- 5ª Se han salado Robalos, y se sala Sardina: la Sal viene de Lima: El Rovalo salado aora no conviene: No se costea con diez Pesos quintal: El Año pasado doce corrientes: Van a la Cordillera a pescarlo; y estan como dos meses fuera.
 - 6ª Hay Ballenas, Lovos Marinos; y aun Corvina: Se saca partido de los

lovos para aceyte de Luces: Hay unos Indios Gayanecos, establecidos en las Inmediaciones de Castro, que van a pescar a veces hasta el Archipiélago de Chonos.

7º Ha aumentado de 22 m; habiendose agregado una Compa, q^e cuesta, como otros nueve mil Pesos; y faltan otras dos Compañías: Completas las tres importarà el todo de Sueldos hasta 72 m. Pesos. Solo remiten algunas Tablas a Valdívia: El Governad^r 6600: Ayud^{te} Mayor 480 Pesos, Moraleda Sueldo doble, Gratificación de Mesa y Criado: Los Soldados diez Pesos: El Capⁿ At² 90. Los 65, los de Infanteria 50 y los Dragones 51 1/2: Los de Asamblea 780 a el Año: Los Sarg^{tos} de Asamblea 26, los Cavos 18.

8ª Vienen entre seis, y ocho desde 20 a 40 m. Tablas.

9ª Vendía el Estado; Se armaron, y aquartelaron en la Guerra quatro Compañías Provinciales. Este Gasto estraordinario se ha satisfecho yá desde Lima.

12ª En las Imediaciones de Valdivia asía Concepcion: Aquí hay una tranquilidad continua, y uno q^e tiene 106 Años de Carelmapu, solo lo ha oido a sus Antepasados.

13ª (...) Correos son estos: Este ultimo tardó de Valdivia 19 dias; però no hacía diligencia: En Ibierno hay una Porción de Rios Intransitables.

14ª Muy pocos Rayos y Nieve; però bastantes Granizadas: En Castro mucha Nieve. El Ibierno se declara por Fines de Mayo y dura mucho: La Costa muy serrada con los N. NO y E: Estos ultimos dominan mucho y lluviosos. El Sur legítimo y bueno deve tener NO por la mañana.

15ª En la Tierra firme el Pan de Azucar a el N y el Corcobon a el S.

 16^a Franciscanos de Misiones 15 - Observantes 2, 1 Mercenario, un Cura Castrense. Deve reformarse por una R. Orn. de 87 todo Convento, q e no tenga 5 Religiosos.

17º Muy pocas muertes, bastantes Robos: El ultimo Castigo de Muerte el Año 82, se ahorcó una India, por haver Muerto su Marido, para casarse con otro: Este delito es bastante comun, usando del Veneno, en Hombres y Mujeres.

Los Indios son muy supersticiosos; y creen en Echizos, Incantos ec: Se curan con Huesos, Cavellos y otros mil simbolos de Supersticion: Los confirmava la Mujer de Mata.

Ms. 337 f. 99-99 vto. del M.N. (Copiado también en el Ms. 318 f. 7-8 del mismo Archivo)

Contestación al cuestionario enviado a Castro

Curato de Castro: Comprehende los Partidos de Castro, Chomchi, Perquelon, Queilen, Achau, Meulin y Tenaum. El 1º se forma de 11 Capillas. El 2º de 5. El 3º de 6. El 4º de 8. El 5º de 8. El 6º de 5. El 7º de 8, ay en el 10031 Españoles Criollos 8750 Ind⁸

Curato de Chacao: Comprehende los partidos de Chacao y Pudetu esto es 17 capillas, inclusa la Real, y en ellas 3107 Españoles criollos y 1464 Ind^S.

Curato de Balbuco: Contiene solo el partido de su nombre, y 14 Capillas en las que se comprehenden 1334 Criollos y 1403 Ind^S. De manera que la Población total de esta estensa Isla parece constar de 27 (m.) almas; Españoles 15.300, Indios 11 (m.) y tantos.

La Poblacion decrece subsesivam^{te} se contaban en la Isla el año 13 de este siglo 50 (m.). El año de 72, 32 (m.) y el año de 87 el num^e que precede, y en los intermedios hasta el actual no ay motivo para crecer un aumento considerable.

Animales utiles que ay en Chiloé

| Bacas3780 Yeguas3525 | Toros1024 Potros936 | Caballos3467 Cerdos5054 |
|----------------------------|---|---|
| Obejas86.623 Chibos1354 | Carn ⁵ 2160 Gallinas20740 | Cerdas3381 Cabras17.307 Pavos1200 |
| | | Gansos800 |

Arboles frut: 48793 Manzanos 192, Membrillos. Cosechas: 3271 Faneg^S de Abas, 33 de Porotos, 152 de frixoles, 17557 de Trigo, 11420 de Cevada, 65000 de Papas, 222 de Quinoas 109 arrobas de Lino: 200 faneg^S de Bellota: 160 de ajos, 4800 Repollos.

Tributos: Los Españoles estan esentos, pero hacen los servicios de armas, sin paga ni racion; trabajan igualm^{te} en los caminos, y demas servicios pecheros, por q^e los Indios no pueden subtraherse del trabajo para satisfacer el Tributo que se les impone (Sin embargo el Indío muchas veces padece vejac⁵, de llevar cartas, subminist⁵, bagages, y otros gravamenes sin ningun subsidio).

El Indio paga cinco pesos por persona desde 18 años arriba hasta 52 se cobra en dinero, plata, tablas y Jamones en 2 Semanas. Se dispensa cobrar en invierno porque las perdidas de Piraguas y frutos eran considerables. Cada Pueblo tiene un numero fixo de contribuyentes proporcionado al de los abitantes, y el Alcalde está obligado à presentar el importe aumente ó disminuya la Población pues el impuesto no varía hasta nueva Matricula que no tiene epoca determinada.

Este tributo personal se impuso à estos Indios desde una epoca moderna 8 o 10 años ha p^r equivalente de la servidumbre que tributaban à los Criollos que los tenian casí como esclavos en encomiendas trabaxando para ellos sin lucro propio.

Esta providencia digna de un Govierno ilustrado y humano ha sacado a los Indios de una esclavitud que no merecian, y ha producido en los criollos un espíritu de industria, à que no tenian costumbre. Todos se sirven à si mismos, y todos por necesidad trabajan. La distincion de amos, y criados, y por consiguiente los fueros de un Nobleza que insulta a lo restante del Pueblo aqui no se conoce. La sobrina del Capⁿ, la muger del simple soldado, igualmente andan descalzas, laban, y hacen las labores qual la ínfima chilota.

Caracter de los havitantes: Los havitantes de esta Isla tanto Criollos como Indios son humildes, pacíficos, y obsequiosos, obedientísimos à los que mandan una disposición no pocas veces se abusa. Lo mismo que del sagrado nre del Sob^O en cuio nre se les exige indevidos servicios alg^{as} veces.

Alimento: El principal alimento del Indio consiste en arina del trigo groseramente molida, y tostada, à que suelen agregar una tercera parte de cebada molida en la misma disposicion, desleida en agua caliente, lo q^e reputan por sano y exc^{te} alim^{to}. Las papas asadas al rescoldo removida muchas veces con un palillo son excel^{te} alim^{to} y hacen el oficio de Pan, tambien entran bien en diferentes guisados.

Prefieren tanto en este Pais como en otros de America los condim^S picant^S principalmente en la Quinua.

El Marisco, mexillones, Lapas, Cangrejos varias especies compone parte y à veces el total alim^{tO} de estos havitantes, los de la parte Occident¹ de la Isla se aprovechan de este manjar con que el mar los brinda; Igualmente que de una especie de fucus cuios tallos parecen correas de coche, el qual lo asan al rescoldo, su sabor me pareció insipido.

Tambien comen murtillas, la fruta q^e llaman Luma que parece la uba espino, solo que es negra, la frutilla de una especie de Arbutus, la fresa chilena, manzanas... y en tiempos de necesidad ciertas criptogamas... Comen tambien la flor de la planta que llaman Queroalba que chupan, y llaman chupones.

Industria y comercio. Tiene en toda la Isla 352 Canoas, y 472 Pirag^S que se emplean ya en el comercio interior de la Isla, ya en ir al contin^{te} donde cortan el Alersis uno de los principales Arb^S de su comercio 200 (m.) tablas cortan annuâlm^{te} de esta madera q^e truccan con los efectos que les vienen de Lima cada tabla vale 2 r^S con 1/3 de ancho, 4 1/2 varas à real 2 1/2 var^S de largo sobre 1/4 dev^a, y 1 pulg, de ancho y otras de m^{OT} precio, estamadera tiene el color de Cedro y excelemt^S propiedades tambien preparan una buena cantidad de Jamones.

Las mugeres trabajan la lana, el lino y el poco algⁿ que se coge hacen Ponchos, Bayetas, Mantas, Manteles, y Sabanillas y sobre camas bordadas. Sus telares son de la mayor sencillés 4 palos cilindricos ordin^S que forman con Quadrilongos, los maiores de 2 varas los menores de 1 1/4: 2 peínes para subir y baxar los tramos y una espada de madera para unir y apretar los hilos transversales, constituyen esta maquina, amano entremeten los hilos de varios colores con q^e forman el Poncho varias flores, y adomos de diverso colorido al gusto del Pays: Pueden trabajar dos operarios à un tiempo mezclando cada una p^r por su parte al alzar la trama las hebras de la dibersa labor. 2 meses de trabajo cuesta la fabrica de un Poncho que tendrá sobre 4 varas en quadro cuio valor sera de 12 duros, esta maquina aunque no faborece, ni ahorra el trabajo que otras al fabricante su poco costo, pues con quatro palitroques la hacen, la recomiendad a estas pobres gentes.

Son dignos de noticia los faciles modos con que tiñen los hilos de diversos colores que emplean en la construcción del Poncho, que aunque no resisten al agua fuerte no dexan de ser vistosos, y de durar hasta que la ropa está en su ult^o estado de servicio, sin embargo que dura bastante. Consisten p^a el Amarillo... en las racduras de un Arbusto espinoso ilamado *Mechay* que hechan en agua al mismo tiempo q^e la materia teñible se pone à hervir el todon (?) y à proporcion del hervor se consiguen mas ò menos vivos colores (para el amarillo en Concepcion se hechan los hilados en la infusion de Porcura con cuias plantas estan horas, los lavan, los echan en la infusion de Poquil, donde se hierven hasta que tomen color: de amarillo, luego que se sacan de esta infusion los refinan el colorido echando los hilados en horines hervidos donde se tienen un rato y quedan como combiene.

Roxo: Hacen un cocim^{to} proporcionado de salvado labado, y en el se macera p^f 24 hor^s el rolfibun que es una especie de rubia apelina las ojas verticiladas pequeñitas el fruto bilolo (vease Néc) y en esta infusion se echan las materias teñibles preparadas de antemano, esto es mojadas en disolución de agua y porcura una especie de alumbre del Pais despues se hierye todo como se dixe arriba.

Azul: El añil se macera en agua p^r 6 u 8 dias hasta su disolucion esta y los hilados mojados en porcura se maceran en orines antiguos y fermentados p^r 20 o 30 dias p^r lo menos.

Verde: Mojados los hilos en este ult^o cocim^{to}, toman un color saxon, y despues haciendo la misma operación que para el amarillo resultan teñidos de verde.

Negro: Las materias teñibles se cuesen en agua con un barro que llaman estos naturales greda, con lo que reciven un buen color negro.

Usan en lugar de estopa para embrear sus Piraguas de las ojas machacadas de la planta que llaman *Ziaca*. Hacen cuerdas de una planta cuios tallos delgados, largos, y flexibles permiten ser torcidos como si fuesen hebras de cañamo la llaman *Nocha*.

Sin embargo de los productos de industria que arriba se refieren en el Comº con Lima sale la balanza muy contraria; pues reciven los gen⁸ de los Comere^{tes} de Lima despues de muchas manos.

Como son Paño, todo genero de Quincallas de lienzos, felpas, listones, Pañuelos, Medias de Barcelona, cintas, azucar y casí todos los articulos de la vida que no se mencionan como productos de la Isla.

MARISA GONZALEZ MONTERO DE ESPINOSA

Expondré los precios a que mandó se vendiesen el Int^{te} Hurtado suponiendolos equitativos a unos y otros.

| | $P.^{S} d.^{S}$ | R ⁵ |
|--|-----------------|----------------|
| Docena de redecillas de | | |
| Torzal1 | 24 | 7 |
| Pieza de medio luton (?) | 2 | 01/2 |
| Cinta bella union pieza | 5 | 4 |
| Docena de Pañuelos de Seda | • | • |
| de Barc ^{na} | 19 | 11/2 |
| Saraza de Barcelona ord ^a | | 11,2 |
| la v ^a | 1 | 21/2 |
| Jabon arroba | 7 | 4 |
| Mate Yd. | 8 | 5 |
| Ag ^{te} de Yca embotijado | 20 | 21/4 |
| Paño de Quito v ^a | 3 | 5 |
| Azeite arroba | 6 | 4 |
| Ají fanega | 8 | 51/2 |
| Felpa de Valencia vara | 4 | 2 |
| Bayeta Ing ^a , la Pieza | 105 | 0 |
| Paño Ing ^S de 2ª, la vª | 3 | 4 |
| Med ^S de Mug ^f de Barcelona 12 | 87 | 0 |
| Sortues de Bayeton con sus | | · · |
| chup ^{es} | 14 | 0 |
| 12 Medias de lana de Burgos | 24 | 5 |
| 12 Sombreros negros sevillanos | 74 | ó |
| Capotones de Paño de 2ª forr ⁵ | 23 | 6 |

Estos gen^S arreglados p^r el Int^{te} q^C fué de la Isla Hurtado dexando al com^{o} de Lima 30/100 de gan^a segun arreglo de su Aduana.

Los an^S son en mucho mayor num^a, pero sólo espongo alg^S para evitar prolixidad, y dar una idea q^e es lo que aquí se pretende.

Ms. 122 f. 127-130 del M.N.

Elogio de Pineda

Don Antonio Pineda, primer Teniente de Reales Guardias de Infanteria Española, acreditado de buen soldado en la ultima guerra con los Ingleses en el sitio de Gibraltar, y no menos instruido en la Fisica é Historia Natural; fue nombrado por S.M. para ir en calidad de Naturalista á la empresa gloriosa y util de ir a dar la vuelta al globo, que determinó nuestro Catolico Monarca Carlos III se hiciese baxo el mando del Capitan de Navio D. Alexandro Malaspina, Comandante de las Corbetas del Rey, la Descubierta y la Atrevida, que salieron de Cádiz á este fin en Julio de 1789.

El zelo que había animado á D. Antonio Pineda á pretender con ansia esta ocupacion se manifestó muy bien en varias ocasiones que llegaban las Corbetas á la costa; pues saltando en tierra iba en busca de los objetos de Historia Natural, penetrando montañas y bosques, y reconociendo volcanes y minas, sin detenerse en riesgos, ni proveerse de reposos necesarios para su vida y salud en climas y temperamentos muy varios; de lo qual recogio frutos admirables en los tres reynos de la naturaleza.

Al regresar á Manila, despues de haber estado dos meses y medio recorriendo la mayor parte de aquella Isla de Luzon, por montañas asperas y en peligro de ser acometido de los Indios Bravos que la habitan, empezó á sentir de sus resultas y tanto afan el quebranto de su salud; sin embargo queriendo proseguir sus tareas fue acometido de una apoplegia en el pueblo de Baboc, provincia de Ilocos, de cuyo accidente, aunque volvió para morir bien dispuesto, falleció en la noche del 23 de Julio de 1792, de edad de 38 años.

El Comandante y Oficiales de aquellos buques, y demas compañeros, justos apreciadores de sus talentos y virtudes, y de la perdida de tan digno sugeto, hicieron en la Iglesia de S. Agustin de Manila las mas celebres exéquias; y para conservar su memoria elevaron y costearon en las inmediaciones un monumento, de que hicieron tambien abrir lamina, con la siguiente inscripcion: compuesta por D. Tadeo Hecneché; tambien naturalista insigne de aquella expedicion.

ANTONIO PINEDA
Tribuno Militum
Virtute in Patriam Bello Armisque
Insigni
Naturae Demum Indefesso Scrutatori
Trienni Arduo Itinere Orbis Extrema
Adiit
Telluris Viscera Pelagi Abyssos
Andiumque Cacumina Lustrans
Vitae Simul Et Laborum Gravium
Diem Supremum Obiit In Luconia
Philippicarum

162

VI Kal Iul MDCCXCII Praematuram Optimi Mortem Luget Patria Luget Fauna Lugent Amici Qui Hocce Posuere Monumentum

Para premio de los desvelos de este utilisimo vasallo tenia S.M. acordada la gracia de una pension sobre Encomienda militar, la qual se ha estendido á su hermano D. Arcadio, Teniente de Navio, que estaba encargado en la misma expedicion de poner en orden los apuntes de las observaciones de su hermano.

Asimismo ha mandado S.M. que de su Real Erario se reintegren los gastos del referido monumento y lámina, y que en esta Corte se grabe otra con mas esmero al propio asunto, que se publicará en breve, como tambien las noticias curiosas de la referida expedicion.

No debe ocultarse al mundo un rasgo que parece nuevo en nuestra España, de celebrarse asi la memoria de los excelentes hombres, que causan con su inesperada y temprana muerte tanta falta á las ciencias; y mas á las naturales, que con tanto anhelo promueve nuestro Soberano; dando en esta ocasion una muestra bien señalada de lo sensible que le ha sido la pérdida del Señor Pineda, del desco de adelantamiento en este ramo con gloria de los Españoles, y del premio con que recompensa el mérito donde quiera que lo halla.

CONTINUACIÓN DEL MEMORIAL LITERARIO MAYO DE 1794, PARTE PRIMERA. HISTORIA NATURAL. Premio Real del mérito literario.

FUENTES Y BIBLIOGRAFÍA

I. Manuscritos

- 1. BIBLIOTECA MUNICIPAL DE SANTANDER (B.M.S.)
- Ms. 1040. Diario del viaje de Malaspina por Antonio de Tova y Arredondo.
- 2. BRITISH MUSEUM (B.M.) LONDRES
- Add. 17605.
 - Poblamiento de la costa patagónica (f. 2-13).
 - Informe de Villarino, 1802 (f. 37).
 - Informe del Marqués de Loreto sobre la costa patagónica (f. 46).
 - Defensa que debe tener Buenos Aires (f. 63).
 - Diario desde S. José a río Negro por D. José Salazar (f. 119).
 - Descripción de Potosí, 1759 (f. 209).
 - Descripción del Gran Chaco (f. 313).
 - Recorrido de Gutiérrez de la Concha (f. 352).
- Add. 17606.
- Noticias históricas y geográficas del Virreinato de la Plata (f. 21).
- Descripción de Puerto Deseado (f. 40).
- Noticias de Potosí, Paraguay y Buenos Aires (f. 52).
- Diario de la guerra de los guaraníes, e itinerario desde Buenos Aires a Chile (f. 132).
- Relación de la toma de Sacramento en 1762 (f. 134).
- Diarios de las tropas auxiliares de los indicios Pehuenches desde Mendoza al Sur, por la falda oriental de los Andes en 1788 (f. 136).

LA ILUSTRACION Y EL HOMBRE AMERICANO

- Add. 17631.
- Vocabulario patagón (f. 36-37).
- Descripción de los patagones (f. 42-43 vto., y 46-47).

3. MUSEO DE CIENCIAS NATURALES (M.C.N.) MADRID

Pineda».

- Leg. 1, Carp. 1 (1788). Recibo de Pineda al Director del Real Gabinete,
 D. Eugenio Izquierdo, por la entrega de varios libros, con fecha de 25-IV-1788.
- Leg. 1, Carp. 2 (1789). Floridablanca envía al Vicedirector del Real Gabinete una carta de Pineda en la que éste último solicita que le presten libros para el viaje (2-VI-1789). Carta de Pineda a Clavijo agradeciéndole sus buenos informes (26-VI-1789).
- Leg. 1, Carp. 8. Descripciones de aves y de algunas islas de las Malvinas. Gobierno, religión y costumbres patagonas. Diario desde Malvinas a Cabo de Hornos. Descripción de rocas y piedras. Continuación del Diario desde el 1 al 11-I-1790. Descripción de una foca.
- Leg. 1, Carp. 9 (1790). Descripción de aves de S. Carlos de Chiloé por Pineda.

Gabinete».

- Leg. 3, Carp. 4 (1781). Oficio de D. Pedro Escolano y el Sr. Salazar a Franco Dávila (12-II), remitiéndole la traducción de Buffon por Clavijo para censura. Contestación de Dávila (13-II-1781).
- Leg. 4, Carp. 1 (1784). Notificación de Escolano a Dávila (28-XII) para que censure la Enciclopedia metódica.
- Leg. 4, Carp. 2 (1785). Carta del Marqués de Montehermoso a Dávila (3-XI) sobre la traducción de Clavijo.
- Caja grande nº 2, Carp. 3, Copiador de Cartas nº 18. Borrador de Dávila a Escolano (8-I-1785), sobre la censura de la traducción de Buffon.

- «Expediciones».

- Caja grande nº 3, Carp. 13. Apuntes sobre las razas.

4. MUSEO NAVAL (M.N.) MADRID

- Ms. 92 bis
- Extracto del Diario de Viana de Cádiz a callao (incompleto, f. 50-60).
- Extractos de diarios de las corbetas -Descubierta- y -Atrevida- (f. 192-249).

- Diario de la «Descubierta» (f. 250-285).
- Ms. 93. Diario del viaje de las corbetas «Descubierta» y «Atrevida» desde Cádiz a Callao.
- Ms. 94.
- Ensayos sobre tentativas experimentales en los reinos animal y lapídeo propuestos a Malaspina por Lázaro Spallanzani en 1798. Original italiano y traducción al castellano (f. 1-25).
- Plan de viaje de Pineda, desde Cádiz a Philipinas, 5-VIII-1795 (f. 26-28 vto.).
- Diario de Juan Vernacci de Cádiz a Callao, y desde este puerto a Guayaquil (f. 292-387 vto.).
- Ms. 95. Viaje de D. José Espinosa desde Cádiz a Acapulco, reunión con las corbetas «Descubierta» y «Atrevida», y continuación del viaje de éstas (f. 1-320).
- Ms. 100.
- Diario de Juan Gutiérrez de la Concha desde Buenos Aires al Golfo de S. Jorge, desde nov. 1794 a febr. 1795 (f. 25-56).
- Diario del viaje desde Montevideo a S. Carlos de Chiloé en 1789 (f. 57-106).
- Noticias del Río de la Plata y costa patagónica por D. Bernardino Tafor (f. 119).
- Cuestionario sobre Chiloé (f. 148).
- Vocabulario patagón, por Antonio de Pineda (f. 149-149 vto.).
- Apuntes de Puerto Deseado y costa patagónica (f. 151-154 vto., y 161-162).
- Noticias sobre los patagones, por Antonio de Pineda (f. 155-161).
- Descripción de la costa patagónica, por Antonio de Viedma (f. 161 vto. y ss.).
- Ms. 119. Noticias de Ulloa sobre Perú (f. 68-69 vto.).
- Ms. 121.
 - Respuestas a las preguntas de Malaspina sobre la situación de las provincias del Río de la Plata (f. 3-12).
- Noticias de Molina sobre Chile (f. 13).
- Grado de civilización de los habitantes del Río de la Plata (f. 14-21).
- Noticias de Ulloa sobre Chile (f. 25).
- Noticias de Peralta sobre Chile (f. 28).
- Descripción de Chiloé (f. 39-45 vto.).

165

- Ultimo parlamento y tratado de paz entre el capitán general de Chile y los huilliches en 1792 (f. 74-96).
- Información sobre los pampas (f. 336-338).

- Ms. 122.

- Medios propuestos por D. Pedro de Córdoba para terminar la guerra de Chile, 27-I-1737 (f. 70-71 vto.).
- Apuntes de D. Rafael de Córdoba a Malaspina sobre algunas obras que tratan sobre América del Sur (f. 72-72 vto.).
- Breve descripción de Chiloé (f. 73).
- Relación jurada del capitán Pimier al Presidente de Chile, D. Agustín de Jáuregui, sobre una ciudad de españoles situada entre los territorios indios, fechada en Valdivia el 2-II-1774 (f. 86-99; otra copia en f. 100-108)
- Descripción de Chiloé (f. 116-127).
- Contestación al cuestionario de Castro (f. 127-130).
- Descripción de la isla de S. Carlos de Chiloé (f. 131-155 vto.; otras copias en f. 157, 164, 173, 177 y 186).
- Noticias de Manuel José de Orejuela sobre varios sucesos de Chile, con información del descubrimiento de Pimier (f. 190-232 vto.).
- Extracto del diario de viaje de Pineda (f. 236-293).
- Indice de la miscelánea de Ayala (f. 295-299).
- Ms. 123. Notas y apuntes sobre los patagones y otros naturales de Montevideo (f. 119-127 vto.).
- Ms. 124.
- Apuntes sobre los patagones (f. 282-283, y 284-288).
- Noticias de Ulloa sobre Buenos Aires y Brasil (f. 296-296 vto.).
- Ms. 143. Expedición de las goletas «Sutil» y «Mejicana» al reconocimiento de la entrada del estrecho de Juan de Fuca en 1792 (f. 1-114).
- Ms. 146
- Noticias de viajes de Ulloa por América (f. 228-231 vto.).
- Relación de papeles recopilados por la expedición (f. 232-233 vto.).
- Ms. 181. Viajes de las corbetas «Descubierta» y «Atrevida» desde Cádiz a Montevideo.
- Ms. 257. Diarios de navegación de la «Atrevida».
- Ms. 262. Mediciones y cálculos de la «Atrevida».

- Ms. 278. Oficio de Valdés a Malaspina (12-XII-1788) sobre el nombramiento de Pineda y Née como naturalistas de la expedición (f. 18).

-Ms. 292.

- Introducción a la Historia Natural de Cochabamba, por Haenke (f. 9-
- Ensavo del capitán D. Pedro Niebla sobre Historia Natural pedido por Pineda, v fechado en Lima, 27-VIII-1790 (f. 68-69).
- Estado general del número de indios del virreinato de Lima, y tributos que pagan (f. 198).
- Ms. 309.
- Descripción de Chiloé, población y carácter de sus habitantes (f. 3-17
- Noticias de Chile por Juan José de Sta. Cruz (f. 23).
- Obispado de Chile y corregimiento en 1744 (f. 42).
- Descripción de la frontera de Chile (f. 121).
- Expediente sobre el descubrimiento y repoblación de Osorno (f. 137-
- Apuntes de Coquimbo y Juan Fernández (f. 207).
- Informe de Quintano sobre la mina de Punitaqui (f. 218).
- Noticias de Lima (f. 225).
- Ms. 314. Indice de papeles que se hallan en la Secretaría de Gobierno sobre la costa patagónica (f. 158-159 vto.).
- Ms. 316.
- Noticia de lo que contienen los 10 tomos de Mercurios Peruanos (f.
- Recolección de papeles referentes a Buenos Aires y costa patagónica (f. 137-137 vto.).
- Ms. 318.
 - Respuestas a un cuestionario sobre Chiloé (f. 7-8).
 - Respuestas al test etnográfico (f. 9-9 vto.).
- Preguntas del test anterior (f. 10).
- Noticias de Molina, Ulloa y Peralta sobre Chile (f. 13).
- Ms. 327.
 - Carta de Peña a Malaspina describiendo los bajos de S. Esteban, fechada en Montevideo el 23-II-1790 (f. 3).

169

- Noticias de la costa patagónica y Tierra de Fuego, así como de sus habitantes (f. 102-115).
- Ms. 424. Diario de navegación de Joaquín Díaz Hurtado en la corbeta «Descubierta».
- Ms. 426.
- Instrucciones de Malaspina a Tova, Valdés y Quintano para el viaje de S. Carlos a Castro (f. 130-130 vto.).
- Cuestionario sobre Chiloé dirigido a Antonio de la Mata (f. 131-132).
- Informes de Malaspina al gobernador de Valdivia sobre Historia Natural (f. 132-132 vto.).
- Noticia de los documentos que se recibieron en Chiloé (f. 133).
- Escrito de Malaspina al gobernador de Chiloé sobre descrtores (f. 133
- Instrucciones de Malaspina a Bustamante sobre disciplina (f. 134 vto-135 vto.).
- Ms. 427. Nota enviada a Rafael de Córdoba por medio de Belmonte para que permita extractar documentos sobre América meridional (f. 2-3).
- Ms. 462.
- Vocabulario patagón (f. 62-69).
- Lista de aves descritas y enviadas desde la villa de la Magdalena (Lima) al Gabinete de Historia Natural de Madrid (f. 189-192).
- Lista de aves y peces cedidas por el virrey de Lima al Gabinete de Historia Natural (f. 192 vto.-194).
- Lista de aves recogidas en Puerto Deseado (f. 195).
- Ms. 467. Diario de las corbetas de Cádiz a Lima, y de Acapulco a Manila. (f. 1-303).
- Ms.468. Relación del viaje de las goletas «Sutil» y «Mejicana», (f. 1-108).
- Ms. 479. Diario alrededor del mundo. (f. 1-112).
- Ms. 485. Descripción de Nueva España.
- Ms 518. Diario del piloto Villarino en su viaje para reconocer río Negro. en la costa oriental patagónica (f. 39-42).
- Ms. 582. Notas sueltas sobre Chiloé (f. 161-162).

- Ayuda de los patagones a los tripulantes del navío «Concepción»
- Instrucciones del Gobernador de Buenos Aires a Malaspina (20-X-1789), (f. 56-60 yto.).
- Navegación de Peña en los bergantines «Carmen» y «Anima» (f. 61-71
- Descripción de la costa meridional de Viedma (f. 96-113 vto.).
- Descripción de la costa patagónica hasta Chiloé (f. 114-123 vto.).
- Ms. 328.
- Diario de la pérdida del navío «Concepción» en su viaje al Sur el año
- Viaje de Francisco Machado al estrecho de Magallanes (f. 107-111).
- Viaje de José García Alsuc de Chiloé a Magallanes (f. 111 vto.-114).
- Ms. 329. Diario del viaje de Gutierrez de la Concha al golfo de S. Jorge (f. 11-37),
- Ms. 337.
- Flora, fauna y geología de Chiloé (f. 30-36).
- Recorrido desde Buenos Aires a Chiloé (f. 37-50 vto.).
- Tintes de Chiloé, por Juan Isidro Zapata (f. 51-52).
- Informe de Teodoro Negrón a Malaspina sobre Caciques indígenas (f. 53-53 vto.),
- Descripción de la isla de S. Carlos de Chiloé (f. 76-91).
- Breve descripción de Chiloé (f. 91-99).
- Respuesta a un cuestionario sobre Chiloé (f. 99-99 vto.).
- Ms. 338.
- Noticias sobre Mendoza, y salida hacia Buenos Aires (incompleto),
- Noticia sobre Chacao recogida por Antonio Pineda (f. 22-23 vto.).
- Descripción de Luis Née del viaje de Mendoza a Buenos Aires y Sacramento. (f. 27-82).
- Apuntes cronológicos sobre Chile, desde 1551 (f. 91-102).
- Ms 343.
 - Noticias y apuntes para el diario de la expedición de Malaspina (f. 29-
- Descripción de Puerto Egmont, por Antonio Pineda (f. 58-59).
- Descripción de los patagones, 2 al 13- XII-1789 (f. 75-83).

Ms. 583.

- Malaspina recomienda a Valdés la contratación de Antonio Pineda como naturalista y de José Sánchez como círuiano 31-X-1788, (f. 10-10 vto.).
- Cartas de Malaspina a Valdés (f. 58 vto.-59 vto.).
- Carta de Malaspina a Valdés sobre Puerto Deseado y Puerto Egmont (f. 59 vto.)

- Ms. 590.

- Notícias de la costa patagónica y de sus habitantes (f. 26-49).
- Producción de la isla de Chiloé (f. 49).
- Ms. 608. Exploraciones de la «Atrevida».
- Ms. 610. Diario general del viaje realizado por las corbetas «Descubierta» y «Atrevida», desde Cádiz a la segunda escala en Acapulco.
- Ms. 613. Reconocimiento de Chiloé por José Moraleda, desde el 4-XI-1786 al 3-VI-1788, (f. 1).
- Ms. 634.
- Relación de libros y documentos que se entregaron a la Dirección Hidrográfica (f. 65-67)
- Nota sobre libros y documentos que se entregaron a Espinosa (f. 68-70).
- Libros de Malaspina entregados a Aliponzoni (f. 71).
- Inventario de papeles y apuntes de los hermanos Pineda cedidos por el heredero al Depósito Hidrográfico (f. 72-79).
- Nota de algunos autores que han escrito sobre América (f. 80-85).
- Relación comentada de obras sobre América y de viajes en general (f.
- Sobre libros, manuscritos y cartas (f. 90-98).
- Ms. 749. Derrotero de la isla de Chiloé, por José Moraleda (f. 80).
- Ms. 751. Introducción al vocabulario de Vavao, por Ciriaco de Cevallos (f. 80-89).
- Ms. 753. Narración del viaje de Alejandro Malaspina.
- Ms. 1826. Comunicado sobre el encarcelamiento de Alejandro Malaspina, 21-XI-1795 (f. 144-145).
- R.O. sobre la Causa de Estado formada contra Alejandro Malaspina y el P. Manuel Gil, con las penas impuestas a los mismos. Aranjuez, 17-IV-1796 (f. 146-146 vto.),

II. Ciencia y cultura en el siglo de las luces

- ABELIAN, J.L.: Ha crítica del pensamiento español, vol. III, Del Barroco a la Ilustración, Madrid, 1981.
- AGUILAR PIÑAL, F.: La Academia de Letras Humanas (1793-1801), Madrid,
 - Bibliografía de autores españoles del s. XVIII, Madrid, varios vols.
- Alborg, J.L.: Ha de la literatura española, vol. III (S. XVIII), Madrid., 1980 (3a)
- Anales de Historia Natural, Madrid, 1799-1804.
- Anales para la Asociación española para el progreso de las Ciencias, 1946-48. ANES, G.: El Antiguo Régimen. Los Borbones, Madrid, 1976 (2ª).
- Asociación española para el propreso de las Ciencias. Congreso de Valladolid. 1915.
- Barreiro Agustix, J.: El Museo Nacional de Ciencias Naturales, Madrid, 1944.
 - «Los orígenes del Museo de Ciencias Naturales de Madrid y la inter vención del P. Florez en su establecimiento, en Religión y Cultura,
- BATLLORI, M.: La cultura hispano-italiana de los jesuitas expulsos, Madrid,
- Belaval, Y. (Dir.): Racionalismo, Empirismo, Ilustración, Madrid, 1976.
- BLUMEMBACH, F.: Manuel d'Histoire Naturelle, 2 vols., París, 1803.
- Buffon: Historia Natural del Hombre, 2 vols, Madrid, 1773.
 - Historia natural, general y particular (Trad. por Joseph Clavijo y Faxardo), 21 vols., Madrid, 1791-1805.
- CALATAYUD, Mª A.: Catálogo de documentos del Real Gabinete de Historia Natural (1752-1786), 2 vols., Madrid, 1987.
 - Pedro Franco Dávila y el Real Gabinete de Historia Natural, Madrid. 1988
- Comas, J.: Manual de Antropología física, México, 1976.
- Defourneaux, M.: Inquisición y censura de libros en la España del s. XVIII, Madrid, 1973.
- Domínguez Oritz, A.: Carlos III y la España de la Ilustración, Madrid, 1988.
- Duchet, M.: Antropología e historia en el Siglo de las Luces, Buenos Aires. 1975.
- Feyoo, B.J.: Teatro Crítico Universal, Madrid, 1726-1740.
- FERNANDEZ DE PINEDO, E.; GIL NOVALES, A. y DEROZIER, A.: Centralismo, Ilustración y agonía del Antiguo Régimen (1715-1833), Madrid, 1980.
- GARCÍA DE PAREDES AVED, G.: El pensamiento de D. Lorenzo Hervás y Panduro, Madrid, 1964.
- Granjel, L.S.: Anatomía española de la Ilustración, Salamanca, 1963.
- GREDILIA, A.F.: Jardín Botánico de Madrid. Su origen, importancia científica y relaciones internacionales, Madrid, 1911.
- HAZARD, P.: La crisis de la conciencia europea, Madrid 1975 (3⁸).
 - El pensamiento europeo en el s. XVIII, Madrid, 1985.

HERR, R.: España y la revolución del s. XVIII, Madrid, 1964.

Hervás Y Pandero, L.: Catálogo de las lenguas de las naciones conocidas (...), 6 vols., Madrid, 1800-1805.

- Historia de la vida del hombre, 7 vols, Madrid, 1789-1799.

Honigsheim, P.: «Voltaire as Anthropologist», en American Anthropologist, vols. 47, 1945.

·La Ilustración», vol. especial de Historia 16, Madrid 1978.

Lain Entratgo, P.: «La ciencia española», en España como problema, Madrid, 1962.

LINNEO, C.: Sistema Naturae, 13 ediciones, 1735-1789.

LOPEZ PIÑERO, J.M.: Bibliografía bistórica sobre la ciencia y la técnica de España, Madrid 1973.

- La ciencia en la historia bispánica, Madrid, 1982.

Occ, D.: La Europa del Antiguo Régimen, 1715-1789, Madrid, 1974.

Pelayo, F.: Los comienzos de la Paleontología en España (Trabajo de investigación inédito).

Peset, M. y J.L.: Carlos IV y la Universidad de Salamanca, Madrid, 1983.

- La Universidad española (S. XVIII y XIX), Madrid, 1974.

Rodríguez Carracido, J.: Estudio histórico-críticos de la ciencia española, 1917 (2ª).

Sarrailli, H.: La España ilustrada de la segunda mitad del s. XVIII, Madrid, 1957.

Sempere Y Guarinos, J.: Ensayo de una Biblioteca española de los mejores escritores del Reynado de Carlos III, 3 vols., Madrid, 1969 (Ed. facsimil).

TORRUBIA, J.: Aparato para la Historia Natural, vol. I, Madrid, 1754.

VERNET, J.: Historia de la ciencia española, Madrid, 1975.

III. Expediciones científicas a América

1. OBRAS SOBRE AMÉRICA

ACOSTA, J.: Hª Natural y Moral de las Indias. Madrid, 1894, 2 vols.

Acta Americana. Revista de la Sociedad Interamericana de Antropología y Geografía. 1943-44.

ALCEDO Y HERRERA, A.: Diccionario geográfico-bco. de las Indias Occidentales o América, Madrid, 1967.

ALCINA FRANCH, J.: Los orígenes de América, Madrid, 1985.

- El descubrimiento científico de América, Barcelona, 1988.

ALZATE RAMÍREZ, J.A.: Gacetas de Literatura de México, 4 vols. Puebla, 1831.

Anales del Museo Nacional de Historia Natural de Buenos Aires, 1864-1911

ARCILA VELEZ, G.: La Antropología y los cronistas, Boletín del Instituto de Antropología, Medellín, Colombia, 1956.

ARCINIEGAS, G.: El continente de los siete colores, Buenos Aires, 1965.

Bennasar, B.: La América española y la América portuguesa, siglos XVI-XVIII, Madrid, 1980.

Bitterii, U.: Los «salvajes» y los «civilizados». El encuentro de Europa y Ultramar. México, 1981.

Boletín Bibliográfico de Antropología Americana, 1942-1965.

BOTURINI BENADUCI, L.: Idea de una nueva Historia general de la América septentrional. México, 1871.

CABRERA, A., y YEPES, J.: Historia Natural. Mamíferos sud-americanos, Buenos Aires, 1940.

Calderón Quijano, J.A.: Los virreyes de Nueva España en el reinado de Carlos IV. Sevilla, 1972.

CAPEL, H.: La física sagrada, Madrid, 1985.

Clastres, H.: «Salvajes y civilizados en el s. XVIII», en CHATELET, F. (Dir.): Historia de las ideologías, Madrid, 1978, vol. II.

CLAVIJERO, F.J.: Antología. Selecc. de G. Aguirre Beltrán, México, 1976.

- Capítulos de Historia y disertaciones. Selecc. de J. Jiménez Rueda, México. 1944.
- H^a antigua de Megico, 2 vols., Londres, 1826.

COMAS, J.: Antropología de los pueblos iberoamericanos, Barcelona, 1974.

- Bibliografía de culturas indígenas, México, 1953.
- Bibliografía morfológica humana de América del Sur, México, 1948.
- El origen del bombre americano y la antropología física, México, 1961.

Chardon, C.E.: Los naturalistas en la América latina, Vol. I, Ciudad Trujillo, 1949. Espíritu de los mejores diarios..., 1787 y 1789.

ESTEVE BARBA, F.: Historiografia indiana, Madrid, 1964.

EYZAGUIRRE, J.: «Los ecos de la Ilustración en las Indias», en Arbor, Madrid, 1948.

Fernández De Oviedo, G.: Sumarío de la Natural Historia de las Indias, Madrid, 1963.

Gandia, E. de: Historia critica de los mitos de la conquista americana, Madrid,

Garcia, A.: Civilización y salvajismo en la colonización del Nuevo Mundo. Murcia, 1986.

GARCÍA, G.: Origen de los Indios de el Nuevo Mundo e Indias Occidentales, Madrid, 1729 (2ª reimp.).

GERBI, A.: La disputa del Nuevo Mundo, Madrid, 1982 (2ª).

GÓMEZ TABANERA, J.M.: Las raices de América, Madrid, 1968.

GONZALEZ DE LA RASILLA, V.: Disertación sobre el origen de los indios del Nuevo Mundo. Sevilla, 1794.

GOTTMANN, J.: América, Barcelona, 1966.

Gumilla, J.: Hª Natural civil y geográfica de las Naciones situadas en las riveras del río Orinoco, 2 vols., Madrid, 1791.

Gusinde, M.: Hombres primitivos en la Tierra de Fuego, Sevilla, 1951.

Henke, L.: La lucha española por la conquista de América, Madrid, 1967.

Hoyos Sainz, L.: «Antropólogos y zoólogos españoles en América», Real Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales, Madrid, 1950.

 Etnografía, clasificaciones, prehistoria y razas americanas, Madrid, 1900. Ilustración Española e independencia de América (Homenaje a N. Salo-

KONETZKE, R.: América Latina, II. La época colonial. Buenos Aires, 1974.

KRICKEBERG, W.: Etnologia de América, México, 1982.

LAFAYE, J.: Los conquistadores, México, 1964.

LECLERC, G.: Antropología y colonialismo, Madrid, 1973.

MADARIAGA, S. de: El auge del imperio español en América, Buenos Aires,

MÁRQUEZ MIRANDA, F.: Región meridional de América del Sur, México, 1954. - Pueblos y culturas de América, Buenos Aires, 1958.

Mateos, F.: El tratado de límites entre España y Portugal de 1750 y las misiones del Paraguay», en Miscelánea Americanista, Madrid, 1952.

MAURO, F.: La expansión europea (1600-1870), Barcelona, 1979.

Merle, M. y Mesa, R. (Selecc. de): El anticolonialismo europeo, Madrid,

Muñoz, J.B.: Historia del Nuevo Mundo, vol. I, Madrid, 1793.

Navarro Garcia, L.: Hispanoamérica en el s. XVIII, Sevilla, 1975.

Orbigny, A. D': El hombre americano, Buenos Aires, 1959,

Pauw, C. de: Recherches philosophiques sur les Américains (...), 2 vols., 1772.

Pericot, L.: América indígena, vol. I, Barcelona, 1961.

Pernetty, D.: Dissertantion sur l'Amérique (...). Véase De Pauw, vol. II.

PESET, J.L.: Ciencia y Libertad, Madrid, 1987.

- (Ed. de): Culturas de la costa noroeste de América, Madrid, 1989.

Pino, F. del: «Antropología y colonialismo: Anotaciones para el caso español. Separata de la Revista Española de la Opinión Pública, Octubre-Diciembre 1975.

- «Los cronistas de las culturas indígenas de América: su valor antropológico», en 1ª Reunión de Antropólogos españoles, Sevilla, 1975.

RAYNAL, G.J.: De los pueblos y gobiernos. Londres, 1823.

Revista del Museo Argentino de Ciencias Naturales «Bernardino Rivadabia-1954-1972.

Revista del Museo de la Plata. 1936-1968.

RIVET, P.: Los orígenes del bombre americano, México, 1969.

ROBERTSON, W.: The History of America, Londres, 1777.

RUPPEISENREIR, B.: Histoires de l'Anthropologie XVI-XIX siècles, Paris, 1984.

San Martin, H.: El hombre y su ambiente, Buenos Aires, 1968.

SARMIENTO, M.: Demonstracion crítico-apologética de el theatro crítico universal (...), 2 vols., Madrid, 1757.

Shanahan, E.W. América del Sur, Barcelona, 1965.

SIMPSON, L.B.: Los conquistadores y el indio americano, Barcelona, 1970.

TUDELA DE LA ORDEN, J.: Los manuscritos de América en las Bibliotecas de España, Madrid, 1954.

XIRAU, R. (Edición de): Idea y querella de la Nueva España, Madrid, 1973.

ZAVALA, S.: América en el espíritu francés del siglo XVIII, México, 1983.

2. EXPEDICIONES CIENTÍFICAS EN GENERAL

- AMAYA, J.A.: Bibliografía de la Real Expedición Botánica del Nuevo Reino de Granada, Bogotá, 1983,
- Angelis, P. de: Colección de obras y documentos relativos a la 11ª Antigua y Moderna de las provincias del Río de la Plata. Buenos Aires, 1910 (23).
- Aparicio, F. de: «Relación de un viaje entre Mendoza y Buenos Aires en 1794, en Anales del Instituto de Etnografía americana, Cuyo, 1942. Tomo III.
- ARIAS DIVITO, J.C.: La expedición científica de los hermanos Heuland (1795-1800), Madrid, 1978.
 - Las expediciones científicas españolas durante el siglo XVIII, Madrid.
- Azara, F. de: Viajes por la América meridicional, Madrid, 1969.
- BARNE, J.: Diario del viaje que bizo el San Martin- desde Buenos Aires al puerto de San Julián (...). Véase ANGELIS, t. IV.
- Barreiro, A.: El viaje científico de Conrad y Christian Heuland a Chile y Perú, Madrid, 1929.
- Bouganville, L.A. de: Viaje alrededor del mundo, Madrid, 1966. Viaje a Tabití. Barcelona, 1982.
- Byron, J.: Viage... alrededor del mundo (...). Madrid. 1769. 2² ed.
- Relato que contiene una exposición de las grandes penurias sufridas (...) en la costa patagónica. Santiago de Chile, 1901.
- Viaje alrededor del mundo. Madrid, 1943.
- CALATAYLID ARINERO, Mª A.: Catálogo de las expediciones y viajes científicos españoles. S. XVIII y XIX. Madrid, 1984.
- Ciencia española en ultramar, La. Actas de las I Jornadas sobre «España y las expediciones científicas en América y Filipinas. Aranjuez, 1991.
- Colección de los diarios y relaciones para la historia de los viajes y descubrimientos. Madrid, 1943.
- Corona y las expediciones científicas Españolas a América en el siglo XVIII. La. Cádiz, 1982.
- COOK, J.: Los tres viajes alrededor del mundo, Barceloina, 1982, 3 vols.
- Darwin, CH.: Viaje de un naturalista alrededor del mundo, Ed. facsimilar de la de 1899. 2 vols.
- DIDEROT, D: Suplemento al Viaje de Bougainville (véase).
- ENGSTRAND, I.W.: Spanish Scientists in the New World: The Eighteenth-Century Expeditions, 1981.
- FERNÁNDEZ DE NAVARRETE, M.: Collección de los viajes y descubrimientos que bicieron los españoles desde finales del s. XV, Madrid, 1837.
- GARCÍA DEL NODAL, B.: Relación del viage que por orden de Su Magestad (...). Cádiz, 1776.
- GAYANGOS, P.: Catalogue of the Manuscripts Spanish Language in the British Museum, Londres, 1875.
- HAIGH, S., y otros: Viajeros en Chile, Santiago, 1955.
- Historiadores de Indias. Selecc. de G. Arciniegas, Barcelona, 1985.
- HUMBOLDT, A.: Del Orinoco al Amazonas, Barcelona, 1982.

Juan, J. y Ullon, A. de: Noticias secretas de América, 2 vols., Madrid, 1982.

LANDIN CARRASCO, A.: Vida y viajes de Pedro Sarmiento de Gamboa, Madrid, 1945. LIABRES BERNAL, J.: Breve noticia de la labor científica del Capitán de navío D. Felipe Bauzá (...), Palma de Mallorca, 1934.

MEEHAN, J.: Con Darwin en Chile, Buenos Aires, 1971.

Novo Y Colson, P. de: Ha de las exploraciones árticas bechas en busca del paso del Nordeste, Madrid, 1880.

Orbigny, A.d': Voyage dans l'Amerique meridionel, t. III, Leipzig, 1862.

OYARZEN INARRA, J.: Expediciones españolas al Estrecho de Magallanes y Tierra de Fuego, Madrid, 1976.

PALAU, M.: Chile en las expediciones científicas españolas de los siglos XVIII-XIX. Madrid, 1976.

Pérez Arbelaez, E.: José Celestino Mutis y la Real Expedición botánica del Nuevo Reino de Granada, Bogotá, 1983.

Pigaffetta, A.: Primer viaje en torno del globo, Madrid, 1963.

Relación del último viaje al Estrecho de Magallanes de la fragata de Sta. Mª de la Cabeza en los años de 1785 Y 1786. Madrid, 1788.

Ruiz, H.: Relación del viaje becho a los reinos de Perú y Chile..., Madrid,

SARMIENTO DE GAMBOA, P.: Relación y derroteros del viaje y descubrimiento del Estrecho de la Madre de Dios, antes llamado de Magallanes, Madrid,

ULIOA, A. de: Noticias americanas, Buenos Aires, 1944.

- y Juan, J.: Relación bistórica del viaje a la América meridional, 3 vols., Madrid, 1978.

VALVERDE LÓPEZ, J.L. y otros: La dotación de medicamentos en los buques de la Armada durante los siglos XVII y XVIII, Granada, 1979.

VELAZQUEZ DE VELASCO, L.J.: Noticia del viage de España hecho de orden del Rey y de una nueva historia general de la Nación (...). Madrid, 1765.

Verde Casanova, A.: •Notas para el estudio etnográfico de las expediciones científicas españolas a América en el siglo XVIII-, en Revista de Indias, nº

VILLALOBOS, R.: «Darwin y Chile», en Revista Atenea, Santiago de Chile. Sepa-

3. EXPEDICIÓN MALASPINA

ÁLVAREZ LÓPEZ, E.: «Notícias acerca de las plantas ultramarinas estudiadas por Cavanilles (...), Revista de Indias, nº 25, 1946.

Barras De Aragón, F.: Noticia del monumento al naturalista en Manila-, en Actas y Memorias de la Sociedad Española de Antropología, Año IV,

Barreiro, A.: «La expedición de D. Alejandro Malaspina», en Asociación Española para el Progreso de las Ciencias, Congreso de Salamanca, 1923.

Bustamante Y Guerra, J.: Relación de las navegaciones que ejecutó separadamente la corbeta de S.M. la Atrevida (...). Anuario de la Dirección de Hidrografia, 1868.

- CARRIL, B. del: La expedición Malaspina en los mares americanos del Sur. Buenos Aires, 1961.
- CAVANILLES, A.J.: «Observaciones sobre el suelo, naturales y plantas de Puerto Jackson y Bahía Botánica», en Anales de Historia Natural, t. I-3, Madrid, 1800.
- Desterani, L.: «Sobre Alejandro Malaspina y su expedición», en Boletín del Centro naval, Buenos Aires, oct.-dic. 1966.
- «Elogio histórico del señor D. Antonio de Pineda» (...), en Mercurio Peruano, 12 de septiembre 1793.
- Espinosa Y Tello, J.: Memorias sobre las observaciones astronómicas bechas por los navegantes españoles en distintos lugares del globo..., 2 vols., Madrid, 1809.
 - Relación del viaje hecho por las goletas «Sutil» y «Mexicana» en el año de 1792 (...). Madrid, 1802.
- ESTRADA ARNAIZ, R.: El viaje de las corbetas «Descubierta» y «Atrevida» y los artistas de la expedición, Madrid, 1930.
- Expedición Malaspina, l.A. Viaje a América y Oceanía de las corbetas «Descubierta, v «Atrevida», Madrid, 1984.
- Fernández, L: Tomás de Suria v su viaje con Malaspina, México, 1939.
- Fernández Duro, C.: Tadeo Haenke, naturalista en el viaje alrededor del mundo (...), Boletín de la Real Academia de la Historia, nº 39, Madrid, 1901.
- Gaceta de Madrid, 18 de abril de 1794.
- GALERA GÓMEZ, A.: La Ilustración española y el conocimiento del Nuevo Mundo, Madrid, 1988.
- GONZÁLEZ CLAVERÁN, V.: La expedición científica de Malaspina en Nueva España (1789-1794), México, 1982.
- Guillén Tato, J.: Repertorio de los manuscritos, cartas, planos y dibujos relativos a las Californias (...), Madrid, 1932.
 - Exposición de dibujos y grabados de los artistas que figuraron en las expediciones científicas de las corbetas «Descubierta» y «Atrevida» (...). Las Palmas, 1952.
- HAENKE, T.: Descripción del Perú, Lima, 1901.
 - Viaje por el Virreinato del Río de la Plata, Buenos Aires, 1943.
- HENCKEL, C.: «Las actividades del naturalista T. Haenke en la expedición Malaspina, en Boletín de la Real Sociedad Españoña de Histora Natural, t. 54, 1956.
- HIGUERAS", D.: Los viajes de exploración científica de Antonio de Pineda por la Nueva España, Memoria de Licenciatura, Madrid, 1973.
 - Catálogo crítico de los documentos de la expedición Malaspina (1789-1794) del Museo Naval, 3 vols., Madrid, 1985.
- JIMÉNEZ DE La ESPADA, D.M.: «Un autógrafo del abate Spallanzani», en Anales de la Sociedad Española de Historia Natural, t. 1º, Madrid, 1872.
 - «Una causa de Estado», en Rev. Contemporánea, t. 31, 1881.
- LUCENA, M y PIMENTEL, J. Los «Axiomas políticos sobre la América» de Alejandro Malaspina, Aranjuez, 1991

Malaspina, A.: Viaje al Río de la Plata en el s. XVIII, Buenos Aires, 1938.

Martin-Meras, M.L.: «Vocabularios indígenas recogidos en la expedición de Malaspina (...), en Revista de Historia Naval, nº 6, Madrid, 1984.

Memorial Literario. Mayo de 1794. Homenaje a Antonio de Pineda.

Novo Y Colson, P. de: Viaje político científico alrededor del mundo por las corbetas «Descubierta» y «Atrevida» (...) Madrid, 1885 (2ª ed.).

PALAU, M.: Catálogo de los dibujos, aguadas y acuarelas de la expedición Malaspina, Madrid, 1980.

- ZAVALA, A. y SÁEZ, B. (Ed.): Diario del viaje de Alejandro Malaspina, Madrid, 1984.

Pavia, F. de P.: Galería biográfica de los generales de Marina, jefes y personajes notables (...), vol. II, Madrid, 1873.

PIMENTEL, J. F.: Malaspina y la Ilustración, Madrid, 1989.

Pino Díaz, F. del: Los estudios etnográficos y etnológicos en la expedición Malaspina», en Revista de Indias, Madrid, julio-diciembre 1982.

RATTO, H.A.: La expedición Malaspina en el Virreinato del Río de la Plata, Buenos Aires, 1936.

SAN FELIÚ ORTÍZ, L.: 62 meses a bordo, Madrid, 1943.

Sotos Serrano, C.: Los pintores de la expedición de Alejandro Malaspina, 2 vols., Madrid., 1982

Torre Revello, J.: Los artistas pintores de la expedición Malaspina, Buenos Aires, 1944.

VELA, V.: «Expedición de Malaspina», en Miscelánea Americanista, 1951. Reed en Revista de Indias, nº 43-44, Madrid, 1951.

VIANA, F.J.: Diario del viaje explorador de las corbetas españolas «Descubierta» y «Atrevida» (...), Uniguay 1849.

VILLANUEVA, J.L.: Vida literaria. Vol. I, Londres, 1825.

Wilson, I.H.: «El Coronel D. Antonio de Pineda y su viaje mundial», en Revista de Historia militar, vol. XV, Madrid, 1964.

IV. Obras sobre el hombre americano

1. PATAGONES

APOLANT, J.A.: Operativo Patagonia, Montevideo, 1970.

Auza, N.T.: La Patagonia mágica, Buenos Aires, 1977.

BORMIDA, M.: «Los antiguos patagones. Estudio de craneología», Runa, vol. VI, Buenos Aires, 1953.

Canals Frau, J.: Las poblaciones indígenas de la Argentina, Buenos Aircs, 1953.

CASAMIQUELA, R.M.: Algunos datos nuevos con relación al panorama etnológico de la Patagonia», Etnia, nº 5, 1965.

Culturas indígenas de la Patagonia. Madrid, 1984.

Darwin, Ch.: Viaje de un naturalista por la Patagonia, Buenos Aires, 1977.

Escalada, F.A.: El Complejo Tehuelche. Estudios de Etnografía patagónica, Buenos Aires, 1949.

- FALKNER, T.: Descripción de la Patagonia, Buenos Aires, 1957.
- GONZÁLEZ GIMENO, M.: «Sobre un cráneo patagón (Contribución al estudio de los restos patagones antiguos)-, Trabajos del Intituto Bernardino Sahagún, Madrid, 1945.
- GORLA, C.M.: Los establecimientos españoles en la Patagonia: estudio institucional, Sevilla, 1985.

Guía para la clasificación de los datos culturales. Washington, 1963.

IBARRA GRASSO, D.E.: Argentina indígena, Buenos Aires, 1967.

- IMBELLONI, J.: «Deformaciones intencionales del cráneo en Sud América», Revista del Museo de la Plata, t. XXVIII, Buenos Aires, 1925.
 - Los patagones. Características corporales y psicológicas de una población que agoniza», Runa, vol. II, 1949.
- LEGUIZAMON MARTINIANO, L.: «El origen de las boleadoras y el lazo», Revista de la Universidad de Buenos Aires, t. XLI, Buenos Aires, 1919.
- Lehmann-Nitsche, R.: "Noticias etnológicas sobre los antiguos patagones recogidas por la expedición Malaspina en 1789», Boletín de la Academia Nacional de Ciencias de Córdoba, t. XX, 1914.
 - «Relevamiento antropológico de tres indios tehuelches», Revista del Museo de la Plata, t. XXIII, Buenos Aires, 1916.
- Lista, R.: «Lenguas argentinas. Los Tehuelches de la Patagonia», en Anales de la Sociedad Científica Argentina, t. XLII, Buenos Aires, 1896.
- LOOSER, G.: «Los indios patagones, vida y costumbres, idioma, descripción geográfica». La Libertad Electoral, 31 Agosto 1894
- Liaras Samitier, M.: «Primer ramillete de fábulas y sagas de los antiguos patagones», Runa, vol. III, Buenos Aires, 1950.
- MARELLI, C.: «Nuevas investigaciones biométricas sobre las primitivas poblaciones de la Patagonia», Anales del Museo Nacional de Historia Naval. Buenos Aires, 1919.
- MARTINEZ CROVETTO, R.: «Breve panorama de las plantas utilizadas por los indios de Patagonia y Tierra de Fuego», Centro Estudios Antropológicos de Asunción, Suplem. Vol. XVII nº 1, Asunción 1982.
- Mouna, M.J.: «Antiguos pueblos patagónicos y pampeanos a través de las crónicas». Anales de la Universidad de la Patagonia, Comodoro Rivadavia. t. I. pág. 77-184
- Outes Félix, F.: «Vocabularios inéditos del patagón antiguo», Revista de la Universidad de Buenos Aires, 1913, t. XXI.
 - y Bruch, C.: Los Aborígenes de la República Argentina, Buenos Aires, 1910.
- Pernetty, D.: Histoire d'un voyage aux Iles Malouines (...) 2 vols., París, 1770. PRIEGUE, C.N.: Información etnográfica de los patagones del s. XVIII en tres documentos de la expedición Malaspina, Universidad Nacional del Sur, 1970.
- RATTO, H.: Actividades marítimas en la Patagonia durante los s. XVII y XVIII, Buenos Aires, 1930.
 - Exploraciones y actividades marítimas españoles en el Litoral Patagónico argentino durante los s. XVII y XVIII. 4 vols.

- SÁNCHEZ LABRADOR, J.: Los indios Pampas, Puelches y Patagones. Buenos Aires, 1936.
- Serrano, A.: Los aborígenes argentinos. Síntesis etnográfica, Buenos Aires, 1947.
 - Arqueología y etnografía argentinas. Los primitivos babitantes del territorio argentino, Bucnos Aires, 1930.
- VERNEAU, R.: Les anciens patagons, Mónaco, 1903.
- Viedma, A. de: Diario de un viaje a la costa de la Patagonia (...), en de Angeus, Colección de obras..., t. IV, Buenos Aires, 1910.
- VIGNATI, M.A.: «El uso de narigueras por los aborígenes de la Patagonia», Relación de la Sociedad Argentina de Antropología IV, Buenos Aires, 1944.
 - Las culturas indígenas de la Patagonia, en H^a de la Nación Argentina, I. pág. 503-542, Buenos Aires, 1939.
- Viola, D.: Horizontes tehuelches, Buenos Aires, 1956.
- YGOBONE AQUILES, D.: Darwin y su contacto con la Patagonia, Buenos Aires, 1947.
 - Figuras señeras de la Patagonia y Tierra de Fuego, Buenos Aires, 1981.
 - Viajeros científicos en la Patagonia durante los siglos XVIII y XIX, Buenos Aires, 1977.

2. CHILE Y SUS POBLADORES

- Cavada, F.J.: «Chiloé y los chilotas»; Revista chilena de Historia y Geografía, t. III, Santiago, 1912.
- Domeiko, I.: Araucania y sus habitantes, Buenos Aires, 1971.
- Doussinague, J.M.: Genealogía de la ciudad de Osorno.
- ERCILIA, A. de: La Araucana, 2 vols., Madrid, 1979.
- Fiury, L.: Guiliches. Córdoba (Argentina), 1944.
- GONZÁLEZ POMES, I.: La encomienda indígena en Chile durante el s. XVIII, Santiago, 1966.
- Grenier, P.: Chiloé et les Chilotes: marginalité et dépendance en Patagonie chilenne, Aix-en-Provence, 1984.
- Hanisch, W.: La isla de Chiloé, capitana de rutas australes. Santiago de Chile, 1982.
- Henckel, C.: Antropología física de los mapuches, en *Revista Universitaria*, XLIII, Universidad Católica de Chile, 1958.
- HENCKEL, K.O.: «Contribuciones al estudio de la antropología chilena. XI». Reimpr. del *Boletín de la Sociedad de Biología de Concepción* (Chile), t. XV, 1941.
 - Observaciones histológicas sobre el ojo de los indios mapuches.
 Reimpr. del Boletín de la Sociedad de Biología de Concepción (Chile),
 XVI, 1942.
- Hoyos Sáinz, L.: Gráneos araucanos del Museo Antropológico Nacional, Madrid, 1912.

Jiménez Turón, S.: «Historia de la dominación europea en América, escrita por un dominado». *Indianidad y descolonización en América Latina*, México. 1979.

LATCHAN, R.E.: "Etnology of the Araucanos", Journal of the Anthropological Institute, vol. 39, Londres, 1909.

- Notes on the physical characteristics of the Araucanos, Journal of the Anthropological Institute, vol. 34, Londres, 1904.
- Organización social y creencias de los antiguos araucanos, Santia go, 1904.
- MARIQUEO, V.: «El pueblo mapuche», en Indianidad y descolonización en América Latina, México, 1979.
- MARQUEZ MIRANDA, F.: Región meridional de América del Sur. período indígena, México, 1954.
- Molina, J.I.: Compendio de la Historia geográfica, natural y civil del reyno de Chile, 2 vols., Madrid, 1788.
- Musoz Ribeck, R.: «Contribución al estudio de la antropología chilena. V». Reimpr. del *Boletín de la Sociedad de Biología de Concepción* (Chile), t. x. 1936
- Oliver Schneider, C.: Los indios de Chile: lo que actualmente se sabe sobre ellos. 1932.
- Oña, P. de: Arauco domado, Madrid, 1944.
- PERTUSET, E.: L'Araucanie et les Araucans, Paris, 1883.
- PORTER, C.E.: Bibliografia chilena de Antropología y Etnología, Buenos Aires, 1910.
- Roa Y Ursu, L. de: El Reino de Chile (1535-1810), Valladolid, 1945.
- TORIBIO MEDINA, J.: Los aborígenes de Chile, Santiago de Chile, 1882.
- Zapater, H.: Los aborígenes chilenos a través de cronistas y viajeros, Santiago, 1973
- ZEBALLOS, E.S.: Viaje al país de los Araucanos, Buenos Aires, 1934.